M. J. FERNÁNDEZ
LA LEYENDA DE LA CASA BRACAMONTE
UN ASESINATO, UNA CIUDAD CON SECRETOS INSONDABLES Y UN ENIGMA ANCESTRAL

# LA LEYENDA DE «LA CASA BRACAMONTE»

(José Expósito 02)

M.J.Fernández

«Desear, anhelar, interesarse por algo o alguien es normal, siempre que no caigas en la obsesión y estés listo para la pérdida».
*Walter Riso*

Esta novela es un relato de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos aquí presentados son fruto de la imaginación del escritor o se emplean en un contexto ficticio. Cualquier semejanza que pueda existir con personas reales, vivas o fallecidas, hechos históricos, lugares existentes o sucesos reales es solo coincidencia.

La autora ha tejido esta narrativa con el propósito de entretener y sumergir al lector en un mundo imaginario. No se pretende representar con exactitud hechos históricos, geográficos o culturales específicos. La interpretación de estos elementos es una licencia creativa de la autora para enriquecer la trama y los personajes.

# Capítulo 1

Con la oscuridad de la noche salmantina como fondo, en el umbral de «El Cuervo Rojo» se recortó la figura de un hombre corpulento y malencarado. Recorrió el salón con su mirada torva, en cuanto entró en la taberna. El sujeto que lo esperaba mantenía su rostro oculto bajo un sombrero de ala ancha, al mismo tiempo que paladeaba un vaso de vino. El ambiente de la taberna era denso, muy similar a la niebla que cubría las calles empedradas de Salamanca. Un par de lámparas iluminaban con dificultad las paredes oscurecidas por el humo y la suciedad. Su luz parpadeante proyectaba sombras perturbadoras sobre los rostros cansados de los clientes. Los murmullos que rompían el silencio sonaban como el gruñido sordo de un animal que amenazaba desde la distancia. El tufo del sudor y la desesperación se mezclaban con el olor a humo de tabaco y vino rancio, cargando el aire con malos augurios.

Las conversaciones se apagaron cuando la figura del recién llegado cruzó la sala, pero recuperaron su volumen en cuanto los presentes perdieron interés en él. Los pesados pasos del individuo resonaron en las tablas del suelo. Se acercó a su objetivo con una sonrisa torcida, en un rostro que mostraba las cicatrices de una enfermedad pasada, mientras los demás clientes volvían a sus propios asuntos.

—Llega tarde. ¿Qué es lo que desea? —preguntó el sujeto del sombrero, después de dar un sorbo a su vaso de vino. El hombre se inclinó hacia adelante y susurró la respuesta en su oído—. ¡Puedo hacerlo! ¿Trajo lo que me ofreció?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿a qué espera? —murmuró el individuo de la mesa, sin apartar la vista del rostro del recién llegado.

—Quiero asegurarme de que está dispuesto a hacer el trabajo... Tiene que ser hoy —sentenció la enigmática figura, al mismo tiempo que un leve movimiento de su mano dejaba a la vista una bolsa de cuero.

—Si esa talega contiene lo que me dijo, esta noche tendrá lo que quiere.

La figura dejó caer la bolsa sobre la mesa. Las monedas tintinearon cuando golpearon la superficie de madera carcomida. El

hombre del sombrero alzó la vista, lo justo para mirar a los ojos inyectados en sangre de su interlocutor. A pesar de la desconfianza que el sujeto le inspiraba, el sonido de las monedas de oro había despertado su avaricia, induciéndolo a ignorar sus dudas.

—Una suma generosa, a cambio de un pequeño favor —susurró la figura misteriosa, observando cómo su contacto abría el pequeño saco de cuero y contemplaba el brillo dorado de su contenido.

El parroquiano sacudió la cabeza.

—El favor no es tan pequeño. Podría traerme muchos problemas.

—Pero le aportará una buena recompensa. ¿Está dispuesto o no?

—Por supuesto. Tenemos un trato.

—Recuerde que el plazo es esta noche —insistió la figura desconocida.

El hombre del sombrero dibujó una sonrisa malintencionada, a la vez que la bolsa de monedas desaparecía en el bolsillo de su abrigo.

—Esta noche tendrá lo que desea.

El murmullo de los clientes de «El Cuervo Rojo» servía de telón de fondo, mientras el humo del tabaco y el aroma del vino rancio impregnaban el ambiente, cada vez más. Nadie se dio cuenta del intercambio que había ocurrido en esa mesa escondida en las sombras. El visitante misterioso se alejó en silencio, salió a la calle y se internó en la oscuridad como una araña que acecha entre las sombras de la noche. Había comenzado a tejerse la telaraña.

# Capítulo 2

Pocas horas después, el amanecer que rompió la oscuridad de las estrechas calles de Salamanca pilló al recién ascendido inspector José Expósito, corriendo a toda velocidad, junto a su amigo Inocencio. Una turba furiosa, que rugía como un animal herido, los perseguía por el barrio La Cuchilla. La paz de la mañana se vio rota de repente por los airados gritos de la enfurecida muchedumbre, y el estruendo de los pies golpeando el adoquinado.

José, con su chaqué impecable y sujetando con firmeza su sombrero de copa, hacía lo posible por no perder el control de la insólita situación. Mantenía la mirada hacia adelante con sus ojos oscuros y penetrantes, mientras sus labios se tensaban en una línea recta, confirmando su inquebrantable determinación de no dejarse alcanzar. La expresión seria de su rostro no dejaba duda acerca de las dificultades en el que su amigo y él se encontraban.

Inocencio lo seguía a pocos pasos, pero corría con mayor dificultad. Aunque el chico hacía esfuerzos por mantener el ritmo frenético de su compañero, necesitaba su ayuda de vez en cuando. El motivo era su atuendo. El largo vestido de su disfraz de dama le hacía tropezar con frecuencia. Maldecía entre dientes, mientras sujetaba el bajo de la falda con una mano y dejaba ver los pantalones que ocupaban el lugar de las enaguas. Al mismo tiempo, aferraba su sombrero tipo pamela con la otra mano, para evitar que saliera volando con cada zancada.

—¡Maldita sea, José! —gritó Inocencio, jadeando mientras corría—. ¿No pudiste escoger un disfraz más incómodo? Te advertí que tu plan de hacerme pasar por una chica para infiltrarnos no era una buena idea. ¿Por qué siempre tenemos que meternos en estos líos?

El inspector esquivó por poco un tomate podrido, lanzado con saña.

—¡No es momento para quejas, chaval! Además, tengo que reconocer que ese vestido te favorece —respondió José, con un dejo de ironía—. ¡Sigue corriendo! Ya nos preocuparemos más tarde de qué fue lo que salió mal. Lo único que importa ahora, es poner suficiente distancia entre ellos y nosotros.

—¡Eso es lo que me gustaría hacer! —masculló Inocencio, intentando mantener el sombrero sobre su cabeza y al mismo tiempo

evitar que su vestido le entorpeciera el paso—. Si lo hubieras planeado mejor, no estaríamos metidos en este embrollo.

—Te recuerdo que fuiste tú quien se delató, al darle el puñetazo a ese rufián.

—¿Y qué esperabas? El muy baboso me hizo una propuesta indecente.

—¿Y tenías que golpearlo con el puño en lugar de darle una cachetada, para no revelar que eres un tío?

—Lo lamento, pero no asistí a las clases de «Buenos modales para damas» —respondió Inocencio con sarcasmo, sin dejar de correr.

A pesar de su situación desesperada, no pudieron evitar una risa nerviosa frente a lo absurdo de las circunstancias, que los habían metido en ese aprieto. Expósito conocía lo bastante bien el submundo de Salamanca, para saber lo importante que era mantener la calma, incluso en los momentos más difíciles. Mientras tanto, Inocencio, con el rostro enrojecido por el esfuerzo y los ojos brillantes, recordaba viejos tiempos y no podía evitar encontrarle un punto de diversión a la aventura.

—¡Ánimo, que ya casi los tenemos! —gritó una voz desconocida.

—¡Vamos, Inocencio! —lo aguijoneó José, al ver que su compañero empezaba a quedarse rezagado—. ¡No podemos permitir que nos alcancen!

Inocencio refunfuñó, pero siguió corriendo. Saltaron por encima de un montón de basura en una callejuela angosta y estrecha, encontrándose de frente con una pared.

—Genial, un callejón sin salida —se quejó el chico.

Miraron atrás y comprendieron que estaban atrapados. La turba se iba reuniendo en la entrada del callejón, liderada por el hombre que había recibido el puñetazo. El sujeto gruñía con indignación y de sus ojos saltaban chispas, aunque uno de ellos ya comenzaba a rodearse con un halo purpúreo. La sonrisa maliciosa que dibujó en su rostro heló la sangre de los fugitivos. Rememorando sus días en el circo y con una agilidad felina, José trepó por el ángulo de las paredes y una vez arriba, le tendió la mano a Inocencio.

El chaval siguió a su compañero con movimientos entorpecidos por sus ropajes. Una vez encima del muro, los dos amigos suspiraron aliviados. José miró a Inocencio.

—Es ahora o nunca, compañero. ¡Tenemos que saltar!

Ambos se dejaron caer al vacío, riéndose con alivio al escuchar los gritos frustrados a sus espaldas, cuando la multitud se dio cuenta de que se les habían escapado. José aterrizó sobre sus pies con elegancia, mientras Inocencio caía de bruces con un grito.

—¡Ay, mis costillas! ¡Maldito corsé!

El policía soltó una carcajada y lo ayudó a ponerse de pie.

—Vamos, no seas quejica. No ha sido para tanto.

Inocencio le dirigió una mirada fulminante, al mismo tiempo que se sacudía el polvo del vestido.

—Para ti es fácil decirlo, no eres tú quien lleva faldas hasta los tobillos y un corsé que no deja respirar.

El inspector sonrió con indulgencia.

—De acuerdo, no te enfades. Lo has hecho muy bien. Como toda una dama.

Inocencio resopló, pero no pudo evitar reírse de su propia situación. José hizo un gesto para indicarle que guardara silencio, mientras escuchaban las protestas de la multitud enfurecida, al otro lado del muro. Aquellos sujetos habían quedado descolocados por un momento, pues se verían obligados a recorrer toda la manzana para alcanzarlos. Aliviado, el inspector consideró que eso les podía dar tiempo suficiente para alejarse de sus perseguidores. A través del muro escucharon la voz ronca del líder.

—¡Vamos a por ellos! ¡No los dejaremos escapar!

José e Inocencio intercambiaron una mirada.

—Joder, van en serio —reconoció el joven—. Estos tíos están dispuestos a perseguirnos hasta el infierno. ¿Qué hacemos ahora?

Exhausto, Expósito apoyó su espalda contra el muro, mientras recuperaba el aliento.

—Déjame pensar

—Pues no tardes mucho, que estos cafres se nos presentan aquí en un pis pas.

Un grito los alertó.

—¡Allí están! ¡Al final de aquella calle!

—¡Maldita sea su estampa! ¿Es que no piensan desistir? —se quejó Inocencio.

José se asomó a la entrada de la calle, y comprobó que el grupo que los perseguía estaba a pocos metros.

—¡Vámonos de aquí! Este lugar ya no es seguro.

Inocencio hizo un gesto de asentimiento, y ambos regresaron a las calles.

Los dos amigos reiniciaron su carrera, con sus perseguidores pisándoles los talones de nuevo.

—Si salimos vivos de esta, tendrás que compensarme de alguna manera —sentenció Inocencio entre jadeos.

José dibujó una media sonrisa de complicidad.

—Trato hecho, pero ahora tenemos que centrarnos en despistarlos y ponernos a salvo.

—Si no te hubieras detenido a pensar… Que darle tanto a la sesera no trae sino problemas.

—¡Por aquí! —gritó Expósito, haciendo caso omiso a las quejas de su amigo, al mismo tiempo que señalaba una puerta semiabierta, que conducía a un patio trasero.

Entraron juntos y cerraron la puerta detrás de ellos.

—¿Crees que los despistamos? —preguntó el chico en tono esperanzado.

José se rascó la cabeza y después de detallar a su joven amigo, dibujó una sonrisa burlona. El elaborado vestido verde oscuro le quedaba grande, acentuando su complexión esmirriada, y los rizos de la peluca le caían sobre los hombros huesudos.

—Te ves muy elegante, señorita.

Inocencio le lanzó una mirada furibunda.

—Muy gracioso. Al menos, yo no parezco un pingüino desnutrido con ese ridículo chaqué.

El inspector soltó una risita. A pesar del peligro, disfrutaba la experiencia de la adrenalina corriendo por sus venas. Inocencio podía quejarse, pero José sabía que también le divertía la aventura. Se sentía como en los viejos tiempos, cuando eran dos pillos callejeros enfrentándose al mundo juntos.

Las palabras del chaval lo sacaron de sus remembranzas.

—¿Piensas sacarnos de esta o qué? —lo azuzó Inocencio.

Expósito vació sus pulmones de aire y miró a su alrededor, escudriñando los objetos cercanos, en busca de algo útil. De inmediato, descartó un par de cajas de madera abandonadas en un rincón. Entonces, su atención se centró en un tendedero, donde algunas ropas ondeaban con la brisa matutina. José le entregó a Inocencio una capa raída y un sombrero de ala ancha, para que ocultara su vestido. Él escogió un abrigo largo para sí mismo y completó el disfraz con una bufanda.

—Será mejor que esto funcione —murmuró el chaval, a la vez que prestaba atención a los pasos de la multitud que se acercaba.

—Confía en mí —le pidió José, con una sonrisa traviesa.

—¿Estás hablando en serio? Por haber confiado en ti, terminé metido en este brete —Inocencio suspiró con resignación, y con una ganzúa que llevaba escondida bajo el calcetín, cerró la puerta desde adentro—. Listo, esto impedirá que nos encuentren aquí. ¿Qué harías sin mí?

El inspector asintió sin borrar su sonrisa. Ambos permanecieron atentos y en silencio, dispuestos a reemprender la huida, en el caso de que la puerta cerrada no fuera suficiente para detener a sus perseguidores. Cuando la multitud llegó frente al patio, los fugitivos los escucharon maldecir, desde el otro lado.

—¿Dónde están esos cabrones? ¿Alguno de vosotros vio por dónde cogieron?

Un murmullo sordo fue la única respuesta.

—No pueden estar lejos —dijo otro.

Un escalofrío recorrió la espalda de José, cuando la puerta se sacudió sobre sus goznes.

—¡No están aquí! Está cerrada.

—No hay que dejarlos escapar.

—¡Por supuesto que no!

—A ver, formad cuatro grupos y vamos a buscarlos por todos los alrededores. Tienen que estar cerca. Además, a esta hora y con esas pintas es fácil verlos a la distancia. El que los encuentre, que grite para alertar a los demás. Seguro que los pillamos desprevenidos. ¡Se creen muy listos y se van a enterar de lo que vale un peine!

Con la oreja pegada a la puerta, Expósito levantó la mirada hacia Inocencio, que enarcó las cejas en un gesto, en el que se mezclaban la preocupación por la tenacidad de los tíos que los habían seguido desde la taberna, con la picardía por la diversión de la aventura. Pasaron algunos minutos, hasta que los ruidos cesaron en la calle.

—¿Crees que ya es seguro? —preguntó Inocencio en voz muy baja.

—Vamos a esperar un poco más —respondió el joven inspector con prudencia—. No creo que sean muy listos, pero no podemos confiarnos.

Ambos permanecieron en silencio, escuchando con atención, por si alguno de sus perseguidores regresaba.

—Parece que se fueron —dijo José, al cabo de algunos minutos.

Inocencio prestó atención, tratando de identificar alguna señal de la presencia de los cafres que los perseguían. Entonces, volvió a usar la ganzúa para abrir la puerta. Después de comprobar la soledad de la calle, ambos salieron de su escondite con mucha precaución. Avanzaron con cautela, protegidos por los disfraces improvisados que cubrían sus ropas. José sintió que el corazón le golpeaba las costillas sin compasión.

—Vamos a separarnos —sugirió el policía—. Quizá así los despistemos.

—De acuerdo —respondió Inocencio—. Nos veremos en la posada San Marcos. ¡Ah!, pero antes de que tomemos caminos diferentes, debo decirte algo importante…

—¿Qué?

—Esta me la debes, Expósito. Es la última vez que me pongo falda por ti —un brillo travieso en los ojos del chico desmintió sus palabras—. La próxima vez que planees una infiltración, será mejor que te asegures de que no tenga que ponerme otro vestido o el que recibirá el puñetazo serás tú.

José desplegó una sonrisa y palmeó el hombro de su amigo.

—De acuerdo, pero insisto en que te queda muy bien.

Después de ignorar el gruñido de protesta de Inocencio, el inspector hizo un leve gesto de despedida con la mano, le dio la espalda y comenzó a andar en dirección a la posada. Mientras recorría las calles empedradas, se aseguró de que nadie lo seguía y trató de pasar desapercibido entre aquellos vecinos, que habían comenzado sus jornadas antes del amanecer. La luz cubrió Salamanca con una luz que se reflejaba en las fachadas de arenisca con un reluciente tono dorado. Lo alcanzaron los aromas del pan recién horneado y el café tostado, confirmándole que la ciudad ya se había despertado. El murmullo de las conversaciones de los vecinos comenzaba a llenar el silencio del alba, y amortiguaba el golpeteo de sus botas sobre los adoquines de piedra.

Cuando llegó a la posada San Marcos, el inspector abrió la puerta y agradeció el calor que le proporcionaba el refugio. Cruzó el vestíbulo vacío y lo recibió el ambiente acogedor del comedor. La tenue luz de la mañana se filtraba a través de las ventanas y caía sobre las mesas. La posada San Marcos era un aposento sencillo, pero cómodo. Allí sus huéspedes podían descansar después de un largo y laborioso día.

José comprobó que todavía las mesas estaban vacías, con excepción de la que ocupaba Inocencio. Su compañero había llegado antes que él y lo esperaba sentado en una mesa del fondo, saboreando una taza de café con leche. Cuando el joven vio a José, agitó la mano para llamar su atención. El inspector se acercó a su amigo, con un paso tranquilo que contradecía sus recientes prisas.

—¿Tuviste algún contratiempo? —le preguntó el policía al chaval, al mismo tiempo que ocupaba la silla frente a él.

Inocencio suspiró.

—En realidad, no. Llegué hasta aquí sin ningún problema, pero ¿sabes qué es lo que más me molesta de todo lo que ha ocurrido...? — José se inclinó hacia adelante, con interés. El chaval dejó escapar un suspiro, al mismo tiempo que tocaba su labio superior con un gesto de tristeza—. He sacrificado mi bigote por nada.

El inspector sonrió con malicia.

—¿Bigote? ¿Qué bigote?

—¡Mi bigote! ¡El que me estaba dejando crecer! —exclamó Inocencio, sin disimular su frustración—. Casi empezaba a notarse y ahora… ya no está.

José se mordió los labios para contener una carcajada. Entonces, apoyó la mano en el hombro de su amigo y compuso una expresión de condolencia.

—Vamos, chaval. No te preocupes por eso ahora. Lo importante

es que salimos vivos, de una pieza y conseguimos escapar de esa turba enfurecida. El bigote... bueno, el bigote ya volverá a crecer.

# Capítulo 3

La lluvia golpeaba la ventana del comedor con fuerza. Una vez sentado frente a Inocencio, José comenzó a recuperarse poco a poco. Mientras la adrenalina se reducía en su sangre, su corazón recuperaba la normalidad. Pasada la urgencia, la fatiga se apoderó de todo su cuerpo y comenzó a sentir los músculos doloridos, como consecuencia del esfuerzo al que los había sometido. El inspector observó a Inocencio y comprendió que el chaval tenía el mismo problema. Su amigo mantenía los ojos abiertos a duras penas. Con una sonrisa, José centró su atención en la ventana y observó pensativo las gotas que la recorrían. A medida que las mesas del comedor iban siendo ocupadas por huéspedes hambrientos, las conversaciones en voz baja comenzaron a llenar el silencio.

—¡Vaya nochecita! —dijo Inocencio, captando la atención de su amigo—. Esta vez estuvo cerca.

—No te lo niego.

—Tengo más hambre que piojo de peluca. Espero que no tarde mucho el desayuno. Necesitamos recuperar fuerzas.

—Ya don Pancho lo trae —le anunció José, al mismo tiempo que centraba la mirada en la puerta por la que el posadero acababa de entrar, sosteniendo una bandeja.

El hombre, bajo y fornido, con un bigote poblado a la moda, se acercó a ellos y depositó sobre la mesa dos platos de huevos revueltos con tocino. El aroma a tocino frito dominó el comedor.

—Esto les devolverá las fuerzas, caballeros. Lo necesitarán, después de la mañana que han tenido —dijo, con una sonrisa cómplice.

Las noticias volaban. Y si hasta el posadero se había enterado de su aventura, ¿cuánto tardaría en saberlo el comisario? Después de llenar sus pulmones de aire, el inspector decidió que se preocuparía de esa posibilidad cuando llegara el momento. José miró a su alrededor. Los demás huéspedes habían ocupado poco a poco el resto de las mesas y ahora desayunaban con tranquilidad, ajenos a sus peripecias. El inspector decidió imitarlos.

Inocencio ya había atacado su desayuno. Él siguió su ejemplo, pero con menos entusiasmo. Al cabo de pocos minutos, el chico ya había vaciado el plato y saboreaba su café con leche, mientras José

apenas había comido la mitad de su ración.

Inocencio, con la taza en la mano, centró su interés en la puerta del comedor que tenía al frente.

—Alguien te busca.

El inspector frunció el ceño y siguió la mirada de Inocencio. ¿Los habrían encontrado sus perseguidores? Dejó escapar un suspiro de alivio cuando vio el uniforme y reconoció a Romero, uno de los agentes de la comisaría. Estaba empapado, y por su respiración agitada era evidente que había hecho el trayecto corriendo. José e Inocencio intercambiaron miradas de preocupación, antes de que el primero hiciera gestos al joven agente para que se acercara.

—Inspector Expósito, el comisario me envió a buscarlo —le anunció el agente, con la voz todavía entrecortada—. Quiere que se presente en la comisaría de inmediato.

José sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Se preguntó si el comisario ya se habría enterado del incidente de esa mañana. La policía contaba con informantes en toda la ciudad. Y los recientes acontecimientos no tenían cabida en el reglamento. Si se descubría su aventura, podría verse en serios problemas. Se esforzó en mantener la calma cuando preguntó:

—¿Y qué quiere el comisario?

—Lo siento, señor. No me lo dijo —respondió Romero con un parpadeo—. Solo insistió en que era urgente. Me ordenó que lo encontrara, sin importar dónde estuviera.

José tragó saliva y apartó el plato a medio terminar. Había perdido el apetito.

—Gracias, Romero. Iré enseguida.

El agente hizo un saludo militar y se marchó de inmediato, lo cual le dio una medida al inspector, acerca del humor del comisario. José expulsó el aire en un resoplido. Su cabeza era un torbellino de pensamientos. Si don Carlos lo había enviado a buscar debido al incidente en «El Cuervo Rojo», tendría que prepararse para enfrentar las consecuencias.

—¿Crees que lo que pasó esta mañana te traerá problemas? —preguntó Inocencio con honesta preocupación.

El inspector se quedó pensativo por un instante.

—Todavía no lo sé, pero estaré en problemas si no obedezco la llamada sin demora.

—No te preocupes tanto. Ya verás cómo todo sale bien. Quizá don Carlos se enfade, pero no puede permitirse perder un elemento como tú.

José sonrió. La confianza de Inocencio era contagiosa. Aunque la incertidumbre lo carcomía por dentro, el joven inspector tragó saliva y se levantó de la silla.

—Será mejor que me marche. No creo que sea buena idea hacer esperar al comisario.

—Suerte —le deseó Inocencio.

El inspector sonrió, se alisó el chaleco y se ajustó la corbata, antes de salir de la posada. Resignado a su suerte, recorrió las calles adoquinadas en dirección a la comisaría. Durante el trayecto dio vueltas en su cabeza todo lo que había ocurrido aquella mañana, desde que visitaron la taberna. Lamentó el fracaso de lo que había creído que era un buen plan. Estuvieron tan cerca de conseguir información crucial sobre la ola de robos de caballos que azotaba a la ciudad… Sin embargo, también era consciente de que había asumido riesgos excesivos. Involucró a un civil y lo puso en peligro, aunque ese civil fuera Inocencio, quien era capaz de defenderse, incluso mejor que él. Por desgracia, no creía que eso fuera suficiente para justificarlo frente a don Carlos. Era muy probable que ahora tuviera que enfrentarse a consecuencias graves, a causa de su «genial idea».

Un carruaje pasó zumbando junto a él, sacándolo de sus meditaciones. El ruido de los cascos de los caballos en los adoquines llenaba el ambiente. José alcanzó a percibir el desagradable olor a bosta de las calles más transitadas, como si fuera una premonición de lo que le esperaba. Un nudo atenazó el estómago del inspector cuando por fin llegó a la comisaría. Se esforzó por mantener la compostura. Para argumentar una buena defensa frente a don Carlos, debía creer en su propia inocencia. José se detuvo un instante frente al edificio, y permaneció allí hasta que consiguió tranquilizarse. Una vez que alcanzó la serenidad suficiente, cruzó la puerta con resignación. Se había preparado para enfrentarse al comisario y defender sus acciones, si fuera necesario. Aunque reconocía que todo había salido mal, el trabajo de infiltración se llevó a cabo con un objetivo importante: los robos a los establos ya habían perjudicado a demasiadas personas y estaban dejando en ridículo a la Policía. Había que detenerlos.

Quintana, el agente que vigilaba la puerta, lo recibió con una sonrisa torcida.

—Menuda la que han liado esta mañana. Esta vez se ha lucido, señor inspector.

—Yo… Eh…

—Será mejor que no haga esperar al comisario.

José pasó de largo y subió las escaleras de la comisaría a paso lento, como si no quisiera llegar. Recorrió el pasillo hasta el final, ignorando las sonrisas sarcásticas de los agentes con los que se cruzaba. El inspector esperó un instante, mientras reunía el valor para enfrentarse a su superior. Suspiró. No tenía caso retrasar lo inevitable. Golpeó con suavidad, como si temiera ser escuchado.

—¡Adelante! —ordenó una voz profunda y autoritaria.

José entró al despacho con el alma en vilo.

—Inspector Expósito. Me alegra que haya acudido a mi llamada de inmediato.

El joven policía sintió un vuelco en el estómago. Que don Carlos le dispensara un trato formal era un mal augurio. Además, su voz era fría y distante. José tragó saliva y se preparó para lo peor.

—Estoy aquí para servir en lo que pueda, comisario —respondió, haciéndose el longuis—. ¿En qué puedo ser útil?

—Veremos si su diligencia de hoy es igual de efectiva que la de su reciente aventura. Según me acaban de informar, esta mañana usted y el joven Garrido se involucraron en una persecución, que terminó en un disturbio público. ¿Tiene algo que decir al respecto? —preguntó el comisario, mirándolo a los ojos.

José parpadeó como si hubiera recibido un puñetazo, pero se mantuvo erguido y apretó los dientes, preparándose para lo que venía.

—Comisario, puedo explicarle… Yo… Señor, lamento haber actuado sin su consentimiento, pero… me llegaron rumores de que algunos sujetos de la banda de ladrones de caballos pensaban reunirse en «El Cuervo Rojo», poco antes del amanecer. Según mis informantes, iban a aprovechar que la taberna permanecería abierta después del horario establecido, debido a la proximidad de la celebración de «El Mariquelo». Pensé que si conseguíamos infiltrarnos, quizá...

—¿Y necesitaba hacerse acompañar por su amigo disfrazado de mujer?

—Asistir en compañía de una dama facilitaba mi camuflaje como policía. Y como comprenderá, no podía llevar a una verdadera dama a un lugar como ese...

—Ya lo supongo, ya. ¿Y en sus planes también estaba que Garrido amoratara el ojo de uno de los clientes?

—Es que quiso sobrepasarse... Inocencio no pudo contenerse y le dio un puñetazo... Entonces, comprendieron el engaño y... lo lamento, don Carlos. Lo hice para detener lo antes posible a los ladrones que azotan Salamanca, señor.

El comisario enarcó una ceja.

—No estamos aquí para discutir tus motivos, sino los métodos para conseguirlos. Tus actos tienen consecuencias, tanto para ti como para esta comisaría. ¿Cómo vamos a ejercer autoridad para imponer la Ley, si dejan de tomarnos en serio? No puedo tolerar que mis hombres actúen por su cuenta de forma tan poco... ortodoxa. ¿Cómo esperas que le explique esto al Jefe Superior de Policía cuando le llegue la queja? Que le llegará.

Que el comisario volviera a tutearlo sosegó un poco el ánimo del joven inspector. José aceptó la reprimenda en silencio.

—No volverá a suceder, señor. Le doy mi palabra.

El comisario estudió su rostro por un momento, antes de asentir.

—Comprende que ya no eres un ladronzuelo que va por libre y que puede saltarse las normas, para salirse con la suya. Ahora formas parte de una institución respetable, y tienes que guardar el decoro.

—Sí, señor.

—Ahora bien, ¿conseguiste alguna información útil sobre la banda en esa infiltración?

—Me temo que nos descubrieron, antes de que pudiéramos averiguar algo —reconoció José, sin disimular su decepción.

—Ya veo. Así que, después de todo, nos pusiste en ridículo para nada.

—Lo lamento, señor.

El comisario Holguín resopló como un toro y sacudió la cabeza.

—Espero que semejante patochada no se repita.

—No, señor.

—Sin embargo, ese no es el motivo por el que te hice venir.

—Ah, ¿no? —preguntó José, desconcertado y esperanzado.

El comisario se quedó pensativo por algunos momentos y negó despacio con la cabeza. Se levantó del asiento para acercarse a la ventana, por la que todavía corrían gotas de la lluvia recién caída. Entonces, miró con atención hacia la calle.

—Voy a relevarte del caso del robo de los caballos —sentenció don Carlos con voz firme—. Asignaré al inspector Rodríguez para que te releve. Es un hombre metódico y sabe seguir las órdenes al pie de la letra. Creo que es la persona más indicada para continuar la investigación. Asegúrate de proporcionarle toda la información que has recopilado hasta ahora.

La frustración de José fue dando paso al enojo. Rodríguez era un buen policía, pero carecía de la creatividad y la astucia callejera, que se necesitaban para infiltrarse en el mundo criminal.

—Señor, con el debido respeto, creo que nadie conoce a esa gente como yo. Déjeme seguir con el caso. Le prometo que no volveré a cometer ningún error y seguiré las normas al pie de la letra.

El comisario sacudió la cabeza.

—Ya tomé una decisión, Expósito. Y necesito que acates mis órdenes sin cuestionarlas.

El enojo de José se transformó en decepción. Sabía que discutir con don Carlos sería inútil. Su fama de testarudo lo precedía.

—Sin embargo —continuó el comisario—. No creas que te librarás del trabajo. Si te aparto del caso de los robos, es porque tengo una nueva tarea para ti.

José arqueó las cejas, recuperando el interés.

# Capítulo 4

La débil luz de la mañana iluminaba el rostro del comisario a través de la ventana tapizada por la lluvia, mientras José esperaba expectante que su superior le explicara los detalles de la nueva asignación. El leve temblor de sus manos era señal de que todavía no se recuperaba de su reciente fracaso. Aquel error le pesaba en el alma. Le dolía haberle fallado al comisario y necesitaba demostrarle que podía confiar en su trabajo policial. Holguín giró sobre sí mismo, para mirar de frente a su subalterno.

—Se ha cometido un asesinato.

—¿Un asesinato? ¿En Salamanca? —don Carlos asintió—. ¿Cómo es que no me había enterado?

—Acabo de recibir la notificación —le informó el comisario con preocupación—. La víctima era lord Edmund Fernsby, un conocido erudito, hijo de un miembro del Parlamento británico. Mantenía buenas relaciones con la universidad. Su cuerpo fue encontrado esta mañana en «La casa Bracamonte».

José contuvo el aliento. El asesinato de un aristócrata extranjero, en una casa señorial con tanta «solera», iba a ser un escándalo.

—Es inaudito…

—Lo sé. Necesito que encuentres al culpable lo antes posible, José. Debemos detener al asesino, antes de que nos veamos envueltos en un incidente diplomático. También deberás averiguar cuáles fueron los motivos detrás del crimen, por supuesto —ordenó el comisario—. Confío en ti, Expósito. Tienes 48 horas.

La noticia impactó a José como un golpe en el pecho. Aunque todavía lamentaba haber sido retirado de la investigación por la que tanto se había esforzado, la gravedad del nuevo caso le hizo comprender que debía dejar atrás sus preocupaciones personales, y centrarse en la tarea que tenía por delante.

—Entiendo la urgencia de la situación y le prometo que me esforzaré en resolverlo cuanto antes, don Carlos —respondió el joven inspector, asintiendo con solemnidad—. Sin embargo, quisiera seguir colaborando en el caso de los robos. Estoy seguro de que mi ayuda le resultaría de utilidad a Rodríguez.

El comisario miró a su subalterno con severidad.

—No puedo permitir que dividas tu atención entre dos casos tan importantes, José. Es crucial que te centres en resolver el asesinato de lord Fernsby. Te aseguro que mi decisión no es un castigo, sino una asignación trascendental.

José frunció el ceño, pero cedió a los argumentos de su superior.

—Muy bien, comisario. Me dedicaré al caso del asesinato con todo mi esfuerzo.

—Me alegra que estés de acuerdo —dijo Holguín con un tono más amable. Entonces, cogió una carpeta de su escritorio y se la entregó—. Aquí encontrarás la información que hemos conseguido reunir hasta ahora: lord Edmund llegó a la ciudad hace tres días. Mantenía un fuerte vínculo con la Universidad de Salamanca. No sabemos qué hacía en «La casa Bracamonte» en plena noche, pero su cuerpo fue encontrado apuñalado en la biblioteca.

—¿La familia…?

—Están ausentes de la ciudad. La casa está cerrada y a cargo de un mayordomo, por lo cual no se comprende qué hacía lord Fernsby en ese lugar, a esas horas.

José cogió la carpeta y su cabeza comenzó a barajar posibilidades.

—Le prometo que esta vez no le fallaré, señor.

—Me complace escucharlo. Estudia los informes y comienza la investigación en «La casa Bracamonte» —ordenó el comisario—. Recuerda la importancia de resolver este caso lo antes posible.

—Sí, señor. Me pondré manos a la obra de inmediato.

Cuando salió del despacho del comisario, José se encontró con el inspector Leandro Rodríguez, que lo esperaba en una esquina del pasillo, y lo abordó en cuanto cruzó la puerta.

—Inspector Expósito. Supe lo que ocurrió. Lamento que le hayan retirado del caso de los ladrones de caballos, pero le prometo que me esforzaré en terminar el trabajo que comenzó. Estoy seguro de que ha conseguido avances muy valiosos.

José asintió con gratitud, consciente de que la experiencia y lealtad de Leandro, serían valiosas para llevar a buen fin el trabajo, que había tenido que dejar inconcluso.

—Muchas gracias. Por favor, llámeme José. Si vamos a compartir información sobre la misma investigación, será mejor dejar a un lado las formalidades.

Rodríguez desplegó una sonrisa honesta.

—Muy bien, José. Entonces, puedes llamarme Leandro.

—De acuerdo. Debo acudir de inmediato a «La casa Bracamonte», para ocuparme de la nueva investigación que me asignaron. ¿Por qué no me acompañas? Así podré ponerte al día con

respecto de los robos, mientras andamos.

—Me parece bien.

Con renovada determinación, José se encaminó al lugar de los hechos, acompañado por Leandro, quien escuchó con atención toda la información que había recopilado sobre los robos a los establos. En cuanto se acercaron a la Plaza Mayor, el inspector Rodríguez se despidió para retomar las indagaciones, donde José se había visto obligado a abandonarlas.

Aunque, como cualquier salmantino había pasado muchas veces frente a la antigua construcción, por primera vez fue consciente de la majestuosidad del edificio que tenía ante él. Los detalles de la arquitectura cobraban vida bajo los primeros rayos del amanecer. Los arcos tallados, los dinteles y las altas ventanas, eran una invitación para quien se atreviera a descubrir los misterios que albergaban. Los demás transeúntes circulaban apresurados como tantas veces había hecho él mismo. Centrados en sus propias vidas, ninguno se percataba del encanto que irradiaba aquel edificio.

Sin embargo, para José algo había cambiado. Ahora, cada elemento era más que un simple objeto arquitectónico. Con una intensidad que casi podía palpar, quería descubrir los secretos que guardaban aquellas centenarias paredes, acerca de lo que había ocurrido entre ellas.

Uno de los agentes de la comisaría vigilaba la puerta. Al verlo, se llevó la mano a la frente para saludarlo. Entonces, se hizo a un lado para permitirle pasar.

—Lo están esperando en la biblioteca, inspector.

Apenas José cruzó el umbral, lo rodearon los intensos efluvios del pasado. El aroma de la madera antigua se volvió tangible, a medida que el polvo retenido en cada partícula de aire, le susurraba relatos de una época lejana. Después de recibir las instrucciones, acerca de cómo llegar a la escena del crimen, José atravesó el vestíbulo. Tuvo la impresión de retroceder un poco más en el tiempo con cada paso que avanzaba. Cuando llegó al patio interior, observó las sombras que las columnas proyectaban, dibujando trazos sobre la piedra, donde cada ondulación estaba diseñada para contar su propia historia. Mientras recorría los pasillos embaldosados, sus pasos resonaban y parecían rebotar con el artesonado del techo.

La escalera invitaba al visitante a descubrir los misterios ocultos en las estancias superiores, pero lo que más desconcertó a José, fue el silencio sepulcral que predominaba en el interior de la casa. No había sonido alguno. Ni siquiera el rumor del tránsito exterior. Era como si los gruesos muros estuvieran decididos a guardar todos sus secretos.

Un escalofrío recorrió la espalda del policía, cuando se atrevió

a romper ese hechizo de silencio con sus pasos. Tuvo la sensación de que las paredes de piedra le advertían que allí, donde belleza y misterio se fundían para crear algo único, las apariencias siempre eran engañosas.

José se sacudió los temores infundados, nacidos de supersticiones sin sentido y se centró en su objetivo: su cometido era resolver el asesinato de lord Edmund Fernsby, y no iba a permitir que nada lo desviara de su camino. Se lo debía al comisario y a sí mismo.

# Capítulo 5

Cuando Cipri salió de la posada San Marcos en dirección al trabajo que le había conseguido Inocencio, ya Salamanca había despertado y se encontraba inmersa en sus actividades cotidianas. El chico se ajustó la vieja chaqueta que su amigo le había regalado. Un poco grande, pero lo bastante abrigada para afrontar el frío matutino. Aunque una gruesa capa de nubes cubría el cielo, algunos rayos de sol conseguían abrirse camino a través de ella y alcanzar las superficies de piedra de los edificios, haciéndolos brillar con reflejos dorados. Aquella ciudad le fascinaba. Cipri llenó sus pulmones con el olor a piedra húmeda, que se mezclaba con todos los aromas de la ciudad que acababa de despertar.

El chiquillo cruzó la Plaza Mayor, que ya estaba cobrando vida. Los vendedores montaban sus puestos, y el aroma del café y los churros reemplazaban al del pan recién horneado de las horas del alba. Los primeros habitantes comenzaban a llenar el espacio, y creaban una melodía con sus voces y risas. Una música de fondo que solo podía pertenecer a esa ciudad.

El entusiasmo imprimió prisa a los pasos del chaval. Sus mejillas estaban sonrojadas por el frío y sus ojos brillaban de emoción, cuando pensaba en el trabajo que le esperaba en los establos. Se abrió paso entre los vendedores ambulantes y los primeros carruajes que empezaban a circular, al mismo tiempo que le agradecía a Inocencio para sus adentros, por haberle encontrado ese empleo como aprendiz de mozo de cuadra. Era mucho más de lo que nunca hubiera aspirado cuando era el chico de los recados en Castañal, la ganadería donde había trabajado su padre, antes de morir bajo las astas de un toro. Salir de Avernesa, el pequeño pueblo donde nació, y vivir en la gran ciudad, donde las oportunidades se abrían frente a él, era un sueño hecho realidad. Además, estaba aprendiendo un oficio que le permitía estar cerca de sus adorados caballos. Sin embargo, Cipri aspiraba a ser mucho más que un mozo de cuadra.

Cada mañana, desde hacía varios meses, el chaval llegaba muy temprano al establo, donde cuidaba a los valiosos animales que pertenecían a aquellos vecinos que se podían permitir una cabalgadura. El chiquillo disfrutaba el acicalamiento de cada uno de los nobles equinos, pero no todos sus protegidos eran iguales:

Macabeo ocupaba un lugar especial. El magnífico isabelino que pertenecía al inspector Expósito, su tutor y protector, era su caballo favorito. Su contextura musculosa y su lustroso pelaje dorado, sumados a un carácter apacible, lo convertían en un caballo especial. Además, era la montura de don José, el hombre que le había proporcionado la oportunidad de vivir en la ciudad y tener un futuro prometedor.

Cuando pasó frente a la Catedral de Salamanca, el chico se detuvo un momento, impresionado ante la imponente construcción. Todavía lo dejaba sin aliento. Bañadas por la luz del sol, las vetas y detalles de la piedra se revelaban en todo su esplendor. El sonido de las campanadas que anunciaban el avance del día sacó a Cipri de su estupor. El chaval reanudó su camino, apurando el paso. Mientras zigzagueaba entre los transeúntes, los vendedores ambulantes y las mercancías exhibidas por las tiendas cercanas, el chiquillo iba fantaseando con el día en que se convirtiera en policía, y tuviera su propio caballo. Sería el mejor ayudante para don José, y con él aprendería todos los secretos del oficio.

El golpeteo de los cascos y el rumor de las conversaciones a su alrededor, acompañaron sus pensamientos. Tendría su propio caballo, sin lugar a duda, pero Macabeo seguiría siendo especial. Era su amigo, y un amigo es para siempre. Distraído como iba, dio un respingo cuando el ruido de un carruaje que pasó muy cerca, le hizo desviar la mirada.

—¡Aparta, mocoso! ¿Es que no tienes ojos en la cara? —le gritó el cochero.

El chaval se detuvo por un momento y dejó pasar el vehículo. A bordo del carruaje iba una niña de cabellos dorados, que lo contempló con curiosidad. El chiquillo sintió calor en sus mejillas y desvió la mirada. Solo reanudó su camino cuando estuvo seguro de que la carroza se había alejado.

Mientras avanzaba por las transitadas calles de aquella ciudad que le parecía enorme, Cipri pensó en su futuro. Un futuro, que gracias a don José y a Inocencio, estaba cargado de posibilidades con las que nunca había soñado.

El chaval sentía que Salamanca le ofrecía un mundo de oportunidades. Le encantaba observar a la gente yendo de un lado a otro, los carruajes traqueteando sobre los adoquines, los gritos de los vendedores, anunciando sus productos.

Cuando el chiquillo llegó a la esquina más cercana a la manzana del establo, lo alcanzó el delicioso aroma de las empanadas que una anciana vendía a los transeúntes. Las ofrecía con voz ronca desde su improvisado puesto callejero, el cual solo contaba con una mesa rústica y un banquito de madera. Cipri se detuvo y se animó a

comprar una. El sabor cálido y reconfortante de la masa crujiente, rellena de carne y verduras, le hizo sentir todavía más satisfecho con su nueva vida.

Ya se encontraba muy cerca del establo donde Macabeo y los otros caballos esperaban sus cuidados. En su mente se hicieron presentes el olor a heno y estiércol, el tacto de las ásperas cerdas del pelaje de Macabeo, y el sonido de los cascos golpeando el suelo de piedra. Se apresuró, ansioso por llegar. Hambriento como estaba, terminó su empanada con un par de bocados. Su corazón latía con fuerza por la emoción, frente a la expectativa de encontrarse con Macabeo y sus compañeros equinos.

Le faltaban pocos metros para llegar, cuando su atención se centró en un grupo de vecinas que conversaban entre ellas. Lanzaban miradas de inquietud al establo, y hablaban en murmullos. Los jóvenes oídos de Cipri consiguieron comprender las preocupantes palabras de las mujeres.

—¿Supisteis la noticia de los caballos desaparecidos en la ciudad? —preguntó una de ellas, mirando a uno y otro lado como si temiera que alguien más la escuchara.

—Mi marido dice que podría haber bandoleros acechando cerca... —respondió otra, bajando aún más la voz.

—¡En plena Salamanca! ¡Dios nos libre! ¿Cómo podremos dormir tranquilos con semejante peligro?

—Pues mi Sancho dice que ya han asaltado tres establos en los últimos diez días, que no dejaron ni el heno. También dice que la Policía no hace nada, que no saben por dónde empezar a buscarlos.

La primera mujer se santiguó.

—¡Qué tiempos vivimos! ¿Cuándo se había visto que malvivientes se atrevieran a tanto? ¡En plena ciudad!

Un mal presentimiento se apoderó de Cipri, y un escalofrío recorrió su espalda. Comenzó a correr, ansioso por asegurarse de que Macabeo se encontraba en su cuadra, esperándolo como cada mañana.

Cuando el chico por fin alcanzó el establo, notó el evidente contraste con la calle. El aire de la caballeriza estaba cargado con los olores del estiércol y el heno. El chaval sintió la acogida del característico ambiente como un abrazo amable. Sin embargo, en esta ocasión, había algo muy extraño. El establo se sentía diferente. Era el silencio. No escuchó los suaves relinchos de bienvenida ni el golpeteo ligero de los cascos cuando los caballos se movían. Con el corazón latiendo con fuerza en su pecho, Cipri abrió con mucho cuidado la puerta del establo, temiendo lo peor.

En cuanto el chiquillo se asomó, su corazón se detuvo por un instante: la caballeriza estaba vacía. Todos los caballos habían desaparecido, incluido Macabeo. Lo abrumaron la preocupación y el

miedo. No comprendía cómo había podido ocurrir esa desgracia.

—¡Macabeo! —gritó el chiquillo con desesperación, al mismo tiempo que recorría el establo completo, en una carrera desesperada —. ¡Macabeo!

El chaval se detuvo jadeando en medio del corral, al mismo tiempo que contemplaba las cuadras vacías, mientras todo su mundo estallaba en una burbuja. Gruesos lagrimones comenzaron a recorrer sus mejillas.

—Macabeo, ¿dónde estás? Por favor, Dios, no dejes que lo pierda a él también —murmuró casi para sus adentros, mientras escrutaba cada rincón, con la esperanza de que su querido amigo apareciera desde la nada. No hubo respuesta ni milagro. Tan solo el eco de su voz, que resonó en el establo vacío.

Cipri sintió que le flaqueaban las piernas y se dejó caer al suelo, agobiado por la angustia. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Cómo podía encontrar a Macabeo y a los demás caballos desaparecidos? Se secó las lágrimas con las palmas, enfadado consigo mismo. Llorar como un crío no iba a servir de nada. Macabeo lo necesitaba. ¿Acaso él no quería ser un valiente policía cuando fuera mayor? ¡Pues vaya comienzo! Hizo un esfuerzo por tranquilizarse, por pensar. Recordó los rumores que había escuchado antes de entrar al establo. Aquellas mujeres hablaron de bandoleros. En plena ciudad de Salamanca. ¿Se habrían llevado ellos a Macabeo y el resto de los caballos? De inmediato, tuvo claro lo que tenía que hacer.

Sin perder un segundo más, Cipri se levantó y corrió de vuelta a la posada San Marcos. Don José ya se habría marchado, pero estaba seguro de que Inocencio sabría dónde encontrarlo. Tenían que rescatar a Macabeo, antes de que fuera demasiado tarde y lo perdieran para siempre.

# Capítulo 6

Cuando José cruzó el umbral de la biblioteca de «La Casa Bracamonte», sintió la piel pegajosa por la humedad que siguió a la lluvia. Lo recibió el olor característico de los libros viejos y la madera pulida. El joven inspector examinó la habitación. Observó los estantes de roble que se alineaban en las paredes hasta el techo, llenos de libros encuadernados en piel con títulos en letras doradas. La luz de la mañana entraba a través de la ventana. Los muebles también eran predecibles. Además de la mesa de roble macizo del centro, frente a la chimenea de piedra había dos sillas de respaldo alto y un sofá de cuero. En el centro de la biblioteca, se encontraba el cuerpo sin vida de lord Edmund Fernsby.

El cadáver estaba tendido bocabajo, con el rostro cubierto por las sombras. Los ojos vidriosos de la víctima miraban al vacío sin ver. La sangre que había manado de su herida en el pecho teñía la alfombra con una mancha oscura, sobre la que reposaba el cuerpo inerte, creando un aura macabra a su alrededor. Dos agentes se mantenían firmes e inmóviles, vigilando desde esquinas diferentes del salón.

—Me complace comprobar que el cuerpo no ha sido retirado —les dijo José a los policías que protegían el lugar del crimen.

—Sí, señor. En la comisaría nos informaron que usted se ocuparía de este caso, y sabemos que no le agrada que nadie toque nada, antes de su llegada —respondió el más joven de los agentes.

El inspector asintió con satisfacción. Aunque sabía que sus métodos de investigación no eran habituales, en vista de los buenos resultados que conseguía, sus compañeros y subalternos habían aprendido a aceptarlos.

Antes de acercarse al cuerpo, el inspector revisó cada detalle del lugar del crimen, desde las lámparas de aceite de las paredes, hasta las puertas y ventanas, sin dejar de comprobar cada una de las cerraduras. Gracias a su experiencia como ladrón reformado, pronto llegó a la conclusión de que ninguna había sido forzada. Era evidente que el asesino de lord Edmund fue capaz de entrar en la biblioteca, usando otra estrategia.

—¿Cómo pudieron llegar la víctima y el asesino hasta allí? Y de todos los lugares posibles, ¿por qué se decidieron reunirse en esta

casa? —se preguntó José en voz baja.

Mientras revisaba la habitación con orden meticuloso, un destello llamó su atención. Era un pequeño objeto brillante que se encontraba en un rincón, cerca de la mano extendida de la víctima. ¿Lo habría dejado caer lord Edmund en el momento de su muerte? El lugar donde estaba así lo sugería. Expósito se agachó para identificar la pieza y detallarla. Se trataba de una moneda de oro, que por su tamaño parecía de cinco duros, pero que en lugar de la acuñación, tenía un extraño símbolo grabado en una de sus caras.

El inspector se preguntó si tendría alguna relación con el homicidio, pero ¿qué significaba? ¿La extraña moneda le había pasado desapercibida al asesino o no tenía importancia para él? El más joven de los agentes se acercó a José, con la curiosidad pintada en el rostro.

—¿Eso tiene alguna relación con el asesinato, señor?

—Tal vez… Eres el novato, ¿no es así?

—Sí, señor.

—¿Cuál es tu nombre?

—Argimiro García, señor. Para servir a Dios y a usted.

—Quédate cerca, Argimiro. Quizá necesite tu ayuda.

—Sí, señor.

Solo cuando se dio por satisfecho con el registro minucioso del lugar donde se había cometido el crimen, Expósito se acercó al cadáver, cuidando guardar cada detalle en su memoria. Lord Edmund había quedado tendido bocabajo, y era evidente que en el momento de su muerte, miraba hacia la pared que estaba detrás del único sillón. Una pared en la que solo había una lámpara de queroseno. José frunció el ceño. ¿El asesino sorprendió a lord Edmund cuando se acercaba a la lámpara? ¿Se encontraba la biblioteca a oscuras cuando ocurrió el crimen? Quizá el criminal lo acechaba entre las sombras, y lo sorprendió cuando el erudito intentó encender el candil. El inspector sacudió la cabeza, todavía confundido, sintiendo el peso de la mirada de los agentes sobre él. Se esforzó en concentrarse en su tarea.

Cuando José se arrodilló junto al cuerpo de lord Edmund, lo alcanzó el olor metálico de la sangre. Con delicadeza, Expósito giró el torso de la víctima. La camisa estaba desgarrada y empapada de

sangre en el pecho. La herida era un tajo limpio y certero, directo al corazón. ¿El asesino sabía lo que hacía? O tal vez se trató de una coincidencia.

El inspector comprendió que no tenía suficiente información. Tendría que averiguar más acerca de las circunstancias del crimen, poniendo en práctica lo que los médicos forenses le habían enseñado durante su corta carrera como investigador. Después de proteger su mano con un guante de tela que sacó del bolsillo interno de su chaqué, introdujo un dedo en la herida con mucho cuidado. Siguió la trayectoria del arma homicida. Se dio cuenta de que el corte era profundo y de que seguía una leve curva.

La forma de la herida le recordó a una navaja desolladora. Era común entre muchos oficios, como curtidores, talabarteros, agricultores y cazadores, así que su identificación no arrojaba muchas luces sobre el caso. José comprobó con cuidado las ropas y manos del cadáver, en busca de heridas menores o rasguños. Detalló sus dedos, para comprobar si había sangre seca bajo las uñas. Aunque fue muy minucioso, no encontró ninguna señal de que la víctima se hubiera defendido. Por lo visto, el asesino había sorprendido a lord Edmund, sin darle ninguna oportunidad.

El cuerpo ya presentaba rigidez cadavérica completa, lo cual le permitió calcular que había muerto hacía ocho horas al menos. Durante la noche, sin duda. Tratando de mantener el respeto por el difunto, revisó sus bolsillos con delicadeza. En uno de ellos encontró una cajita de cerillas, con un nombre impreso en ella: «Posada El Águila Dorada». Se trataba de uno de los albergues más exclusivos de la ciudad. Al menos, ya sabía dónde se había hospedado la víctima. En otro bolsillo, el inspector encontró un estuche de madera labrado en plata. Un fino trabajo, digno de un artesano muy hábil. En efecto, estaba firmado por Isidoro González, un reconocido platero de la ciudad, favorito de la clase alta de Salamanca. José abrió el estuche, al mismo tiempo que se preguntaba si tendría alguna relación con el asesinato.

—¿Encontró algo, señor? —preguntó Argimiro, que no perdía ningún movimiento de su superior.

—Un estuche de madera, firmado por Isidoro González —murmuró José, más para sus adentros que para su subalterno.

—¿Piensa que el platero estuvo involucrado en el crimen, señor?

—No lo sé. Es demasiado pronto para sacar conclusiones —sentenció el inspector—. Sin embargo, no debemos descartar ninguna posibilidad, así que será necesario tenerlo en cuenta.

Expósito contempló el interior del estuche de madera con sumo cuidado. Encontró un exclusivo portaplumas de ónice, plumillas de

repuesto y un pequeño tintero portátil. Gracias a su amistad con la condesa de Rocha, José sabía que el estuche que tenía en la mano se había vuelto muy popular, tanto entre la alta sociedad como entre los académicos de la universidad. No le resultó extraño encontrar uno en el bolsillo de un erudito. Aun así, decidió investigarlo. Después de todo, lord Edmund estaba en Salamanca de visita, así que era poco probable que lo influyeran las tendencias de moda locales. A menos que se tratara de un obsequio…

—Interesante —murmuró para sí mismo—. Si alguien se lo regaló a lord Edmund, me pregunto quién y con qué finalidad.

Cuando por fin se dio por satisfecho con la revisión de la escena del crimen y el cuerpo de la víctima, José volvió a ponerse de pie y llamó al agente que tenía más cerca.

—¿Quién ocupa la casa? —le preguntó.

—La familia propietaria no vive en Salamanca, señor. Y casi nunca visitan esta casa. Está a cargo de un mayordomo, que también tiene la tarea de contratar personal para su mantenimiento cuando es necesario.

—Quiero hablar con él.

El agente se llevó la mano a la frente en un saludo y salió de la biblioteca. No pasó mucho tiempo, antes de que regresara con el empleado doméstico, quien pálido y tembloroso, se plantó frente al inspector. Se presentó a sí mismo como Heraclio Domínguez. José lo miró con atención, intentando leer las emociones en su rostro.

—¿Por qué estaba lord Edmund en la biblioteca en medio de la noche? —preguntó el inspector con voz firme, pero tranquila.

—Yo… no lo sé, señor.

Expósito frunció el ceño.

—¿Tal vez prefiera responder a mis preguntas en la comisaría?

—No, no señor. Por favor, no quiero problemas. No vi nada malo en ello… El inglés era un señor y… ya sabe…

—Usted accedió a permitirle entrar en la casa de sus señores durante la noche.

Heraclio temblaba como una hoja agitada por el viento.

—No creí que estuviera haciendo mal a nadie, señor. Él me dijo que era un estudioso, que la casa tenía una enorme importancia histórica y que deseaba conocer su interior... Él... él me pagó un duro para que le permitiera entrar, pasada la medianoche —confesó el mayordomo, cada vez más pálido—. Compréndalo, señor. Era mucho dinero, y pensé que no haría daño a nadie. ¿Cómo podía imaginar…?

—¿Alguien lo acompañaba? —lo interrumpió José.

—No, señor… El profesor Fernsby estaba solo, como siempre… —El mayordomo cerró la boca y apretó los dientes, consciente de que había hablado de más.

—¿Cómo siempre? —repitió Expósito—. Entonces, no era la primera vez que visitaba esta casa.

—Eh… no, señor… El profesor Fernsby era un caballero. Yo… no creí estar haciendo nada malo, y lord Edmund era muy generoso.

La mirada del mayordomo se desvió hacia el cuerpo sin vida de la víctima. Sus hombros descendieron, como si un titiritero caprichoso los hubiera soltado de repente. José asintió despacio, comprendiendo lo que había ocurrido.

—Lo que usted hizo fue incorrecto, pero también entiendo por qué aceptó el dinero. Ahora necesito que vaya a la comisaría y preste declaración. No será arrestado, pero tendrá que rendir cuentas a sus patrones, por haber faltado a sus obligaciones.

Heraclio tragó saliva y se apresuró a salir de allí, escoltado por uno de los agentes. José se quedó pensativo por un momento. Estaba claro que lord Edmund había planeado una incursión nocturna a la biblioteca, pero ¿para qué? ¿Qué buscaba entre aquellos antiguos volúmenes? ¿Y quién lo acompañaba? El argumento del interés histórico le pareció poco convincente al policía. En especial, porque aquella visita le había costado la vida. También estaba la extraña moneda de oro. ¿Qué podía significar? ¿Sería algún tipo de mensaje oculto o tan solo un adorno sin sentido? ¿El capricho de un señor? Aunque no sabía si tenía alguna relación con el crimen, no podía descartar ninguna posibilidad. Tendría que esforzarse en averiguar su significado.

El inspector decidió tomar nota, así que sacó su libreta, su plumilla y su tintero portátil. Con una letra grande y puntiaguda apuntó las preguntas que se le ocurrieron sobre el caso, y registró todos los objetos que había encontrado en la escena del crimen, incluida la moneda de oro. Cada detalle era importante y debía ser analizado con cuidado, para comenzar a unir las piezas, que le permitieran resolver el rompecabezas que representaba el asesinato de lord Edmund.

Después de documentar sus hallazgos, el inspector se detuvo por un momento, para reflexionar sobre su siguiente paso. Decidió que debía investigar a la víctima, de modo que visitaría la posada donde se había alojado el profesor inglés. Con la firme decisión de encontrar la solución a los misterios que se desplegaban frente a él, José salió de «La casa Bracamonte», teniendo como objetivo la posada donde se había hospedado el erudito británico, sin sospechar la desagradable sorpresa que le esperaba.

# Capítulo 7

Una niebla densa había descendido sobre la ciudad, oscureciendo sus tejados de poca altura y sus resistentes edificios centenarios. El sol hacía esfuerzos por iluminar las calles con poco éxito. José salió de «La casa Bracamonte», dispuesto a resolver el misterio que representaba la extraña muerte del erudito inglés. El inspector se puso el sombrero de copa y llenó sus pulmones con el aire frío otoñal, antes de afrontar la húmeda mañana salmantina. El ambiente le pareció denso y pegajoso, como si los efluvios humanos y animales hubieran conseguido dominar a los aromas más agradables. A pesar de su preocupación por el asesinato que estaba investigando, Expósito se detuvo un momento, para contemplar la belleza de su querida ciudad. Los puestos ambulantes ofrecían todo tipo de alimentos y baratijas. En las mesas se amontonaban juguetes de madera y tela, fabricados con colores vivos, junto a las hortalizas que se ofrecían a la venta, recién recogidas en la huerta. En previsión de la lluvia, los comerciantes comenzaban a cubrir sus mercancías con toldos negros de lona. Hombres y mujeres se apresuraban de un lado a otro por la calle empedrada, para librarse del chaparrón que se aproximaba.

En cuanto José salió de la casa señorial, escuchó una voz aguda y familiar que lo llamaba:

—¡Don José! —gritó Cipri desde lejos, corriendo hacia él, con Inocencio pisándole los talones. Ambos estaban pálidos, bañados en sudor y con los ojos hundidos por la preocupación.

El policía frunció el ceño y se preparó para recibir malas noticias.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Expósito con un nudo en el estómago, contagiado por la angustia de los chavales.

—Es Macabeo, José... ha desaparecido —respondió Inocencio, con la voz entrecortada por la fatiga y la emoción.

El corazón del inspector se encogió en un puño.

—¿Qué? ¿Cómo es eso posible?

Con los ojos anegados en lágrimas e incapaz de explicarse, Cipri se volvió hacia Inocencio, con una mirada que imploraba ayuda. El joven excarterista tragó saliva, antes de responder:

—Se llevaron a todos los caballos de su cuadra…

Cipri retuvo el aire en los pulmones, antes de hablar con voz

temblorosa.

—Debieron hacerlo durante la noche, don José, porque esta mañana cuando llegué al establo, lo encontré vacío.

El policía se quedó en silencio por un momento, procesando la información. Tenía que encontrar a Macabeo, pero no podía desatender la investigación del homicidio. Una lucha se desató en su interior, dividido entre sus responsabilidades profesionales y sus sentimientos.

—Don José —suplicó Cipri, con las lágrimas corriendo por sus mejillas y apretando las manos con fuerza, hasta que sus nudillos se volvieron blancos—. Macabeo es más que un caballo. Es nuestro amigo... No podemos abandonarlo.

—Lo sé —respondió el policía, tragando saliva y mirando a los chicos con un leve temblor en la voz—. Encontraremos a Macabeo. Os lo prometo.

Inocencio parpadeó para disimular la humedad de sus ojos. Cipri se secó las mejillas con las palmas y respiró profundo en un esfuerzo por calmarse, que no tuvo mucho éxito.

—¡Tenemos que darnos prisa! —dijo Inocencio con voz apremiante—. ¡Dinos qué debemos hacer!

Expósito lanzó una rápida mirada a su espalda, como si quisiera comprobar que «La casa Bracamonte» seguía allí, y con ella su obligación de resolver el crimen del que sus paredes habían sido un mudo testigo. Cogió aire para pronunciar su respuesta.

—Me temo que el comisario me apartó del caso de los ladrones de caballos. Por lo visto, en el peor momento.

—¡No estarás pensando abandonar a Macabeo a su suerte! —exclamó Inocencio con indignación.

—¡Por supuesto que no! Me duele admitir que no puedo dejar de ocuparme de la investigación que me asignó el comisario, para centrarme en la búsqueda de Macabeo, pero voy a hablar con Leandro. Él se está ocupando del caso de los ladrones de caballos.

Inocencio frunció el ceño y sus orejas enrojecieron.

—¿Estás hablando en serio? ¿Dejarás que otro policía se ocupe de rescatar a Macabeo?

José cerró los ojos por un momento para tranquilizarse. Luego clavó la mirada en su amigo.

—No tengo otra alternativa que confiar en mi colega. Os aseguro que Leandro es un buen policía. Estoy seguro de que hará todo lo posible por encontrar a Macabeo, así como a los demás caballos robados.

—Es un buen policía, pero no eres tú —replicó Inocencio, al borde del enfado.

—Lo sé —dijo el inspector, bajando la mirada—. Vamos, quizá

podamos convencerlo de que acepte tu ayuda, Inocencio. Confío en ti, y sé que lo harás tan bien como lo haría yo.

El chico asintió, tranquilizado ante la perspectiva.

—Don José…

El joven inspector apoyó su mano en el hombro de Cipri.

—No te preocupes, chaval. Encontraremos a Macabeo. ¡Vamos! No hay tiempo que perder.

El policía encaminó sus pasos hacia la comisaría, seguido a poca distancia por Inocencio y Cipri. Un movimiento en una callejuela cercana llamó la atención del inspector. Solo fue una sombra que se perdió al doblar una esquina, pero tan breve, que la olvidó de inmediato. Las calles de Salamanca parecían más sombrías y lúgubres que antes, como si el propio ambiente reflejara la angustia e incertidumbre de los tres amigos.

En cuanto llegaron a su destino, José le preguntó al agente de la puerta si sabía dónde podía localizar al inspector Rodríguez.

—Sí, señor. Está arriba, en la sala de investigaciones.

—Quedaos aquí —les dijo José a los chavales, y subió la escalera a toda prisa, sin esperar respuesta.

Tal como le había indicado Quintana, Leandro se encontraba en su mesa de trabajo, leyendo con atención los informes que él mismo le había entregado esa mañana. A su alrededor había otros investigadores y agentes, cada uno ocupado en lo suyo. José habló en voz baja.

—Leandro, necesito hablar contigo.

El aludido levantó la mirada y frunció el ceño en cuanto vio a José.

—¿Qué ocurre, Expósito? —preguntó su compañero.

—Se trata del caso de los robos a las caballerizas. Mi caballo también desapareció. El último golpe de la banda fue anoche en su establo.

—Lo lamento mucho —murmuró Leandro—. Te aseguro que haré lo posible para recuperar a todos los animales, incluido el tuyo. Sé lo valioso que es un caballo y…

José sacudió la cabeza.

—No se trata de su valor monetario, Leandro. Ese caballo significa mucho para las personas que considero mi familia y para mí. Quizá no sea fácil de comprender, pero más que un caballo, Macabeo es un compañero de aventuras.

Rodríguez guardó silencio por algunos segundos, antes de volver a hablar:

—Puedo entenderlo, Expósito. Tienes mi palabra de que haré lo posible por resolver el caso cuanto antes.

—Lo sé, pero quiero pedirte un favor.

Leandro entornó los ojos.

—Eso me huele a problemas.

—Me gustaría colaborar contigo, pero no puedo abandonar la investigación del homicidio que me acaba de asignar el comisario. ¿Puedes permitir que Inocencio te ayude en el caso? Tiene experiencia en las calles, y su colaboración podría resultarte de mucha utilidad.

El inspector Rodríguez se quedó pensativo por un momento.

—No lo sé… No creo que involucrar a un civil sea una buena idea. Además, Garrido tiene cierta reputación que...

Expósito apoyó las manos en el escritorio de su colega y se inclinó hacia adelante, para darle más énfasis a sus palabras.

—Inocencio se ha rehabilitado por completo —le aseguró José con voz firme—. Pondría la mano en el fuego por su honestidad. Él conoce bien las calles, tiene contactos que te pueden resultar muy útiles, y sabe defenderse en el submundo criminal. Te garantizo que su ayuda será muy valiosa.

Leandro se mordió los labios y asintió despacio.

—Está bien, pero tendrá que obedecer mis órdenes sin discusión.

—Te prometo que así será —respondió José, con un suspiro de alivio—. Gracias, Leandro.

—¿Dónde está tu amigo?

—Está esperando abajo, en la recepción.

—En ese caso, será mejor que no perdamos el tiempo. Ya revisé los informes que me entregaste y es hora de trabajar en la calle.

Ambos policías bajaron a la recepción de la comisaría, donde Inocencio y Cipri los esperaban expectantes. Los rostros de los chavales se relajaron cuando escucharon que el inspector Rodríguez aceptaría la ayuda de Inocencio. El chiquillo incluso dibujó una sonrisa esperanzada. José lo miró a los ojos.

—Leandro e Inocencio encontrarán a Macabeo, Cipri. Será mejor que tú regreses a la posada y esperes allí.

El chaval cogió aire y rechinó los dientes, antes de protestar.

—Pero, yo podría ayudar...

José negó con la cabeza despacio.

—Involucrarte en las indagaciones sobre esa banda, puede ser peligroso para ti —sentenció el inspector con voz firme.

—Pero… también será peligroso para Inocencio…

—Inocencio está acostumbrado a lo que ocurre en las calles de la ciudad y sabe moverse en ese ambiente, pero tú serías muy vulnerable. Lo lamento, Cipri. Si tienen que preocuparse por tu seguridad, eso los retrasaría en sus averiguaciones. Y lo importante es encontrar a Macabeo, lo antes posible. ¿Lo comprendes?

—Confía en mí, chaval —intervino Inocencio, apoyando una

mano en el hombro de su amigo—. Yo tampoco voy a dejar a Macabeo abandonado a su suerte.

—Está bien. Regresaré a la posada —murmuró el niño, con la mirada clavada en uno de sus zapatos, que movía sobre la punta, por puro nerviosismo.

José se agachó para quedar a la altura del desconsolado chiquillo.

—No te preocupes, hijo. Estoy seguro de que Leandro e Inocencio harán todo lo posible para encontrar a Macabeo y traerlo de regreso a casa, sano y salvo.

Haciendo un evidente esfuerzo, Cipri esbozó una sonrisa temblorosa.

—Sí, don José —murmuró, antes de alejarse de regreso a la posada.

—Será mejor que nosotros también nos pongamos en marcha —dijo el inspector Rodríguez, involucrando a Inocencio con la mirada.

Expósito observó cómo Leandro e Inocencio se alejaban, sumidos en una conversación sobre cuál sería su primer paso en la búsqueda de los ladrones de caballos y con suerte, de Macabeo. Su corazón le gritaba que se uniera a ellos y los acompañara en su tarea, pero el deber lo obligaba a continuar investigando el homicidio de lord Edmund. No podía fallarle al comisario.

—¡Buena suerte! —murmuró José para sus adentros, mientras los perdía de vista en una esquina.

El inspector se quedó solo en la calle, tratando de recuperar el control de sus emociones. El aire fresco parecía más denso de lo habitual, como si la preocupación por Macabeo estuviera impregnada en cada soplo de viento. Aunque sabía que había tomado la decisión correcta, al pedirle a Leandro que aceptara la ayuda de Inocencio para buscar al caballo, no podía evitar sentir una punzada de culpa por no estar él mismo allí con ellos. Su mente lo traicionaba cada vez que pensaba en Macabeo y lo imaginaba asustado y confundido, lejos de aquellos que tanto lo cuidaban y querían. Una voz de tono grave lo sacó de sus meditaciones.

—¡Expósito! —lo llamó el comisario, acercándose a él por la espalda—. ¿Has conseguido algún avance sobre el homicidio del inglés?

José tragó saliva, sintiendo que su estómago se anudaba, frente a la posibilidad de que el comisario descubriera que había vuelto a involucrar a Inocencio en una investigación. Aun así, se obligó a mantener la calma y comenzó a informar todo lo que sabía sobre el caso de lord Edmund. Don Carlos lo escuchó con atención y al final de su exposición, asintió complacido.

—Muy bien. Veo que no has perdido el tiempo. Vengo de

hablar con el Jefe Superior de la Policía, y me reafirmó la importancia de arrestar al asesino lo antes posible. No podemos permitirnos ninguna demora en este caso. El tiempo apremia.

—Sí, señor. Le aseguro que daré mi mejor esfuerzo.

—No espero menos de ti, José.

El comisario se alejó, dejando al inspector solo con sus pensamientos, que traicionaban su voluntad y se desviaban hacia su caballo perdido, sin que pudiera evitarlo. Expósito tragó saliva y un nudo se atoró en su pecho, dificultándole la respiración. Se dijo a sí mismo que tenía que recuperar a Macabeo, pero también sabía que no podía fallarle a don Carlos. Ahora, todas sus esperanzas reposaban en los hombros de Inocencio.

# Capítulo 8

Cuando volvió a quedarse solo, José permaneció de pie frente a la comisaría durante un momento. Se tomó un par de minutos para poner en orden sus ideas. Entonces, cogió aire y se dispuso a afrontar su tarea. Lo agobiaba la preocupación por la desaparición de Macabeo, a la cual se sumaba la responsabilidad de descubrir al asesino de lord Edmund. Ambas situaciones pesaban sobre sus hombros como una enorme piedra. Luchaba contra el enfado y la frustración, por tener que cumplir órdenes y dejar la búsqueda de su querido caballo en manos de otras personas, pero no tenía otra alternativa que seguir adelante con su investigación.

—¡Maldita sea! —murmuró entre dientes—. No puedo perder el tiempo. Cuanto antes resuelva el caso, antes podré unirme a la búsqueda de los ladrones de caballos.

Una vez tomada la decisión, José se sintió más liviano y seguro de sí mismo. Aunque todavía estaba muy preocupado por Macabeo, sabía que de momento tendría que concentrarse en resolver el homicidio. Sacó de su bolsillo las cerillas que había recuperado del cuerpo de la víctima. Una majestuosa águila le devolvió la mirada desde la caja. «Posada El Águila Dorada». El inspector comenzó a andar en dirección a su destino. Una ligera lluvia empapaba las calles y a sus ocupantes. Algunos se acercaron a los aleros para protegerse. José siguió adelante, sin siquiera notar la humedad de sus ropas.

Se repitió a sí mismo que Leandro e Inocencio harían un buen trabajo. La experiencia de Leandro y los contactos de Inocencio los convertían en un gran equipo. Confiaba en ellos. Con esa convicción consiguió concentrarse en el homicidio. La extraña muerte del inglés comenzó a dar vueltas en su cabeza: Un erudito entrando de noche a hurtadillas en la biblioteca de una casa señorial con relevancia histórica. Un asesino apuñalándolo con una navaja. ¿Qué hacía lord Edmund en «La casa Bracamonte» a la medianoche? ¿Y quién estuvo con él? ¿Era alguien que conocía o lo sorprendió en la oscuridad? Pero… si el asesino no acompañaba a lord Edmund en su excursión nocturna a la biblioteca, ¿cómo consiguió entrar? Ninguna de las cerraduras había sido forzada. ¿Podía confiar en la declaración del mayordomo? Además, ¿qué significaba la moneda de oro? Si en realidad tenía algún significado. Quizá solo se trataba de un amuleto:

un objeto sin ninguna relación con los hechos. José no le encontraba sentido a ninguna de las pistas que había recogido. Aun así, tenía la obligación de resolver el crimen y detener al culpable.

El inspector estaba decidido a descubrir todo lo posible acerca de lord Edmund. Debía averiguar por qué había visitado «La casa Bracamonte» en mitad de la noche, cómo logró el asesino seguirlo hasta la biblioteca y por qué cometió el crimen. El policía ya se encontraba a pocos metros de la posada «El Águila Dorada», la misma que señalaron las cerillas que había encontrado en el bolsillo del inglés. José se quedó de pie frente al viejo edificio, mientras detallaba la fachada de piedra caliza. Estaba desgastada por el paso del tiempo, pero todavía conservaba un aire de sobria elegancia. Cuando el inspector cruzó el umbral, lo envolvió un ambiente acogedor. Se acercó a la recepción, donde lo esperaba el posadero, que lo recibió con una sonrisa, después de presentarse como don Tomás. José le mostró su identificación y le explicó que estaba investigando la muerte de lord Edmund Fernsby, por lo que iba a necesitar su colaboración. El desconcierto se dibujó en el rostro del posadero como si hubiera recibido un puñetazo inesperado.

—Por supuesto, señor inspector. Lord Edmund era un caballero muy amable y reservado. Es lamentable lo que le ocurrió.

—¿Era la primera vez que se alojaba en su posada?

—No, señor. Lord Edmund nos honraba con su presencia cada vez que visitaba nuestra ciudad. Tenía preferencia por una habitación en particular, hasta el punto de que nos escribía con suficiente anterioridad, para asegurarse su reserva.

—Ya veo. Entonces, no era un hombre al que le gustaban las improvisaciones…

—Así es, señor. Tenía una rutina bastante predecible. Siempre se levantaba y acostaba a la misma hora, y sus desayunos nunca variaban: huevos con tocino y té sin azúcar.

—¿Podría mostrarme la habitación donde se alojaba? —preguntó José, sin abandonar su tono amable.

—Por supuesto. Sígame, por favor.

El posadero abandonó la recepción y lo acompañó escaleras arriba. Una gruesa alfombra amortiguó sus pasos, flanqueada por el papel tapiz, que cubría las paredes con intrincados dibujos dorados, sobre un fondo verde claro. Avanzaron por un pasillo iluminado por pequeñas lámparas de aceite acopladas a las paredes, que arrojaban sombras caprichosas sobre los dibujos del mismo papel tapiz. Las botas del inspector comenzaron a rechinar en el suelo, que ahora era de madera pulida.

Cuando entraron a la habitación, José notó que conservaba un meticuloso orden. La cama estaba hecha con esmero y no había nada

fuera de lugar. El policía abrió el armario y encontró las pertenencias del difunto, dispuestas con cuidado y un orden casi simétrico. El inspector registró el dormitorio sin descuidar ningún detalle, buscando cualquier evidencia que lo orientara en la dirección correcta.

Entre los objetos que lord Edmund guardaba, el inspector encontró varios libros sobre historias y leyendas de la ciudad de Salamanca. Todos habían sido prestados por la biblioteca de la universidad. Las páginas estaban gastadas, como si hubieran sido leídas y releídas con avidez. Del interior de uno de ellos cayó una carta. Parecía personal, estaba escrita en inglés y la destinataria era Elizabeth Fernsby. ¿Una pariente de lord Edmund? Al inspector le habría gustado conocer su contenido, pero no comprendió lo que decía.

Expósito se preguntó si el interés de lord Edmund por la historia de la ciudad estaría relacionado con su muerte. ¿Habría averiguado algún secreto inconveniente? ¿Lo asesinaron para asegurar su silencio? ¿Encontraría alguna pista en esa carta? El policía la dobló con cuidado y la guardó en su bolsillo.

Después de agradecer al posadero por su amabilidad, José se marchó de «El Águila Dorada», llevándose los libros y la carta. Lo único que tenía claro era que existía una conexión entre lord Fernsby y la ciudad de Salamanca, que podía ser clave en su investigación. A medida que avanzaba por las calles empedradas, sintió crecer la urgencia en su interior.

Durante algunos instantes, el joven inspector meditó acerca de su siguiente paso: Todo indicaba que la relación más directa de lord Edmund con la ciudad pasaba por la universidad y su biblioteca. Si averiguaba qué era lo que estaba investigando el académico inglés, quizá descubriera qué hacía en «La casa Bracamonte» y por qué lo habían asesinado. José no lo pensó dos veces, para encaminarse en dirección a la universidad.

Un sentimiento de orgullo y respeto invadió al inspector cuando llegó a la imponente entrada del recinto académico. El cielo encapotado realzaba el dramatismo de la fachada de piedra. Los relieves y ornamentos tenían un tinte melancólico, como si la humedad resaltara cada contorno y cada sombra. El olor a petricor lo envolvía todo como un manto y una suave brisa helada recordaba la proximidad del invierno. El suelo de adoquines brillaba por la lluvia recién caída, y resonaba bajo los pasos apresurados de los estudiantes que se dirigían a sus clases, cubiertos con abrigos y sombreros, que los protegían de la lluvia.

El policía entró al edificio con paso decidido, y enseguida lo rodeó el murmullo de las conversaciones entre los jóvenes. Mientras avanzaba, escuchó menciones acerca del darwinismo, el naturalismo y

también sobre las interesantes investigaciones, que estaba llevando a cabo un científico llamado Ramón y Cajal. Casi todos los estudiantes portaban libros y libretas bajo el brazo. Uno que otro apuraba algún cigarro, antes de volver a clase.

Gracias a las indicaciones de los propios estudiantes, José consiguió llegar a la oficina del rector. Se encontró frente a una sólida puerta de madera sin adornos. Dio un par de golpes prudentes para anunciar su presencia. Escuchó la voz de un joven que lo invitó a entrar. Cuando el policía cruzó el umbral se encontró en una antesala, donde un secretario, sentado detrás de un pequeño escritorio, enarcó las cejas en cuanto lo vio.

—Usted no es un estudiante.

El inspector respondió con una sacudida de la cabeza y se identificó.

—Debo hablar con el rector.

—Aguarde un momento, por favor. Si lo desea, puede dejar su sombrero ahí —le sugirió, señalándole un perchero.

José obedeció, mientras el joven, previa autorización, cruzaba una puerta tallada de madera maciza. Desapareció por algunos segundos y cuando reapareció, le hizo un gesto con el cual le autorizó a pasar.

Cuando el inspector entró en el despacho, se encontró en una habitación con paredes adornadas por los retratos de los anteriores rectores, que se alternaban con los diplomas del actual. Se sintió intimidado. Detrás del enorme escritorio de roble macizo, lo esperaba un hombre de mediana edad, con bigote a la moda y un leve exceso de peso, que daba fe de su posición social.

—Soy el doctor en Ciencias Arquitectónicas, Facundo Herrera. Mi asistente me informó que usted es inspector de la Policía

—Sí, señor —respondió José.

—¿En qué puedo ayudarlo?

Expósito le informó acerca del motivo de su visita. Después de escandalizarse por los trágicos acontecimientos, el rector se quedó pensativo durante algunos segundos, que al inspector se le hicieron interminables.

—Sí, conocía a lord Edmund. Solía visitarnos con frecuencia. Se sentía muy atraído por la ciudad, y tenía un conocimiento excepcional acerca de la historia y las leyendas de Salamanca.

—¿Tenía enemigos en la universidad?

Herrera sacudió la cabeza.

—No, que yo sepa. Sin embargo, mi trato con él siempre fue muy superficial.

—Comprendo. ¿Sabe si tenía algún amigo? ¿Alguien con quien compartiera intereses?

—No me atrevería a afirmar que había forjado ninguna amistad —reconoció el rector—. Sin embargo, tengo entendido que solía pasar mucho tiempo en la biblioteca. También, que en alguna ocasión se entrevistó con uno de nuestros profesores: Antonio Silva. Es un historiador, experto en Salamanca.

—¿Y qué puede decirme acerca de esos encuentros? —lo presionó José.

—En realidad, no tengo mucha información al respecto —reconoció el rector con un suspiro—. Lo único que puedo asegurarle es que no se trataba de reuniones personales. Tan solo discutían temas relacionados con la historia de nuestra ciudad, pero hasta donde yo sé, nunca trascendieron más allá del ámbito académico.

Después de meditar por algunos instantes, José continuó la entrevista.

—Comprendo. ¿Lord Edmund mencionó en alguna ocasión cuál era el motivo de su interés en «La casa Bracamonte»?

Herrera tensó los músculos de la mandíbula, antes de responder.

—Solo puedo hacer conjeturas, teniendo en cuenta los intereses de lord Fernsby, inspector. Además de su belleza arquitectónica y su valor histórico, «La casa Bracamonte» tiene sus propias leyendas. Supongo que para un estudioso del tema como lord Edmund, eso representaba un atractivo cautivador.

El policía se levantó de su asiento con un asentimiento.

—Me hago una idea. Gracias, don Facundo —José se despidió del rector con un apretón de manos.

Herrera sonrió con alivio, mientras el inspector abandonaba el despacho. Expósito salió a la antesala y le preguntó al asistente cómo podía llegar a su siguiente destino: la biblioteca. Mientras recorría los pasillos cargados de siglos, las preguntas acudían a su cabeza como moscas revoloteando a su alrededor. ¿Por qué un erudito como lord Edmund había terminado asesinado en «La casa Bracamonte»? ¿Qué misterio estaba tratando de resolver aquel profesor británico y a quién molestaba? Comprendió que si quería descubrir al asesino, tendría que encontrar las respuestas a esas incógnitas.

# Capítulo 9

Con paso decidido, José recorrió los pasillos en dirección a la biblioteca. Su única compañía era el golpeteo rítmico de sus propias botas sobre las piedras pulidas por el desgaste de miles de pisadas, a lo largo de los siglos. A la impresionante arquitectura del antiguo edificio, se sumaba la formalidad de su ambiente. Era una consecuencia directa de la importancia de quienes transitaban sus pasillos, que tenía un efecto abrumador sobre el joven inspector. Avanzaba sumido en sus pensamientos, cuando un movimiento en una esquina llamó su atención. Se trataba de un pañuelo negro, que se agitó apenas un segundo como una sombra. Ya lo había visto con anterioridad: En la puerta de «La casa Bracamonte».

—¡Oiga, espere! ¿Quién es usted? ¿Por qué me está siguiendo?

El sonido de los pasos apresurados le advirtió que su acechador había emprendido la huida. El policía inició una carrera, que detuvo cuando llegó a la esquina. Nada. El corredor estaba vacío por completo. Las paredes llenas de retratos, con los juegos de luces y sombras creados por las ventanas de cristal, se burlaron de él.

Con el incidente ocupando su mente, Expósito no tuvo otra alternativa que continuar su camino en dirección a la biblioteca, extremando, eso sí, todas las precauciones. Cuando llegó, incluso antes de cruzar el umbral. lo recibió el aroma avainillado del papel antiguo, que contrastaba con la esencia metálica de la tinta, y se mezclaba con el olor mohoso de la madera vieja. La majestuosidad de aquel espacio de sabiduría resultaba impresionante para el humilde policía.

Algunos estudiantes ocupaban un par de mesas alineadas en el centro de la enorme sala. Cuchicheaban entre sí, mientras un anciano revisaba con atención los lomos de los libros en las estanterías que los rodeaban, hasta que encontró lo que buscaba, cogió un enorme tratado y lo llevó hasta la primera mesa, depositándolo allí como si fuera un recién nacido. Entonces, el encargado de la biblioteca miró a José, atraído por el sonido de sus pasos.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero?

Después de haberse identificado, el inspector le preguntó su nombre al bibliotecario.

—Lorenzo García, para servir a Dios y a usted, pero todos por aquí me conocen como don Lorenzo.

—Le agradecería su colaboración, don Lorenzo.

Con un gesto, el empleado invitó al policía para que lo acompañara hacia una mesa desocupada, y ambos se sentaron, para continuar su conversación en voz baja. José le informó acerca de la muerte de lord Edmund y sus circunstancias. El anciano reaccionó con sorpresa, que dio paso a una evidente tristeza.

—¡Es espantoso! Pobre lord Edmund. No merecía semejante suerte.

—Estoy investigando a lord Fernsby —explicó José—. Tengo motivos para pensar que él frecuentaba esta biblioteca, porque estaba interesado en la historia y las leyendas locales.

Don Lorenzo asintió.

—Así es. Pasaba por aquí cada vez que venía a Salamanca. Solía pedir libros acerca de las leyendas de la ciudad y otros temas de su interés. En las últimas semanas estuvo muy ocupado, estudiando «La casa Bracamonte» —El inspector señaló los volúmenes que había encontrado en la habitación de la víctima, y que ahora estaban sobre la mesa. Después de echarles una rápida ojeada, don Lorenzo hizo un gesto de reconocimiento —. Sí, estos fueron los últimos libros que se llevó lord Edmund.

—¿Tiene algún registro de todos los préstamos que solicitó el profesor?

—Por supuesto, aguarde un momento.

El anciano se levantó de la mesa y se dirigió hacia las puertas dobles que se encontraban entre los estantes. Regresó al cabo de algunos minutos, llevando algunas hojas de papel en la mano. Era la ficha de miembro de lord Edmund y contenía toda su historia como usuario de la biblioteca.

José revisó con cuidado los libros que el inglés había consultado en el último año, al mismo tiempo que tomaba notas en su cuaderno. Don Lorenzo aguardó con paciencia a que terminara.

—Es evidente que en sus últimos días de vida, lord Edmund tuvo mucho interés en «La casa Bracamonte» —comentó el policía—, pero esto no me lo esperaba… ¿Libros sobre criptografía y simbología?

El bibliotecario cogió aire, antes de responder.

—El profesor Fernsby era un gran estudioso de esos temas. Me precio de compartir esa afición, y en ocasiones sosteníamos conversaciones muy interesantes.

—«La casa Bracamonte» —murmuró el inspector—. El lugar donde murió. ¿Le hizo algún comentario acerca de las razones de su interés por ese edificio?

—Me temo que no —respondió don Lorenzo, con un suspiro—. Por lo general, traía una hoja escrita con los libros que necesitaba y

devolvía los que se había llevado. Era muy reservado acerca de sus motivos. Nunca me dio una explicación. Ni yo se la pedí, por supuesto.

—Sin embargo, acaba de decirme que solía conversar con él.

Don Lorenzo cogió aire y lo retuvo por un instante.

—Así es, pero tan solo sobre los temas de estudio, acerca de los cuales compartíamos intereses. Nuestras charlas nunca tenían tintes personales.

José se quedó pensativo por un momento, escribió una nota en su libreta y reanudó la entrevista.

—Tengo entendido que lord Fernsby también solía conversar con el profesor Antonio Silva. ¿Usted lo conoce?

—Sí, por supuesto. Es uno de los académicos de Historia. Es muy respetado en la universidad.

—¿Sabe cuál era su relación con lord Edmund?

—No, lo lamento. Es poco lo que puedo decirle, con respecto de lo que ocurre fuera de estas paredes. Sin embargo, en alguna ocasión los vi conversar en estas mismas mesas.

—¿Diría que eran amigos?

Don Lorenzo entornó los ojos.

—Yo diría que su trato era bastante formal. Más propio de colegas que de amigos.

—Comprendo. ¿Sabe dónde puedo encontrar al profesor Antonio Silva? Tengo mucho interés en hablar con él.

Don Lorenzo sacó su reloj de bolsillo del chaleco y lo consultó.

—A esta hora, es probable que lo encuentre en la facultad de Historia.

El inspector le agradeció su colaboración al bibliotecario y salió en busca de su siguiente testigo. ¿O quizá sospechoso? En cualquier caso, le correspondía el turno en su lista de entrevistas pendientes. José siguió las instrucciones que le había proporcionado don Lorenzo, para llegar a la facultad de Historia. Avanzó en silencio por los pasillos de la universidad. La luz entraba a raudales a través de las ventanas góticas, iluminando los retratos de académicos ilustres que adornaban las paredes. El aire denso y húmedo expandía los aromas de la tinta y el papel viejo, tan característicos de ese centro de erudición.

Por fin, y gracias a la ayuda de algunos estudiantes que encontró por el camino, el policía llegó hasta una puerta de madera maciza con una placa dorada, que anunciaba el nombre del profesor. Llamó con suavidad y esperó la autorización para entrar.

—¡Adelante! —respondió casi de inmediato una voz ronca por el humo del cigarro.

José entró a un despacho de dimensiones reducidas, si lo comparaba con el del rector. Detrás del escritorio tapizado por

papeles, encontró a un hombre en la treintena, con el cabello desordenado y bigote a la última moda.

—¿Puedo ayudarlo?

Al igual que en las ocasiones anteriores, el inspector se presentó y explicó el motivo de su visita. Los ojos del profesor se redondearon, en la medida en que escuchaba al policía.

—¿Asesinaron a lord Edmund? ¿Cómo es posible? ¿Quién haría algo así?

—Por eso estoy aquí, profesor. Para averiguarlo. Me informaron que usted conocía a la víctima y solían sostener discusiones.

El inspector no apartó la mirada del testigo. Silva se removió en su asiento con evidente incomodidad.

—Reconozco que conversé con él en un par de ocasiones, pero siempre fue por motivos educativos. También tuvimos uno que otro encuentro fortuito en alguna conferencia, pero nada más allá de eso. De hecho, ni siquiera sabía que estaba en la ciudad.

—Ya veo. ¿Podría decirme dónde estuvo usted anoche? —preguntó el policía, tratando de mantener un tono neutral.

El profesor palideció y tragó saliva.

—Yo… Estuve en una fiesta en una casa señorial, cerca de la Plaza Mayor. Me marché poco antes del amanecer.

José tomó nota.

—¿Puede ser más específico acerca del lugar donde se llevó a cabo esa fiesta?

—Sí, por supuesto. Fue en la casa del marqués de Rayalba. El señor marqués es un generoso mecenas de esta universidad. Se trató de un evento para recaudar fondos, destinados a adquirir nuevos volúmenes para la biblioteca. Hubo música, comida, baile... lo habitual en ese tipo de celebraciones. Puede comprobarlo si lo desea, inspector.

—No tenga duda de que así lo haré —respondió el policía, al mismo tiempo que tomaba apuntes en su libreta—. ¿Sabe usted si lord Edmund tenía adversarios o enemigos en la universidad?

El profesor Silva sacudió la cabeza. Se tomó una corta pausa, antes de responder.

—Lo lamento, inspector. Reconozco que conocí a lord Edmund, pero nuestras conversaciones solo se relacionaban con temas históricos. No lo conocía lo bastante bien como para que me revelara sus asuntos personales, aunque...

José se inclinó hacia adelante con interés.

—Aunque, ¿qué?

—Solo son rumores de pasillo —respondió Silva, con una sacudida de la cabeza.

El policía frunció el ceño.

—En ocasiones, esos rumores revelan indicios interesantes, profesor. Por favor, continúe.

—De acuerdo, pero le repito que no tengo constancia de que sea cierto. Escuché que don Facundo, el rector, escribió una carta a los propietarios de «La casa Bracamonte», advirtiéndoles acerca de lord Edmund y su interés en el edificio.

Expósito rechinó los dientes. Le pareció interesante, en especial, porque don Facundo había olvidado mencionarlo durante la entrevista.

—Muchas gracias, profesor —dijo José, al mismo tiempo que se levantaba para marcharse—. Si surgen más preguntas, volveré a visitarlo.

—Por supuesto, inspector. Tendré mucho gusto en colaborar.

Silva también se levantó. Ambos se estrecharon las manos y el profesor acompañó a José hasta la puerta. La información que el testigo le había revelado acerca del rector daba vueltas en su cabeza. José decidió regresar al despacho de Herrera, para confrontarlo con esa información, antes de que tuviera tiempo de preparar una excusa. Recorrió los amplios pasillos a paso apresurado, en dirección a la oficina del profesor Herrera.

Una vez en su destino, Expósito avanzó con decisión hasta la puerta del rector, frente a la mirada atónita del asistente, sin esperar a recibir ninguna autorización. Acalló cualquier protesta del secretario con un gesto firme de la mano, y golpeo la puerta de roble del despacho.

—¡Adelante! —respondió la voz de don Facundo.

El policía entró con paso firme y se plantó frente al escritorio en dos zancadas. Herrera perdió el color cuando lo vio, y una leve capa de sudor cubrió su frente, desafiando el frío de la lluviosa mañana otoñal.

—¡Inspector! ¿Qué ocurre? Creí que habíamos terminado con este asunto. Ya le dije todo lo que sabía.

José sacudió la cabeza con expresión severa.

—Este asunto terminará cuando atrape al asesino de lord Edmund, don Facundo. Hasta entonces, usted y los demás conocidos de la víctima tienen la obligación de responder a todas mis preguntas con la verdad.

Herrera ya comenzaba a recomponerse de la sorpresa, pero no lo suficiente para evitar un ligero temblor en sus manos.

—Por supuesto, inspector. Pregunte lo que quiera.

—Acabo de sostener una interesante conversación con el profesor Silva. Me informó acerca de la carta que usted les escribió a los propietarios de «La casa Bracamonte», para advertirles contra lord Edmund Fernsby, y su interés en el edificio. ¿Por qué lo hizo? ¿Y por

qué olvidó mencionarlo en nuestra primera entrevista?

El rector cerró los ojos y tragó saliva. Se tomó un momento para recuperar la calma, antes de volver a hablar.

—Lo admito, Tuve algunas diferencias con lord Edmund...

—Lo escucho —lo animó José.

Don Facundo llenó sus pulmones de aire, antes de hablar.

—Él estaba obsesionado con «La casa Bracamonte», pero me preocupaban sus intenciones. Compréndalo, soy salmantino y un académico estudioso de la arquitectura. Aunque quienes ostentan la titularidad son una noble familia que no la habita en la actualidad, esa casa tiene un valor histórico y artístico para la ciudad. Tuve miedo de que la obsesión de lord Edmund fuera un peligro para el edificio que considero importante preservar. Por esa razón, escribí una carta a los propietarios, informándoles acerca de la situación. Quería evitar que sus indagaciones pudieran causar daños irreparables al patrimonio de Salamanca, pero le aseguro que no albergaba ningún sentimiento de enemistad contra el profesor Fernsby y por supuesto, no tuve nada que ver con su muerte.

El policía meditó las palabras del rector y lo miró a los ojos.

—¿Por qué me mintió?

Don Facundo se enderezó en el asiento y sus manos volvieron a temblar.

—Yo… no le mentí, inspector. Tan solo omití la mención de la carta.

—Me ocultó información en el interrogatorio de un homicidio, profesor Herrera. No importa desde qué ángulo lo mire. Es lo mismo que mentir.

El rector bajó la mirada y respondió en un murmullo.

—Tiene razón, inspector. Lo lamento. Tuve miedo de verme involucrado en un asunto tan turbio como un asesinato. Mi prestigio…

—No creo que su prestigio salga muy bien parado, si le miente a la Policía en la investigación de un homicidio.

—Es cierto. Lo siento mucho. Le prometo que le responderé con la verdad a todas sus preguntas.

—¿Dónde estuvo anoche?

—En mi casa.

—¿No fue a la fiesta que dio el marqués de Rayalba, para la recolección de fondos destinados a la biblioteca?

Herrera negó despacio con la cabeza.

—Sé que mi deber habría sido estar presente en representación de la universidad, pero me excusé de asistir. Ayer sufrí tos y fiebre durante todo el día. El señor marqués lo comprendió. Pasé la noche en casa, al cuidado de la enfermera del barrio y de mi ayuda de cámara. Le aseguro que no tengo nada que ver con el asesinato de lord

Edmund. No tenía nada personal contra él. Respetaba su trabajo. Mi único motivo para escribir la carta fue garantizar la integridad de uno de nuestros edificios históricos.

José asintió con movimientos lentos.

—Quiero hablar con la enfermera y con su ayuda de cámara. Necesitaré sus nombres y direcciones.

—Por supuesto —respondió el rector, al mismo tiempo que escribía la información que el policía le estaba solicitando.

Don Facundo secó la tinta con una capa de polvo de arena fina, y le entregó el papel a José.

—Espero que esto resuelva el malentendido.

Expósito leyó la nota y la guardó en su bolsillo.

—Gracias por su tiempo, don Facundo. Por favor, permanezca en la ciudad hasta nuevo aviso.

# Capítulo 10

Al mismo tiempo que José salía de la oficina del rector, en la posada San Marcos, Leandro e Inocencio, elaboraban una estrategia para resolver el misterio de los caballos robados. Saber que Macabeo era uno de los animales desaparecidos imprimía urgencia a la situación. La luz proveniente de las ventanas, apagada por las nubes que cubrían la ciudad, apenas conseguía iluminar el salón, pero la reforzaban las llamas titilantes de las lámparas de aceite. La tensión era evidente en los rostros preocupados del inspector y su improvisado ayudante.

—Si analizamos la situación —sugirió Leandro, pensativo—, el motivo de los ladrones es evidente: los caballos son valiosos y no les resultará difícil encontrar compradores, dispuestos a quebrantar la Ley. Lo que me preocupa es que los animales desaparecieran en el silencio de la noche, sin llamar la atención, teniendo en cuenta que los establos se encuentran en medio de barrios vecinales.

—Es cierto, inspector —reconoció Inocencio—. Tuvieron que conducirlos a través de la ciudad dormida. La oscuridad habría sido su aliada, pero el silencio de la noche representaba un problema. Nos enfrentamos a bandoleros muy astutos y audaces.

—Audaces, sin duda. Es la primera vez que tengo noticias de un robo masivo de caballos, en medio de una urbe como Salamanca. Lo cual hace que me pregunte: ¿por qué escogieron la ciudad para cometer el delito? El riesgo era mucho mayor que si los robos se hubieran perpetrado en medio del campo.

—También lo era la recompensa —argumentó Inocencio—. Si bien la situación presentaba grandes desafíos, también los beneficios serían mayores. La ciudad alberga caballos de nobles, señores y catedráticos. Eso significa monturas de mejor calidad y por lo tanto, más valiosas.

—Es un buen punto, Inocencio, pero ¿les compensaba?

—Estoy seguro de que sí. De otra manera, no habrían repetido.

Leandro apoyó el mentón en su mano, mientras sus ojos miraban a su alrededor, como si buscara respuestas en el papel tapiz ocre claro de las paredes.

—Se llevaron más de una veintena de caballos de cuatro establos. ¿Dónde diablos los esconden?

—Deben estar muy cerca de la ciudad —reconoció Inocencio—,

pero tratar de encontrarlos sin tener ningún indicio de dónde los tienen retenidos, sería una pérdida de tiempo. Podrían estar en cualquier lugar de los alrededores de Salamanca o incluso en algún pueblo de las inmediaciones.

—Es cierto. No pueden estar lejos, pero eso no nos servirá de nada si no conseguimos más información sobre este asunto. Expósito no llegó a encontrar ningún indicio que guiara la investigación. ¿Tú has escuchado algún rumor en las calles?

Inocencio negó con la cabeza.

—Casi nada. Es la razón por la que intentamos infiltrarnos en «El Cuervo Rojo». Teníamos la esperanza de escuchar algún rumor. Por desgracia, no salió bien.

—¿Por qué «El Cuervo Rojo»?

—Es una taberna donde suelen reunirse contrabandistas, estafadores y rateros. Allí se hacen intercambios de mercancía que no sería posible encontrar en ningún otro lugar de la ciudad.

—Ah, ¿sí? —Inocencio asintió con la cara aniñada que hacía honor a su nombre—. ¿Y Expósito lo sabe?

—Por supuesto.

—¿Por qué nunca lo ha informado? —preguntó Leandro con voz de reproche— ¿Cómo es que no ha organizado ninguna redada, todavía?

El joven exratero se encogió de hombros.

—Podría hacerlo, pero entonces, esos sujetos se reunirían en otro lugar. Uno nuevo y desconocido. Con lo cual, se perdería una indudable ventaja sobre ellos.

Leandro enarcó las cejas.

—¡Diablos! No lo había visto de ese modo. ¿Y no averiguasteis nada en esa extraña incursión?

—No, me temo que fue mi culpa. Como ya podrá imaginar, la historia del antiguo ladrón que ahora es policía recorre los bajos fondos de boca en boca, de modo que José tiene que ser muy cuidadoso con los disfraces. Si bien no todos lo conocen de vista, en este caso decidió que hacerse acompañar por una «señorita» facilitaría su camuflaje. El problema era que no podía llevar a ninguna dama a esa taberna. Si lo hubiera hecho, además de ponerla en peligro, habría dañado su reputación. Y me temo que la Policía no cuenta con mujeres en sus filas…

—Lo que ahora comprendo que puede ser una desventaja.

—El asunto es que accedí a disfrazarme, pero cuando uno de esos tíos se quiso sobrepasar conmigo, pues no pude contenerme y le arreé un puñetazo…

Leandro contuvo una carcajada, y se limitó a sonreír.

—Ya lo imagino…

—Por desgracia, el incidente ocurrió antes de que pudiéramos averiguar nada. Así que fue una lamentable pérdida de tiempo. Que además, me costó mi bigote.

Detrás de la puerta, unos oídos atentos y descorazonados seguían la conversación. Cipri se sintió invadido por una sensación de urgencia, imposible de controlar. La ansiedad y la inquietud se apoderaron de él. Le habían mentido para tranquilizarlo. No estaban cerca de saber quién se había llevado a Macabeo. Con mucho sigilo, el chiquillo abandonó la posada y echó a correr por las calles de la ciudad, bajo un sirimiri del que ni siquiera se percató.

El aire fresco de la tarde le golpeó el rostro al salir, pero era insensible a todo lo que no ocupara su mente. Y en ese momento solo había lugar para Macabeo. Empujado por la necesidad de hacer algo, en pocos minutos recorrió la distancia que separaba la posada de los establos. Al llegar, se adentró en la penumbra de la caballeriza. Encendió una lámpara de aceite, decidido a buscar cualquier indicio que pudiera ayudar a encontrar a su querido amigo equino.

Recordando los comentarios de don José, acerca de ser minucioso en la observación, Cipri comenzó a revisar el establo, como si quisiera aprenderse los detalles de cada objeto y cada brizna de heno. Escrutó las sombras, iluminándolas con su lámpara, hasta que en un rincón vio algo que llamó su atención. Era una caja de tabaco vacía, blanca con una estrella negra en el centro y unas pocas palabras en letras doradas. Después de tirarla, la aplastaron. Era evidente que la habían pisado. Haciendo un esfuerzo y recordando las clases de lectura que le impartía Inocencio por las noches, el chaval pronunció las letras silaba a sílaba: «La- Es- tre- lla- Ne- gra». No significaba nada para él, pero estaba seguro de que aquella caja no estaba en el establo el día anterior. ¿Le proporcionaría alguna pista al inspector y a Inocencio? El corazón de Cipri aceleró sus latidos, ante la posibilidad de haber encontrado un indicio, que ayudara a descubrir el paradero de Macabeo.

Con el miedo de perder un solo minuto que resultara crucial para rescatar a su querido amigo, el chaval metió el paquete en el bolsillo de su pantalón y emprendió una carrera de vuelta a la posada. Irrumpió en el salón cuando ya el policía e Inocencio se habían levantado de sus correspondientes sillones, dispuestos a salir. Ambos parpadearon al ver a Cipri, agitado y sudoroso, presa de una evidente emoción.

—¡Don Leandro! ¡Inocencio! —El chico hizo una pausa para recuperar el aliento—. ¡Miren esto! Lo encontré en el establo, cerca de la cuadra vacía de Macabeo. Estoy seguro de que ayer no estaba allí.

El chiquillo extendió la mano temblorosa, para mostrarles el paquete de tabaco aplastado. Inocencio lo cogió con curiosidad y

examinó el envoltorio.

—La Estrella Negra —murmuró, antes de entregárselo a Leandro.

—Es una marca de contrabando, si no me equivoco —señaló el policía.

—No se equivoca, inspector —le confirmó el joven—. Lo he visto cambiar de manos fuera de los estancos.

Por toda respuesta, Leandro cruzó una mirada de entendimiento con su improvisado compañero.

—¿Creen que esto puede ser de ayuda? —preguntó Cipri, esperanzado.

—Es posible —admitió Leandro con precaución.

—Debemos averiguar a quién pertenecía este paquete —sugirió Inocencio, recuperando el entusiasmo—. Si conseguimos identificar al dueño, tal vez nos acerquemos a saber quién está detrás de la desaparición de Macabeo y los demás caballos.

El policía meditó las palabras del chico por un momento, antes de dar su opinión.

—Es una pista que vale la pena seguir. Supongo que te sugiere lo mismo que a mí...

—«El Cuervo Rojo» —respondió Inocencio—. Sí, sería el primer lugar que visitaría si quisiera encontrar una caja de tabaco como esta. José no estaba errado en sus deducciones. Esa taberna es el mejor lugar para tratar de encontrar respuestas.

—Pues no hay tiempo que perder —sentenció Leandro.

Cipri movió los pies con nerviosismo.

—Voy con ustedes. ¡Quiero ayudar a rescatar a Macabeo!

Leandro e Inocencio intercambiaron una mirada. El inspector negó con la cabeza.

—Lo lamento, chaval. No solo lo considero inseguro, sino también inconveniente. Ya he estirado bastante las reglas, aceptando la ayuda de un civil como Inocencio, pero él tiene contactos que pueden resultar útiles y sabe moverse en ese mundo. No es tu caso.

—Además, tu presencia cantaría demasiado —opinó Inocencio.

—Pero… yo quiero hacer algo para recuperar a Macabeo —rogó Cipri, con la voz rota y los ojos anegados en lágrimas.

Leandro se agachó para ponerse a la altura del chaval. Luego, apoyó la mano en uno de sus hombros.

—Lo comprendemos, hijo, pero lo mejor que puedes hacer por el caballo que tanto quieres, es permitirnos llevar a cabo nuestro trabajo.

—Pero...

—Don Leandro tiene razón —intervino Inocencio—. «El Cuervo Rojo» es un lugar muy peligroso, y estoy seguro de que José no

aprobaría que nos acompañaras.

El chiquillo tragó saliva, en un esfuerzo por contener las lágrimas, que pugnaban por salir en el momento más inoportuno. Cuando más necesitaba demostrar su valor.

—Te prometo que encontraremos a los responsables de la desaparición de los caballos, y recuperaremos a Macabeo —le dijo Leandro con voz amable—. Sin embargo, no debemos correr riesgos innecesarios ni llamar la atención de los criminales que se reúnen allí. Eso podría animarlos a deshacerse de los caballos con mayor rapidez.

Cipri se secó los ojos con las palmas, al mismo tiempo que asentía.

—Lo entiendo. No haré nada que pueda poner en peligro a Macabeo.

—¿Tiene alguna recomendación, antes de meternos en la boca del lobo? —preguntó Inocencio, dirigiéndose al inspector.

El policía guardó silencio por un momento, antes de responder.

—Debemos actuar como si tuviéramos pruebas y no solo sospechas.

—Mentir como un bellaco. Entendido —respondió Inocencio, al mismo tiempo que ajustaba la gorra sobre su cabeza—. Eso puedo hacerlo.

—¿Me avisarán si descubren algo? —preguntó Cipri, con tono suplicante.

Leandro desordenó el cabello del chiquillo.

—No te preocupes, chaval. Si averiguamos algo sobre Macabeo, serás el primero en saberlo.

Cipri dibujó una sonrisa forzada. Momentos después, seguidos por la mirada ansiosa del chaval, Leandro e Inocencio salieron del salón y de la posada con un objetivo concreto. En cuanto pisaron la calle, el viento frío les golpeó el rostro, anunciando una tarde tormentosa; quizá un presagio de las dificultades que les esperaban en «El Cuervo Rojo». Aunque sabían que no iba a ser fácil, estaban decididos a hacer lo que fuera necesario para resolver el caso y recuperar a Macabeo, así como al resto de los caballos robados.

# Capítulo 11

Cuando salió de la universidad, José decidió darle prioridad a la verificación de la coartada del rector. Se encaminó en dirección a la casa de la enfermera que había atendido a don Facundo, durante su corta enfermedad. El inspector consultó su reloj de bolsillo: 13:30. La tarde apenas comenzaba, pero el cielo encapotado creaba la impresión de que estuviera a punto de anochecer. José previó que no tardaría en caer un chaparrón. Lo sentía en los huesos, y casi podía saborear el aire pesado y gris que lo anunciaba. Apuró el paso por las calles empedradas y cruzó la Plaza Mayor, esquivando carruajes, carretas y peatones, que al igual que él, se daban prisa para evitar la inminente lluvia.

Los datos que le dio don Facundo lo llevaron hasta una de las calles cercanas a la plaza. Era un camino estrecho y claustrofóbico, que terminaba en un callejón sin salida. Frente a él, había una hilera de casas pequeñas y adosadas entre sí. Cuando José llamó a la puerta señalada en la nota, una voz cantarina le respondió desde adentro.

—¡Enseguida voy!

Apenas habían pasado un par de segundos, cuando abrió la puerta una mujer de rostro amable, con un delantal blanco sobre el vestido. Al ver a su visitante, parpadeó.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero? No lo conozco. ¿Es usted nuevo en el barrio? ¿Lo envió el doctor?

El inspector negó con la cabeza, se identificó y le explicó el motivo de su visita.

—… por eso me gustaría hacerle algunas preguntas sobre don Facundo Herrera, el rector de la universidad.

Con las cejas todavía enarcadas por la sorpresa, la enfermera hizo un gesto para invitarlo a entrar.

—Por supuesto, inspector. Pase, por favor.

La mujer lo condujo a un pequeño salón, ocupado por muebles tapizados de verde oscuro con estampados dorados. La estructura era de madera, labrada con torpeza por algún aprendiz. Aunque seguían la última moda, al estilo de cualquier casa señorial, habían sido elaborados con materiales baratos. Aun así, eran un lujo fuera del alcance de la mayoría de los salmantinos. La habitación olía a un popurrí de rosa, lavanda y canela, que competía con el aroma a tabaco

de pipa que impregnaba las telas de sillones y cortinas. La enfermera lo invitó a sentarse frente a ella.

—¿Podría confirmarme si anoche el rector tenía fiebre, y si usted llevó a cabo la vigilia de su enfermedad?

—Sí, por supuesto. Estuve en la casa del profesor Herrera, para proporcionarle los cuidados que indicó el doctor. Don Facundo tenía una infección respiratoria leve. Se quejaba de dolor de garganta y tos. Además, su temperatura era un poco alta. Después de asegurarme de que había tomado sus medicinas, me quedé en su casa, hasta que la fiebre cedió. Eran las dos de la madrugada cuando lo dejé al cuidado de su ayuda de cámara.

Con un asentimiento, el inspector tomó nota de las palabras de la enfermera y se levantó.

—Gracias por su colaboración.

José salió a la estrecha calle y se encaminó a la casa del rector. La coartada proporcionada por la enfermera solo cubría la mitad de la noche, así que tendría que comprobar el testimonio del ayuda de cámara. Pocos minutos después, el anciano que se ocupaba de atender las necesidades más personales de don Facundo confirmó los testimonios de su señor, y de la enfermera.

—Puedo asegurarle que mi señor no abandonó su cama hasta la mañana de hoy.

—Pasar toda la noche en vela no es una tarea fácil —argumentó el inspector—. ¿No se durmió en ningún momento?

El empleado enderezó la espalda y levantó la barbilla.

—He trabajado para los Herrera durante treinta años —señaló con orgullo—. Nunca he faltado a mi deber. La enfermera me dejó instrucciones muy claras: cada dos horas debía comprobar que la fiebre no volvía a subir, y avisarle en caso de que lo hiciera. Seguí sus indicaciones al pie de la letra. Por fortuna, don Facundo es un hombre fuerte y saludable, así que se recuperó con rapidez. Le repito que permaneció en su cama, hasta el amanecer.

José escribió una X junto al nombre del rector, y después de darle las gracias al empleado por su colaboración, salió de la casa de los Herrera. Lo recibió una llovizna pertinaz, que sin embargo, estaba acompañada por algunos rayos de sol que consiguieron escapar del manto de nubes. El olor a piedra húmeda dominaba la ciudad.

—Con sol y lloviendo, las brujas saliendo —murmuró José para sí mismo, recordando a la anciana que cosía los trajes y disfraces en el circo.

El inspector se ajustó el sombrero y desafió al frío, recorriendo las calles casi vacías y cuidando no resbalar sobre las piedras pulidas por el uso. Cruzó la Plaza Mayor, que había sido desalojada por el mal tiempo, con mayor eficiencia que si se hubiera tratado de una carga de

caballería.

El siguiente sospechoso en su lista era el profesor Antonio Silva. Si bien no tenía motivos aparentes para asesinar a lord Edmund, su relación con la víctima lo convertía en una persona de interés para su investigación. José decidió visitar la residencia de don Gonzalo de Montesinos y Sureda, marqués de Rayalba y anfitrión de la fiesta que daba coartada al profesor. Por suerte, estaba muy cerca de la vivienda que acababa de dejar atrás.

Expósito llegó a la casa señorial al cabo de algunos minutos. La escasa luz que conseguía escapar del denso manto de nubes se reflejaba en la fachada de arenisca. La pared dorada destacaba por las esculturas, que dibujaban sombras sobre su superficie. Tanto ventanas como balcones estaban adornados por pequeñas plantas que crecían en macetas. Una nube impertinente ocultó los rayos de sol que habían conseguido burlar la barrera de nimbos, volviendo a oscurecer la tarde sin piedad, como un mal presagio.

El inspector pasó por delante de un elegante carruaje aparcado frente a la casa. El cochero, con el rostro cubierto de pequeños cráteres, se encontraba sentado en el pescante con cara de aburrimiento. Le dirigió una mirada torva y desconfiada. José lo ignoró y llegó hasta la puerta coronada con el escudo de la familia. Usó la aldaba para anunciarse, y casi enseguida le abrió un mayordomo con traje de lana. La chaqueta negra de cola larga contrastaba con los guantes blancos que protegían sus manos. Miró a José con sorpresa y un mal disimulado gesto de desprecio, que resultó más evidente cuando el inspector se identificó.

—Deseo hablar con el señor marqués. Se trata de un asunto oficial de mucha importancia.

El mayordomo parpadeó y se quedó pensativo por un momento. Entonces, hizo un leve asentimiento y un gesto con el que invitó al inspector a entrar. José se encontró en un vestíbulo amplio que servía de antesala. Había sido diseñado para impresionar a visitantes más importantes que un simple policía de a pie. El suelo de mármol estaba cubierto por una alfombra persa de intrincados diseños. Cuando levantó la mirada, los ojos del inspector se quedaron fijos en las escenas mitológicas del fresco que adornaba el techo.

Una ancha escalera alfombrada conducía al segundo piso, y sus paredes estaban adornadas por retratos de antepasados de la ilustre casa. Expósito se preguntó cuántos relatos podrían contar aquellas paredes, si pudieran hablar. Historias de diplomáticos y académicos ilustres que alguna vez deambularon por esos pasillos, o quizá de intrigas y romances que se habían tejido bajo su techo.

—Espere aquí un momento, por favor —le ordenó el mayordomo con voz meliflua—. Comprobaré si el señor marqués está

visible.

El empleado desapareció por una de las puertas y reapareció un par de minutos después, con un rostro tan ausente de expresión, que habría despertado la envidia de un jugador de póker.

—El señor marqués lo recibirá. Sígame.

Con el sombrero en las manos, José siguió al petulante mayordomo por un corto pasillo que conducía a la biblioteca.

El marqués de Rayalba, un elegante hombre de mediana edad, poblada barba entrecana y que irradiaba autoridad, se encontraba detrás de su escritorio de caoba labrado, ocupado en la escritura de un documento. El empleado dejó al inspector plantado frente a su señor y se retiró con discreción. El policía esperó con paciencia. Don Gonzalo terminó su redacción y la firmó. Solo después de secar la tinta con una capa de arena fina, sonrió con satisfacción y levantó la mirada hacia el visitante. Con un gesto, lo invitó a sentarse en una de las sillas frente a él.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector? Juan me dijo que se encuentra aquí por motivos oficiales.

—Lamento tener que molestarlo, señor marqués, pero debo hacerle algunas preguntas acerca de la fiesta que se celebró aquí, ayer por la noche.

Don Gonzalo frunció el ceño.

—¿La fiesta? No comprendo qué interés podría tener la Policía en el evento de recaudación, pero adelante, pregunte lo que quiera.

Expósito le informó al marqués acerca del homicidio que se había cometido la noche anterior, a pocos metros de allí.

—… por esa razón, necesito saber si el profesor Antonio Silva estuvo presente y a qué hora abandonó la casa.

Don Gonzalo se mostró horrorizado.

—¡Es espantoso! ¿Sospechan ustedes del profesor Silva?

—Solo estoy comprobando su coartada, señor. Y le estaré agradecido si puede facilitar mi tarea.

Don Gonzalo se quedó pensativo por algunos instantes y luego entrecerró los ojos.

—Antonio Silva —repitió con lentitud, como si quisiera memorizar el nombre—. Aguarde un momento, por favor.

El marqués hizo sonar una campanilla que tenía sobre el escritorio. Casi de inmediato, el mayordomo regresó. José sospechó que había permanecido detrás de la puerta, atento a lo que ocurría en la biblioteca.

—A sus órdenes, señor marqués.

—Juan, este caballero te hará una pregunta. Estoy seguro de que tú podrás responderla mejor que yo. Adelante, inspector.

El policía repitió sus palabras y Juan permaneció pensativo por

algunos instantes, tratando de recordar.

—Sí, señor. El profesor Silva asistió a la celebración. Recuerdo haberlo anunciado a las nueve de la noche, y me ocupé de solicitar el carruaje que lo llevaría de regreso a su casa a las tres de la madrugada.

—Ya tiene su respuesta, inspector —intervino don Gonzalo con una sonrisa—. ¿Podemos ayudarlo en algo más?

José se levantó de la silla, sosteniendo su sombrero con ambas manos.

—Le agradezco su colaboración, señor marqués. No le quito más tiempo.

—Siempre estamos dispuestos a ayudar a las autoridades, ¿verdad, Juan?

—Sí, señor marqués —respondió el mayordomo con tono servil.

José no lamentó salir de aquella casa, más destinada a impresionar al visitante que a dar cobijo a sus habitantes. El tiempo caprichoso había vuelto a cambiar, y el sol por fin consiguió vencer la batalla contra las nubes, haciéndose un espacio entre ellas. Sin embargo, el horizonte gris anunciaba que aquella pequeña victoria duraría poco. No había duda de que se avecinaba una tormenta. Expósito se ajustó su sombrero y apresuró sus pasos en dirección a la comisaría. Necesitaba poner en orden sus ideas, además de informar a su superior, acerca de sus avances.

Cuando llegó, el inspector subió al despacho del comisario, sin detenerse en ninguna escala. Después de que la voz ronca de don Carlos lo invitó a entrar, el joven policía lo encontró ocupado en la lectura de informes.

—José, espero que tu presencia signifique que ya resolviste el caso o estás próximo a conseguirlo.

—Me temo que todavía no, comisario, pero quiero discutirlo con usted y también informarle sobre lo que he averiguado, hasta ahora. Me interesa mucho su opinión.

Holguín hizo un gesto con la mano que le autorizaba a continuar. Expósito le explicó en detalle todos sus hallazgos, sus razonamientos y las conclusiones a las que había llegado.

—Así que tanto el rector como el profesor tienen coartadas sólidas —repitió don Carlos, pensativo.

—Sí, señor. Al parecer, ninguno de ellos tuvo la oportunidad de cometer el homicidio.

—Lo que más me llama la atención es la obsesión que tenía lord Edmund Fernsby con «La casa Bracamonte». Comprendo que se trata de un edificio histórico y que el inglés era un erudito, pero si de algo no estamos escasos en Salamanca, es de ese tipo de construcciones. ¿Tienes idea de por qué le interesaba ese edificio en particular?

El inspector sacudió la cabeza.

—No, señor. Solo puedo decirle que todos los libros que lord Edmund pidió prestados a la biblioteca en los últimos tres meses estaban relacionados con la casa, su arquitectura, su historia y sus leyendas.

—Interesante —murmuró el comisario, reflexionando sobre la información—. ¿Qué piensas hacer ahora?

José meditó la respuesta por algunos momentos.

—Todo indica que la actividad académica de lord Edmund tuvo mucho que ver con su muerte. Y todavía no tengo idea de cuál es el significado de la extraña moneda que encontré junto al cadáver.

—Podría tratarse de un amuleto que no está relacionado con el caso.

El inspector negó con la cabeza, despacio.

—Es posible, pero no lo creo. No imagino a un académico como lord Edmund, usando un artilugio para la buena suerte. Estoy casi seguro de que esa moneda tiene un significado y estoy decidido a descifrarlo.

—¿Tienes alguna teoría al respecto?

—No, pero regresaré a la biblioteca de la universidad. Allí podría encontrar algún libro que me proporcione un hilo del cual tirar. O quizá alguno de los estudiosos que la frecuentan pueda ayudarme.

—Muy bien —lo respaldó don Carlos—. Mantenme informado sobre lo que descubras, y no dudes en pedir ayuda si lo necesitas. Es importante que resolvamos este homicidio sin demora.

Un par de golpes en la puerta interrumpió al inspector, antes de que pudiera responder. Después de haber sido autorizado por el comisario, el agente García se asomó.

—Me informaron que estaba aquí, inspector Expósito. Disculpe que interrumpa, comisario, pero una señorita acaba de presentarse en la recepción, y dice que tiene información importante, acerca del asesinato del caballero inglés.

# Capítulo 12

Cuando se recuperó de la sorpresa que le había ocasionado el anuncio del agente, José intercambió una mirada con don Carlos, quien respondió a su pregunta muda con un asentimiento. Después de una leve inclinación en gesto de despedida, el inspector salió del despacho, y le ordenó a García que acompañara a la dama hasta su mesa de trabajo.

Al cabo de algunos minutos, el inspector entrevistaba a Alicia, la joven que aseguraba tener información sobre la muerte de lord Edmund.

—Le agradezco que haya acudido por voluntad propia para ayudarnos, señorita. Su testimonio es muy importante para nosotros. La escucho.

Con la mandíbula tensa, la chica se removió en su silla y miró a los lados, como si buscara una rendija por la cual escapar.

—No sé si debería estar aquí… Es que… No estoy segura de que les interese lo que vi... Y no quisiera levantar falsos testimonios… Es pecado, y el señor cura dice que si pecamos, podemos ir al infierno y…

—Señorita Alicia —la interrumpió Expósito con tono amable—. Le aseguro que está haciendo lo correcto y que no irá al infierno por ello. Solo dígame qué fue lo que vio.

Alicia volvió a acomodarse en su asiento y se estremeció como si tuviera frío, a pesar del brillo de sudor que perlaba su frente.

—Está bien… Quiero hacer lo correcto… Trabajo en la mansión del señor marqués de Rayalba. Me enteré del horrendo crimen en «La casa Bracamonte», porque Juan nos lo contó en la cocina, después de que usted se marchó.

El inspector entornó los ojos. Así que el mayordomo sí había permanecido atento a su conversación con el marqués.

—Comprendo. Continúe.

—Es que yo vi algo durante la fiesta que… doña Candelaria, la cocinera, me convenció de que debía venir y hablar con usted.

José hizo un gesto para animarla a declarar.

—¿Qué fue lo que vio?

—Yo… fui una de las camareras que atendió a los invitados en la fiesta. Todo transcurrió con normalidad, pero hacia la medianoche,

me sentí indispuesta... Yo, hablé con doña Candelaria… ella me autorizó a tomarme un descanso. Entonces, salí por algunos minutos al jardín frente a la casa, para respirar aire fresco…

José tensó los músculos de la espalda.

—Continúe.

—En esos momentos, la fiesta estaba muy animada. Había muchos invitados, casi todos académicos de la universidad. Yo estaba en un rincón oscuro, para no llamar la atención. Desde allí pude ver al señor Antonio Silva abandonar la fiesta, mientras hacía todo lo posible para que nadie lo notara…

—¿Está segura de que era él?

—Sí, señor inspector. El profesor Silva asiste a todas las recepciones que ofrece el marqués, que están relacionadas con la universidad.

José meditó las palabras de la joven. Silva era catedrático de historia y el marqués, un mecenas de la universidad. No resultaba extraño que el profesor fuera uno de los invitados recurrentes, en aquel tipo de celebraciones.

—Es una información muy valiosa, señorita Alicia. ¿Vio algo más?

—El profesor regresó a la casa del marqués al cabo de pocos minutos. Creo que nadie se dio cuenta de su ausencia.

—¿Él la vio a usted? —preguntó José con preocupación.

—No. Estoy segura de que no pudo verme.

El inspector dejó escapar el aire de sus pulmones con alivio. Alicia se frotó las manos y bajó la mirada.

—Yo… No quiero causarle problemas al profesor… Quiero decir…

—Alicia, comprendo su preocupación, pero no tema, investigaré los motivos del comportamiento del señor Silva, antes de dar ningún paso que pueda perjudicarlo.

La chica levantó la mirada con timidez y sonrió.

—Gracias, señor inspector. Eso me deja más tranquila. ¿Cree que debo confesarme?

—No lo creo. No ha hecho nada reprochable.

Después de acompañar a la joven hasta la puerta, José recapacitó acerca de la entrevista. Era evidente que Silva había mentido y eso lo ponía en el foco de su atención. El sol ya había perdido la batalla contra las nubes grises, y una fina llovizna caía sobre la ciudad de Salamanca. El inspector decidió resolver la incógnita que planteaba el testimonio de la joven empleada, así que encaminó sus pasos de vuelta a la universidad. Se cruzó con el profesor, cuando este regresaba a su despacho. Silva palideció en cuanto vio al policía.

—Inspector… —balbució, al mismo tiempo que abría la puerta e invitaba a José a seguirlo—. No esperaba volver a verlo tan pronto. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Silva se sentó detrás de su escritorio y señaló la silla que tenía al frente. Expósito negó con la cabeza.

—Seré breve, profesor. ¿Por qué abandonó a hurtadillas la fiesta a la que asistió anoche, a la hora en que se cometió el asesinato de lord Edmund?

Silva inspiró y retuvo el aire, al mismo tiempo que palidecía.

—Yo… No es lo que usted cree, inspector. Sé que esto se ve muy mal, pero… le aseguro que no tengo nada que ver con lo que le pasó a lord Edmund.

—Necesito algo más que su palabra, que visto lo visto, ha perdido todo su valor.

El profesor sacó su pañuelo del bolsillo y se secó la frente, al mismo tiempo que miraba a los lados como un animal en una trampa.

—Yo… se lo diré, pero le ruego discreción.

—¿Discreción? Estamos hablando de un homicidio, don Antonio. Comprenderá que en estas circunstancias, no puedo guardar ningún secreto.

—Lo sé, pero… está involucrado el honor de una dama.

José cruzó los brazos.

—Lo escucho.

—Es… la hija del decano de la facultad de Historia. Su nombre es Jacinta. Nos amamos, pero… su padre aspira a un mejor partido. Nunca me aceptaría como yerno.

El inspector frunció el ceño.

—¿Por qué? No tiene mucha lógica. Usted es un catedrático.

—Él… él quiere emparentarse con la nobleza, pero yo no poseo ningún título nobiliario. El padre de Jacinta no alberga ninguna sospecha acerca de nuestra relación. Estamos seguros de que en caso de enterarse, la alejaría a ella de Salamanca y haría lo posible por arruinar mi carrera académica.

José se sintió identificado con la situación del profesor. Él mismo había experimentado algún rechazo similar, debido a que provenía de la inclusa.

—Todavía no responde a mi pregunta. ¿Por qué abandonó la fiesta?

—Porque fue una oportunidad única para que Jacinta y yo pudiéramos tener un encuentro. Sus padres estaban muy ocupados en la celebración y había tantos asistentes, que creí que nadie iba a notar mi ausencia. Es evidente que me equivoqué.

El inspector frunció el ceño.

—¿Cómo consiguió ella salir a esa hora?

—Su madre también se encontraba en la fiesta, así que en su casa solo quedó el personal doméstico. Esperó a que se durmieran, para escabullirse. Contó con la ayuda de su dama de compañía. Su residencia está a una manzana de la del marqués, y nos encontramos en la mitad del recorrido. Solo nos reunimos durante algunos minutos, pero disfrutamos cada momento que estamos juntos.

José se quedó pensativo. Si el profesor no mentía, se había vuelto a quedar sin sospechosos.

—Tendré que comprobar si me está diciendo la verdad.

—Por favor, no haga nada que pueda comprometer a Jacinta. Su reputación está en juego. Se lo conté por la gravedad de la situación, y porque confío en que usted es un hombre de honor.

Expósito hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Mi intención no es perjudicarlos, profesor, pero tampoco puedo aceptar solo su palabra —Se quedó en silencio por un momento —. De acuerdo, envíe un mensaje a su prometida. La esperaré en la catedral durante los próximos veinte minutos. Hágale saber que debe ir con su dama de compañía. Su testimonio también es importante.

Cuarenta minutos después, el inspector abandonaba la catedral con paso decidido. Cuando Jacinta y su dama de compañía confirmaron cada palabra del profesor Silva acerca de su coartada, José se sintió aliviado por haber evitado cometer una injusticia, acusando a un inocente de un crimen tan atroz. Un crimen que podía pagarse con el garrote vil. Por otro lado, lo invadió la frustración, pues se había quedado sin su único sospechoso.

Una vez consideradas sus opciones, decidió que su mejor oportunidad de resolver el misterioso asesinato de lord Edmund, sería averiguar el significado del símbolo grabado en la moneda de oro. Si encontraba su relación con el crimen, podría resultar una pista importante.

José encaminó sus pasos de regreso a la universidad. Si existía en Salamanca alguien capaz de descifrar aquel extraño dibujo, estaba seguro de que lo encontraría en el *campus*. En su recorrido, sus pensamientos revolotearon como mariposas, mientras trataba de encontrar una explicación coherente con su hallazgo. Aun así, ninguna idea reveladora surgió en su cabeza.

La lluvia continuaba azotando la ciudad, y las nubes cubrían el cielo con un manto gris que oscurecía el ambiente. Los estudiantes corrían para resguardarse en los edificios, mientras sujetaban sus sombreros y se ajustaban los abrigos y capas, con los que también procuraban proteger sus valiosos libros.

El inspector cruzó con prisa el empedrado húmedo, pero antes de llegar a las enormes puertas que daban acceso a la construcción, casi se dio de bruces con una dama. Sorprendido, levantó la mirada, al

mismo tiempo que se quitaba el sombrero para disculparse. Entonces, reconoció a Encarnación y parpadeó. El desconcierto también se reflejó en los ojos de la joven institutriz. Ambos se refugiaron bajo techo.

—¡José! No esperaba encontrarte aquí. ¿Estás haciendo algún curso?

Expósito enarcó las cejas.

—Yo… no. Estoy trabajando en una investigación que se relaciona con la universidad. ¿Qué haces tú aquí? ¿Te envió la condesa de Rocha por algún recado?

Encarnación negó con la cabeza, al mismo tiempo que dibujaba una sonrisa de satisfacción.

—No, aunque debo reconocer que la condesa me está ayudando a cumplir mi sueño. ¡Estoy estudiando, José! —Encarna dio un saltito de felicidad—. ¿No es una noticia genial?

Las cejas del inspector se alzaron y sus ojos se abrieron, hasta casi saltar de sus órbitas.

—¿Te admitieron? No sabía que aceptaban… quiero decir… no es que lo vea mal, es que no imagino…

Encarnación negó con la cabeza despacio, y cogió aire con resignación.

—Comprendo lo que quieres decir. No, no me han admitido como estudiante —reconoció, bajando la voz y desplegando una sonrisa de complicidad—. Aunque conservo la esperanza de que algún día se pueda conseguir algo tan maravilloso, me temo que hace cuatro años, una Real Orden prohibió la admisión de las mujeres en cualquier universidad. Sin embargo, no me resigno a que me alejen del conocimiento, así que desde que llegué a la ciudad, he visitado la biblioteca casi a diario y me hice amiga del bibliotecario…

—¿De don Lorenzo?

Ella asintió con entusiasmo.

—¿Lo conoces?

—Sostuve una conversación con él, debido a mi investigación. Parece un hombre muy amable.

—Es una persona muy especial. Le satisface mi deseo de aprender, así que me aceptó como pupila. Es muy sabio y está dispuesto a compartir sus conocimientos. Lo visito en las horas libres, que la condesa de Rocha me concede con generosidad. ¿Y tú? Reconozco que este es el último lugar donde habría esperado encontrar a un policía trabajando. ¿Cómo se relaciona el caso que investigas con la universidad? ¿El delito se cometió aquí?

José negó con la cabeza.

—No, pero la víctima estaba muy relacionada con el ambiente académico. Además, busco ayuda para descifrar unos símbolos muy

peculiares.

Los ojos de Encarna se iluminaron.

—¿Símbolos? Tal vez pueda ayudarte. Es el tema que estoy estudiando con don Lorenzo justo ahora: Simbología y Criptografía. Él es un experto, ¿sabes? Estoy segura de que podrá ayudarte.

Con el ánimo renovado, el inspector recorrió los pasillos junto a Encarna. El aroma inconfundible de la biblioteca les avisó de que habían llegado. Don Lorenzo se encontraba ocupado, regresando algunos libros a sus estanterías. José y Encarna se acercaron sin hacer ruido, para no molestar a los demás usuarios de aquel santuario de conocimientos.

—¡Don Lorenzo! —llamó Encarnación, casi en un susurro—. Creo que ya conoce a mi amigo José, el inspector. Él necesita su ayuda.

El anciano apartó la vista de los lomos y le dedicó una sonrisa a su joven pupila.

—¡Encarnación! Me alegra verte. Siempre celebro tu entusiasmo —Entonces, el bibliotecario miró a José, desde sus gafas redondas de montura dorada—. Ah, ¡es usted! El joven policía que investiga la muerte de lord Edmund. No esperaba que volviera tan pronto. ¿En qué puedo serle útil?

—Don Lorenzo, Encarna me dice que usted tiene amplios conocimientos acerca de simbología y criptología.

—Quizá nuestra querida señorita Encarnación me atribuye demasiada erudición. Tan solo se trata de un pasatiempo, que tengo el gusto de estudiar.

—Es usted muy modesto, don Lorenzo —protestó la joven.

—Verá —retomó el hilo José—, encontré una moneda junto al cadáver de lord Edmund, y tiene grabado un símbolo muy extraño. Me preguntaba si podría ayudarme a averiguar su significado.

El bibliotecario sonrió y extendió la palma. José le entregó la moneda y el anciano la observó absorto por largos minutos, que al inspector se le hicieron eternos. El pequeño objeto de oro, que había encontrado en la escena del crimen, brillaba en la mano de don Lorenzo. Bajo la luz que entraba por las ventanas de la biblioteca, el misterioso símbolo parecía cobrar vida con cada reflejo.

—Es muy interesante. ¿Y dice que estaba en poder de lord Edmund?

—Sí, señor. A poca distancia de su mano. Creo que la soltó cuando cayó muerto.

Don Lorenzo levantó la mirada hacia su pupila como si se preparara para dar una lección. Encarna se enderezó para prestar atención.

—Bien, aquí tenemos un dragón dentro de un triángulo

invertido, y tres líneas paralelas en el vértice —murmuró don Lorenzo, acariciándose la barba, pensativo—. ¿Dice que encontró esta moneda en «La casa Bracamonte»?

—Así es.

—Tiene sentido: El escudo de la familia Bracamonte era un dragón de oro rampante sobre fondo azul, rodeado por estrellas plateadas de ocho puntas. El dragón dentro del triángulo... Teniendo en cuenta los intereses de lord Edmund, lo primero que se me ocurre es que puede tener relación con la leyenda de «La casa Bracamonte».

José y Encarnación intercambiaron una mirada.

—¿La leyenda?

Don Lorenzo mantuvo la atención en el extraño símbolo.

—Así es. El linaje de esta familia desapareció, pero según la leyenda, los últimos descendientes ocultaron todo su oro y sus joyas en algún lugar de la ciudad o sus alrededores, dejando documentada la ubicación exacta en un recóndito lugar secreto de la casa. Hay quien habla de un manuscrito, en el que estaría señalado cómo encontrar el tesoro.

—Un mapa —puntualizó el inspector.

El anciano asintió.

—A lo largo de los siglos, muchos lo han buscado, pero todavía nadie ha tenido éxito.

—Interesante —murmuró José, tratando de encajar las piezas, y preguntándose si aquella leyenda podía tener relación con la muerte de lord Edmund.

—¿Hay alguna evidencia de que esa historia sea cierta?

El bibliotecario se encogió de hombros.

—Solo se trata de una leyenda. Sin embargo, es creíble. En aquella época, no era difícil que una familia ocultara sus joyas. Lo que sí puedo asegurarle, es que a lo largo de los siglos no han faltado aspirantes a encontrarlas.

—Es lógico —intervino Encarna—. Para que esos buscadores de tesoros presten atención a la leyenda, no es necesario que sea cierta, sino que el interesado crea en ella.

José enarcó las cejas al escuchar el argumento de la joven.

—Tienes razón, Me pregunto si lord Edmund murió por buscar ese tesoro. Era un hombre acaudalado. No creo que lo necesitara.

Don Lorenzo sonrió.

—No se trata de necesidad, mi querido amigo, sino de avaricia. Aunque también es posible que para lord Edmund, esas joyas tuvieran un valor más histórico que monetario.

—Eso explicaría el interés obsesivo de la víctima por «La casa Bracamonte» —murmuró José, más para sí mismo que para sus interlocutores—. Y es posible que también sea el objetivo del asesino.

Don Lorenzo, ¿puede ayudarme a descifrar el símbolo?

El anciano contempló la moneda durante un largo minuto. Entonces, exhaló todo el aire de sus pulmones.

—Haré lo posible, don José, pero necesitaré tiempo para conseguirlo.

—Lo comprendo.

—Es posible que me lleve algunas horas —dijo el bibliotecario, al mismo tiempo que copiaba el dibujo en un papel y le devolvía la moneda de oro al policía.

—Por supuesto —aceptó el inspector, guardándola en su bolsillo—. Esperaré el resultado de su estudio. Mientras tanto, me ocuparé de seguir otras líneas de investigación.

Satisfecho por haber encontrado ayuda para resolver el enigma, el inspector se despidió de don Lorenzo y abandonó la biblioteca, acompañado por Encarna.

Una vez en el exterior, la pareja avanzó hacia la salida de la universidad.

—¿Has visitado a tu madre? —preguntó ella, de repente—. ¿Cómo está doña Jimena?

José se detuvo en seco y bajó la mirada. Negó con la cabeza, despacio.

—Debo reconocer que todavía no he tenido el valor de ir a verla, aunque sé que debo hacerlo.

—¿Por qué? ¿Le guardas rencor?

—Por supuesto que no, pero… —El inspector rechinó los dientes—. En cierto modo, me siento culpable de su encierro.

—No es justo que te reproches su situación, José. Lo que ocurrió no fue tu culpa. Doña Jimena tomó una decisión crucial en su vida. Ahora debe afrontar las consecuencias. Fue su responsabilidad, no la tuya. Tú hiciste lo correcto y además, le diste la oportunidad de redimirse. Estoy segura de que ella lo sabe.

José guardó un prudente silencio. Aunque las palabras de consuelo de Encarna lo hacían sentirse comprendido, no eran suficientes para reconfortarlo. El sentimiento de culpa continuaba anidado en su pecho, listo para saltar a su conciencia a la menor provocación.

# Capítulo 13

José hizo un esfuerzo por apartar sus sentimientos acerca de su madre y volver a centrarse en el presente. Cuando Encarna y él reanudaron la marcha, la lluvia por fin había cesado y el sol se asomaba entre las nubes con timidez. Caminaron despacio hacia la casa de la condesa Rocha, donde la joven trabajaba como institutriz. Comenzaron a cruzar la Plaza Mayor en silencio, hasta que José por fin se atrevió a romperlo.

—Encarnación, ¿cómo te encuentras aquí en Salamanca? ¿Te sientes cómoda en casa de la condesa?

—No podría ser más feliz, José. La condesa ha sido muy generosa por darme la oportunidad de ser la institutriz de sus hijos, aun antes de conocerme. Además, esta ciudad ofrece grandes desafíos intelectuales. Es más de lo que nunca me atreví a soñar cuando vivía en la casa de mi padre en Avernesa.

—¿Echas de menos a tu padre y tu hermano?

Encarnación se quedó pensativa por un momento y luego sacudió la cabeza.

—Los recuerdo con frecuencia, pero nuestra relación era demasiado difícil, para que los extrañe. No tengo duda acerca de su afecto, pero creo que ninguno de ellos me valoraba lo suficiente.

José guardó un respetuoso silencio y continuaron avanzando. Sumido en sus pensamientos, la preocupación se reflejó en la expresión del joven policía como si fuera un libro abierto. Después de notarlo, Encarnación apoyó su mano con suavidad sobre el antebrazo de él, para llamar su atención.

—¿Qué te ocurre, José? Pareces preocupado. Y no creo que sea solo por la investigación.

Él rechinó los dientes y detuvo sus pasos cuando ya estaban en el medio de la plaza.

—Tienes razón. Estoy muy preocupado y no es solo por el caso de la muerte de lord Edmund. Se trata de Macabeo. Desapareció esta mañana de su cuadra, junto con el resto de los caballos del establo.

Encarna se cubrió la boca con la mano.

—¡Lo lamento mucho, José! Sé lo que ese caballo significa para ti. He escuchado algunos rumores sobre una banda que está actuando en Salamanca. ¿Se trata de ellos?

El inspector se lo confirmó con un gesto de la cabeza.

—Yo debía detenerlos, pero don Carlos me apartó del caso de los robos, para asignarme el asesinato en «La casa Bracamonte». No conseguí arrestarlos a tiempo, y ahora es posible que Macabeo se pierda para siempre.

—Pero, la Policía seguirá buscando a los ladrones, ¿no es así?

—Por supuesto —respondió Expósito—. Sin embargo, me temo que yo no podré participar en esa investigación, hasta que haya detenido al asesino del profesor inglés. Mientras tanto, la suerte de Macabeo se encuentra en manos de uno de mis colegas. Y eso me vuelve loco.

—Entonces, necesitarás toda la ayuda posible —La voz de Encarna adquirió un tono firme—. José, quiero participar en la resolución de este caso. Sé que no soy una detective ni nada parecido, pero quizá mis conocimientos sobre simbología resulten útiles.

El inspector parpadeó ante la inesperada oferta.

—Encarnación, te agradezco mucho tu disposición a ayudarme y no tengo duda de la valía de tus habilidades, pero nos enfrentamos a un asesino. El sujeto al que trato de detener ya ha matado a sangre fría, al menos una vez. No quiero exponerte al peligro que eso representa. Nunca me perdonaría si algo malo llegara a ocurrirte.

—Comprendo tu preocupación, pero si me das la oportunidad, creo que puedo contribuir a descubrir la verdad con mayor rapidez. Además, me estarías permitiendo demostrar el resultado de mis esfuerzos, y me harías muy feliz. Puedo ayudarte en un plano intelectual, sin exponerme a ningún peligro.

—No estoy seguro…

—Tal vez pueda colaborar con don Lorenzo en la tarea de descifrar ese símbolo que encontraste —insistió Encarnación con énfasis—. No correré ningún peligro desde la biblioteca. Don Lorenzo siempre alaba mi percepción de los detalles, y ya sabes lo que dicen acerca de cuatro ojos.

Mientras escuchaba a su joven amiga, José se debatió entre sentimientos contradictorios. Por un lado, sabía que necesitaría toda la ayuda posible para resolver el caso con rapidez, y así poder dedicarse por completo a recuperar a Macabeo. También le agradaba la idea de trabajar codo con codo con Encarna. Sin embargo, le preocupaba que su seguridad resultara comprometida si colaboraba en una investigación tan turbia. También, debía tener en cuenta las órdenes del comisario, acerca de no involucrar a civiles. No quería imaginar su reacción si se enteraba de que había implicado ya no a Inocencio, sino a una dama. Pediría su cabeza en bandeja.

—No sabes cuánto agradezco tu oferta, Encarna, pero no se trata de un problema académico. Nos enfrentamos a un asesino, y no

puedo asumir el riesgo de ponerte en peligro. Don Lorenzo ya me está ayudando con la simbología. Como tú misma me has confirmado, él es un experto en el tema. Estoy seguro de que será capaz de descifrar el símbolo de la moneda de oro.

Encarnación cruzó los brazos y levantó un poco la barbilla, en un gesto desafiante.

—Yo también confío en las habilidades de mi tutor, pero insisto en que mi intervención podría resultar útil. En especial, si aparecen otros símbolos durante la investigación. No podrás permitirte pasar por alto ninguna pista, y don Lorenzo resolverá más rápido los enigmas que se presenten, si cuenta con mi ayuda —argumentó la joven con vehemencia—. Además, no veo qué peligro podría correr, colaborando con él desde la biblioteca.

José parpadeó. La firmeza de Encarnación, sumada a la necesidad de toda la ayuda posible en la resolución de ese hermético caso, estaba erosionando su resistencia. Aunque seguía preocupado por exponerla al peligro, no podía negar que sus conocimientos en simbología y su inteligencia, podrían ser de gran ayuda para resolver la investigación y descubrir la identidad del asesino. Y tenía razón al afirmar que acompañando a don Lorenzo en la biblioteca estaría a salvo. ¿No era así? Después de pensarlo un poco, José asintió despacio, al mismo tiempo que una amplia sonrisa se dibujaba en el rostro de Encarna. El inspector soltó un suspiro de resignación.

—De acuerdo. Tú ganas. Aceptaré tu ayuda, pero solo para colaborar con don Lorenzo en la resolución del símbolo de la moneda. Eso será todo —sentenció el policía, y remarcó su decisión, levantando el índice—. Si aparece algún peligro, te apartarás de la investigación sin ninguna discusión. ¿Está claro?

Encarnación sonrió con satisfacción y sujetó el antebrazo de él con ambas manos, como cualquier pareja de enamorados que disfrutaba la tarde otoñal con un paseo. Por un instante, compartieron una mirada de entendimiento. El joven policía sintió un cosquilleo, como si alguien hubiera acariciado su estómago con una pluma. Encarna bajó la mirada y habló en un murmullo.

—No tienes idea de cuánto te agradezco esta oportunidad, José. Te doy mi palabra de que seguiré todas tus indicaciones, y haré lo posible para que mi ayuda resulte valiosa.

—No tengo ninguna duda de que así será —respondió él, con una sonrisa.

Después de tomarse un momento para pensarlo, José aceptó que su amiga regresara a la universidad. Encarnación se apoyó en el antebrazo de José, para ponerse de puntillas y alcanzar su mejilla con los labios. Él sintió el leve toque como el roce del ala de una mariposa, y una corriente eléctrica le recorrió la columna vertebral. Antes de que

saliera de su estupor, Encarna soltó su antebrazo.

—Te prometo que nos daremos prisa —La joven acompañó su mirada con una sonrisa tímida—. Quizá cuando todo esto termine, tú y yo podamos celebrar juntos tu éxito en la investigación, y también la recuperación de Macabeo.

En cuanto las palabras salieron de sus labios, Encarna se llevó la mano a la boca como si esta hubiera hablado sin su permiso, bajó la mirada y se ruborizó. El joven inspector se sintió dichoso, por primera vez en aquel aciago día. La promesa implícita en aquella propuesta era mucho más de lo que se atrevía a soñar. José se quitó el sombrero de copa y se inclinó en una leve reverencia, antes de responder.

—Será un placer. Esperaré ese momento con impaciencia.

Con una sonrisa, Encarnación se despidió para regresar a la biblioteca. José contempló su figura, mientras se perdía detrás de las grandes puertas de la universidad. Todavía le preocupaban los peligros que pudieran acecharlos, pero confiaba en que Encarna cumpliría su palabra, acerca de mantenerse a salvo. Gracias a su ayuda, él podría concentrarse en sus indagaciones de las circunstancias que rodeaban la muerte de lord Edmund. Era necesario si quería resolver el misterio de «La casa Bracamonte».

# Capítulo 14

Después de decidir cuál sería su siguiente paso, José se alejó de la universidad. Decidió seguir el rastro de la otra pista que había encontrado en la escena del crimen: el estuche con la plumilla de ónice. Reconocía que no se trataba de un indicio muy prometedor. Esas plumillas estaban de moda entre los catedráticos, los eruditos y los señores de la alta sociedad, así que no era extraño haberla encontrado en el bolsillo de lord Edmund. Sin embargo, su carácter exclusivo, que la mantenía fuera del alcance de cualquiera, le permitió albergar la esperanza de que le proporcionara información que lo acercara a su objetivo.

Con esa idea en mente, el inspector se encaminó a la calle Rúa Mayor, donde se encontraba la elegante platería. Cuando llegó a su destino, se detuvo frente a una fachada de arenisca dorada, que mantenía la uniformidad con los edificios vecinos. Sus grandes ventanales estaban adornados con intrincados hierros forjados. A través de ellos, los posibles clientes podían admirar las piezas más exquisitas y llamativas, dispuestas sobre terciopelo rojo. Sobre la puerta, un rótulo de madera oscura con letras doradas anunciaba: «Platería Isidoro González».

José se preparó para afrontar el siguiente paso en la investigación. Después de asegurarse que su apariencia era la apropiada, entró en la platería con paso decidido. Lo alcanzó el olor dulzón del aceite de almendras, que se usaba para pulir la plata. Se sintió intimidado por el ambiente de lujo que lo rodeaba. El inspector se quitó el sombrero en gesto de cortesía, al mismo tiempo que detallaba todo lo que le rodeaba. El suelo de mosaico azul y blanco reflejaba las tenues luces de los candelabros que colgaban del techo. Las paredes estaban tapizadas con papel de damasco en tonos plateados, siguiendo la última moda. Un par de vitrinas de caoba ocupaban el amplio salón. En sus expositores de cristal mostraban joyas, relojes y otros objetos de plata elaborados con maestría. Desde el anaquel que ocupaba el centro de la tienda, un dependiente con traje negro y guantes blancos mostraba a una joven pareja sus anillos de boda más exclusivos.

La dama, vestida con un fino traje bordado con puntillas, se inclinaba sobre las vitrinas, como una niña a quien han invitado a un

pastel y no sabe cuál escoger, entre una inmensa variedad. El caballero, de poblado bigote a la moda, ataviado con chaqué, y sujetando un sombrero de copa en la mano, la observaba con mirada complacida y aire condescendiente.

La elegancia y sofisticación de la tienda intimidaron a José. Aun así, mantuvo la firme decisión de continuar sus indagaciones. Se acercó al mostrador con paso firme. Mientras esperaba que la dama tomara su decisión, el dependiente se dirigió al recién llegado, saludándolo con una inclinación de la cabeza.

—¿Puedo ayudarle?

El inspector se identificó. El rostro del empleado perdió el color, y habló con tono de voz cortante.

—No hemos llamado a la Policía. No comprendo qué…

—Llevo a cabo una investigación y debo solicitar su colaboración. Le agradecería que le avisara al señor Isidoro González. Me gustaría hablar con él en persona.

Desde el momento en que se identificó, la atención de la pareja se centró en José. Con un parpadeo, el empleado le pidió que aguardara un momento y entró en la trastienda. Mientras el inspector esperaba, sintió la mirada curiosa de los clientes clavada en él, como si fuera el espécimen de un exótico animal, en la jaula de un circo. Por fortuna, el dependiente no tardó en regresar acompañado por un hombre mayor, con una extendida calvicie y una barba «*Banholz*», acorde con la moda.

Antes de acercarse a José, don Isidoro lanzó una mirada preocupada a la pareja. La presencia de la Policía en su tienda no era buena para el prestigio del negocio. El platero saludó a los clientes con una leve inclinación de la cabeza y se acercó al policía. —Javier me dice que usted es inspector. ¿En qué puedo ayudarle?

—Me disculpo con usted si mi visita le ocasiona alguna molestia, don Isidoro. Estoy investigando un caso, y creo que esta plumilla de ónice podría ser una pista importante. Tiene su firma.

José sacó el estuche de su bolsillo y se lo entregó al platero, cuyos ojos se clavaron en la pieza.

—Comprendo. Si puedo colaborar, lo haré con gusto —dijo el platero, y su mirada se cruzó con la del policía.

El silencio se apoderó del salón durante algunos instantes, mientras el orfebre estudiaba el estuche, bajo la luz de las lámparas que colgaban del techo. El inspector observó a la pareja por el rabillo del ojo. Todavía mantenían su atención centrada en él. Era probable que esa misma noche, su visita a la platería fuera la comidilla de la alta sociedad salmantina.

Mientras Expósito esperaba el veredicto de don Isidoro, se preguntó si el artesano estaría relacionado con lord Edmund en forma

más personal de lo que parecía. Se mordió los labios. La ausencia de sospechosos lo estaba empujando demasiado lejos. Tenía que reconocer que por sí sola, la plumilla era un nexo muy débil.

—Es una de las nuestras, sin duda —confirmó don Isidoro, sacando al inspector de sus reflexiones, al mismo tiempo que le devolvía el estuche—. Estas plumillas tienen mucha aceptación entre los catedráticos y los caballeros de posibles en la ciudad.

El inspector se permitió albergar una pizca de optimismo.

—Me gustaría saber quién la compró. ¿Existen diferencias entre ellas? ¿Guardan los registros? —preguntó Expósito, con entusiasmo renovado.

—Sí, es posible. Son piezas de creación limitada y muy exclusivas. Cada una tiene una marca, que indica la fecha en que se realizó el encargo.

El policía sintió renacer sus esperanzas.

—¿Podría comprobarlo y decirme el nombre del comprador?

Don Isidoro se detuvo a pensar por algunos instantes, antes de asentir de nuevo.

—Aguarde un momento, por favor.

El platero desapareció en la trastienda, dejando a José solo con la pareja adinerada y el dependiente. El empleado cruzó las manos en la espalda y se mantuvo firme, como un soldado preparado para la revista. La pareja intercambió una mirada de entendimiento. El hombre carraspeó y la dama volvió al estudio de los anillos de boda. Entonces, él centró su atención en el candelabro de cristal. Consciente de que continuaba siendo el centro de atención, a pesar del disimulo, el inspector se ajustó la corbata y desvió la mirada.

Por fortuna, el orfebre regresó, cargando un libro grueso y pesado. Lo depositó con cuidado sobre uno de los mostradores, y comenzó a pasar sus páginas despacio, hasta que encontró lo que buscaba. Con un dedo de pulso firme, señaló una entrada y leyó en voz alta: «Plumilla de ónice número siete, vendida hace un año a nombre de la universidad».

—¿De la universidad? —repitió José— ¿Puede decirme a quién en concreto?

Don Isidoro negó con la cabeza.

—Lo lamento, inspector. La compra se llevó a cabo a través de un mensajero. Se trató de un encargo, y el pago se hizo por adelantado. Me gustaría ayudarlo, pero desconozco el nombre del comprador.

—¿Podría identificar al mensajero?

Isidoro suspiró.

—Me temo que no. Como comprenderá, ha pasado mucho tiempo y esta no fue la única plumilla que se vendió en esos días.

Sin disimular su decepción, José le agradeció a don Isidoro su colaboración y salió de la platería. Había depositado demasiadas esperanzas en esa entrevista, pero solo le dejó claro que existía una indudable conexión entre la plumilla y la universidad. Además de que, como sospechaba, no la había comprado lord Edmund. ¿Se trató de un obsequio de alguien que conocía a la víctima y estaba relacionado con la universidad? Pero ¿de quién y por qué? Era una joya muy costosa y exclusiva como para regalársela a cualquier persona. Sin embargo, lord Edmund era forastero en Salamanca y a pesar de sus frecuentes visitas, ningún testigo reconocía que la víctima tuviera amigos en la ciudad. ¿Había sido un regalo del asesino para ganarse la confianza del inglés?

El inspector recorrió las calles, mientras las evidencias del caso daban vueltas en su cabeza. Tenía la incómoda sensación de que lo seguían, así que de vez en cuando comprobaba lo que había a su alrededor. Todo parecía normal: los transeúntes se cruzaban sin prestarse atención unos a otros. En la esquina, vio cuando una dama que usaba un pañuelo negro tropezaba con un caballero y este se disculpaba. Un chiquillo lo pasó a toda prisa, llevando una carta en la mano. Sorteaba los obstáculos y esquivaba los carruajes que iba encontrando en su camino.

José asumió que aquella sensación era producto de su imaginación, así que volvió a concentrarse en su investigación. Estaba convencido de que la plumilla era clave para resolver el caso. Si pudiera descubrir cuál era su relación con la universidad y con la víctima… No conseguía hilar una teoría coherente, pero estaba decidido a seguir adelante, hasta descubrir lo que se escondía detrás de ese misterio.

El sol volvió a ocultarse detrás de las nubes, en una tarde en la que el tiempo estaba jugando con la ciudad como un niño caprichoso con un juguete nuevo. José encaminó sus pasos a la posada San Marcos.

En cuanto llegó, el inspector preguntó por Inocencio y Leandro. Ambos se habían marchado temprano. ¿Y Cipri? También estaba ausente, desde hacía algunas horas. José comprendió que ya habrían emprendido la búsqueda de Macabeo y de algún modo, la idea le tranquilizó. Confiaba en ellos. Con respecto al chiquillo, supuso que estaría dando un paseo para calmarse.

En cuanto Expósito entró en su habitación, cerró la puerta y se sentó a la mesa, junto a la ventana. Su cabeza era un hervidero de preguntas: ¿Quién había comprado la plumilla en nombre de la universidad? ¿Esta persona adquirió el exclusivo objeto para sí mismo o como un encargo? ¿Cuál había sido su relación con la víctima? ¿Se trataba del asesino o aquella joya era una pista falsa?

Después de sacar de su bolsillo el estuche con la exclusiva pieza de ónice que había pertenecido al profesor inglés, lo colocó con cuidado sobre la superficie de madera, encendió una lámpara de aceite y buscó su lupa de mayor aumento. Durante los siguientes minutos, el inspector examinó con detenimiento todo el conjunto que componía la elegante caja. Una vez satisfecho, la abrió y extendió su contenido sobre la superficie, bajo la luz de la lámpara. Al detallar el plumín, se dio cuenta de que se trataba de una pieza valiosa y exclusiva. No le sorprendía el revuelo que había causado entre las clases altas de Salamanca y los catedráticos de la universidad.

Poseer una de esas joyas sería una señal inequívoca de riqueza y distinción. Esa exclusividad era lo que convertía el valioso objeto en un elemento interesante para el caso.

José usó la lupa para examinar la plumilla en forma exhaustiva. La lente de aumento reveló rasguños y marcas que no eran perceptibles a simple vista. Cada uno de esos pequeños defectos contaba una historia, pero ¿cuál era su conexión con el caso? La meticulosidad del policía le permitió discernir pequeñas manchas en el mango, que supuso que provenían del sudor de una mano, y que sugerían un uso frecuente. Así que su propietario no la consideraba una joya de exhibición. Le daba el uso para el que fue creada. ¿Escribió lord Edmund con ella? ¿O tal vez lo hizo su dueño original?

El inspector se apoyó en el respaldo de la silla y consideró sus opciones. Era posible que el asesino hubiera encargado la plumilla para regalársela al inglés, pero… ¿y si no fue así? Imaginó a lord Edmund visitando a su «amigo» y admirando la plumilla que usaba. José fantaseó con el gesto de generosidad de este hombre, relacionado con la universidad y con el mundo académico, regalándole la joya a su visitante. ¿Por qué no? En ese caso, ¿habría dejado el dueño original algún indicio del paso de la plumilla por sus manos? ¿Se trataba del asesino?

El inspector revisó la punta de la plumilla con la lente de aumento y frunció el ceño. Había una muesca casi imperceptible junto a la punta. José cogió su propia plumilla, y también la puso bajo la lupa. Entonces, comprobó su sospecha: la plumilla de lord Edmund tenía la punta desgastada de una forma muy particular.

El policía frunció el ceño, mientras reflexionaba sobre el hallazgo. Era posible que ese defecto en la plumilla le permitiera avanzar. Pero ¿cómo podría utilizar el descubrimiento en beneficio de la investigación?

Teniendo en cuenta que el desgaste en la punta era único, una marca que había dejado su usuario, si se trataba del asesino y este fue quien se la entregó a lord Edmund, sería vital rastrear lo que había ocurrido con la plumilla, después de que salió de la tienda de don

Isidoro… pero ¿cómo?

Por otro lado, no tenía ninguna garantía de que el propietario original tuviera algo que ver con el caso. José lo pensó por un momento y sacudió la cabeza. No, ya había comprobado que las relaciones del inglés con sus pares de la universidad no iban más allá del ámbito académico. Y un objeto de ese valor no se le regalaba a un simple colega. Debió existir una intención: La necesidad de ganarse la confianza de lord Edmund, lo cual apuntaba al asesino.

Un par de golpes en la puerta rompió la concentración del policía. ¿Habría novedades sobre Macabeo? Con renovada determinación, José se levantó de la silla y abrió. En el umbral encontró a don Pancho, el posadero.

—Han traído un mensaje para usted, don José.

Con el ceño fruncido, el inspector recibió una nota envuelta en un pañuelo negro.

—¿Quién le entregó esto para mí?

—Un chaval del barrio —respondió el posadero, encogiéndose de hombros—. Me dijo que una dama le dio una perra gorda por el recado y que era urgente.

José le agradeció a don Pancho su premura para hacerle llegar el mensaje y cerró la puerta, antes de desdoblar el papel y leerlo. Estaba escrito en una letra redondeada y elegante:

«Si quiere saber quién mató a lord Edmund, lo veré en la calle Placentinos en quince minutos. Venga solo».

El inspector guardó el mensaje y el pañuelo en su bolsillo, asegurándose de llevarse su revólver. Era posible que aquella nota lo condujera a una trampa, pero no podía ignorarla. Recogió también la plumilla. Entonces, salió de la posada y se internó en la ciudad en dirección a la calle Placentinos, con la firme decisión de desentrañar el misterio que rodeaba la muerte de lord Edmund.

# Capítulo 15

Mientras Expósito se encaminaba hacia su siguiente pista, a menos de un kilómetro de allí, el sol de la tarde comenzaba a iluminar las casas apiñadas del barrio La Cuchilla. Las sombras alargadas se entremezclaban con la vida cotidiana de sus habitantes, y el comercio bullicioso de la ciudad en pleno apogeo. El aire estaba impregnado de una tensión, propia de aquellos lugares donde el peligro podía acechar desde cada esquina. Leandro e Inocencio sortearon a los vendedores ambulantes que coreaban sus mercancías. Se internaron a través de las calles estrechas. Los callejones oscuros creaban una sensación de inseguridad, que los obligaba a extremar precauciones. Inocencio se detuvo de repente, obligando a Leandro a imitarlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó el policía.

—¡Shh! ¡Escuche!

El inspector Rodríguez frunció el ceño, tratando de captar aquello que había alertado a su compañero. Inocencio se mantuvo inmóvil y en silencio, como un ciervo que presiente el acecho del depredador. Al cabo de un par de segundos, se relajó.

—Nada. Me pareció escuchar pasos que nos seguían, pero por lo visto, me equivoqué.

Leandro escrutó la calle con atención.

—No veo ni oigo nada sospechoso.

Con las cejas enarcadas, Inocencio se rascó el cuello para mostrar su conformidad, y ambos siguieron adelante. Cuando estuvieron cerca de su destino, el policía escrutó con cautela los alrededores de «El Cuervo Rojo». Inocencio se movía con la soltura y confianza de un pez en el agua, aunque sus sentidos se mantenían alerta ante cualquier imprevisto que pudiera surgir, desde el rincón más inesperado.

Por fin llegaron a la taberna y después de intercambiar una mirada decidida, cruzaron el umbral. Como siempre que la visitaba en sus días de ladrón, la impresión que tuvo Inocencio fue que la luz no se atrevía a penetrar en aquel espacio de engaños y traiciones. La atmósfera era lúgubre, solo iluminada por el resplandor de lámparas titilantes, que apenas conseguían que el recinto no estuviera sumergido en la oscuridad más absoluta. Los murmullos de tratos ilícitos se mezclaban con los olores del tabaco negro, la orina vieja y

el alcohol rancio. Los rostros de los clientes estaban ocultos por las sombras y las alas de los sombreros, en un ambiente de tensa camaradería.

Los improbables compañeros avanzaron por la taberna, sorteando a los parroquianos y tratando de pasar desapercibidos. No tuvieron éxito. Inocencio sintió que la tensión de sus músculos aumentaba, en la medida en que se internaban en el salón. La atención de los clientes se fue centrando en ellos, hasta que los murmullos cesaron, y ambos sintieron el peso de las miradas cargadas de desconfianza, atravesándolos de lado a lado. Pese a la incomodidad de la situación, se esforzaron en mantener la calma y centrarse en su objetivo.

Detrás de la barra, el dueño del bar limpiaba un vaso con un trapo lleno de lamparones. Era un hombre tosco, cuyos largos bigotes colgaban a ambos lados. Leandro se identificó y colocó la cajetilla de cigarrillos «La Estrella Negra» frente a él.

—¿Conoce usted esta marca de tabaco? —le preguntó el inspector con voz autoritaria, al mismo tiempo que observaba su reacción.

Sin disimular su incomodidad, el tabernero miró a su alrededor, para comprobar quiénes estaban presentes. Solo entonces, prestó atención a la caja de cigarrillos. Desvió la mirada del policía cuando respondió.

—No, nunca la había visto. Aquí no vendemos tabaco, inspector. Eso es cosa de los estancos.

Leandro e Inocencio intercambiaron una mirada. Cada uno de ellos tuvo claro que el otro no se había creído la respuesta. Ya tenían la atención de todos los parroquianos, que escuchaban la conversación en un tenso silencio. Mal asunto. Inocencio sintió un escalofrío cuando recordó la forma en que los habían correteado a José y a él, apenas en la madrugada, desde aquel mismo lugar. Por suerte, parecía que nadie lo había reconocido. Cruzó los dedos para que los clientes del día no fueran los mismos que los de la noche. La voz de Leandro lo sacó de sus reflexiones.

—No es una buena idea mentirle a la Policía —le advirtió el inspector al propietario—. Esta cajetilla está relacionada con un delito muy grave. Si descubrimos que trató de engañarnos, podríamos acusarlo de ser cómplice de los bandoleros que azotan Salamanca.

Con evidente incomodidad, el sujeto se secó la frente sudorosa con la mano. Inocencio se preguntó si se la lavaría, antes de servir al próximo cliente que atendiera. Después de mantener el silencio por un instante y evitando mirar a nadie en el salón, el tabernero respondió con voz temblorosa.

—Si supiera algo se lo diría, inspector, pero le aseguro que es la

primera vez que veo esa cajetilla.

Inocencio clavó la mirada en la punta de sus zapatos y Leandro rechinó los dientes. Ambos reconocían a un mentiroso cuando lo tenían al frente, y estaba claro que el dueño de la taberna ocultaba algo. Sin embargo, no sería fácil conseguir que hablara en aquel lugar, con la atención de todos los clientes centrada en ellos. Además, el joven exladrón notó que los ceños fruncidos se multiplicaban a su alrededor. Comprendió que debían ser cuidadosos, si no querían ver aparecer las navajas que estaba seguro de que reposaban en los bolsillos.

El chico se inclinó hacia adelante sobre la barra, para acercarse al tabernero. Entonces, habló en un murmullo.

—No queremos causarle problemas, pero necesitamos que nos responda con la verdad. Yo crecí en este barrio y sé cómo funcionan las cosas por aquí. Si nos dice lo que sabe, nos marcharemos y no volveremos a molestarlo.

—De lo contrario, me ocuparé yo mismo de que se lleve a cabo una redada cada noche en esta taberna —intervino Leandro, con toda su mala leche—. Estoy seguro de que encontraremos cosas muy interesantes. Además de que no volverá a tener clientes, a menos que la convierta en una pastelería para damas de sociedad. Usted decide.

El tabernero tragó saliva y vaciló un poco, antes de responder en un murmullo.

—Está bien, pero no aquí ni ahora. Los espero en cinco minutos en el callejón, detrás de la iglesia.

—Será mejor para usted que no nos deje plantados —sentenció el inspector, en el mismo tono de voz.

Sin perder de vista a los parroquianos, Leandro e Inocencio se encaminaron hacia la salida. Antes de que pudieran llegar, escucharon la voz del dueño del bar:

—¡Y no regresen…!

Antes de que transcurrieran los cinco minutos, el tabernero se estaba asomando con precaución al callejón, donde habían convenido la reunión. Su actitud distaba mucho de la altanería que mostró frente a sus clientes.

—Lamento haber sido tan brusco, caballeros. Es solo que…

—Lo comprendemos —dijo Inocencio.

—Háblenos de la cajetilla —lo urgió Leandro.

El dueño de la taberna tragó saliva, antes de responder.

—La cajetilla. Sí. Hay un hombre que acude al bar de vez en cuando y ofrece esa marca de tabaco.

—¿Solo lo ofrece en su taberna o también en otros locales? —preguntó Inocencio con interés.

—Eso no lo sé.

—¿Cómo lo identificamos? —preguntó el inspector.

—Su nombre es Cornelio Barrios. Es fácil reconocerlo, por la cicatriz que tiene sobre el ojo izquierdo.

Leandro e Inocencio se miraron. Avanzaban.

—¿Dónde podemos encontrar a ese ciudadano ejemplar? —preguntó el policía.

El tabernero miró nervioso a su alrededor, asegurándose de que no había testigos del encuentro.

—Se lo diré, pero por favor, que no se entere de que lo supieron por mí. Sería mi perdición.

Leandro aceptó la petición con un asentimiento.

—Tiene nuestra palabra —le confirmó Inocencio, también.

—Cornelio vive a media manzana de aquí, en una vieja casa que está casi en ruinas —dijo el tabernero, señalando una de las callejuelas—. La reconocerán por la puerta verde desgastada y las ventanas rotas. Les aconsejo que sean cuidadosos. Es un sujeto peligroso.

—Muy bien —dijo el inspector— Puede marcharse. Le aseguro que nadie sabrá que colaboró con nosotros.

Más pálido que un fantasma después de un susto, el dueño de «El Cuervo Rojo» se marchó a toda prisa. Leandro e Inocencio salieron del callejón. Aunque el chico tenía la sensación de que alguien los observaba, por más que miró a su alrededor, no pudo ver nada extraño. Tal vez era su imaginación, pero cuanto más se internaban en las oscuras calles del barrio La Cuchilla, más crecía la sensación de peligro.

Mientras recorrían la estrecha callejuela señalada por el informante, el policía y el ladrón rehabilitado iban discutiendo en voz baja. Intercambiaban opiniones acerca de cómo abordarían la situación, cuando llegaran a la casa del contrabandista. Las sombras se alargaban, a medida que avanzaban por la calle oscura y estrecha. El viento frío soplaba con fuerza, cortando como un cuchillo en cada intersección. El olor a humedad y basura se mezclaba con el carbón quemado de las chimeneas cercanas, y con el tufo de la orina vieja en los rincones más oscuros.

—¡Agua va!

El grito los obligó a buscar la seguridad, acelerando el paso para alejarse de la advertencia. Se apartaron justo a tiempo, para evitar que los alcanzara el contenido de la bacinilla, que una de las vecinas vació desde la ventana del segundo piso de su casa. Un chasquido a sus espaldas los alertó. Provenía de un montón de cajas apiladas en un callejón cercano. Leandro entornó los ojos e Inocencio rechinó los dientes, mientras se acercaban al origen del ruido con precaución. Antes de que pudieran alcanzar la pila, los sorprendió una

rata que abandonó su refugio a toda prisa, para alejarse de ellos.

El policía y el chico relajaron la tensión de sus hombros y retomaron el camino hacia la casa de Cornelio. Oculto por las cajas, Cipri suspiró aliviado y se mantuvo quieto, sin quitarles la vista de encima.

El chaval aprovechó las sombras para evitar que lo descubrieran. Cipri no quería desobedecer a don José, pero no podía quedarse en la posada sin hacer nada, mientras Macabeo corría peligro. Leandro e Inocencio reanudaron su camino con cautela. La estrecha calle estaba sucia y llena de baches. A medida que se acercaban a la casa del contrabandista, el joven sintió que sus músculos se contraían. Cuando centró su atención en Leandro, comprendió que el inspector experimentaba la misma tensión. Por fin llegaron a una casa de aspecto descuidado, en medio de la manzana. La fachada tenía grandes desconchones y las roturas de las ventanas estaban cubiertas con tablones. Leandro se volvió hacia Inocencio en silencio. La mirada decidida del joven le demostró que estaba preparado. El policía golpeó la puerta con fuerza dos veces.

—Ya voy. ¿Quién molesta a esta hora?

Desde el interior de la casa se escucharon pasos firmes sobre escalones de madera. A pocos metros, Cipri mantenía la vista sobre sus amigos, oculto por un barril. El chiquillo sintió un escalofrío en la espalda cuando la puerta se abrió, y apareció un hombre malencarado. Una horrible cicatriz le deformaba el lado izquierdo de la cara, dándole un aspecto aterrador.

# Capítulo 16

Cuando José llegó a la dirección donde la misteriosa nota lo había citado, un manto de nubes cubría el cielo de la tarde otoñal, sumiendo a la ciudad en una inquietante penumbra. La escasa luz apenas alcanzaba unos pocos metros desde la esquina de Cuesta de Oviedo, dejando el resto de la calle en las sombras. El inspector se detuvo un momento y escudriñó la oscuridad. Contuvo la respiración, mientras sentía los latidos del corazón resonando en sus oídos. ¿Quién habría enviado la nota? ¿Se trataba de una trampa? Ese pañuelo negro le resultaba demasiado familiar. Lo había visto con una frecuencia inusual en las últimas horas. Estaba seguro de que su propietario lo había seguido desde que salió de «La casa Bracamonte», a primera hora de la mañana. Y ahora lo citaba en las sombras. ¿Habría cometido un error fatal al acudir solo?

Escuchó pasos amortiguados que lo sacaron de sus pensamientos y dispararon todas sus alarmas. José apoyó la mano en la culata del revólver que llevaba al cinto. Con todos los músculos tensos, el inspector aguzó el oído. No había duda, se trataba del eco de los pasos de alguien que se acercaba con sigilo.

—¿Quién anda ahí? —gritó el inspector a todo pulmón— ¡Identifíquese!

Una figura avanzó hacia el policía, en medio de las sombras. Expósito se mantuvo en máxima alerta, hasta que un tenue rayo de luz alcanzó a su misterioso informante. Entonces, con sorpresa comprobó que se trataba de una mujer. José parpadeó sin comprender. La chica miró al policía con atención, como si tratara de decidir si podía confiar en él. El inspector relajó un poco los músculos, pero se mantuvo atento. Todavía podía ser una trampa.

—Señorita… Este lugar es peligroso para una dama. ¿Vive usted en este barrio?

En silencio, la mujer se acercó un poco más, hasta que la escasa luz de la tarde se reflejó en su rostro. Entonces, José pudo ver el miedo en sus ojos.

—Usted es el inspector José Expósito, ¿no es así? —murmuró la mujer, como si temiera que alguien más los escuchara.

El policía esperó, atento a cualquier sonido o movimiento a su alrededor. Aunque de apariencia inocente, la chica podía ser parte de

una trampa y tener la misión de distraerlo.

—¿Vino solo?

—¿Usted envió la nota?

La joven tragó saliva. La palidez de su rostro daba fe de su terror. José se preguntó si podría confiar en ella. Aunque sabía que no debía bajar la guardia, el inspector decidió darle la oportunidad de explicarse.

—No tiene nada que temer. Estoy aquí porque en su nota mencionó que usted sabe quién asesinó a lord Edmund Fernsby.

La joven dudó un momento antes de hablar.

—Mi nombre es Sara, Sara Bermúdez. Fui... amiga... de lord Edmund.

Expósito arqueó una ceja. El tono de voz de la joven resultaba muy revelador.

—¿Amiga?

—Él… queríamos casarnos, pero su familia se oponía —explicó Sara, retorciendo un pañuelo entre sus manos—. Decían que yo no era... apropiada. Edmund era un lord y yo solo la hija de un humilde maestro de escuela. Nuestro amor era imposible.

El inspector asintió.

—Lo comprendo.

—En los últimos días, Edmund estaba muy nervioso. Temía por su vida. Me pidió que si le pasaba algo, le diera un mensaje a la Policía —José tensó los músculos de la espalda, sin perder una palabra de la joven e inesperada testigo. Hizo un gesto con la cabeza para animarla—. Al principio creí que exageraba. Tendía a ser un poco dramático, pero cuando me enteré de que lo habían asesinado, me aterroricé. Él me advirtió que yo también podía estar en peligro, si la persona que lo acosaba descubría nuestra relación, y sospechaba que yo pudiera tener información sobre su búsqueda.

—¿Su búsqueda?

—Edmund estuvo muy ocupado durante las últimas semanas. Se sumió por completo en una investigación que lo obsesionó. Decía que estaba seguro de poder realizar un hallazgo de un enorme interés histórico.

—¿Le comentó a qué se refería en concreto?

Sara negó con la cabeza.

—Lo único que puedo decirle es que tenía relación con «La casa Bracamonte», pero no me reveló nada más. Quería protegerme.

—Comprendo.

—En cuanto me enteré de su muerte, decidí mantenerme escondida. Cuando comprendí que usted estaba a cargo de investigar lo que había ocurrido, comencé a seguirlo, esperando encontrar una ocasión para hablar a solas.

Expósito sintió lástima por la joven. El fallecimiento de su amante y el miedo por sus secretos compartidos, la habían dejado en peligro y desamparada.

—No se preocupe, señorita. Mis colegas de la Policía y yo no permitiremos que le ocurra nada malo, y le prometo que llegaremos al fondo de este sombrío asunto. Dígame, qué más sabe.

Sara abrió la bolsa de cuero que llevaba atada a la cintura y sacó un pequeño objeto, que estaba envuelto en un pañuelo.

—Edmund me pidió que si le ocurría algo, le entregara esto a la Policía.

Antes de que pudiera darle el encargo al inspector, sus ojos se abrieron con terror. La chica palideció, y sus manos comenzaron a temblar. El inspector frunció el ceño. Aunque miró a su alrededor con atención, no pudo detectar nada fuera de lo normal.

—¿Qué sucede?

—¡Viene a por mí! —gritó ella, presa de un ataque de pánico.

—Cálmese, por favor. Está a salvo conmigo. No permitiré que nadie le haga daño. ¿A quién se refiere?

—¡No lo entiende! ¡Tengo que salir de aquí! —Sara cogió desprevenido al policía, al apartarlo de su camino con un empujón.

La chica pasó corriendo junto a él y se dirigió hacia la transitada calle. José la siguió y cuando alcanzó la esquina, escuchó un grito desgarrador. Entonces, vio cómo un carruaje se alejaba con rapidez, dejando a la mujer tirada en el pavimento. Expósito se acercó y confirmó lo que temía: Sara estaba muerta.

De repente, el inspector se vio rodeado por una multitud de curiosos. Entre ellos reconoció a dos agentes, quienes a su vez lo identificaron y se pusieron bajo sus órdenes.

—¡Alejad a los curiosos y que uno de vosotros avise en la comisaría!

Mientras sus subalternos obedecían, sintiendo la punzada del fracaso, José comenzó a estudiar la escena del crimen. Lo primero que notó cuando revisó el cuerpo de la víctima, fue que mantenía la mano cerrada en un puño. Todavía sostenía el objeto que había querido entregarle. El mensaje de lord Edmund. Con delicadeza, José le abrió los dedos que aún se mantenían flácidos, y lo recuperó. Se trataba de un anillo de latón. Era una baratija comprada en el mercadillo, pero lo que llamó la atención del inspector fue el grabado. Un trabajo de orfebrería notable, para una pieza de bisutería como esa. En la superficie plana del anillo resaltaba la imagen de un rayo sobre un sol naciente.

José comprendió que había sido un trabajo encargado por lord Edmund. Por desgracia, no estaba versado en los simbolismos, así que la imagen no le dio ninguna pista. Quizá don Lorenzo y Encarna pudieran ayudarlo en la solución del enigma. El inspector se guardó el anillo, frustrado por no poder comprender el mensaje que el propio lord Edmund quiso transmitirle a través de Sara. Sin embargo, estaba seguro de que acababa de conseguir una pista crucial, que por desgracia había costado el precio de una vida.

El inspector se apartó del lugar del accidente, y dejó que los agentes se ocuparan de los trámites necesarios. Quería concentrarse en pensar y procesar los sucesos recientes. Sara había perdido su vida por entregarle ese anillo, que fue el mensaje póstumo de lord Edmund. Así que el erudito inglés era consciente del peligro que corría. Pero entonces, ¿por qué permitió que su asesino lo acompañara en su visita nocturna a la biblioteca de «La casa Bracamonte»? ¿O quizá no tuvo alternativa? ¿Habría actuado bajo amenaza?

El policía giró el anillo entre sus dedos. Un rayo, el símbolo de Zeus en la mitología griega o quizá una tormenta, sobre un sol naciente, ¿la esperanza? ¿Representaría acaso la ira de los dioses? ¿Un acontecimiento cercano que se pudiera relacionar con una persona en concreto? ¿O tendría algún otro significado más mundano?

José decidió guardar el anillo por el momento. No tenía sentido tratar de descifrar su significado, sin tener ninguna idea de cómo hacerlo. El arrollamiento de Sara no fue un accidente. Tenía que detener al asesino lo antes posible, para evitar nuevas víctimas inocentes. Era evidente que necesitaría ayuda. Mientras recorría las calles, se preguntaba cuál debía ser su siguiente paso. Entonces, se encaminó al único lugar donde podría encontrar respuestas.

# Capítulo 17

En el barrio La Cuchilla, Leandro e Inocencio se encontraron cara a cara con el contrabandista, cuya desconfianza resultó evidente en la mueca que torció su rostro. No había duda de que los dos desconocidos que llamaron a su puerta no eran bienvenidos.

—No los conozco. ¿Qué quieren? —Su mirada cargada de desprecio se centró en Inocencio—. Y tú, niñato, deberías estar trabajando como aprendiz, en lugar de dedicarte a molestar a tus mayores.

Inocencio apretó los dientes, sin dejarse provocar. Leandro permaneció imperturbable. Iba preparado con su identificación en la mano y la sostuvo frente a la nariz del sujeto.

—Soy el inspector Leandro Rodríguez, de la comisaría del Centro. Queremos hacerle algunas preguntas, señor Barrios —dijo con voz firme y serena.

A regañadientes, Cornelio se hizo a un lado para permitirles entrar. Entonces, el contrabandista los llevó hasta una pequeña sala, donde el abandono era evidente. Las paredes, agrietadas y desconchadas, daban fe del descuido al que las sometía el dueño de la casa. Las tablas del suelo crujían con cada paso, mientras que los muebles, de color verde desgastado, daban testimonio de haber pasado por mejores tiempos. Los envolvió el olor de la madera enmohecida, que acompañado por el polvo que se arremolinaba a su alrededor, les causó una sensación pegajosa y desagradable en la piel. Inocencio ignoró la mirada de enfado de Cornelio y comenzó a moverse de un lado a otro, sin disimular su curiosidad, toqueteándolo todo.

—Oye, tú, crío. ¿No te puedes quedar quieto? ¿Es que tu madre no te enseñó modales?

El joven dibujó una sonrisa pícara.

—¿Cuál madre?

Leandro sacó de su bolsillo la cajetilla de tabaco que Cipri había encontrado en el establo. Se la mostró a Cornelio, obligándolo a desviar la atención de la curiosidad de Inocencio.

—¿Reconoce esto, señor Barrios?

—No —respondió el contrabandista, sin siquiera mirar la cajetilla que le mostraba el inspector.

Inocencio escrutó el rostro del policía. Por su expresión, comprendió que tampoco le había creído. Quizá Leandro no fuera tan astuto como José, pero tampoco era ningún tonto. Sabía tomarle las medidas a los tíos como Cornelio.

—Es extraño —insistió el policía, sin ninguna vacilación en su voz—, porque hemos recibido información fidedigna de que usted distribuye este tabaco en «El Cuervo Rojo».

Cornelio frunció el ceño, y un silencio penetrante se apoderó de la sala. Inocencio captó el destello de duda y temor en la mirada del contrabandista. Cuando el delincuente apretó los dientes, el joven excarterista comprendió que resistiría la presión y no revelaría sus secretos con facilidad. Decidido a no perder la oportunidad, el chico reanudó su búsqueda de evidencias, toqueteándolo todo y husmeando en cada rincón.

—¡Basta ya, mocoso! —gruñó Cornelio, rechinando los dientes y levantando la mano, dispuesto a castigar la impertinencia del chaval —. ¡Deja mis cosas en paz!

Leandro se interpuso entre ambos, sin perder el aplomo.

—¡Será mejor para usted que no se atreva, señor Barrios! —le advirtió con voz pausada, pero firme—. Si toca a mi compañero, le aseguro que dormirá en la comisaría.

Cornelio tragó saliva y dio un paso atrás.

—¿Por qué no me dejan en paz? Les mintieron. No sé nada de ese tabaco. Ni siquiera tenía idea de que lo vendían en «El Cuervo Rojo». Yo no fumo.

Aprovechando la protección del inspector, Inocencio continuó explorando la habitación. Una manta en un rincón oscuro le llamó la atención. No tenía tanto polvo como el resto del mobiliario y se encontraba cubriendo algo. El chico se acercó y se agachó junto a aquel bulto que había despertado su curiosidad. De un tirón apartó la manta, revelando las cajetillas de tabaco La Estrella Negra que estaban apiladas debajo.

—Inspector Rodríguez, creo que debería ver esto.

Sin dejar de vigilar al sospechoso, Leandro se acercó a la pila de cajas. El rostro de Cornelio palideció y se contrajo en una mezcla de miedo y enfado. El inspector reaccionó de inmediato, sacó su revólver y se interpuso entre el contrabandista y la salida, impidiendo cualquier intento de fuga.

—¡Las manos separadas del cuerpo, donde pueda verlas! —gritó el inspector. Cornelio obedeció de inmediato—. Inocencio, no te acerques a él.

—Como usted diga, señor.

El policía levantó un poco el cañón del arma.

—Dígame, señor Barrios, ¿todavía niega saber algo acerca de

este tabaco de contrabando?

—Lo pillamos, inspector —afirmó Inocencio con su entusiasmo juvenil.

Con los dientes apretados, Cornelio soltó un gruñido.

—Se terminó el juego, Cornelio. Está arrestado. Seguiremos esta conversación en la comisaría. ¿Sabes usar esto, chaval? —le preguntó Leandro a Inocencio, refiriéndose al revólver.

—Por supuesto, inspector. José me enseñó y de vez en cuando, practicamos tiro al blanco en las afueras de la ciudad.

Leandro le entregó el arma al chico.

—Vigílalo.

Sin bajar la guardia, el policía le puso los grilletes al contrabandista y recuperó el revólver de las manos de Inocencio. El joven lanzó una última mirada desafiante a Cornelio, y vio un destello de ira en los ojos del delincuente. Entonces, tomó una nota mental para sí mismo: «tener cuidado».

En el camino a la comisaría encontraron a una pareja de agentes, que hacía su ronda a poca distancia de la ruinosa casa. El inspector les ordenó que los acompañaran hasta su destino. Al llegar, Leandro le pidió a Inocencio que lo esperara en la recepción, antes de dar las órdenes necesarias para que prepararan el interrogatorio de Cornelio.

Minutos después, el policía entraba en la pequeña habitación. Enseguida lo alcanzó el penetrante olor del humo de tabaco, el cual no era suficiente para esconder el acre hedor del miedo, que hacía que el ambiente fuera casi irrespirable. Una pequeña lámpara de queroseno apenas iluminaba la robusta mesa de roble donde reposaba, dejando la habitación rodeada de sombras inquietantes. El sencillo crucifijo de madera en la pared del fondo atrajo la mirada del policía. Sobre la superficie de la mesa, el interrogador tenía a su disposición algunos papeles en blanco, un pequeño tintero y una plumilla. Los gruesos muros impedían el paso de cualquier sonido, y el opresivo silencio solo era roto por la respiración agitada del reo. El contrabandista había perdido su altanería. Mantenía la mirada baja y sudaba a mares, a pesar del frío.

—No pierda el tiempo tratando de negar su delito, Cornelio —le advirtió Leandro—. No le servirá de nada.

La mirada del delincuente se desvió por un instante al bastón que reposaba en una de las paredes. Las cadenas que sujetaban sus manos tintinearon cuando se removió en la incómoda silla.

—Usted gana. Lo admito. Yo vendo ese tabaco en «El Cuervo Rojo». No hago daño a nadie.

—Excepto a los honestos estanqueros, que sí pagan sus impuestos. Y a la Ley que transgredes sin ninguna vergüenza.

—¿Qué me van a hacer?

—Eso dependerá del juez.

—¿Me va a pegar? Dicen…

—No me gustan esos métodos, pero si no responde a mis preguntas, mis superiores pueden decidir encargar su interrogatorio a algún colega con menos remilgos. Le conviene colaborar.

Barrios se estremeció.

—¿Qué quiere saber?

—¿Dónde estuvo anoche?

—Eso no es asunto suyo.

—No colme mi paciencia, Cornelio.

El detenido rechinó los dientes.

—De acuerdo, estuve en una casa de citas toda la noche.

—¿Cuál?

—«Las Rosas de Salamanca».

—Lo comprobaré. Ahora dígame, ¿quiénes le compran el tabaco?

Cornelio sacudió la cabeza y dudó un momento, antes de responder:

—De acuerdo, ustedes ganan: Solo tengo dos clientes que compran esa marca de tabaco en Salamanca: Eustaquio Castro y Marcelino Serrano. De vez en cuando, también se lo vendo a un campesino que trae sus productos al mercadillo, después de la cosecha, pero no lo he visto desde hace algunas semanas.

—¿Su nombre?

—Solo sé que se llama Aurelio. Nunca me ha mencionado su apellido.

—¿Alguien más vende ese tabaco en Salamanca o sus alrededores?

—No, que yo sepa.

—¿Qué más sabe sobre estos hombres?

Cornelio tragó saliva.

—Eustaquio es cochero en una casa señorial. En una ocasión escuché que Marcelino es herrero. En cuanto a Aurelio, ya se lo dije: es campesino.

Leandro tomó nota.

—¿Dónde viven?

—¿Cómo quiere que lo sepa? Yo solo les vendo el tabaco.

—Vamos, Cornelio. ¿Va a decirme que nunca siguió a sus clientes, para asegurarse de que podría localizarlos si era necesario?

El contrabandista rechinó los dientes y bajó la mirada.

—Se lo diré, pero solo si me ayuda a salir de aquí.

—Será mejor que colabore sin esperar nada a cambio —le advirtió el inspector—. Me dirá dónde viven o dejaré que uno de los

agentes le interrogue.

A regañadientes, el delincuente le dio las direcciones de los dos hombres que eran vecinos de Salamanca, así como el pueblo del que era oriundo el campesino. Leandro tomó nota y esperó a que la tinta se secara, antes de doblar el papel y guardarlo en su bolsillo. Entonces, se levantó de su silla y salió de la agobiante habitación.

El inspector dio la orden para que trasladaran al detenido de vuelta a su celda y bajó las escaleras. Inocencio debía seguir esperándolo en la recepción. Lo encontró entretenido, haciendo algunos trucos de magia, mientras Quintana lo miraba con los ojos redondos y la mandíbula caída. El inspector puso fin a la diversión. Le ordenó al agente que enviara a un compañero a «Las Rosas de Salamanca» y que otro visitara el pueblo de Aurelio, que se encontraba a veinte minutos al galope. Debían comprobar las coartadas de Cornelio y el campesino lo antes posible. Una vez que Quintana comprendió la urgencia de la orden, Leandro e Inocencio se marcharon. Mientras se alejaban de la comisaría, el policía puso al día a su joven compañero, acerca de la información proporcionada por Cornelio.

—¿Serrano? —repitió el chico—. Ese apellido me resulta muy familiar, pero no podría decirle por qué.

—Si lo recuerdas, avísame. Cualquier dato, por pequeño que sea, puede resultar importante.

—De acuerdo —dijo Inocencio con un encogimiento de hombros—, aunque conozco a mucha gente y se trata de un apellido común. Quizá nuestro asunto no tenga nada que ver con lo que sea que me lo recuerda.

—Aun así —insistió el inspector.

—¿Qué hacemos ahora?

—Debemos interrogar a los sujetos que compran ese tabaco. De momento, a los que viven en la ciudad. Son nuestros mejores sospechosos.

Inocencio adoptó una expresión severa, poco habitual en él. De inmediato, en un tácito acuerdo, ambos encaminaron sus pasos a la primera dirección de la corta lista, mientras una fina llovizna los empapaba.

# Capítulo 18

La lluvia por fin dio una tregua a la ciudad, mientras Inocencio y Leandro recorrían las calles en silencio. El joven iba sumido en sus pensamientos, tratando de recordar por qué el nombre de Marcelino Serrano le resultaba familiar. El inspector decidió que visitarían primero al cochero, así que su destino inmediato sería la mansión donde trabajaba Eustaquio. A pocos metros de la casa señorial, Leandro se detuvo y obligó al chico a imitarlo.

—Escúchame bien, chaval. Debemos tener cuidado. Si cualquiera de estos hombres está involucrado en el robo de los caballos, podría ser peligroso.

Inocencio recibió la advertencia con todos los músculos tensos. Aun así, mantuvo la determinación en su mirada. Leandro observó a su joven compañero por un instante, antes de que ambos reanudaran la marcha por las calles adoquinadas y todavía húmedas, envueltos por el frescor de la lluvia recién caída.

—Inspector, ¿cree que alguno de ellos podría estar involucrado en los robos? Sé que ambos compran tabaco de contrabando y eso es ilegal, pero… bien, a lo que me refiero es a que Cornelio parece un mejor sospechoso. ¿No deberíamos centrarnos en él?

Leandro negó con la cabeza.

—Que investiguemos a estos hombres no significa que hayamos descartado a Cornelio, Inocencio. Tienes razón en tu apreciación, así que él sigue siendo nuestro sospechoso más prometedor. Sin embargo, lo único que demuestra esa cajetilla que apareció en el establo robado, es que uno de los ladrones fuma ese tabaco. Eso no quiere decir que lo venda. Podría tratarse de cualquiera de los cuatro, y sería un error investigar solo a uno, porque nos parezca un mejor sospechoso.

—Comprendido, inspector —respondió el joven con un asentimiento.

Leandro señaló una casa señorial a pocos metros.

—Según Cornelio, esa es la dirección donde trabaja Eustaquio. Ya llegamos.

La casa señorial se alzaba majestuosa en Rúa Mayor. Leandro e Inocencio pasaron junto a los setos podados y los rosales que rodeaban la entrada. Los alcanzó el dulce olor de las rosas inglesas, y les acompañaron el golpeteo de las herraduras de los caballos al pasar y

el murmullo lejano de la gente en las calles.

—¿Usted cree que nos van a recibir en la puerta principal? —preguntó Inocencio, un poco intimidado—. Quiero decir, quizá sería mejor que nos aproximáramos por las dependencias de servicio.

—No te cohíbas, chaval —le respondió el inspector con una sonrisa—. Estamos aquí por un asunto oficial. Nos recibirán, aunque sea a regañadientes.

El chico tensó la mandíbula, no demasiado convencido. Ambos llegaron hasta la entrada principal de la mansión y Leandro usó la aldaba de bronce para llamar. A los pocos segundos, un mayordomo de aspecto severo abrió la puerta. Los miró de arriba abajo y entornó los ojos con desprecio.

—¿Puedo ayudarles?

El policía le mostró su identificación, sin dejarse intimidar.

—Soy el inspector Leandro Rodríguez. Necesitamos hablar con Eustaquio Castro, el cochero de esta casa.

—Esperen aquí —ordenó el mayordomo, antes de cerrarles la puerta en las narices y dejarlos plantados en la entrada.

Inocencio se removió como si tuviera hormigas en los pantalones.

—Le confieso que este lugar tan lujoso y esta gente tan estirada me ponen nervioso.

—No te culpo —respondió su compañero con una sonrisa—, pero recuerda que estamos en representación de la Policía. Una institución con autoridad. Hasta un marqués debe guardar las formas, pues en teoría, también está sometido a la Ley.

—¿En teoría?

Leandro sacudió los hombros.

—En papel y tinta todo es perfecto. Sobre el terreno… se ven cosas. En cualquier caso, no pierdas de vista el motivo por el que estamos en este lugar. Nuestra prioridad sigue siendo encontrar a los caballos robados, a tiempo para recuperarlos.

Inocencio aceptó el argumento, aunque sin dejar de sentirse incómodo. La última vez que había pisado un lugar como ese, fue en condición de ladrón, antes de regenerarse.

—¿Qué quieren? —la pregunta se escuchó a sus espaldas como un gruñido.

Cuando se volvieron hacia la voz, vieron a un hombre de mediana edad, corpulento, con ademanes toscos y el rostro lleno de marcas. Se acercaba desde las dependencias del servicio.

Leandro clavó la mirada en el recién llegado.

—¿Es usted Eustaquio Castro?

—¿Por qué me buscan? El mayordomo dice que son policías…

—Anoche robaron un establo y se llevaron a todos los caballos

—dijo el inspector—. Queremos saber dónde estaba cuando eso ocurrió.

Eustaquio se cruzó de brazos con un bufido.

—¿Por qué? No estoy involucrado en esos robos.

Leandro sacó el paquete de «La Estrella Negra» de su bolsillo y se lo mostró al cochero.

—Hoy temprano, nos topamos con esto en uno de los establos robados y sabemos que usted fuma esta marca.

El rostro de Eustaquio perdió el color.

—No es mía.

El policía endureció el tono de voz.

—No mientas, Eustaquio. Tenemos información confiable de que compras este tabaco en «El Cuervo Rojo».

—Usted gana. Confieso que fumo esos cigarrillos. Los prefiero a los que ofrecen los estancos, además de que son más baratos. Sin embargo, esto no me convierte en un ladrón.

Inocencio intervino:

—Entonces, no debe importarle decirnos dónde estuvo anoche.

—¡No les concierne! —protestó Eustaquio, con el rostro enrojecido por la indignación—. Si no tienen pruebas de que yo tengo algo que ver con el robo de esos caballos, no tienen derecho a preguntarme algo así.

—Acaba de admitir que compró tabaco de contrabando —le recordó Leandro—. Es un delito por el que podríamos llevarlo a la comisaría, para interrogarlo allí. Será mejor para usted si colabora.

Eustaquio frunció el ceño y apretó los puños. Inocencio comprendió que luchaba contra la ira y el miedo. Después de algunos segundos, el cochero soltó un suspiro de derrota.

—Si respondo, ¿me dejarán en paz?

—Solo si es convincente —le advirtió el policía.

—Anoche... estuve con Benigna. Es una de las doncellas de la mansión —confesó en voz baja—. Nos reunimos en su habitación, después de que todos se fueron a dormir. Queremos ser discretos. Como comprenderán, su reputación está en juego.

El inspector guardó silencio por algunos segundos, antes de preguntar:

—¿Esta doncella puede confirmar su historia?

—Eso supongo —respondió Eustaquio—. Sin embargo, preferiría que no la involucraran en esto.

Leandro se encogió de hombros.

—Lo lamento, señor Castro. Debemos confirmar su coartada. No se preocupe. Le aseguro que trataremos este asunto con discreción. Tiene nuestra palabra de que nadie más se enterará.

Eustaquio se mantuvo en silencio con el rostro contraído en una

mueca de incomodidad. Leandro le pidió al cochero que esperara a una distancia prudente. Entonces, llamó a la puerta y le dijo al mayordomo que necesitaban hablar con Benigna. Transcurrieron algunos minutos que se les hicieron interminables, hasta que la doncella llegó por el jardín, desde las dependencias del personal. El policía la abordó y le explicó el motivo de la entrevista, antes de que Eustaquio pudiera prevenirla. Hablando en murmullos y con la mirada baja, la chica confirmó la coartada de Eustaquio, y reconoció que la noche anterior, ambos habían estado juntos en su habitación.

—¿Desde qué hora?

Ruborizada y moviendo uno de los pies sobre la punta, Benigna respondió en un murmullo:

—Después de la cena, cuando ya todos estaban en sus habitaciones. Acababa de escuchar diez campanadas.

Leandro se disculpó con la joven doncella por la intromisión en su vida privada. Entonces, le hizo un gesto a Inocencio para indicarle que debían marcharse. Ambos avanzaron en silencio, cada uno sumido en sus meditaciones. La mansión del marqués ya se había perdido de vista, cuando el joven exladrón volvió a hablar.

—Las diez de la noche. ¿Cree que antes de esa hora…?

El inspector sacudió la cabeza.

—No. Habría sido demasiado temprano para que los ladrones hubieran podido sacar a los caballos del establo, sin que nadie se diera cuenta. Como condición para tener éxito, necesitaban que los vecinos ya hubieran alcanzado un sueño profundo. No creo que el robo se llevara a cabo, antes de la medianoche.

—Tiene razón. Supongo que es hora de hablar con Marcelino. Quizá cuando lo vea, recuerde por qué me resulta familiar.

—Quizá… Ya veremos qué encontramos.

Antes de visitar al siguiente de su lista, Leandro e Inocencio pasaron por la comisaría. El guardia les informó que la *madame* de «Las Rosas de Salamanca» había corroborado la coartada de Cornelio, y que Aurelio no había salido del pueblo en las últimas dos semanas. Eso convertía a Marcelino en su principal sospechoso. Leandro e Inocencio regresaron al barrio La Cuchilla y recorrieron sus estrechas callejuelas, hasta que llegaron frente a la casa de Marcelino Serrano. La reconocieron de inmediato por el hollín que ennegrecía la piedra desgastada de la fachada. La puerta principal era de madera robusta, con marcas del paso del tiempo y el uso continuo. Una ventana con rejas de hierro mostraba un interior sombrío. Reconocieron el acceso al taller a un lado de la casa: era de doble hoja y en aquel momento, se encontraba cerrado.

Leandro llamó a la puerta con un par de golpes secos. Se escucharon pasos apresurados sobre escalones de madera. Pocos

segundos después, una joven que no contaba veinte años abrió la puerta. Mientras su respiración recuperaba la normalidad, la chica se secó las manos con el delantal.

—Lo siento, la herrería está cerrada y…

Su mirada se centró en Inocencio y sus cejas se enarcaron. El chico abrió mucho los ojos y aspiró una bocanada de aire, que retuvo en sus pulmones por algunos instantes.

—¡Carmela! Claro, Marcelino Serrano es tu padre.

—¡Inocencio! ¿Qué haces aquí? ¿Sabes lo que pasaría si mi padre se entera de que un hombre ha venido a visitarme? ¿Cómo averiguaste dónde vivía? Creí que te había quedado claro que solo podíamos encontrarnos en el mercado.

—Yo... eh...

—Estamos aquí por su padre, señorita —le informó Leandro, al mismo tiempo que le mostraba su identificación.

La chica no disimuló su desconcierto.

—¿Policía? ¿Vienen a buscar a mi padre para que hierre sus caballos?

Los visitantes intercambiaron una mirada. El chico negó con la cabeza.

—Estamos investigando los robos a establos —explicó Inocencio con voz amable—. Debes haber oído sobre eso. Es la comidilla de la ciudad.

—Sí, algo escuché esta mañana en el lavadero público.

—Nos gustaría hablar con su padre, si es posible —dijo Leandro, con firmeza.

Carmela tensó la mandíbula.

—¿Por qué? Esos robos no tienen nada que ver con nosotros.

—¿Tu padre fuma tabaco «La Estrella Negra»? —preguntó Inocencio.

—Sí, creo que esa es la marca que fuma. ¿Qué importancia tiene?

—Debemos hablar con él —insistió el inspector.

—Lo siento, pero no va a ser posible —respondió Carmela—. Como pueden comprobar, la herrería está cerrada. Es porque mi padre está de viaje. Hace dos días fue a Ciudad Rodrigo, para atender la llamada de uno de sus clientes.

—¿Quién?

—No sé su nombre. Es un terrateniente que le encargó cambiar las herraduras a todos sus caballos. No volverá hasta dentro de algunos días. Cuando termine el trabajo.

El inspector entrecerró los ojos y arrugó el entrecejo.

—En ese caso, su padre no estaba en Salamanca anoche, ¿no es así?

—Ya se lo dije. Se marchó hace dos días —confirmó Carmela con firmeza, al mismo tiempo que levantaba la barbilla en gesto desafiante—. Ahora, si no les importa, tengo cosas que hacer.

El policía se inclinó un poco hacia adelante en una reverencia cortés y se quitó el sombrero. Inocencio lo imitó. Arrancándose la gorra, la sujetó con ambas manos y comenzó a darle vueltas.

—Disculpe las molestias, señorita —respondió el inspector.

Carmela cerró con un portazo que desencadenó un suspiro de Inocencio.

—Me temo que he perdido una amiga.

Leandro esbozó una media sonrisa.

—Tranquilo, chaval. No tengo duda de que te perdonará.

Inocencio no disimuló su desánimo.

—¿Qué hacemos ahora? No hemos conseguido averiguar nada desde que salimos de la pensión. Todos tienen coartada y nosotros nos quedamos sin sospechosos.

Leandro apoyó la mano en el hombro de su compañero.

—No te preocupes, hijo. Aunque es cierto que las evidencias nos han conducido a callejones sin salida, sí hemos avanzado. Descartamos a los sospechosos hasta ahora. Lo que debemos hacer es seguir investigando. El ladrón que dejó la cajetilla en el establo demostró ser demasiado torpe o confiado. Estoy seguro de que si prestamos atención y seguimos indagando, tarde o temprano encontraremos otras pistas que nos permitirán resolver el caso.

Aunque todavía tenía dudas, Inocencio asintió.

# Capítulo 19

Cuando cruzó el umbral de la biblioteca de la universidad, José llenó sus pulmones con el inconfundible aroma que la impregnaba. El silencio dominaba la amplia sala, que rodeaban estantes repletos de conocimiento. Don Lorenzo y Encarna ocupaban una de las mesas, intercambiando opiniones en voz baja, inmersos en su tarea y ajenos al mundo que los rodeaba.

El joven inspector se acercó a ellos despacio. A pesar de que se movía con sigilo, sus pasos alertaron a sus colaboradores. Ambos levantaron la mirada al mismo tiempo. Sin embargo, fueron la sonrisa y el brillo en los ojos de Encarna los que infundieron ánimos al policía

—Me alegra verlo, don José —dijo el bibliotecario—. Íbamos a enviarlo a buscar con un mensajero.

—¿En serio? Entonces, sí han encontrado algo.

Por toda respuesta, la joven le extendió a José el papel donde su mentor había dibujado los símbolos, que tenían la tarea de descifrar.

—Don Lorenzo y yo estamos seguros de haber descubierto el significado del grabado en la moneda. Creemos que son las indicaciones que señalan la ubicación de algo valioso.

Expósito frunció el ceño.

—¿En qué están pensando?

El bibliotecario tomó la palabra:

—Teniendo en cuenta la leyenda, y el indiscutible interés de lord Edmund por «La casa Bracamonte», es probable que se trate del mapa o documento, que revela dónde se encuentran ocultas las joyas de la familia.

—¿Se refiere a…?

—El manuscrito de la leyenda —confirmó el anciano.

José recibió la información con interés. Coincidía con sus razonamientos. Lo asaltó un repentino temor: ¿Y si el asesino ya había conseguido su objetivo y en ese momento se encontraba muy lejos de Salamanca? Tal vez, lo que se ocultaba en la casa no era un manuscrito para señalar la ubicación del tesoro, sino las propias joyas. Después de todo, estaban basando sus conclusiones en una leyenda. Descartó la idea de inmediato. El asesino estaba todavía en Salamanca y al acecho. Acababa de cometer un segundo crimen para protegerse,

así que era evidente que por alguna razón, todavía no había encontrado lo que buscaba. Eso le daba al investigador un poco de margen, pero debía darse prisa. No sabía de cuánto tiempo disponía, antes de que su oportunidad de atraparlo se esfumara.

—Estoy ansioso por saber qué fue lo que averiguaron —reconoció el policía.

Don Lorenzo sonrió, con la satisfacción del maestro orgulloso de su discípulo.

—El mérito es de Encarna. Ella descifró el enigma. Adelante, hija, explícale a don José qué fue lo que descubriste.

La joven se ruborizó y respondió en un murmullo:

—Gracias, don Lorenzo —Entonces, miró a José y señaló cada elemento del símbolo, mientras exponía su explicación—. Este es un triángulo apuntando hacia abajo, lo cual se refiere a algo en un lugar profundo. Es evidente que el dragón hace referencia al emblema de «La casa Bracamonte» …

—Lo que significaría que la profundidad que señala el triángulo se encuentra debajo de la casa —puntualizó don Lorenzo—. Podría tratarse de un sótano, túneles o cualquier otra construcción subterránea.

José se quedó en silencio por un momento, meditando acerca de la información que estaba recibiendo.

—¿Y qué indican estas líneas bajo el triángulo? —preguntó Expósito, apuntando el dibujo.

—Don Lorenzo y yo tenemos la certeza de que simbolizan capas de tierra. Indican que el tesoro se encuentra a bastante profundidad.

—Incluso por debajo del sótano de la casa —explicó el bibliotecario—. Es probable que esos túneles o subterráneos, si existen, sean más antiguos que la propia construcción. Que ni siquiera formen parte de sus cimientos, sino que se encuentren por debajo de estos.

El inspector se quedó en silencio por un momento.

—Tiene lógica, si quienes ocultaron el «tesoro» querían dificultar que cualquiera lo alcanzara. Sin embargo, me pregunto cómo podríamos acceder a estos supuestos pasadizos. Si queremos llegar al fondo de este misterio, necesitaremos encontrar la entrada y explorar lo que hay allí abajo, antes de que el asesino consiga su objetivo.

—Me temo que este símbolo no responde a su inquietud, inspector —señaló el bibliotecario—. Estoy seguro de que los indicios que lo señalan existen, pero es necesario encontrarlos.

—Quizá eso era lo que buscaba lord Edmund en los libros que pedía a la biblioteca —opinó José.

—En eso mismo estaba pensando —reconoció el anciano.

—¿Por qué creen que lo que señala este símbolo es la ubicación de un manuscrito, de un mapa del tesoro y no del propio tesoro?

El bibliotecario guardó silencio por un momento, antes de responder.

—Por la leyenda, la cual relata que la familia escondió su fortuna en algún lugar de la ciudad o sus alrededores. Eso nos hace sospechar que lo que ocultan las profundidades de la casa es un manuscrito, que señala la ubicación exacta de ese tesoro.

—Su razonamiento tiene mucha lógica, don Lorenzo —reconoció José—. En cualquier caso, se trate del tesoro en sí mismo o de un manuscrito que revele cómo encontrarlo, es evidente que lord Edmund estaba decidido a revelar el secreto y que el asesino iba detrás del mismo objetivo. Me pregunto, qué tan lejos habrá llegado el criminal en su búsqueda.

Encarna se removió en su asiento y carraspeó, antes de hablar, apenas con un hilo de voz.

—¿Sospechas de alguien?

El policía negó con la cabeza.

—Todavía no. Me temo que, de momento, todas las evidencias me han conducido a callejones sin salida. Lo cual me recuerda…

Justo en ese momento, un ruido cercano a la puerta de la biblioteca los distrajo. El inspector frunció el ceño y agudizó sus sentidos.

—¿Escucharon eso? —susurró a sus compañeros—. Creo que alguien nos está observando.

Encarna palideció y sujetó con fuerza el borde de la mesa.

—¿Alguien? ¿Quién?

—¡Esperad aquí! —respondió Expósito en un murmullo—. Permaneced atentos.

José avanzó en dirección a la puerta con sigilo, mientras Lorenzo y Encarna observaban ansiosos. El inspector se deslizó como una sombra silenciosa a través de la sala, hasta el rincón más lejano, donde las lámparas no alcanzaban a iluminar la oscuridad. Pocos segundos después, sus ojos se habían adaptado a la penumbra. Cuando ya estaba cerca del umbral, Expósito percibió un leve movimiento. Una figura se retiró con rapidez, tratando de pasar desapercibida. Antes de que pudiera desvanecerse por completo, el policía consiguió vislumbrar un destello plateado, quizá de una joya o un accesorio, en el que se había reflejado la poca luz que le alcanzó desde los pasillos. Expósito sacó su revólver. Aquel sagrado edificio era el último lugar donde querría usarlo, pero se enfrentaba a un asesino y necesitaba protegerse.

—¡Alto! —exclamó José con voz firme, al mismo tiempo que corría hacia el lugar donde había percibido el movimiento. No llegó a

tiempo. Ignorando su orden, la sombra se desplazó a toda velocidad, desapareciendo en la oscuridad de los pasillos.

El inspector regresó con Lorenzo y Encarna, quienes lo miraron con expectación.

—Había alguien espiándonos. Vi su silueta, pero no pude alcanzarlo.

—¿Quién crees que era? —preguntó Encarna con voz temblorosa.

Expósito lo pensó por un momento.

—Me temo que el único que puede interesarse en lo que hacemos es el asesino. Es posible que no haya conseguido su objetivo, porque le falta información. Tendremos que mantenernos alerta y ser cuidadosos.

—Iba a decirnos algo, antes de que nos interrumpieran, don José —le recordó el bibliotecario.

—Ah, sí, por supuesto —el inspector sacó de su bolsillo el anillo de latón, que había recuperado del maltrecho cuerpo de Sara—. ¿Este símbolo les dice algo?

Don Lorenzo lo cogió y lo observó con cuidado.

—Un trabajo muy delicado, para una bisutería tan barata —murmuró pensativo, al mismo tiempo que le mostraba el anillo a su pupila—. ¿Qué piensas, Encarna?

Ella lo estudió con detenimiento y negó con la cabeza.

—Lo siento, don Lorenzo, pero no le encuentro sentido.

El bibliotecario entornó los ojos.

—¿Dónde lo encontró, don José? ¿Cuál es su origen?

—Pertenecía a lord Edmund. Él ordenó el grabado.

El anciano asintió.

—En ese caso, es evidente que es muy importante. Sin embargo, necesitaremos tiempo para descifrarlo.

—Por supuesto —José consultó su reloj de bolsillo—. Las quince treinta. Mientras ustedes se ocupan del mensaje póstumo de lord Edmund, yo haré algunas indagaciones.

—Adelante, inspector. Vaya tranquilo. Nosotros comenzaremos a trabajar en este nuevo enigma.

# Capítulo 20

Cuando salió de la biblioteca, José recorrió las calles empedradas y se encaminó en dirección al taller de don Armando Soteldo, el renombrado calígrafo de los tribunales. Lo apremiaba la urgencia de resolver el homicidio, por el peligro que representaba el asesino y porque solo después de cumplir con su tarea, podría incorporarse a la búsqueda de Macabeo. Esperaba que la plumilla que había encontrado en la escena del crimen sirviera como pista para identificar al culpable.

El inspector llegó al taller de don Armando en pocos minutos. Era un local pequeño en una calle estrecha. Cuando José entró, lo envolvió el agradable calor que emanaba de la estufa, y sintió el olor a solventes que dominaba la habitación. El experto ocupaba un escritorio en el centro del taller. Lo rodeaban estantes llenos de documentos, frascos de tinta y plumillas. Cuando el inspector se acercó, don Armando lo saludó con una sonrisa.

—¡Don José! ¡Me alegra verlo después de tanto tiempo! —exclamó el perito, al mismo tiempo que apartaba el folio en el que había estado trabajando—. Dígame, ¿a qué debo el honor de su visita?

Expósito sonrió ante la calurosa bienvenida.

—Estuve muy ocupado, don Armando. Vengo a verlo hoy, porque necesito su ayuda.

El calígrafo se frotó las manos y sonrió.

—Me encantan los desafíos. Estaré encantado de ayudarle, si puedo.

El inspector sacó el estuche con el plumín de su bolsillo.

—Encontré esta plumilla en la escena de un crimen, y tengo motivos para sospechar que está relacionada con lo que ocurrió.

Don Armando cogió el estuche de manos del policía. Usando una lente de aumento, examinó su contenido con mucho cuidado. José observó sus movimientos con atención.

—Sin duda alguna, se trata de una pieza muy especial: Una joya —reconoció el calígrafo, con una chispa de avaricia en los ojos. Entonces, fijó su atención en el extremo con el ceño fruncido—. La punta de esta plumilla está desgastada de una forma muy peculiar… Sin duda alguna, ha sido usada por mucho tiempo. Y su propietario la presionaba demasiado sobre el papel cuando escribía. Eso fue lo que

causó este deterioro irregular.

El inspector dibujó una sonrisa.

—Entonces, ¿podría identificar al dueño de esta plumilla si tuviese muestras de su escritura?

Después de pensarlo por un momento, don Armando entornó los ojos.

—Es probable que sí. Aunque necesitaría muestras claras y representativas de la escritura habitual de la persona en cuestión.

De inmediato, el inspector sacó de su bolsillo la carta que encontró en el registro de la habitación de lord Edmund.

—¿Podría decirme si este documento fue escrito con esa plumilla?

Don Armando cogió la carta y la colocó sobre la mesa, bajo la iluminación de la lámpara. Después de un estudio minucioso, negó con la cabeza.

—¿Está usted seguro, don Armando?

—Veamos, un defecto como el que tiene esta punta causaría pequeñas interrupciones en el flujo de tinta, al escribir letras con trazos curvos, como serían la «R» o la «S». No veo ningún defecto similar en esta escritura. No, puedo asegurarle que esta plumilla no se usó para escribir esta carta. ¿Le ayuda en su investigación?

—No sabe cuánto —dijo el inspector con una sonrisa, mientras meditaba acerca de la evidencia.

El hecho de que lord Edmund no hubiera usado la plumilla para escribir la carta implicaba que quizá, él no había sido el responsable del desgaste del plumín. A partir de este hecho, el inspector llegó a dos conclusiones: su propietario original se la había regalado al erudito inglés, después de haberla utilizado con frecuencia. Tal vez lo hizo para ganarse su confianza. También dedujo que lord Edmund la consideraba una joya y por lo tanto, no la empleaba para escribir. En cualquier caso, era muy probable que si descubría quién había sido el propietario original, tendría al asesino.

—Conseguiré nuevas muestras que nos permitan encontrar a la persona que usó esta plumilla, don Armando —prometió José.

—Estaré esperando, inspector.

Después de darle las gracias al calígrafo por su buena disposición a ayudarlo, el policía salió del taller y se internó de nuevo en las calles de la ciudad, dispuesto a seguir el rastro de tinta que se extendía frente a él.

Mientras avanzaba, bajo un cielo nublado y amenazante, José elaboró una estrategia, que le permitiera identificar al dueño original de la plumilla y posible asesino de lord Edmund. Si el criminal tenía algún vínculo con la universidad, como había mencionado don Isidoro, sería allí donde podría encontrar evidencias de su identidad.

Sin embargo, la lista completa de los relacionados con la prestigiosa institución era demasiado larga como para ser útil. Tenía que ser capaz de reducirla a los sospechosos más probables: aquellos que se encontraban en capacidad de encargar una joya como la plumilla de ónice. Expósito llegó hasta la oficina del rector, quien lo recibió con un gesto de resignación.

—¿En qué puedo ayudarlo, inspector?

—Necesito que me proporcione muestras de documentos manuscritos de los catedráticos, directivos y mecenas de la universidad.

El rector parpadeó ante la extraña solicitud.

—¿De todos? Hablamos de unas cincuenta personas.

José cogió aire y lo retuvo, antes de asentir.

—Es necesario, don Facundo. Bastará con una nota manuscrita por cada uno.

—¿Yo debo incluirme en esa lista?

—Sí, señor.

Herrera lo miró con preocupación, consciente de la gravedad de la situación y de la amenaza que suponía para la reputación de la universidad. Después de meditarlo por un momento, respondió:

—Muy bien, inspector. Le entregaré las muestras que me pide de inmediato.

José esperó con impaciencia, mientras don Facundo y su secretario reunían los documentos. Por fortuna, los archivos de la oficina estaban bien organizados. Al cabo de una hora, el rector le entregó un voluminoso paquete de papeles con las muestras caligráficas. El inspector los cogió y se apresuró a recorrer el camino de regreso al taller de don Armando. Una vez allí, depositó el paquete sobre la mesa del calígrafo, quien lo miró con curiosidad.

—Por su expresión, deduzco que es urgente, don José.

—Así es, señor. Espero que entre estos documentos encuentre el trazo distintivo que mencionó antes, don Armando. Con ello me permitirá identificar a un asesino.

—Haré todo lo posible por ayudarlo, inspector. Sin embargo, se trata de una tarea laboriosa. Le ruego que tenga paciencia, mientras hago mi trabajo.

—Por supuesto —respondió el policía con una inclinación de cabeza—. Si encuentra algo, envíeme un aviso con un mensajero a la comisaría, por favor.

Mientras recorría las calles en dirección a su siguiente destino, el inspector repasó en su cabeza todas las evidencias del caso, tratando de precisar si había pasado por alto algún detalle. La preocupación que sentía por Macabeo entorpecía su concentración. La desaparición de su querido potro le pesaba, como si un enorme hueso

se le hubiera atascado a la altura del pecho.

Hizo un esfuerzo por volver a centrarse en el asesinato de lord Edmund. José reflexionó sobre las conexiones que parecían existir entre la universidad, el asesino, la misteriosa plumilla y «La casa Bracamonte». El emblemático edificio parecía estar en el centro de aquel desconcertante crimen. Lo confundía que una leyenda sobre un mítico tesoro le hubiera costado la vida a un erudito como lord Edmund. ¿Existiría en realidad o el estudioso y su amada habían muerto por una quimera?

El inspector decidió cuál sería su siguiente paso: La carta que había encontrado en la habitación del profesor inglés. Si conseguía traducir su contenido, quizá le proporcionara alguna pista. Tal vez el propio lord Edmund había dejado evidencia en ella sobre quién era su asesino. A juzgar por lo que le había revelado Sara, se había sentido amenazado. Con esta idea, el policía encaminó sus pasos hacia la biblioteca de la universidad.

# Capítulo 21

Una fina llovizna comenzó a caer de nuevo sobre Salamanca, apagando los tonos dorados de las piedras de sus edificios, y oscureciendo los adoquines que pisaban sus habitantes. Mientras José se encaminaba a su siguiente objetivo, a pocos kilómetros, Inocencio y Leandro recorrían el barrio La Cuchilla, al mismo tiempo que meditaban acerca de lo que podían hacer, ahora que se habían quedado sin sospechosos. El ambiente frío y sombrío encajaba bien con el ánimo de los dos investigadores. Inocencio avanzaba decidido por las estrechas calles, sintiendo los latidos de su corazón. A su lado, el inspector Leandro Rodríguez lo acompañaba en silencio, con la mirada perdida en algún punto del horizonte. Sin poder contenerse más, Inocencio puso voz a sus preocupaciones:

—Inspector, ¿cree que encontraremos a Macabeo, antes de que sea demasiado tarde?

Leandro se tomó un momento para responder, y cuando lo hizo, bajó la mirada.

—Debo reconocer que no es una tarea fácil, hijo. Sin embargo, debemos intentarlo. Se lo prometimos a Expósito y al chiquillo.

El joven soltó un largo suspiro y la angustia se reflejó en su voz.

—¿Y qué pasará si no lo conseguimos a tiempo? Si los ladrones ya tienen compradores para los caballos…

—Lo sé. Si se llevan a Macabeo lejos de Salamanca, no volveremos a verlo.

Un nudo atoró el pecho del chico. Él también le tenía cariño al caballo de José. Además… pensó en su amigo y en Cipri. Para el chiquillo sería devastador. El pobre niño ya había sufrido demasiadas pérdidas para su corta edad.

—¿Qué hacemos ahora?

—En eso estaba pensando —dijo Leandro—. Pondremos a prueba los motivos por los que me estoy jugando el trabajo, al aceptarte como compañero. Nos separaremos y visitaremos a nuestros contactos de la calle. Alguien debe haber escuchado algo, acerca de esa banda. Nos reuniremos al final de la tarde en la posada San Marcos, para intercambiar información.

Con un asentimiento, Inocencio se separó de Leandro y continuó su camino por una vía diferente. El excarterista se internó en

las callejuelas más recónditas del barrio La Cuchilla. En la medida en que avanzaba, el ambiente se volvía más oscuro, y los reconfortantes sonidos que le daban vida a la ciudad se iban apagando. El chico sintió que se le aceleraba el pulso, cuando el silencio cayó sobre él como una pesada manta. Las casas, desconchadas por años de abandono, se apiñaban unas sobre otras. Los adoquines desgastados y llenos de baches crujían bajo sus pasos, mientras de los callejones más oscuros salía un hedor a orina vieja, que se mezclaba con la podredumbre de la basura. A lo lejos, los sonidos de una pelea le recordaron que no podía bajar la guardia.

Aunque era consciente del peligro que le rodeaba, Inocencio continuó recorriendo el laberinto de callejuelas. Lo hacía por Macabeo, por José y por Cipri. En especial por Cipri. Sabía que los habitantes de ese barrio eran expertos en guardar secretos y rumores, y que era posible que conocieran información crucial para descubrir la verdad, detrás de los robos de los caballos. Por fin llegó al oscuro callejón, donde sabía que iba a encontrar a uno de sus contactos. Se trataba de Orejillas, un antiguo compañero de correrías, que se había ganado su apodo gracias a sus orejas de soplillo. El chico solía mantenerse informado acerca de todo lo que ocurría en la ciudad. Gracias a sus habilidades como ladrón se había ganado el respeto de los bajos fondos, aunque apenas tenía diecisiete años.

Después de asegurarse de que estaban solos, Inocencio se acercó a él.

—Orejillas, me alegra encontrarte.

—¡Rubito! ¿Qué haces por aquí? No deberías andar por estas calles sin compañía. Sabes que a algunos de los nuestros no les ha sentado bien que te pasaras al lado de los polis. Hay quienes te consideran un traidor.

—Lo sé, Orejillas, pero necesito que me digas si has oído algo sobre los robos de caballos en la ciudad.

El joven miró a ambos lados, antes de responder.

—¿Sabes que me pones en peligro, solo por hablar conmigo? Para nadie es un secreto que sigues siendo amigo de El Ardilla, y que este ahora es poli. ¿Quién lo diría? ¡Vaya cabrón!

—No he venido hasta aquí porque quiera que me des un discurso ni para discutir nuestros motivos para regenerarnos. Si alguien en el barrio puede haber escuchado algo sobre este asunto, ese eres tú. ¿Estás dispuesto a ayudarme?

El joven delincuente volvió a comprobar que estaban solos y bajó la voz.

—Pues sí, he oído un par de rumores por ahí, pero la información no es gratis. Me estoy arriesgando mucho, solo por hablar contigo y eso tiene un precio. ¿Lo pillas?

Inocencio dibujó una leve sonrisa y puso dos pesetas en la palma extendida del ladrón.

—Ahora dime, ¿qué has escuchado?

El Orejillas miró las monedas con avaricia y las guardó en su bolsillo. Entonces, se acercó a Inocencio y comenzó a hablar en susurros.

—Dicen que hay una banda detrás de los robos de caballos. Nadie sabe quiénes son, pero están muy bien organizados.

—¿Son de la ciudad o vienen de afuera?

El chico se encogió de hombros.

—Eso no lo sé. Son muy discretos.

—¿Es todo lo que puedes decirme por dos pesetas? Estoy seguro de que sabes mucho más.

El delincuente gruñó y volvió a mirar a los lados. Inocencio insistió.

—Vamos, Orejillas. Por los viejos tiempos.

El ladrón soltó un suspiro.

—Está bien. Hay un rumor que circula por las calles, pero no te lo puedo confirmar ni negar… Solo es un rumor.

—Aun así. Me interesa —lo presionó Inocencio, con todos los músculos en tensión.

—Se dice que hay un misterioso jinete que sale a cabalgar por los alrededores de la ciudad, siempre de noche y vestido de negro por completo. Por el caballo que monta, debe tratarse de un noble.

Inocencio frunció el ceño.

—¿Está relacionado con los robos?

—Eso no lo sé. Te lo juro —reconoció El Orejillas, encogiéndose de hombros—, pero es muy extraño que haya aparecido, justo cuando comenzaron los robos de los caballos... Podría ser solo una coincidencia, pero...

—Sí, es muy extraño. Lo investigaré. ¿Sabes quién podría saber más acerca de ese misterioso jinete?

El chico negó con la cabeza.

—Me gustaría ayudarte, Inocencio, pero me temo que eso tampoco lo sé. Si en verdad se trata de un noble, no debe tener relación con este barrio.

El joven exladrón dejó escapar un suspiro de decepción.

—Gracias, Orejillas. Veré qué puedo averiguar.

Decidido a encontrar respuestas, y a pesar de las advertencias de su amigo, Inocencio recorrió el barrio para entrevistarse con algunos viejos conocidos, y preguntarles acerca de los robos de los caballos y el misterioso jinete. Sus más cercanos lo recibieron con alegría. Otros lo trataron con desprecio, pero gracias a que contaba con la protección tácita de José, no se atrevieron a hacer nada contra

él. Sin embargo, tanto amigos como enemigos negaron tener información sobre la banda. Tampoco consiguió averiguar nada acerca del jinete. Algunos de sus contactos admitieron haberlo visto en varias ocasiones, pero nadie supo decirle quién era ni el motivo de aquellas cabalgatas nocturnas. Después de contactar a su última fuente de información, Inocencio se alejó con prisa de las calles más estrechas. El Orejillas tenía razón: Ya no pertenecía allí, y para su propia sorpresa, ahora se sentía demasiado vulnerable entre esos oscuros callejones. Nadie mejor que él conocía el peligro de recorrerlos no siendo bienvenido. No respiró tranquilo, hasta que llegó a una avenida más transitada. Solo cuando se sintió a salvo, se permitió reflexionar acerca de la información que su antiguo amigo le había revelado. Si el jinete negro estaba relacionado con los robos de los caballos, podría ser una pista crucial en su búsqueda, pero no tenía idea de cómo encontrarlo.

Un viento helado lo hizo estremecerse y su estómago comenzó a protestar. La idea de un refugio y un plato caliente le resultó irresistible. Además, se pensaba mejor con el estómago lleno. Conocía bien el barrio y sabía dónde podía satisfacer las exigencias de su estómago. Se encaminó a la «Fonda Salamanca», la casa de comidas más cercana, que se encontraba apenas a media manzana.

Inocencio entró y lo recibió un ambiente cálido y acogedor, que alivió el frío y la humedad que ya se habían apoderado de su cuerpo. El comedor era amplio y sencillo, con baldosas de tonos azulados hasta la mitad de su altura. Las mesas estaban cubiertas por manteles blancos e impecables. El chico comenzó a salivar en cuanto le llegó el olor del ajo friéndose en aceite de oliva. Miró a su alrededor, hasta que encontró un asiento libre. Después de ocuparlo, buscó al propietario con la mirada y lo llamó con un gesto. El hostelero se acercó de inmediato.

—Tráigame el plato del día y un vaso de vino de la casa, por favor.

—Sí, señor. Calderillo bejarano, entonces —anunció el tabernero—. Enseguida, señor.

Mientras esperaba, el chico miró a su alrededor con curiosidad. Los demás comensales lo ignoraron, concentrados como estaban en sus propios platos. No era la primera vez que visitaba esa casa de comidas y siempre la encontraba llena de clientes. Se debía al ambiente acogedor y hogareño, a la pulcritud del local, y sobre todo, a la calidad de la comida.

La mirada del chico se centró en la pared del fondo como si la hubiera atraído un imán. Por encima de las baldosas colgaba un retrato, envejecido por los años. Se trataba de un ferrotipo, retocado por un artista no demasiado talentoso. El retrato representaba a un

joven jinete vestido con un elegante traje negro, que montaba un caballo en pleno galope. Intrigado, Inocencio se acercó al hostelero y le preguntó acerca del cuadro. El propietario de la fonda sonrió, al mismo tiempo que la nostalgia se reflejaba en su mirada.

—¿Ese retrato? ¡Qué tiempos! Se lo hicieron a mi antiguo señor en sus años mozos. Entonces, él era un jinete reconocido que ganó muchas competiciones entre la nobleza.

—¿Y quién era su señor? —preguntó Inocencio con interés.

El hostelero dejó escapar un suspiro de nostalgia.

—Su nombre es don Ernesto Vilar. Me temo que esa casa cayó en desgracia, hace mucho tiempo. Perdió casi toda su herencia, ¿sabe? Aunque don Ernesto todavía vive en Salamanca, se ha convertido en un hombre solitario y amargado.

Una chispa de esperanza iluminó a Inocencio. Quizá el viejo noble tuviera idea de quién podría ser el misterioso jinete que quería identificar.

—Me interesa hablar con él. ¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Sí, claro. Vive en una vieja mansión. No es difícil dar con ella. Si continúa por esta misma calle en dirección oeste, la encontrará después de un par de kilómetros.

—Gracias.

El joven dejó una perra gorda sobre el mostrador, en agradecimiento al hostelero, antes de regresar a la calle. Su estómago tendría que esperar.

Siguió las instrucciones del dueño de la fonda, recorriendo la avenida a paso apresurado. Apenas alcanzó el límite de la ciudad, Inocencio pudo ver la mansión de don Ernesto, que se alzaba con melancólica dignidad sobre una solitaria colina.

Unas altas rejas de color negro, oxidadas en los desconchones de la pintura, rodeaban un jardín abandonado a las malas hierbas. Se abrieron con un chirrido y en cuanto las traspasó para acercarse a la vieja casa, lo alcanzó un penetrante olor a musgo, mezclado con el perfume dulzón de rosales marchitos. A su paso, el crujido de hojas secas y gravilla bajo los pies, rivalizaba con el distante chillido de algún cuervo, y el suave susurro del viento, que jugaba con los postigos de madera semiabiertos.

La casa le recordó las historias de espectros y fantasmas, que se contaban por la noche alrededor del fuego. Su abuelo había sido muy aficionado a ellas cuando vivía. Inocencio sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Tragó saliva y pensó en Macabeo para darse valor.

Subió las escaleras de la entrada despacio. El estuco estaba desconchado donde la fachada no había sido invadida por el liquen y el musgo. La madera del gran portón se sentía áspera y desgastada al tacto. Temió romperla cuando la golpeó con la aldaba. El chico se

quitó la gorra y la sujetó con ambas manos, mientras esperaba.

Le abrió la puerta un anciano de apariencia frágil, cuya mirada todavía conservaba el brillo de la sagacidad. Su voz era potente y parecía enfadado.

—No lo conozco. ¿Qué quiere?

Un poco desconcertado por el recibimiento, Inocencio le explicó el motivo por el que se encontraba allí. El viejo noble lo escuchó con el ceño fruncido, en una mueca de disgusto.

—Cualquiera que se atreva a poner en riesgo a animales tan nobles como los caballos, merece la horca o el garrote, pero todavía no me dice qué está haciendo aquí. ¿Qué tengo que ver yo con todo eso? Apenas visito la ciudad.

Inocencio parpadeó y se preguntó cuál sería la mejor manera de vencer las defensas del viejo jinete.

—Don Ernesto, uno de sus antiguos empleados me dijo que usted había sido un jinete reconocido, que ganó muchas competencias cuando era joven. Vengo a pedirle ayuda para salvar a los caballos que se encuentran en manos de estos delincuentes. ¿Sabe usted algo acerca de un misterioso jinete que galopa solo en las noches?

El viejo noble se quedó pensativo por un momento, al mismo tiempo que detallaba al joven desconocido que se había presentado frente a su puerta con tan extraña petición. Entonces, se hizo a un lado y con un gesto, lo invitó a entrar. En cuanto el chico cruzó el umbral, lo invadió la sensación de estar entrando en un mausoleo. Los olores del moho y la madera podrida se habían apoderado del ambiente. El polvo era visible a través de la escasa luz que atravesaba la suciedad de las ventanas, y la anticuada y desgastada decoración revelaba un profundo abandono.

Don Ernesto acompañó al joven hasta una sala en la que se exhibían trofeos y medallas de su pasado como jinete. Inocencio quedó impresionado. En especial, porque todo aquello había quedado atrás, dejándolo en el abandono y el olvido.

—Aquí puede ver la prueba de que en mi juventud fui un jinete reconocido —le dijo el anciano con orgullo—. Pero me temo que mis viejas glorias solo forman parte de mis recuerdos.

—¿Sabe usted algo acerca de ese misterioso jinete que cabalga de noche vestido de negro? —preguntó Inocencio— ¿Es posible que lo conozca? ¿Le recuerda a alguien?

—Sí —reconoció el anciano, con tristeza—. Ahora solo monto en la oscuridad de la noche. Lo hago como un homenaje a mi pasado.

—Entonces, ¿es usted?

—Supongo que sí, joven. Dudo que exista otro ser humano en la ciudad, que esté tan enfermo de nostalgia como yo. Sin embargo, no sé nada sobre lo que usted mencionó acerca de los robos a los

establos. Los caballos son criaturas nobles y no merecen ser arrancados de la seguridad de sus propietarios con fines inconfesables. Ni tampoco se puede permitir que sean maltratados.

—Estoy de acuerdo, señor. Le prometo que encontraremos a esos bandoleros y rescataremos a los caballos.

Después de agradecerle por su colaboración, Inocencio se despidió de don Ernesto y salió de la ruinosa mansión, En el camino de regreso a la ciudad, lo invadió la preocupación de haber perdido el tiempo, siguiendo una pista falsa.

La tarde avanzaba. La llovizna había cesado, pero las nubes cubrían el horizonte. Inocencio decidió regresar a la posada San Marcos. Esperaba que Leandro hubiera tenido mejor suerte en sus indagaciones.

# Capítulo 22

Cuando llegó a la biblioteca de la universidad, José encontró a don Lorenzo y Encarna sentados en una de las mesas, rodeados por libros y papeles. Estaban tan concentrados, que no notaron su presencia hasta que los alcanzó.

—¡Don José! —saludó el bibliotecario, cuando la sombra del inspector se proyectó sobre la mesa—. Me temo que todavía no hemos descifrado el significado del anillo.

—Queremos estar seguros de no cometer errores en la interpretación del mensaje de lord Edmund —le explicó Encarna.

El inspector llenó sus pulmones de aire y sacó un papel doblado de su bolsillo.

—No he regresado por ese motivo.

Don Lorenzo se recostó en el asiento y sonrió.

—¿Nos ha traído un nuevo enigma para resolver, don José?

—Más que un enigma, se trata de una carta que encontré entre las pertenencias de la víctima. Quizá revele alguna pista, pero está escrita en inglés y no comprendo ni una palabra de lo que dice. Me preguntaba si usted…

El bibliotecario negó con la cabeza, antes de que Expósito pudiera terminar su petición.

—Lo lamento, don José, pero me temo que en esta ocasión no podré ayudarlo. No sé una palabra de inglés.

—¿Puedo verla? —preguntó Encarna, con una chispa en los ojos.

—Por supuesto.

El inspector desdobló la carta y la depositó sobre la mesa, frente a ella.

—¿Puedes traducirla?

Encarna dibujó una sonrisa tímida.

—No estoy segura, pero puedo intentarlo. Mis pupilos reciben clases de inglés con un profesor contratado por la condesa. Siempre presto atención y mientras los acompaño, aprendo algunos rudimentos del idioma.

José sonrió para otorgarle su confianza. Ella cogió la carta y frunció el ceño, esforzándose en comprender su contenido.

*«Dear Evelyn,*

*I hope this letter finds you in good health. I have been remembering the times we spent together, counting your coins near the garden. Your mother and I, we still enjoy our morning cups of tea at The Bracamonte House.*

*Count the times we talked in the shade of the trees, watched the birds. When we counted the coins, you always wondered why there were thirteen different ones.*

*Numbers are crucial, my dear. Listen to the whisper of the wind, it always had a story to tell. The twelfth moon rose yesterday, and I thought of the time when you were a child. A game of hide and seek reminded me of our old house, and the door that was never there.*

*Yours,*

*Father».*

Después de contemplarla durante algunos segundos, Encarna sacudió la cabeza con un gesto de frustración.

—Lo lamento, José. Por lo visto, no tengo los conocimientos suficientes para traducirla.

—No te preocupes, Encarna. Gracias por intentarlo —dijo el inspector con voz amable.

Una chispa se reflejó en los ojos de la joven.

—¡Espera! Quizá el profesor de inglés de mis pupilos pueda ayudarnos. ¿Por qué no le hacemos una visita y se lo pedimos?

—¡Excelente idea! —dijo José, desplegando una sonrisa—. ¿Conoces la dirección del profesor?

—Por supuesto. Aunque casi siempre imparte sus clases en la mansión de la condesa, en alguna ocasión he llevado a los chiquillos hasta su casa. El profesor Berryclot vive en la calle Libreros. Podemos ir ahora mismo, si lo deseas.

José asintió, al mismo tiempo que volvía a doblar la carta, para regresarla a su bolsillo.

—Probemos suerte.

Ambos dejaron a don Lorenzo trabajando en el símbolo del anillo, salieron de la universidad y se encaminaron a la calle Libreros. Al cabo de algunos minutos, llegaron hasta un edificio de tres plantas, con una fachada discreta de arenisca dorada. Los rodeaban los murmullos de los vecinos transitando por la calle, el golpeteo de los cascos de los caballos y el chirriar de los carros. Entraron en el oscuro portal, donde dominaban los olores de la piedra húmeda y la madera pulida. Al fondo de la entrada encontraron la escalera que conducía a los pisos superiores. Encarna encabezó la marcha y subieron al segundo piso. Una vez en el rellano, ella le señaló a José la puerta de la derecha. El inspector usó la aldaba para anunciar su presencia.

—Un momento, enseguida voy —dijo una voz grave, con marcado acento extranjero.

Un hombre de mediana edad, con el cabello rubio y gafas redondas abrió la puerta y sonrió.

—¡Ah, señorita Encarna! ¿A qué debo el placer de su visita? —preguntó el inglés, en tono amable.

Después de hacer las presentaciones correspondientes, la joven institutriz le explicó al profesor su problema y el motivo por el que acudían a solicitar su ayuda. Berryclot la escuchó con interés y de inmediato les invitó a entrar. En cuanto cruzaron el umbral, los alcanzó el olor a papel viejo y tinta. Su anfitrión los condujo por un pasillo estrecho hasta el salón, una habitación amplia con techo alto, y cuyas paredes estaban decoradas con papel tapiz en tonos pastel. Los libros y documentos invadían toda la habitación. Rebosaban los estantes y ocupaban cualquier superficie disponible.

—Por favor, siéntense —los invitó el profesor, apartando papeles para hacer espacio en un par de sillones del salón—. Por supuesto que haré todo lo que pueda, para ayudarles a encontrar al asesino de mi compatriota. ¿Trajo usted la carta?

José sacó la misiva de su bolsillo y se la entregó al profesor.

—Sí, señor. Sospechamos que contiene pistas importantes, pero no comprendemos lo que dice.

El inglés la leyó con atención.

—Muy bien —murmuró Berryclot—. Aguarden un momento, por favor.

El profesor se levantó del sofá y se desplazó hasta la mesa del comedor, apartó los libros y papeles que le estorbaban, se ajustó las gafas y se dispuso a traducir la carta. En la medida en que avanzaba en su tarea, iba escribiendo una copia en español, mientras José y Encarna esperaban con paciencia. Al cabo de algunos minutos, Berryclot releyó la copia que había escrito y desplegó una sonrisa de satisfacción. Entonces, volvió junto a sus visitantes y le entregó a José tanto el original como la traducción.

José y Encarna, acercaron sus cabezas y la leyeron con expectación:

«Querida Evelyn,

Espero que esta carta te encuentre en buen estado de salud. He estado recordando los tiempos que pasamos juntos, contando tus monedas cerca del jardín. Tu madre y yo, todavía disfrutamos nuestras tazas de té matutinas en «La casa Bracamonte».

Cuenta las veces que conversamos a la sombra de los árboles, observamos los pájaros. Cuando contábamos las monedas, siempre te preguntaste por qué había trece diferentes.

Los números son cruciales, mi querida. Escucha el susurro del viento, siempre tenía una historia que contar. La duodécima luna se levantó ayer, y pensé en el tiempo en que eras una niña. Un juego de

escondite me recordó nuestra antigua casa, y la puerta que nunca estuvo allí.

Tuyo,

Padre».

José y Encarna intercambiaron miradas de desconcierto. A simple vista, parecía ser tan solo una carta de un padre a su hija. Sin embargo, era extraña. No tenía sentido. ¿Ocultaría algún significado?

—Muchas gracias, profesor —dijo José, poniéndose de pie y estrechando la mano manchada de tinta de Berryclot—. Su ayuda nos ha resultado muy valiosa.

—Ha sido un placer. Les deseo suerte en su investigación.

El profesor los acompañó hasta la salida y los despidió con una sonrisa. En cuanto se quedaron solos, Encarna miró a José a los ojos y preguntó en un murmullo:

—¿Crees que la carta es importante y oculta alguna clave?

—Es la impresión que tengo —respondió el inspector, pensativo —. Ya sabemos que lord Edmund era muy aficionado a los enigmas. A pesar de su pretendida inocencia, esta carta no tiene mucho sentido ni en su contenido ni en su redacción. Me sorprendería que no estuviéramos frente a un mensaje cifrado.

—Estoy de acuerdo —dijo Encarna con un asentimiento—. Esa frase: «los números son cruciales…», sugiere que hay mucho más de lo que parece. Creo que debemos llevarle esta traducción a don Lorenzo. Él está acostumbrado a ver patrones donde no son evidentes. Es posible que sea capaz de descubrir algo que a nosotros se nos pase por alto.

Ambos se encaminaron de regreso a la biblioteca, cada uno concentrado en sus propios pensamientos. Encontraron a don Lorenzo revisando los estantes, en busca de algún libro. Era evidente que el símbolo del anillo se le resistía. Se volvió hacia ellos al escuchar sus pasos.

—Don José, Encarna. No los esperaba de regreso hoy. ¿Consiguieron traducir la carta?

—Así es, don Lorenzo. Ya tenemos la versión en español. A simple vista no revela nada importante, pero Encarna y yo creemos que contiene algún mensaje cifrado.

Expósito sacó la misiva traducida del bolsillo y se la entregó al bibliotecario. Don Lorenzo leyó el documento despacio y con mucha atención.

—Hmm, sí. Esto es muy interesante... Ya veo por qué piensan que podría haber algo oculto entre estas palabras, que parecen tan inocentes a simple vista. Déjenme estudiarla un poco más.

—No quiero presionarlo, don Lorenzo, pero ¿cree que pueda intentarlo ahora mismo? —preguntó el inspector.

El viejo bibliotecario sonrió con amabilidad.

—Comprendo su premura, don José. Aunque no puedo prometerle una respuesta rápida, veré qué puedo hacer.

Mientras el inspector esperaba, conteniendo su impaciencia, Encarna se sumó a los esfuerzos de su mentor. El policía comprendió que sus colaboradores necesitaban trabajar sin presión, así que se acercó a las estanterías y comenzó a ojear los lomos de los libros, mientras ellos intercambiaban opiniones entre murmullos.

Pasaron algunos minutos, que al inspector se le hicieron eternos. Como si provinieran de otro mundo, José escuchó las campanadas de la catedral que atravesaron calles y muros, para romper el penetrante silencio de la biblioteca. El inspector contó ocho repiques y supuso que en ese momento, la ciudad ya estaría cubierta por un manto de oscuridad, solo rota de vez en cuando por la tímida luz de las farolas. Miró en dirección a Encarna, que seguía concentrada en el enigma de la carta. Iba a preguntarle si quería que la acompañara a casa, cuando ella levantó una mirada radiante hacia él. El corazón de José pareció detenerse por un momento.

—Tienes razón, Encarna —dijo don Lorenzo en voz alta.

El policía se acercó a ellos.

—¿Encontraron algo?

—Sí, inspector —dijo el anciano con voz amable—. Esta carta no es la misiva inocente de un padre para su hija. Sin lugar a duda, se trata de un mensaje cifrado, y creo que Encarnación ha dado con la clave.

Con expresión preocupada, José centró su atención en la joven institutriz.

—Ya es tarde. ¿Deseas que te acompañe a la casa de la condesa de Rocha, mientras don Lorenzo termina de descifrar la carta? —preguntó el inspector.

—Ni lo sueñes —lo desafió Encarna—. Voy a ayudar a don Lorenzo en su tarea. Estoy segura de que la condesa comprenderá mi tardanza.

El tono de la joven fue tan firme, que José no se atrevió a discutir. Ella y el bibliotecario volvieron a centrarse en la carta. Intercambiaban observaciones, y de vez en cuando él tomaba alguna nota. Expósito observó a su amiga con una mezcla de sorpresa y admiración. Ya sabía que era muy inteligente, pero le enorgulleció su habilidad para encontrar conexiones y patrones en el texto.

Absorto como estaba en la contemplación de Encarna, José dio un respingo cuando escuchó la voz firme de don Lorenzo.

—¡Esto es!

—¿Lo tienen?

La chica sonrió con un asentimiento. El inspector se inclinó

hacia adelante, sin perder detalle de sus explicaciones. La joven institutriz se aseguró de tener toda su atención, antes de comenzar a hablar.

—Después de estudiar el contenido de la carta, hemos conseguido descifrar ciertos patrones, que nos permitieron extraer un mensaje oculto. Todo el texto es un acertijo.

—Así que quizá la hija ni siquiera existe —murmuró el policía.

—Es posible —le confirmó don Lorenzo—. En cualquier caso, le podemos asegurar que la carta no era para ella.

—Mira esto, José —dijo la joven, al mismo tiempo que señalaba una línea de la misiva—. El padre menciona que tenían trece monedas diferentes. Así que buscamos una sucesión que representada por números, dé como resultado un mensaje. Llegamos a la conclusión de que se refiere al alfabeto…

Don Lorenzo tomó la palabra y continuó la explicación.

—De manera que, si cada número representa una letra, podemos deducir que 1 es la «A», 2 la «B», y así sucesivamente, hasta la 13 que sería la «M» —El bibliotecario levantó la mirada, para comprobar que el inspector seguía sus explicaciones. José asintió—. Luego menciona la duodécima luna. Y duodécimo representaría la letra «L», ya que ocupa ese lugar en el alfabeto.

—Comprendo —murmuró el inspector.

Entusiasmada por los hallazgos, Encarna volvió a señalar la carta.

—También habla sobre un juego del escondite y una «puerta que nunca estuvo allí».

—La entrada a los túneles señalados en el símbolo de la moneda de oro —concluyó José, comenzando a comprender.

—¡Exacto! —confirmó don Lorenzo—. «La puerta que nunca estuvo allí» debe referirse a la entrada a los túneles, donde se oculta el legendario manuscrito que señala la ubicación de las joyas de la familia. Creo que estamos en el camino correcto.

—¡Extraordinario! —reconoció José—. Ahora debemos descubrir cómo encontrar esa puerta. Si el objetivo del asesino es el manuscrito, estoy seguro de que descifrar los misterios que guarda «La casa Bracamonte» será clave para atraparlo.

—En ese caso, todavía tenemos trabajo por delante —afirmó don Lorenzo, pero estoy seguro de que la clave está en este acertijo. Solo tenemos que leerlo de la forma correcta.

# Capítulo 23

Ya la noche comenzaba a caer cuando Inocencio llegó a la posada. El olor a guiso que se extendía por el barrio anunciaba que se acercaba la hora de la cena. El estómago del joven protestó con un rugido. Se apresuró a entrar. Quizá ya el inspector había regresado y en el peor de los casos, podría satisfacer su hambre. Cuando entró en el comedor, vio al policía en la mesa del fondo. Inocencio se aproximó, mientras el salón comenzaba a llenarse con comensales hambrientos. El chaval se sentó frente al policía, mientras le hacía un gesto al posadero para pedirle su cena. Solo entonces, centró toda su atención en su compañero de mesa.

—¿Tuvo usted suerte, inspector?

—Me temo que no —reconoció el policía, dejando escapar un suspiro—. Mis informantes no han escuchado nada o tienen miedo de hablar. Por otro lado, estuve revisando toda la documentación que me entregó el comisario, pero no encontré ninguna pista que nos conduzca a los ladrones. ¿Y tú? ¿Conseguiste averiguar algo?

Con una mueca de decepción, Inocencio dejó caer los hombros, al mismo tiempo que negaba con la cabeza.

—Me temo que no, inspector. Seguí una pista que parecía prometedora, pero solo me llevó hasta un anciano nostálgico, dedicado a rememorar tiempos más felices. Sin embargo, estoy seguro de que no tiene ninguna relación con los establos robados.

Leandro iba a responder, pero la aparición del hostelero con la cena de Inocencio, lo hizo callar. El policía solo reanudó la conversación cuando ya don Pancho se había alejado de la mesa. Inocencio probó el guiso, y sintió el reconfortante calor bajando por su esófago y aliviando las penas de su estómago.

—Por lo visto, los ladrones han sido muy discretos y astutos —reconoció el inspector, dando un sorbo a su vaso de vino.

—Pero debe haber algo que podamos hacer —protestó el chico, después de tragar un bocado—. Y el tiempo apremia. Si sacan a los caballos de Salamanca, jamás los podremos recuperar.

—Lo sé, hijo, lo sé —Leandro se quedó pensativo por algunos instantes—. Creo que debemos volver a visitar los establos robados.

—¿Considera posible que José haya pasado alguna pista por alto? —preguntó Inocencio con el ceño fruncido—. No me parece

probable.

El inspector Rodríguez sacudió la cabeza.

—Expósito se ocupó de los dos últimos establos que robaron, pero cuando todo comenzó, él se encontraba en un pueblo cercano, trabajando en otro caso. El primer establo lo registró uno de los agentes.

Inocencio abrió mucho los ojos y enarcó las cejas.

—¿Y qué estamos esperando?

Leandro sonrió, dio un último sorbo a su vaso y se puso de pie. Acompañó sus palabras con una amistosa palmada en el hombro de su compañero:

—¡Vamos! No hay tiempo que perder.

El chico también se levantó de la silla y con tristeza, miró de reojo su cena. Con un suspiro, siguió al inspector a través del comedor, sorteando las mesas hasta la salida.

En el trayecto, el policía compartió los detalles de los informes con Inocencio.

—Todos los robos se llevaron a cabo durante la noche y no hubo testigos en ninguno de ellos. Fueron tan sigilosos cuando sacaron a los caballos, que los vecinos no escucharon nada.

Inocencio enarcó las cejas.

—¿Cómo consiguieron que los caballos cruzaran la ciudad sin despertar a media Salamanca?

—No lo sé —reconoció el inspector—. De lo único que estoy seguro es de que actuaron siguiendo un plan y sabían cómo conducir a los caballos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde el primer robo? —preguntó Inocencio.

—Diez días.

—¿Cree que encontraremos algo, después de tanto tiempo?

—Quizá… Los establos están vacíos, así que no hay razones para que alguien los visitara desde el robo.

—Tiene razón. Todavía podemos encontrar alguna pista —reconoció el chico.

Mientras andaban hacia el establo, los minutos pasaban y la angustia se apoderaba de Inocencio, hasta que se atrevió a expresar la duda que lo atormentaba.

—¿Qué vamos a hacer si no encontramos ninguna pista? Todos nuestros esfuerzos a lo largo del día han sido inútiles.

El inspector suspiró.

—No lo sé, hijo. Lo decidiremos cuando lleguemos a esa situación.

—No quiero ser pesimista —insistió el joven—, pero me preocupa Macabeo. Se supone que ese establo ya ha sido revisado,

pero si nosotros tampoco encontramos ninguna pista allí…

—Te comprendo —dijo Leandro—, pero te recuerdo que nuestro amigo Expósito es el único policía de la comisaría, que presta atención al lugar donde se cometen los crímenes. Y el registro lo llevó a cabo uno de los agentes.

Inocencio asintió. Cuando por fin llegaron, el establo estaba en completa oscuridad. Encendieron dos lámparas de aceite que había allí mismo. A pesar de encontrarse vacío, el penetrante tufo a sudor de caballo continuaba presente, mezclándose con los olores del heno y el cuero de los arreos. El único sonido era el de sus zapatos rompiendo la paja seca bajo sus pies. Sin los habituales sonidos propios de los animales, el ambiente era lúgubre y desolador.

Leandro señaló un lado de la caballeriza, al mismo tiempo que le entregaba a su compañero una de las lámparas.

—Vamos a trabajar —dijo el policía, en un tono de voz que no admitía discusión—. No dejes piedra sin remover.

—De acuerdo, inspector.

Cada uno se ocupó de una zona del establo. Comenzaron a buscar pistas, revisando detrás de cada herramienta, entre el pienso y bajo la paja que cubría el suelo.

Después de veinte minutos de revisión infructuosa, Inocencio llamó la atención de Leandro.

—¡Inspector! ¡Mire esto!

El policía se acercó. Inocencio le mostró lo que había encontrado: un paquete de cigarrillos Estrella Negra, casi vacío.

Leandro sonrió y palmeó el hombro del chico.

—Buen trabajo, Inocencio. Este hallazgo, además de que confirma que el fumador de estos cigarrillos es uno de los ladrones, demuestra que la revisión en este establo fue deficiente. Sigamos. Es posible que encontremos más pistas.

Minutos después, Inocencio le mostró a su compañero los restos secos de una planta.

—¿Sabe qué es esto, señor?

El inspector observó el hallazgo y después de frotarlo entre los dedos, lo olfateó.

—Valeriana.

—Debieron usarla para tranquilizar a los caballos —dedujo Inocencio, comenzando a comprender.

—Eso explica que los animales se dejaran conducir con pasividad y que ninguno haya relinchado. Iban sedados.

—Los ladrones pensaron en todo —murmuró el chaval.

El inspector se quedó pensativo por un momento.

—Sí, es evidente que nos enfrentamos a delincuentes muy astutos, pero no por eso nos daremos por vencidos.

—¿Cree que Cornelio podría estar detrás de esto? —preguntó Inocencio—, Quiero decir… Es la segunda cajetilla de tabaco Estrella Negra que aparece en uno de los establos robados.

—Es posible —admitió el policía con un fruncimiento de ceño —. No me sorprendería verlo involucrado en algo así, pero todavía no tenemos suficientes evidencias contra él, como para descartar a otros sospechosos.

Inocencio confirmó su acuerdo con un asentimiento, y ambos continuaron su escrutinio. Cuando ya parecía que no iban a encontrar nada más, el joven cogió una horca y comenzó a remover la paja que cubría el suelo. Entonces, algo llamó la atención de Leandro.

—¡Espera! ¿Qué tienes ahí?

El inspector cogió un pañuelo blanco, que había quedado enganchado entre los dientes de la horca. Lo observó con cuidado. Era de algodón y lo rodeaba un delicado bordado de color azul claro.

—Eso pertenece a una mujer —dijo Inocencio con desconcierto —. ¿Qué diablos hace entre la paja de un establo?

—Quizá lo perdió alguna de las clientes de la caballeriza — sugirió el policía—. Tiene unas iniciales bordadas: C.S.

Inocencio entornó los ojos.

—¿Puedo verlo? —preguntó el chico.

Leandro le entregó el pañuelo y el joven lo detalló, revisándolo bajo uno de los haces de luz. Inocencio tensó los músculos de la mandíbula, al mismo tiempo que acercaba el trozo de tela a su nariz.

—Yo reconozco este perfume.

El policía clavó la mirada en el chaval.

—¿Lo reconoces? ¿Estás seguro?

La expresión de seriedad que adoptó el rostro de Inocencio hizo que pareciera que había ganado cinco años, en pocos minutos.

—No tengo ninguna duda, inspector. Es el perfume de Carmela —El chico sostuvo la mirada inquisitiva del policía—. Y las iniciales también coinciden: Carmela Serrano.

—¿Conoces bien a esa chica?

El antiguo ladrón metió las manos en los bolsillos, antes de responder al policía.

—Hemos conversado en el mercado, somos amigos, y bueno… ya sabe... me gusta.

—¿Qué me dices de su padre?

—No lo conozco. Según Carmela, él es muy severo y la controla mucho. Nunca se ha atrevido a presentármelo. Solo sé que enviudó hace un par de años y que es herrero.

—Los herreros saben cómo controlar a los caballos para que permanezcan tranquilos —observó el policía. Inocencio dejó escapar un suspiro—. Por otro lado, el hallazgo del pañuelo de esta señorita en

el establo no demuestra que ella tenga relación con los robos. Quizá visitó esta caballeriza por algún otro motivo. Tú la conoces. ¿Se te ocurre alguno?

El chico lo pensó por un momento.

—Me temo que no. No creo que Carmela tuviera motivos para visitar este establo. Ni siquiera sabe montar. Además…

—¿Qué? —lo presionó Leandro.

Inocencio rechinó los dientes, antes de responder.

—En una ocasión, Carmela me comentó que su madre había sido curandera.

—Así que tu amiga tiene conocimientos sobre el uso de hierbas…

—Sí, señor. Eso me consta.

—Y por lo tanto, sabría calcular la dosis de valeriana que se necesita para tranquilizar a un caballo.

—Eso me temo.

—Cada vez estoy más seguro de que la joven Serrano nos mintió acerca del viaje de su padre a Ciudad Rodrigo, para herrar los caballos en la finca. Su padre, que es cliente de Cornelio y fuma Estrella Negra… —razonó Leandro— el tabaco que ya ha aparecido en dos establos robados. Supongo que estás llegando a la misma conclusión que yo.

—Sí, señor —respondió el chico, hablando con lentitud—. Todo indica que Carmela nos mintió y que su padre está involucrado en los robos.

El inspector apoyó la mano en el hombro del joven y asintió.

—Lo lamento, hijo, pero creo que tu amiga va a tener que decirnos cuál es su relación con todo esto.

Inocencio suspiró con tristeza y asintió.

—Estoy de acuerdo, señor. Debemos hablar con ella, para que nos dé una explicación.

Sin pensarlo dos veces, ambos salieron del establo en dirección a la casa de Marcelino. Leandro envió a un chico de los recados a la comisaría con un mensaje. Debía decirle a Quintana que enviara dos agentes a la dirección que le hizo memorizar. Durante el trayecto, ambos investigadores mantuvieron un tenso silencio, mientras la preocupación incrementaba su peso sobre el ánimo del chaval. Temía el momento en que tendría que enfrentar a Carmela con sus sospechas.

Cuando por fin llegaron a la casa del herrero, bajo la oscuridad que cubría la ciudad, los agentes ya los esperaban en la esquina. Después de que el inspector intercambió algunas palabras con ellos, se mantuvieron a prudente distancia, pero atentos. Leandro e Inocencio se acercaron a la casa. La luz de una lámpara de aceite se filtraba por las cortinas de la ventana del salón, confirmando que había alguien en

su interior. El policía golpeó la puerta con decisión.

Casi de inmediato, Carmela apareció en el umbral. Su rostro se contrajo y perdió el color. Leandro se quitó el sombrero e Inocencio lo imitó.

—¿Por qué han regresado? ¿Ha ocurrido algo?

Inocencio desvió la mirada.

—Necesitamos hacerle algunas preguntas, señorita —sentenció el policía con voz firme—. Es importante que nos responda con la verdad.

—Yo siempre digo la verdad.

—Por favor…

Carmela levantó la barbilla, desafiante.

—Pregunte lo que quiera, inspector. No tengo nada que esconder.

A pesar de que ella se había dirigido al policía, fue Inocencio quien hizo la primera pregunta.

—¿En algún momento visitaste el establo de la calle Arco?

—¿El establo? Por supuesto que no. ¿Para qué querría ir a un establo?

—Allí encontramos esto —intervino Leandro, al mismo tiempo que le mostraba el pañuelo con puntilla y las iniciales bordadas.

—Es tu pañuelo —sentenció Inocencio—. Son tus iniciales.

Carmela palideció y tragó saliva. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—No es mío.

—Es tu perfume —insistió el joven, sintiendo un nudo en la garganta.

—No soy la única que usa ese perfume.

El chico cerró los ojos con tristeza.

—No empeores tu situación mintiéndonos, Carmela. Reconozco el pañuelo y sé que es uno de los tuyos.

—Yo... Eh... Está bien, el pañuelo es mío, pero no sé cómo llegó al establo de la calle Arco. Quizá alguien me lo robó y…

Leandro carraspeó.

—No es buena idea dar falsos testimonios a la Policía, señorita. Podría causarle graves problemas.

—Nos mentiste acerca de tu padre y su viaje a Ciudad Rodrigo, ¿verdad? —la presionó Inocencio.

—Tenemos evidencias que lo señalan a él como uno de los ladrones de caballos. Usted es muy joven. No destroce su vida por proteger a su padre.

Carmela rompió en sollozos, pero Leandro e Inocencio se mantuvieron firmes. Cuando la chica consiguió tranquilizarse, comenzó a hablar.

—Sí. Lo admito. Mi padre lidera la banda de ladrones de caballos, y yo solo quise protegerlo. Tienen que entender… Él no es una mala persona. Solo lo hizo por mí, para que mi vida fuera mejor que la de mi pobre madre.

—Eso lo discutiremos después —dijo Leandro en tono severo—. Ahora nos contará todo lo que sabe. ¿Cómo consiguieron robar los caballos en medio de la noche, sin que nadie se diera cuenta?

Carmela hizo una respiración profunda, en un esfuerzo por contener sus lágrimas. Entonces, comenzó a hablar:

—Yo les proporcioné la valeriana que agregaron al agua, para tranquilizar a los animales —confesó, bajando la mirada—. Luego envolvieron los cascos de los caballos con cuero, para que no se escucharan a su paso por las calles. Usaron un caballo líder silencioso, entrenado para conducir la manada sin hacer ruido. Los demás animales lo imitaron y siguieron en silencio.

Inocencio frunció el ceño, mientras procesaba la información.

—Así que tú estuviste en esto, desde el principio.

Carmela sacudió la cabeza con lágrimas en los ojos.

—Lo siento mucho. Mi padre... él me lo pidió y no fui capaz de negarme… ¿Qué nos pasará ahora?

Leandro fue quien respondió.

—Robar caballos es un delito muy grave, señorita. Me temo que ambos tendrán que enfrentar las consecuencias de sus actos.

—¿Nos enviarán a prisión?

—Eso lo decidirá el juez —respondió el inspector—. Sin embargo, al menos en el caso de su padre, me sorprendería que no fuera así.

—Por favor —suplicó Carmela, sujetando las manos de Inocencio, con el miedo reflejado en sus ojos—. No le hagan daño a mi padre. Yo... yo cooperaré en todo lo que necesiten.

Inocencio sacudió los brazos para zafarse, y habló con voz firme.

—Nos dirás cómo encontrar a tu padre y dónde oculta los caballos robados.

—Luego acompañará a los agentes, para que declare en comisaría —intervino el inspector—. Cuando termine regresará a esta casa, pero permanecerá en ella bajo vigilancia, hasta que el juez decida su destino.

Carmela cerró los ojos, mientras las lágrimas le empapaban las mejillas.

# Capítulo 24

La noche ya había privado a los pocos usuarios que quedaban en la biblioteca de la luz natural que provenía de sus ventanas. El aire estaba impregnado con el aroma del cuero y el papel viejo, mientras el silencio que los rodeaba solo era roto por sus propios murmullos. Algunas lámparas de aceite colocadas de forma estratégica se esforzaban en iluminar la amplia sala con escaso éxito. Los usuarios habituales se habían marchado poco a poco, en la medida en que la luz menguaba, mientras don Lorenzo, Encarna y José continuaban concentrados en la carta de lord Edmund. Alertado por el descenso de la temperatura, Expósito levantó la mirada y comprendió que se habían quedado solos.

Los ojos de José regresaron a la tarea. Releyó la enigmática carta de lord Edmund por enésima vez, en busca de cualquier pequeño detalle que pudiera desvelar los misterios que escondía. Don Lorenzo, por su parte, consultaba un viejo libro de historia de Salamanca, al mismo tiempo que varios textos de criptografía, intentando descubrir todas las pistas ocultas en el acertijo. Encarna, inmersa en sus propios razonamientos, copiaba las palabras de la misiva que le parecían significativas.

De vez en cuando, los tres se consultaban entre sí en murmullos, compartían ideas y discutían posibles teorías. De repente, la irrupción de Leandro e Inocencio rompieron la paz de la biblioteca. Sus pasos apresurados resonaron en la amplia sala abovedada y casi vacía. Alertado, Expósito levantó la vista de su lectura, para encontrarse con las expresiones preocupadas en los rostros de sus amigos. Un nudo atenazó el pecho del inspector.

—¿Qué ocurre?

Inocencio abrió la boca para responder, pero solo fue capaz de pronunciar frases sueltas sin coherencia. Tartamudeaba, y atropellaba las palabras, haciendo su discurso ininteligible. Leandro intervino.

—¡Tenemos noticias urgentes, Expósito!

—¿Sobre Macabeo? —preguntó José, con todos los músculos en tensión.

Leandro asintió, mientras respiraba profundo para recuperar el aliento.

—Hemos descubierto quién es el líder de los bandoleros.

De inmediato, la noticia captó la atención de José, don Lorenzo y Encarna, quienes olvidaron la carta por un momento.

—¿Qué habéis descubierto? —preguntó Expósito, sin disimular su ansiedad—. ¿De quién se trata? ¿Qué hizo con los caballos?

—Es un herrero de la ciudad. Su nombre es Marcelino Serrano —respondió Leandro.

—¿Un herrero? ¿Estáis seguros?

Inocencio respiró profundo.

—Sí. Su hija nos lo confesó cuando se sintió acorralada —explicó el joven.

—¿Y los caballos? —volvió a preguntar el inspector, con un ligero temblor en la voz.

Leandro inhaló para recuperar el aire, antes de responder.

—Según la información que nos proporcionó la chica, y no creo que se atreviera a mentirnos, los caballos están escondidos en un campamento en Peña de Francia.

En el rostro de José se dibujó una sonrisa de alivio.

—Hicisteis un buen trabajo. Os felicito. Entonces, solo queda ir a por los caballos y rescatarlos.

—Tenemos que actuar rápido, José —lo azuzó Inocencio, al mismo tiempo que sacudía la cabeza—. Tienen un comprador que vendrá a buscarlos esta misma noche, en horas de la madrugada. Su intención es usarlos en las minas.

—¿En las minas? —murmuró Expósito con un hilo de voz.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Imaginar a su querido Macabeo sometido a semejante sufrimiento, le resultó insoportable.

—¡Es el motivo por el cual hemos venido corriendo a avisarte! —explicó el joven—. Si no rescatamos a los caballos de inmediato, todos ellos, incluido Macabeo, estarán perdidos para siempre.

José parpadeó con desconcierto. Eso les dejaba con muy poco tiempo para elaborar un plan de rescate y salvar a los animales. La preocupación endureció su rostro. Su lealtad hacia su noble caballo se enfrentaba a su sentido de la responsabilidad. Tenía la obligación de encontrar al asesino de lord Edmund y de Sara, antes de que volviera a matar. Sin embargo, no podía dejar la suerte de Macabeo y el resto de los caballos en manos de Leandro e Inocencio, por mucho que confiara en ellos. Necesitarían toda la ayuda posible para enfrentarse a la banda y rescatar a los animales.

La incertidumbre se reflejó en los ojos del inspector cuando lanzó una mirada en dirección a don Lorenzo y Encarna. Ella comprendió de inmediato el dilema que lo estaba atormentando. Entonces, le obsequió una sonrisa en la que le demostró su apoyo incondicional.

—Ve con ellos, José. Don Lorenzo y yo seguiremos trabajando

en el enigma de la carta. Tu lugar está en Peña de Francia. La situación es urgente y cada minuto cuenta. Rescata a Macabeo y a esos pobres caballos.

El inspector expulsó el aire de sus pulmones y dejó escapar la tensión de la incertidumbre. Cuando volvió a inspirar, sintió que el miedo era sustituido por determinación.

—Muy bien. No hay tiempo que perder. Vamos a la comisaría a buscar refuerzos y elaborar una estrategia que nos permita rescatar a Macabeo y el resto de los animales esta misma noche. No podemos permitir que se los lleven a las minas.

—¡Así se habla, José! —dijo Inocencio con entusiasmo—. ¡A por ellos!

—Estoy seguro de que lo conseguirán, inspector —lo animó don Lorenzo.

—¡Buena suerte! —les deseó Encarna.

Los dos policías e Inocencio abandonaron la biblioteca y la universidad a paso apresurado. Cuando alcanzaron la calle, el frío viento nocturno los golpeó inclemente, Ellos lo ignoraron y se internaron en la oscuridad, decididos a enfrentar a los ladrones en Peña de Francia, antes de que fuera demasiado tarde.

# Capítulo 25

Las calles de Salamanca ya se encontraban casi desiertas a esa hora. José, Inocencio y Leandro solo se cruzaron con un par de serenos y con algún viandante despistado. Los habitantes de la ciudad ya se habrían refugiado en sus casas o en el bar de su barrio. Los tres irrumpieron en la comisaría, donde un solitario Quintana comenzaba a dormitar. Sus prisas y las expresiones de sus rostros no dejaban duda, acerca de la urgencia del asunto que los había llevado hasta allí.

—¿Qué ocurre, inspectores? —preguntó el agente que custodiaba la entrada, con la sorpresa y la preocupación reflejadas en su rostro.

—Aguarde un momento, Quintana —le ordenó José.

—¿Cuál será nuestro siguiente paso? —preguntó Leandro, con voz tensa—. ¡Debemos darnos prisa!

Con un asentimiento, José hizo un esfuerzo por calmarse y pensar con la cabeza fría. Su mente trabajaba a marchas forzadas, elaborando un plan adecuado. Solo tendrían una oportunidad, así que no podían permitirse ningún error. Expósito se apoyó en el borde de la mesa de Quintana. Sus dedos tamborilearon con nerviosismo, mientras barajaba todos los escenarios posibles y las rutas de escape que podrían seguir los ladrones. Al cabo de un par de minutos, tragó saliva y su mirada se centró en el agente, que los contemplaba sin disimular su desconcierto.

—Necesitaremos respaldo. Todavía no sabemos a cuántos maleantes nos vamos a enfrentar. ¡Quintana!

El viejo agente se puso firme.

—Ordene, inspector.

—Quintana, quiero que envíe mensajeros a todos los compañeros, estén de ronda o en sus casas. Que se presenten aquí de inmediato.

—Sí, señor.

El agente se despidió con un saludo militar, se giró hacia la puerta y salió a toda prisa, para cumplir la orden. De inmediato, Expósito cogió un papel y una plumilla, dispuesto a explicar su plan, pero Leandro lo interrumpió.

—José, ¿estás seguro de que podremos resolver esto, solo con la ayuda de nuestros compañeros? No sabemos a qué nos enfrentaremos

ni cuántos hombres acampan en Peña de Francia. Quizá deberíamos solicitar el apoyo de la Guardia Civil. Ellos tienen experiencia enfrentando a bandoleros.

—Admito que tienes razón, Leandro —respondió José con un suspiro—, pero me temo que estamos escasos de tiempo. Si involucramos a la Guardia Civil, no tendríamos otra alternativa que posponer la misión. Eso nos impediría rescatar a los caballos a tiempo. Necesitamos desmantelar la banda esta misma noche. Tendremos que apañarnos con los recursos de los que disponemos.

Después de intercambiar una mirada con Inocencio y ver la determinación en los ojos del chaval, Leandro confirmó su conformidad, aunque mantuvo los dientes apretados.

—Confiamos en ti, José. Solo dinos lo que tenemos que hacer.

—La sorpresa y la astucia son nuestras mejores armas —sentenció Expósito con tono decidido.

Los tres prestaron atención cuando escucharon pasos entrando en la comisaría. Los refuerzos estaban comenzando a llegar con un goteo continuo. Todos mostraban rostros serios y decididos. Después de algunos minutos, José echó una ojeada a su alrededor con los dientes apretados. Entonces, buscó a Quintana con la mirada.

—Me sorprende que don Carlos no haya llegado. ¿Le envió usted un aviso al comisario, acerca de lo que está ocurriendo?

—Eh, no, señor. Como usted asumió el mando, no me atreví a molestarlo… Quiero decir… Son solo caballos y… —José tensó la mandíbula— ¿Hice mal, inspector?

—Hablaremos de eso después, Quintana.

—¡Don José! ¡Don José! Yo iré con ustedes. ¡Quiero ayudar a encontrar a Macabeo! —En medio de la confusión, Cipri se había abierto paso, zigzagueando con agilidad entre los agentes. Sus mejillas enrojecidas relucían, bañadas con gruesos lagrimones.

José enarcó las cejas y parpadeó. Después del momento de desconcierto, reaccionó apoyando una mano en el hombro del chiquillo y agachándose, para mirarlo a los ojos.

—¡Cipri! ¿Qué haces aquí?

—Perdóneme por haberlo desobedecido, don José, pero no podía quedarme en la posada, mientras Macabeo corre peligro —el chaval bajó la mirada y el tono de voz, hasta hablar en un murmullo —. He seguido a Inocencio y al inspector durante todo el día. También los escuché cuando hablaban del rescate de Macabeo en la biblioteca. Don José, por favor, deje que vaya con ustedes. Sé que soy pequeño, pero estoy seguro de que puedo ayudar.

Leandro rechinó los dientes, antes de protestar.

—Espero que no accedas a que el chiquillo nos acompañe, Expósito. Nos enfrentaremos a criminales, y todavía no sabemos hasta

dónde son capaces de llegar. Involucrar a un chaval sería irresponsable y temerario.

—Leandro tiene razón —lo respaldó José—. Será mejor que regreses a la posada. Te prometo que rescataremos a Macabeo y a todos los caballos, y que será esta misma noche, pero no podemos permitir que nos acompañes.

—Pero, yo quiero ayudar... No me puedo quedar de brazos cruzados, mientras Macabeo está en peligro.

Cipri clavó la mirada en Inocencio, buscando apoyo, con las lágrimas recorriendo sus mejillas. Su amigo se removió inquieto.

—En esta ocasión no puedo respaldarte, Cipri. Yo también pienso que lo más prudente es que esperes aquí, en la ciudad —le advirtió Inocencio.

El chiquillo se secó las lágrimas con las palmas de las manos, pero estas volvieron a brotar de sus ojos de inmediato. José presionó un poco su hombro para transmitirle seguridad.

—No puedes acompañarnos, Cipri. Solo serviría para ponerte en peligro. Sin embargo, necesitaré tu ayuda.

Una chispa iluminó los ojos del chaval.

—¿Qué tengo que hacer?

—Espera un momento.

El inspector se acercó a la mesa de Quintana, escribió una nota con rapidez y la sacudió, para secar la tinta. Entonces, la dobló con cuidado y le aplicó unas gotas de cera, sobre la que presionó el sello de la comisaría. Cipri lo observó con atención y se acercó a él, en cuanto José levantó la mirada.

—¿Sabes dónde vive el comisario? —le preguntó el inspector con el rostro serio.

El chaval asintió.

—Muy bien, Cipri. Necesito que le lleves esta nota a don Carlos. Asegúrate de que la lea y de que regrese a la comisaría, lo antes posible.

—Sí, señor.

Cipri se secó de nuevo las lágrimas, en esta ocasión con mejores resultados. Cogió la nota con el ceño fruncido y un asentimiento. Sin esperar más instrucciones, atenazó el papel entre sus dedos y salió corriendo de la comisaría.

Inocencio soltó el aire con alivio.

—Buena idea, José. Eso lo mantendrá ocupado y lejos del peligro. Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Debemos reunir a todos los hombres y las armas disponibles y los organizaremos en pequeños grupos, cada uno bajo las órdenes de un líder. Luego iremos a Peña de Francia. Saldremos en cuanto hayan llegado todos. Debemos movernos con sigilo, para no alarmar a la

población. No quiero que Serrano y su banda se enteren de la operación por algún vecino.

—¿Atacaremos su campamento por sorpresa? —preguntó Leandro.

Expósito sacudió la cabeza.

—No, eso pondría en peligro a los caballos. Tengo un plan, pero os lo diré por el camino.

—¿No esperaremos al comisario para que autorice la misión?

—No hay tiempo. Yo asumo la responsabilidad.

—De acuerdo —aceptó Rodríguez.

José y Leandro organizaron a los agentes y designaron a los líderes, mientras Inocencio se paseaba por toda la recepción, incapaz de quedarse quieto. Expósito terminó su tarea y dio una palmada en el hombro de su amigo.

—No te preocupes, Inocencio. Lo conseguiremos. Debemos hacerlo por Macabeo, por Cipri, por esos pobres caballos y por nosotros mismos.

Minutos después, ya organizados, y después de coger las armas que necesitaban, los policías se encaminaron al establo, donde uno de los equipos tenía listas las monturas. Los dos inspectores dieron las últimas instrucciones a los grupos, y se aseguraron de que cada agente supiera lo que tenía que hacer. Salieron de la comisaría en cuanto Expósito dio la orden. Estaban decididos a detener a los ladrones y rescatar a los caballos, para devolverlos sanos y salvos a sus legítimos dueños.

# Capítulo 26

La escasa luz que provenía de la luna apenas conseguía colarse entre la capa de nubes, que se mantenía en el cielo. En la escarpada Peña de Francia, las tiendas de los ladrones de caballos se alzaban en siluetas irregulares, ocultas entre las sombras y el silencio. De vez en cuando, los delataba el relincho ocasional de algún animal inconforme. Una llamada de auxilio, que de no haber sido por el acecho de los policías, habría pasado desapercibida en medio de aquel paisaje agreste.

José e Inocencio ascendieron por el escarpado monte, haciendo gala del sigilo aprendido durante sus años como ladrones. Ambos iban cubiertos con capas oscuras, que les servían de camuflaje en medio de la noche. Los acompañaban el aullido del viento y el leve roce de sus botas sobre la tierra húmeda. Sus respiraciones entrecortadas se mezclaban con el frío aire nocturno en pequeñas nubes de vapor, mientras ambos avanzaban sin pausa en dirección al campamento. Al acercarse, notaron el olor del sudor de los caballos, que cuando soplaba el viento era sustituido por el de la madera quemada, proveniente de los rescoldos de la hoguera.

Inocencio se acercó a José y le murmuró:

—Ahí.

Las tiendas de campaña de los ladrones se encontraban a pocos metros. La única iluminación del campamento provenía de una lámpara de queroseno junto al ladrón de guardia. El sujeto dormitaba, ajeno a lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Los caballos robados se encontraban en la periferia del campamento, atados a los árboles. José dedujo que los mantenían sedados con valeriana, pues permanecían demasiado tranquilos.

Mediante señas, el inspector le indicó a Inocencio que iría adelante. El chico esperó oculto entre las sombras de los matorrales, atento a los movimientos de su compañero. José se movió con el sigilo y la agilidad propias de un felino. Sorteó piedras y ramas secas, cuidando no hacer ningún ruido inoportuno. Prestó atención, para evitar cualquier trampa que Marcelino y sus hombres pudieran haber dejado alrededor de la acampada. En una rápida ojeada, José ubicó a Macabeo. Su querido caballo se encontraba a pocos metros. El isabelino sacudió la cabeza y bufó, anunciando que había descubierto su presencia. Por suerte, su leve reacción no alarmó al ladrón de

guardia. La valeriana que los bandoleros usaban para tranquilizar a los caballos se había vuelto en su contra.

José llegó junto a los animales y usó su navaja para liberar al más cercano. Se trataba de una yegua alazana, que se dejó conducir con pasividad. En silencio, el inspector la llevó hasta donde esperaba Inocencio, quien la recibió con una sonrisa nerviosa, pero satisfecha.

—Vamos bien —murmuró el chico para sí mismo, mientras José regresaba, con la intención de liberar al siguiente caballo.

Mientras tanto, Inocencio se acercó al primero de los agentes y le entregó la yegua. Regresó, para esperar al siguiente animal. Sería una noche larga, pero lo más importante era evitar que los caballos corrieran peligro.

José estaba a punto de liberar al siguiente, cuando Inocencio pisó una piedra mal colocada que rodó hacia el campamento. Por mala suerte golpeó una olla cercana, resonando en un ruido metálico que rompió el silencio. José e Inocencio contuvieron la respiración, ansiosos ante la posibilidad de ser descubiertos.

—¡A las armas! ¡Intrusos! —gritó el ladrón de guardia.

Los bandoleros comenzaron a salir de las tiendas, armados y dispuestos a defenderse.

—¡Corre! —le gritó José a Inocencio.

Ambos se escondieron entre las sombras a toda prisa.

Los criminales comenzaron a buscarlos por los alrededores del campamento.

—¡Manuel, revisa los caballos! —gritó Marcelino.

—¡Falta uno! —alertó el aludido, después de contarlos.

Desde su escondite, José e Inocencio se miraron entre sí. El policía comprendió la pregunta silenciosa en la expresión de su amigo y asintió. Sacó una bengala de su bolsillo y la encendió, iluminando el cielo con un resplandor fugaz. Sería suficiente. Los ladrones corrieron, cogieron sus armas y se organizaron para proteger su campamento. En medio del caos, una figura corpulenta gritaba órdenes y lanzaba insultos. Inocencio se dio cuenta de que era Marcelino, el padre de Carmela.

Uno de sus cómplices se le acercó.

—¿Qué está pasando? ¿Son de la Guardia Civil?

—¡Eso no importa ahora! —gritó el herrero ladrón—. ¡Encontrad a esos intrusos y aseguraos de que no lleguen hasta los animales!

Antes de que los delincuentes pudieran terminar de organizarse, los agentes ya ocupaban posiciones estratégicas, protegiéndose detrás de árboles y piedras, alrededor del campamento.

—¡Se acabó, Marcelino! —gritó José—. ¡Entregaos!

—¡Que no quede uno vivo! —fue la respuesta del jefe de la banda.

Los primeros disparos resonaron con estruendo, convirtiendo el campamento en un hervidero. Los ladrones permanecieron refugiados detrás de rocas y árboles, mientras los policías, liderados por José y Leandro, avanzaron en formación y cubriéndose entre ellos.

Las explosiones intermitentes se alternaban con momentos de silencio tenso. Uno de los ladrones cayó al suelo, alcanzado por el proyectil certero de un agente. Para sorpresa de los policías, Inocencio demostró ser un excelente tirador.

El olor a pólvora cubrió el campamento. Los gritos de los hombres heridos se sumaron a los relinchos de desesperación de los caballos, causados por el estallido de las detonaciones y el hedor de la sangre.

La confrontación avanzaba y los períodos de silencio se hacían cada vez más largos, en la medida en que las municiones se iban agotando. Los policías estaban mejor armados y organizados, así que fueron imponiéndose sobre los bandoleros y ganando posiciones poco a poco. Entonces, el revólver de José se encasquilló. Marcelino, que todavía se defendía detrás de una roca, comprendió que el policía estaba en desventaja y le disparó su última bala. José escuchó el proyectil silbar junto a su oído. Al ver que había fallado, el líder de los bandoleros sacó su cuchillo y se abalanzó sobre el inspector. Cuando vio que el delincuente se le venía encima, Expósito, ya veterano de muchas peleas callejeras, tiró el inútil revólver y sacó su navaja. Ambos se encontraron frente a frente en el centro del campamento, mientras sus correspondientes bandos se enfrentaban a su alrededor.

Poco a poco, pero sin pausa, la batalla se fue calmando en la medida en que los policías avanzaban y los bandoleros se rendían. Marcelino y José, ajenos a lo que ocurría a su alrededor, se movían en círculo con precaución. Cada uno trataba de anticiparse a los movimientos del otro. Cuando la batalla terminó, el silencio se apoderó del campamento. Los policías rodearon a los contrincantes, pero sin atreverse a intervenir. Si lo hacían, corrían el riesgo de herir al inspector, además de que cualquier distracción podía tener un desenlace fatal.

En ese momento, solo Marcelino había conseguido evitar el arresto. Con todos sus hombres detenidos, su única opción era huir. José se mantenía atento a todos sus movimientos, dispuesto a impedirlo. El herrero echó una ojeada a su espalda, en dirección a los caballos. Su única esperanza de salir de allí.

—No dejaré que te marches, Marcelino —le confirmó el policía.

Sin responder al inspector, el bandolero se lanzó hacia adelante, cuchillo en ristre. La agilidad del policía le permitió evitar la

herida, pero estuvo cerca.

Ambos contrincantes estaban exhaustos, pero ninguno tenía la intención de claudicar.

—No me dejaré atrapar —dijo Marcelino con convicción.

El inspector no respondió. Solo tensó los músculos de la mandíbula y guardó sus fuerzas para la pelea. El sudor corría por la frente de Marcelino y sus ojos estaban desorbitados. En un esfuerzo desesperado se lanzó hacia adelante, a matar. José aprovechó el impulso de su adversario para desequilibrarlo, pero Marcelino se recuperó enseguida y lanzó el cuchillo, que el inspector esquivó con un rápido giro de todo su cuerpo, al mismo tiempo que él también lanzaba su propia arma contra su oponente. El cuchillo de Marcelino rozó un costado del policía, causándole un rasguño. El arma del inspector se clavó en la pierna del bandolero, haciéndole caer al suelo con un grito de dolor.

—Ya todo terminó, Marcelino —le anunció el inspector—. Estás arrestado.

Cuando el policía se acercó al criminal para ponerle los grilletes, recibió un puñado de tierra en los ojos, que lo cegó por un momento. Expósito escuchó gritos de alarma y órdenes a su alrededor.

—¡Detenedlo! ¡Qué no escape!

—¡Cipri! ¡No! —El grito en la voz de Inocencio erizó la piel de José.

Cuando por fin el inspector pudo retirar la tierra de sus ojos y recuperar la visión, se estremeció frente a lo que estaba ocurriendo. Marcelino había arrancado el cuchillo de su pierna sangrante y lo empuñaba, al mismo tiempo que cojeaba con dificultad, en un esfuerzo por alcanzar los caballos. Su intención había sido montar al más cercano: Macabeo. Cipri se lo impidió, abalanzándose sobre él con todo su peso, y tirándolo al suelo. El grito de dolor del bandolero se acompañó con una mirada cargada de odio y resentimiento.

—¡Maldito mocoso! —rugió el herrero ladrón, atenazando a Cipri por el brazo, mientras el chaval trataba de librarse, en una lucha demasiado desigual.

—¡Suéltame! ¡No te llevarás a Macabeo! —le gritó el chiquillo, con tono desafiante.

Con dificultad, Marcelino se puso de pie, sin soltar al niño. Lo interpuso entre él y los agentes de la Ley, usándolo como escudo. Entonces, apoyó el cuchillo en la garganta del chaval. Los policías detuvieron su avance, temiendo por la vida de Cipri. El líder de la banda dio un par de pasos hacia atrás, buscando acercarse de nuevo a Macabeo. El potro se había alejado todo lo posible, huyendo del olor de la sangre que manaba de la pierna del delincuente.

—¡Qué nadie se mueva un ápice! —exclamó el jefe de los

ladrones— Si no permitís que me marche, le corto el cuello. ¡Dejadme ir o juro que lo mato!

José tragó saliva y cogió aire, pero no se atrevió a moverse. Clavó la mirada en el bandolero y se esforzó en transmitirle firmeza a su voz.

—Marcelino, no tienes alternativa. Si lastimas al chico, tu destino será el garrote. ¡Entrégate!

—Para conseguir, ¿qué? ¿Para pasarme el resto de mi vida encerrado en una celda? —respondió el bandolero con amargura—. Si hice esto, fue para conseguir dinero y darle a mi hija una vida mejor a la que tuvo su pobre madre. Para que pudiera disponer de una buena dote, conseguir un buen partido y vivir como una dama. Ahora, por vuestra culpa, todo se ha ido al garete. ¡Os juro que si no os apartáis de inmediato, este chico morirá aquí y ahora!

El tiempo pareció detenerse, mientras Marcelino desafiaba con la mirada a los policías que habían arruinado sus planes, y demostraba estar dispuesto a cumplir su amenaza si intentaban detenerlo. Poco a poco, cojeando y con muecas de dolor, fue dando pasos hacia atrás, buscando la cabalgadura. José entornó los ojos cuando comprendió lo que estaba ocurriendo. Sin que el bandolero lo notara, Macabeo, despacio y con mucho sigilo, volvió a acercarse al ladrón por detrás. De repente, con un relincho que pareció salir de su alma equina, el noble isabelino se encabritó y elevó sus patas en el aire. Sorprendido, Marcelino se volvió hacia él, justo en el momento en que los cascos delanteros bajaron y golpearon su cabeza, con fuerza descomunal.

El líder de los ladrones cayó al suelo, inconsciente, al mismo tiempo que soltaba el cuchillo y aflojaba la tenaza, que había mantenido sobre el brazo de Cipri. Cuando se sintió libre, el chico corrió hacia José, quien lo recibió en un abrazo protector.

—¡Cipri! ¿Estás bien? —preguntó el inspector, temiendo que hubiera resultado herido.

—Estoy bien, don José, gracias a Macabeo —respondió el niño con una sonrisa, pero todavía temblando bajo el abrazo del inspector.

En cuanto José lo soltó, el chaval corrió hacia el caballo y se abrazó a su cuello, mientras el potro le hacía carantoñas y soltaba relinchos de placer.

# Capítulo 27

Con todos los bandoleros bajo arresto, José y Leandro hicieron una evaluación de la situación. Había dos delincuentes muertos y tres agentes resultaron heridos. Expósito ordenó trasladarlos de inmediato a Salamanca, para que recibieran atención médica lo antes posible. Otro grupo de agentes se ocupó de trasladar a Marcelino y su cómplice a la comisaría, donde don Carlos los estaría esperando. Todos los caballos salieron ilesos, aunque necesitaron tiempo y paciencia para tranquilizarlos y poder conducirlos a casa. De vuelta en la ciudad, José, Inocencio y Leandro se aseguraron de que cada caballo fuera devuelto a su correspondiente dueño de inmediato. A pesar de lo intempestivo de la hora, todos acudieron a la plaza de buen gusto. La devolución de los animales convirtió el evento en una fiesta, mientras los tres hombres observaban con satisfacción cómo los habitantes de Salamanca recuperaban lo que les pertenecía, y los nobles equinos volvían a la seguridad de sus propios establos.

Ya pasada la medianoche, solo quedó un caballo bayo, cuyo propietario no se presentó a recogerlo.

—¿Qué hacemos contigo, amigo? —murmuró José, palmeando el cuello del animal, para reconfortarlo.

—Quizá su dueño no se encuentre en la ciudad —sugirió Leandro, con un encogimiento de hombros—Tal vez aparezca en los próximos días.

Expósito entornó los ojos, pensativo.

—Sí, es posible. En cualquier caso, mientras tanto, debemos ocuparnos de él. Lo llevaremos al establo de Macabeo. Allí estará bien atendido, hasta que encontremos al propietario.

—Me parece buena idea —reconoció Inocencio—. A ver si así podemos irnos a dormir de una vez.

—Será mejor que te vayas a casa, Leandro. Inocencio y yo nos ocuparemos del bayo.

Rodríguez demostró su gratitud con un asentimiento y una sonrisa.

—Nos vemos mañana, Expósito. Adiós, Inocencio. Ha sido un placer trabajar contigo, chaval.

Después de que Leandro se marchó, José e Inocencio condujeron al caballo por las calles empedradas de Salamanca,

envueltos por la penumbra y el silencio, pero con la satisfacción del deber cumplido. Cuando llegaron al establo, encontraron a Cipri cepillando el pelaje de Macabeo con delicadeza y cuidado.

—¡Cipri! ¿Qué haces aquí? Deberías estar en la posada, durmiendo.

—¡Ah!, don José… yo… no esperaba verlo a esta hora —respondió el chico, dando un respingo— Es que… Quería asegurarme de que Macabeo estaba bien. El pobre debió pasar mucho miedo en manos de esos malvados.

El inspector sonrió comprensivo.

—Te traemos otro huésped para esta noche, Cipri —intervino Inocencio, señalando al bayo.

—Su dueño no apareció para reclamarlo, así que necesitamos que permanezca aquí, hasta que lo encontremos —explicó el policía.

Cipri sonrió con satisfacción.

—Por supuesto, don José. Yo me ocuparé de atenderlo.

Expósito llevó al bayo a una de las cuadras vacías. Cipri lo siguió con una bolsa cebadera llena de avena, que colgó del cuello del animal. El caballo comenzó a rumiar de inmediato.

—Gracias, Cipri —le dijo José, apoyando su mano en el hombro del chico—. Ahora, será mejor que te vayas a dormir. Ya hemos tenido suficientes emociones para un solo día.

—Sí, don José.

Mientras el chaval recogía las herramientas de acicalamiento que había usado para tranquilizar a Macabeo, el inspector examinó al bayo con más atención, en busca de alguna pista sobre su propietario, que le permitiera localizarlo al día siguiente. Fue entonces cuando detalló la marca de yerra en la grupa del equino: se trataba de las iniciales «EF». El ceño del inspector se frunció de inmediato.

—Cipri, ¿reconoces esta marca? ¿La has visto con anterioridad?

El chiquillo se acercó y negó con la cabeza.

—No, señor. No se parece a la de ninguno de los demás propietarios que alojan sus caballos aquí —respondió el niño con un encogimiento de hombros— Sin embargo...

—¿Qué? —lo animó el policía.

—Este fue uno de los caballos que robaron de este establo. Aunque no es de ninguno de los vecinos. Ahora que recuerdo, lo trajo un inglés hace un par de días. Lo dejó aquí y me dio una perra gorda, para que le quitara el polvo del camino.

—¡Un inglés! —repitió Expósito, sin disimular su interés—. ¿Qué puedes decirme sobre él?

—Lo siento, don José, pero eso es todo lo que sé —respondió el chaval con un parpadeo—. Solo me dio instrucciones acerca del cuidado de su caballo, me pagó y se marchó.

—Interesante —murmuró el policía, para sí mismo.

Inocencio frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué importancia puede tener que el dueño del bayo sea un inglés?

—Podría estar relacionado con mi investigación —respondió José, en forma casi automática, pues su atención estaba centrada en el caballo.

Después de pensar por unos momentos, Expósito se agachó y revisó al animal con cuidado.

—Esta herradura es diferente a las demás —comentó, señalando una pata delantera del equino.

Inocencio frunció el ceño.

—¿Qué importancia puede tener eso? Quizá se vio obligado a cambiarla y el trabajo lo hizo otro herrero. ¿No sería mejor ocuparnos de esto mañana? Te juro que me voy a quedar dormido de un momento a otro.

El inspector volvió a ponerse de pie y palmeó el hombro de Inocencio.

—Lo comprendo, Rubito. Ya has hecho bastante por hoy. ¿Por qué no te vas a descansar? Yo todavía tengo que comprender qué ocurre aquí.

—¿Irme a descansar? ¿Y perderme la diversión? Ni lo sueñes.

José sonrió y se dirigió a Cipri.

—Necesito que me hagas un favor, antes de que te marches.

El chaval desplegó una sonrisa luminosa.

—Por supuesto, don José. Usted a mandar.

—Gracias, Cipri. Escucha, quiero que vayas a buscar al herrero del establo. Dile que recibirá una generosa recompensa si accede a venir de inmediato, a pesar de la hora.

—Sí, don José —respondió el chaval, y salió corriendo del establo sin demora.

Mientras esperaban al chiquillo y al herrero, solo rodeados por los penetrantes olores del establo y el resoplido ocasional de alguno de los animales, José le explicó a Inocencio que, debido a la nacionalidad del propietario y las iniciales de la marca, sospechaba que podía tratarse de lord Edmund Fernsby, la víctima del homicidio que estaba investigando. Eso explicaría que no hubiera aparecido esa noche para recuperar al bayo, a pesar del revuelo que había sacudido a toda la ciudad.

A los pocos minutos, Cipri regresó con don Hilario, un hombre corpulento y de aspecto cansado, que llevaba consigo su caja de herramientas.

—Le agradezco que respondiera a mi llamada, don Hilario —le dijo José, al mismo tiempo que estrechaba la mano callosa del herrero

—. Comprendo que es una hora inapropiada, pero el tiempo nos apremia. Necesitamos cambiar una de las herraduras de este caballo. ¿Puede hacerlo ahora mismo?

—Lo haré de inmediato, señor —respondió Hilario, extendiendo la palma de la mano—. El chico me prometió que me pagarían bien.

Las pupilas del herrero se dilataron cuando José depositó seis pesetas en su mano.

—Señor… Esto es el doble del costo de cambiar las cuatro herraduras.

—Lo sé —respondió el policía—, pero es importante que lo haga ahora mismo y que se dé prisa.

—Muy bien, señor.

Don Hilario comenzó a trabajar de inmediato, bajo la escasa luz de las lámparas de aceite. Mientras el herrero se ocupaba de su tarea, Inocencio se acercó a José.

—¿Por qué la prisa?

—Creo que acabo de tropezar con una pista importante, y estoy comenzando a sospechar que el robo de este animal no fue una coincidencia.

—Pero se lo llevaron junto con todos los demás —le recordó Inocencio.

—Aun así. Los ladrones robaron el establo donde se encontraba el caballo de lord Edmund, la misma noche en que fue asesinado —El inspector sacudió la cabeza—. No, no creo en las coincidencias. Estoy convencido de que este caballo es importante para resolver el misterio.

En cuanto el herrero retiró la herradura del casco del caballo que le había señalado José, un papel doblado cayó de una cavidad tallada en su interior.

—¿Qué diablos hace esto aquí? —preguntó don Hilario, desconcertado.

José lo recogió de inmediato, sin responder. Revisó el papel con cuidado y al trasluz, pero estaba en blanco.

Inocencio también lo miró. La curiosidad le había quitado el sueño.

—¿Qué es eso? —preguntó con un fruncimiento de ceño—. ¿Qué sentido tiene un papel en blanco, dentro de una herradura?

José dejó escapar un suspiro.

—Te puedo asegurar que no lo sé, pero no deja de ser interesante.

—Es absurdo —insistió el joven.

El inspector guardó silencio por un momento, mientras meditaba acerca del hallazgo.

—Tienes razón. No parece tener ninguna lógica, pero debe

haberla —José guardó el papel en su bolsillo con una sacudida de la cabeza—. Es tarde y estamos cansados. Tal vez mañana podamos verlo con más claridad.

El herrero, que había continuado trabajando en silencio, terminó de colocar la nueva herradura y levantó la mirada hacia el policía.

—Ya terminé, señor.

—Muchas gracias, don Hilario. Hizo usted un buen trabajo. Puede irse a casa. Nosotros también deberíamos regresar a la posada y tratar de descansar. Sospecho que mañana será un día muy activo.

# Capítulo 28

Un par de horas más tarde, José e Inocencio ya se encontraban sentados en el salón de la posada San Marcos, recuperándose de las experiencias del día, después de una agradable cena caliente. Don Pancho había dejado la chimenea encendida y el reconfortante calor, contrastaba con el frío que habían experimentado durante su aventura. El olor del humo y el ocasional crepitar de la leña proporcionaban un ambiente hogareño y relajante.

Inocencio bebió un sorbo de su copa con los ojos entornados, al mismo tiempo que miraba a José. Después de un momento de silencio, el chico señaló el bolsillo del chaqué de su compañero, donde guardaba la cuartilla en blanco, que habían encontrado en la herradura del bayo.

—¿No te parece muy extraño ese papel? ¿Por qué crees que lo escondieron ahí?

El inspector sacó la referida cuartilla y la estudió con detenimiento. Miró la hoja en blanco con expresión preocupada.

—¿Se te ocurre alguna explicación? —preguntó Inocencio y esperó expectante, ansioso por escuchar las conclusiones de su amigo. Al cabo de algunos segundos, José suspiró.

—Todavía no lo comprendo, Inocencio. Reconozco que no esperaba que hubiera un papel dentro de la herradura ni mucho menos que estuviera en blanco. Te confieso que no le encuentro ningún sentido, aunque estoy seguro de que debe tenerlo.

—Alguien debió ocultarlo ahí con un propósito —argumentó el chico—. Y no debió ser una tarea fácil.

—Lo cual me confirma que, a pesar de las apariencias, esta hoja en blanco es muy importante.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó el joven, dando un sorbo a su pequeña copa.

—Investigar, hasta que encuentre una respuesta razonable —dijo el inspector con firmeza—. Mi deber es descubrir al asesino y arrestarlo. Este criminal ha demostrado que es astuto y no se detiene ante nada para conseguir sus objetivos. No puedo pasar por alto ningún detalle, y eso incluye este papel. Tengo que descubrir su significado.

—¿Sospechas de alguien? ¿Tienes alguna teoría sobre el

asesinato?

El policía se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en sus rodillas, para acercarse a Inocencio.

—En realidad, no. Sin embargo, puedo decirte cuáles son las conclusiones a las que he llegado hasta ahora. El caballo en el que escondieron el papel pertenecía a lord Edmund Fernsby. Eso es un hecho. Estoy seguro de que fue el propio lord Edmund quien ocultó la cuartilla en la herradura de su montura.

—¿Por qué?

—He encontrado evidencias de que el profesor inglés se sentía acosado por alguien —le explicó el inspector a su amigo, al mismo tiempo que recordaba a Sara y su triste final—. Alguien que perseguía los mismos objetivos y que quería aprovecharse de sus descubrimientos…

—¿Qué era lo que buscaba lord Edmund? —preguntó Inocencio con curiosidad.

—Antes de su muerte, él estaba investigando «La casa Bracamonte» y la leyenda acerca del tesoro que oculta...

Inocencio dio un respingo y parpadeó.

—¿Dijiste «tesoro»? —José confirmó sus palabras con un asentimiento—. Me interesa. Entonces, ¿crees que este papel es la clave para encontrar el tesoro que buscaba lord Edmund?

El inspector se quedó pensativo, mientras meditaba su respuesta.

—Eso no te lo puedo asegurar, pero reconozco que es una posibilidad. Sin embargo, todavía estamos lejos de saber el significado de este papel o cómo encaja en lo que ha ocurrido. También debemos tener en cuenta que puede tratarse de un señuelo. Quizá escondió este papel en la herradura, como una artimaña para desviar la atención de su adversario.

—Entonces, ¿piensas descartarlo porque está en blanco?

—No. Puede ser una pista importante en la investigación, así que tengo que descifrar su significado.

Ambos guardaron silencio durante algunos instantes, cada uno meditando acerca del enigma que representaba el hallazgo. Un par de segundos después, José dejó escapar un suspiro.

—Te daré mi opinión: estoy convencido de que el robo de ese caballo no fue una coincidencia.

Inocencio entornó los ojos.

—¿Crees que Marcelino es el asesino de lord Edmund?

José apretó los dientes, ante la mención del herrero ladrón. Un escalofrío le recorrió la espalda cuando recordó que había estado a punto de degollar a Cipri. De no haber sido por Macabeo… Se forzó a sí mismo a apartar al jefe de los bandoleros de sus pensamientos, y

volvió a centrarse en el misterio que debía resolver. Entonces, sacudió la cabeza.

—No. Ojalá la respuesta fuera tan simple, pero no lo creo. Marcelino y lord Edmund vivían en mundos diferentes. El hombre que busco ha demostrado una sofisticación de la que carece el bandolero. Sin embargo, es posible que el asesino tuviera interés en el caballo de su víctima o más bien, en lo que escondía en su herradura.

—¿En un papel en blanco?

—Aunque no parece tener sentido, lord Edmund debió tener algún motivo para esconder ese papel en la herradura.

—Tienes una idea —sentenció Inocencio.

—En realidad, no, pero sí tengo claro cuál será mi siguiente paso. Lo primero que haré mañana será tener una conversación con Marcelino. Es posible que me proporcione respuestas interesantes.

Inocencio entornó los ojos.

—José, quiero participar en la investigación. Estoy seguro de que puedo ayudarte a descifrar el misterio y encontrar el tesoro, si es que existe.

El inspector sonrió con sarcasmo.

—Inocencio, agradezco tu disposición a ayudarme y sé que tus motivos son desinteresados, pero comprende que esta investigación puede ser peligrosa. No puedo permitir que corras riesgos innecesarios. Además, ya recibí una advertencia del comisario por involucrarte en uno de mis casos.

El rostro de Inocencio compuso un gesto de indignación.

—Vamos, José, sabes que sé defenderme y estoy seguro de que el comisario olvidará el asuntillo de la persecución, después del éxito de esta noche. Además, me necesitas para que te mantenga alejado de los problemas. ¿Qué sería de ti sin mi valiosa ayuda? —El chico se llevó una mano al pecho—. No pretenderás dejarme al margen de esta aventura. ¿Es que ya no confías en mí? Soy el que aceptó usar un vestido para que pudieras infiltrarte.

Expósito se quedó pensativo por algunos instantes. Entonces, dibujó una media sonrisa.

—Inocencio, debes tener claro que mi objetivo no es encontrar ningún tesoro, sino detener a un asesino peligroso.

—Claro como el agua —aceptó el joven con un asentimiento, seguido por un encogimiento de hombros—, pero si en el camino encontramos un tesoro, miel sobre hojuelas.

José se rio entre dientes.

—Sospecho que no vas a darte por vencido —Inocencio lo miró con un destello de picardía—. Tú ganas. Voy a aceptar tu ayuda, pero será bajo mis condiciones. Además, abandonarás si te lo ordeno. ¿Estás de acuerdo?

El chico desplegó una amplia sonrisa.

—¡Palabra de ladrón!

José entornó los ojos.

—Me alegra que lo tengas claro.

—¿Qué haremos ahora?

—Creo que nuestro primer paso será irnos a dormir. Estoy seguro de que nuestras ideas serán mejores después de un buen descanso.

—¡Aguafiestas!

El inspector soltó una carcajada, al mismo tiempo que se levantaba del sillón y abría la marcha en dirección a la escalera. El entusiasmo juvenil de Inocencio lo había animado frente a las dificultades que se le presentaban. Aquella aventura no hacía sino empezar.

# Capítulo 29

Al siguiente día, en cuanto el sol comenzó a asomarse, José salió de la posada en dirección al taller de don Armando. Las fachadas de arenisca reflejaban la luz del sol, y la ciudad olía a café y pan recién horneado. Cuando el inspector llegó a su destino, el calígrafo lo recibió con una sonrisa.

—¡Don José! Estaba a punto de mandarlo a llamar.

—¿Encontró algo interesante, don Armando?

El viejo calígrafo sonrió con satisfacción.

—Anoche trabajé hasta tarde en su encargo, y conseguí revisar todas las muestras de escritura que me proporcionó —Mientras buscaba el folio correcto en su mesa de trabajo, don Armando contrajo los músculos del rostro y su expresión se tornó seria—. Identifiqué a quién pertenece la letra que se escribió con esta plumilla, pero me temo que no son buenas noticias.

José frunció el ceño, azuzado por la intriga y la preocupación que se reflejaba en la expresión del experto. El perito desplegó uno de los folios y comenzó a señalar letras, mientras se explicaba:

—Si observa este documento en detalle, verá que estas líneas tienen una leve duplicación o sombreado en el lado izquierdo de cada trazo descendente, como en el caso de la y, o de la g... ¿Puede verlo? —El inspector siguió el dedo del calígrafo con la mirada. Don Armando continuó su explicación—. Es el tipo de marca que habría dejado el defecto de la plumilla que me mostró. Sin embargo... me temo que esta muestra no pertenece a ningún miembro del personal académico de la universidad.

—¿Teme?

—Creo que podría enfrentarse a problemas, don José.

Con el entrecejo fruncido, el policía leyó la firma en el documento que le estaba mostrando don Armando. Un escalofrío recorrió su columna vertebral.

—¿Está seguro de que este documento se escribió con la plumilla de ónice, don Armando? ¿No puede haber cometido algún error?

El calígrafo hizo un leve gesto de negación con la cabeza.

—Estoy seguro, inspector. Los trazos de este documento se corresponden a la perfección con los defectos de la plumilla. No tengo

ninguna duda sobre mi conclusión.

José soltó el aire con lentitud. Por lo visto, ya conocía la identidad del asesino de lord Edmund. Sin embargo, comprendió que no podría actuar por su cuenta. Necesitaría el apoyo del comisario, si no quería tener problemas. Decidió que su siguiente paso sería conseguir su respaldo. Tenía que ir a la comisaría y convencer a su superior, antes de hacer cualquier intento de actuar contra el dueño de aquella firma. Además, ardía en deseos de interrogar a Marcelino.

—Gracias, don Armando. Como siempre, su ayuda ha sido invaluable.

—Me alegra haber podido ser útil, inspector. Ya sabe dónde encontrarme cuando lo necesite.

José se despidió del calígrafo y salió del taller, con un torbellino de pensamientos en la cabeza. Tenía que reconocer que las piezas comenzaban a encajar. Aprovechó el trayecto para poner en orden sus ideas y trazar una estrategia. Ahora que tenía un sospechoso firme y considerando de quién se trataba, tendría que medir cada uno de sus pasos. Decidió interrogar a Marcelino, antes de informar al comisario de la situación. Era posible que el ladrón de caballos le proporcionara información interesante. El policía estaba seguro de que existía una relación entre el robo del bayo de lord Edmund y su asesinato. Sintió el peso del papel en blanco que llevaba en su bolsillo como si se tratara de una pesada piedra.

El inspector recorrió las calles de Salamanca, acompañado por los olores y sonidos de la ciudad que se desperezaba. Las ruedas de carros y carruajes se deslizaban sobre las piedras con un ruido sordo, que solo era roto por el golpeteo de los cascos y el ocasional relincho de algún caballo inconforme. Los tenderos y vendedores ambulantes ya ofrecían sus mercancías a los viandantes, mientras mujeres de todas las edades llenaban sus cestas con los mejores géneros, y regateaban los precios con los comerciantes.

El inspector alcanzó la comisaría y entró en el sólido edificio de piedra con paso decidido. La encontró en plena actividad, a pesar de que todavía era muy temprano. Los agentes conversaban entre ellos y discutían los acontecimientos de la noche anterior. Sus voces resonaban en los pasillos. Algunos salmantinos esperaban con paciencia que llegara su turno para que los atendieran, mientras el aroma del café recién hecho dominaba el ambiente. Las paredes de piedra proporcionaban escasa protección contra el frío, así que los policías se mantenían protegidos con sus abrigos.

José ordenó que llevaran a Marcelino a la sala de interrogatorios, porque quería hablar con él. Mientras esperaba, bebió una taza de café, saboreando cada sorbo. En cuanto la terminó, se encaminó a la pequeña habitación que se utilizaba en los

interrogatorios. Al cruzar la puerta, sintió el olor característico del miedo. Solo una lámpara de queroseno iluminaba la sala, haciendo más evidentes las sombras de los rincones. Expósito se detuvo un momento, permitiéndose sentir el frío del piso de granito bajo sus botas y el silencio cargado de expectación. El inspector centró su mirada en la silla destinada a los sospechosos y el corazón le dio un vuelco. Él mismo había ocupado ese asiento en sus días de ladrón. Tal vez por eso, los interrogatorios le resultaban tan desagradables. Sin embargo, no tenía otra alternativa que afrontarlos, pues eran parte de sus obligaciones.

La puerta se abrió de golpe y Tenedor entró como un río que se desborda. El tosco guardia arrastró a Marcelino hacia el centro de la sala. Un vendaje en la cabeza del bandolero cubría la herida que le había causado Macabeo. Aunque su rostro estaba hinchado, la deformación de las facciones no escondía su angustia. Por un momento, José sintió lástima, pero se recordó a sí mismo que ese sujeto había estado a punto de cortarle el cuello a Cipri, a sangre fría. Entonces, tuvo que apretar los puños y los dientes para contenerse. La violencia que Tenedor empleó para empujar a Marcelino hasta la silla, no dejó ninguna duda acerca de quién estaba al mando.

—¡Aquí tiene al criminal, inspector! —exclamó el agente, al mismo tiempo que lanzaba una mirada de desdén a Marcelino y comenzaba a arremangarse la camisa.

El inspector se forzó a sí mismo a apartar la imagen del bandolero amenazando a Cipri con un cuchillo. No podía permitir que sus sentimientos nublaran su juicio. Conservando la calma, José se acercó a Tenedor, antes de que pudiera descargar el primer golpe sobre Marcelino.

—Espera —le dijo al agente, al mismo tiempo que detenía su mano alzada—. La violencia no será necesaria.

Tenedor frunció el ceño, pero aun a regañadientes, obedeció.

—Usted da las órdenes, inspector.

José se plantó frente a Marcelino y clavó sus ojos en él. El detenido se removió en la silla y miró a su alrededor como un animal en una trampa, buscando una salida.

El inspector se cruzó de brazos. Tenedor se mantenía atento, listo para entrar en acción si su jefe cambiaba de opinión.

—Marcelino, supongo que eres consciente de que estás en graves problemas. Quiero que me cuentes todo acerca de los robos a los establos.

El herrero bajó la mirada y tragó saliva. Después de una corta pausa, habló con voz temblorosa.

—Usted no lo entiende… Lo hice… lo hice por mi hija… por Carmela. Ella es lo único que tengo en este mundo… Yo solo quería

proporcionarle una buena dote, para que consiguiera un buen partido y tuviera una vida mejor que la de su pobre madre. Solo soy un padre que quiere lo mejor para su hija.

José sacudió la cabeza.

—Que lo hicieras por tu hija no te justifica. Tenías un oficio digno y decidiste convertirte en un criminal.

El herrero levantó la mirada por un momento y volvió a bajarla de inmediato.

—¡No soy un criminal! —protestó con voz enérgica—. Solo me hice con algunos caballos. Pensé que si sus propietarios pueden mantenerlos, es porque tienen suficiente dinero para sustituirlos. Yo los necesitaba más. Me los llevé sin lastimar a nadie.

—No te los llevaste, Marcelino, los robaste. Y tus «necesidades» o tus anhelos de riqueza para tu hija, no justifican que te hayas convertido en un delincuente.

—Pero…

El policía lo interrumpió.

—El último establo que saqueaste estaba muy cerca del centro de la ciudad. Tenías muchas probabilidades de ser descubierto. Robarlo fue una temeridad. ¿Por qué lo escogiste?

Marcelino respondió en un murmullo.

—Allí había buenos caballos.

José negó con la cabeza. Tenedor se removía con impaciencia y mantenía la cara arrugada por el enfado. Por fin, el agente no pudo contenerse más y cogió a Marcelino por el cuello de la camisa, levantándolo de la silla en vilo.

—¡Ya basta, basura! Responde la pregunta del inspector con la verdad o la próxima visita de tu hija, la recibirás en el cementerio.

Marcelino palideció y sus ojos suplicantes buscaron los de José. Expósito frunció el ceño.

—Lo lamento, Marcelino, pero si no colaboras, no podré ayudarte. —Entonces, se encogió de hombros—. Ni siquiera estoy seguro de que valga la pena intentarlo.

En el rostro de Tenedor se dibujó una sonrisa cargada de sadismo, y el terror deformó las facciones del herrero.

—¡Está bien, está bien! Se lo diré, pero no me lastimen, por favor.

El inspector hizo un leve asentimiento en dirección al agente. Tenedor volvió a sentar al reo en la silla y lo soltó, pero se mantuvo atento y lo bastante cerca, para lanzar un guantazo a la menor provocación. El herrero ladrón llenó sus pulmones de aire y confesó:

—La noche del robo, recibí una nota en casa en la que me citaban a «El Cuervo Rojo». Según lo que decía, si asistía a la reunión, tendría la oportunidad de ganar una generosa recompensa.

Expósito frunció el ceño con desconfianza.

—¿Una nota? ¿Tú sabes leer, Marcelino?

El herrero titubeó.

—«Malamente», pero el párroco de mi barrio nos enseñó a algunos chavales que quisimos aprender.

—De acuerdo. Continúa.

—Fui a «El Cuervo Rojo», por supuesto. Un hombre acudió a la cita…

—¿Cómo era? —lo interrumpió el inspector—. Descríbelo.

—Era… era corpulento y tenía el rostro cubierto por marcas de viruela.

José se quedó pensativo por un instante. La descripción no correspondía con su principal sospechoso: el dueño original de la plumilla de lord Edmund. Sin embargo, la mención de las marcas de viruela tuvo una resonancia en su cabeza. ¿Dónde había visto a alguien así? Por otro lado, ¿se trataría de un cómplice o estaría equivocado por completo con respecto de la identidad del criminal? Un escalofrío recorrió su espalda. Ya sería bastante peligroso para su carrera llevar adelante la acusación, pero si además estaba en un error…

—Continúa.

—Este hombre me ofreció una suma considerable de dinero, si robaba los caballos de ese establo. Tenía que hacerlo esa misma noche. Estaba muy interesado en un animal en particular: un bayo.

José entornó los ojos sin que la información lo sorprendiera. Ya esperaba algo así.

—¿Aceptaste el trato sin hacer más preguntas?

—Era una suma considerable, así que no tuve dudas.

—¿Qué más acordaste con ese desconocido?

—Debía conservar al bayo durante el tiempo necesario. Él lo recogería en el campamento cuando lo considerara oportuno.

—¿En algún momento te preguntó dónde estaba el campamento? —Marcelino sacudió la cabeza—. Entonces, ya lo sabía. ¿Eso no te preocupó?

—Por supuesto. También me preocupé cuando comprendí que este sujeto sabía que yo era el líder de la banda de ladrones. Supongo que me siguió, y por eso conocía la ubicación del campamento. Sin embargo, si no me había delatado hasta ese momento, no había razón para que lo hiciera. Y la suma que me entregó por el robo del bayo descartó cualquier inquietud que pudiera sentir al respecto.

—Así que robaste el establo y escondiste el bayo con el resto de los animales —resumió José—. Continúa.

—Yo podía disponer de los demás caballos como quisiera.

—Y tú decidiste venderlos para las minas —dijo José con

amargura.

—Pagaban bien. Solo son animales.

—Sospecho que el único animal aquí eres tú. Alguien te utilizó como peón en un plan más elaborado, Marcelino —El herrero parpadeó como si hubiera recibido una bofetada—. No eres tan listo como crees. Un criminal, que conocía bien tus temores y debilidades, los aprovechó para manipularte en su beneficio. Y en tu avaricia, también arrastraste a tu hija.

—¡A ella déjenla en paz! No tiene nada que ver con esto.

—¿No fue ella quien preparó la valeriana para tranquilizar a los caballos y poder controlarlos mejor?

—Yo… Eh… Solo hizo lo que le pedí.

—Me temo que al cumplir tu encargo, se convirtió en tu cómplice, Marcelino.

Las lágrimas humedecieron los ojos del reo.

—No… ella no.

—¿Volviste a ver a ese sujeto? —preguntó José, con voz firme.

Marcelino negó con la cabeza.

—No —respondió en un murmullo—. Anoche no fue a recoger el caballo.

—Quizá estaba esperando que pasaran algunos días después del robo —meditó el inspector en voz alta.

—¿Dejarán en paz a mi hija? No me importa lo que me pase a mí, pero ella no hizo nada malo… Solo obedeció a su padre, como una buena cristiana —suplicó Marcelino, con un hilo de voz.

—Me temo que el juez no lo verá así, Marcelino. Tu hija sabía lo que estabas haciendo. La involucraste en los robos. Ahora, tendrá que responder por haber colaborado en tus delitos.

—Ella no...

—Ella tuvo una participación necesaria en el robo. Además, trató de protegerte, mintiéndoles a los investigadores que la interrogaron. Me temo que en lugar de proporcionarle un futuro mejor, tu avaricia le arruinó la vida.

Marcelino rompió en llanto, y no fue por el miedo a la cárcel o a los maltratos de Tenedor.

# Capítulo 30

José salió del cuarto de interrogatorios con los labios apretados. Las piezas del rompecabezas por fin comenzaban a encajar en su cabeza. Como había sospechado, el robo del caballo de lord Edmund no fue una coincidencia. Se cometió por encargo, y él estaba seguro de que había sido debido a una orden del asesino. Era evidente que el criminal debía estar interesado en el papel oculto en la herradura, pero ¿por qué? ¿Qué importancia podría tener un papel en blanco común y corriente?

Por otro lado, los trazos de la plumilla, que el inspector había encontrado en el bolsillo de la víctima, la relacionaban con su propietario original. Su principal sospechoso. ¿Estaría en lo cierto al deducir que la pluma señalaba al asesino? ¿Se la había regalado para ganarse su confianza? ¿Quería que le revelara los secretos de sus indagaciones acerca de «La casa Bracamonte»? ¿Sería su nuevo sospechoso la misma persona que lord Edmund quiso identificar con el grabado del anillo? ¿Su acosador? José no se sentía capaz de relacionar el símbolo del grabado con esa persona en particular, pero él no era experto en ese tema. Tenía la esperanza de que don Lorenzo y Encarna pudieran conseguirlo.

A su pesar, José reconocía que el sospechoso señalado por la plumilla encajaba cada vez mejor en el rompecabezas, que componía ese caso. Ahora también tenía claro cuál habría sido el motivo del crimen. El reciente interrogatorio le había confirmado el papel que jugó Marcelino para conseguir una de las piezas, que ese sujeto necesitaba en su búsqueda del tesoro. Aunque debía reconocer que la descripción del hombre que contrató al ladrón de caballos no encajaba con el sospechoso, lo cual apuntaba a un cómplice. No era descabellado, teniendo en cuenta de quién se trataba. Tendría lógica que se hubiera buscado ayuda para los trabajos más sucios. Sin embargo, aunque el inspector tenía muy claro lo que había ocurrido, carecía de pruebas sólidas suficientes, teniendo en cuenta a quién pretendía acusar. Así que la situación se le presentaba difícil. Aunque la plumilla relacionaba al sospechoso con su víctima, no demostraba su culpabilidad. Además, tendría que encontrar al hombre que había contratado a Marcelino en «El Cuervo Rojo». Identificarlo podría ser clave para resolver el caso. ¿Por qué le resultaba familiar la

descripción que el herrero hizo de él? Un recuerdo esquivo acudió a su mente, pero no fue capaz de precisarlo. José comprendió que iba a necesitar el respaldo del comisario, si quería alcanzar su objetivo.

Expósito avanzó a paso rápido por el angosto pasillo de paredes encaladas, hasta que llegó al despacho de don Carlos. Llamó a la pesada puerta de roble oscuro con los nudillos y esperó. Atento a lo que ocurría adentro, escuchó la silla del comisario, rechinando bajo su peso.

—Adelante —dijo la voz ronca de don Carlos.

El inspector cogió aire para prepararse y entró. Holguín estaba sentado detrás de su sólido escritorio, con expresión de enfado.

—¡Ah, José, eres tú! Me alegra verte. No sé si felicitarte por atrapar a los ladrones de caballos o reprenderte por desobedecer mis órdenes.

—Cualquiera que sea su decisión, tendrá que esperar, comisario —Don Carlos parpadeó con desconcierto, ante las palabras irreverentes de su subalterno. El joven policía se apresuró a explicarse —. Me temo que el tiempo apremia, señor. Estoy casi seguro de haber descubierto quién asesinó a lord Edmund.

Holguín se inclinó hacia adelante sobre su escritorio y sacudió la mano, para animar al inspector a que se explicara. José expuso sus conclusiones y cómo había llegado a ellas. El comisario escuchó con atención, sin decir una palabra. Cuando el inspector terminó su discurso, don Carlos se apoyó en el respaldo de la silla y se quedó pensativo durante algunos segundos.

—Se trata de una acusación grave a un ciudadano que ostenta mucho poder en la ciudad, José —le advirtió el comisario—. ¿Estás seguro de lo que me estás diciendo? Si molestamos a este ciudadano en falso, será la ruina para nuestras carreras.

—Soy consciente de ello, señor. Sin embargo, estoy seguro de que no me equivoco. Todo encaja. Con su venia, quisiera proceder ahora mismo al interrogatorio en comisaría y, si cae en contradicciones, su posible arresto. Debemos actuar de inmediato. Teniendo en cuenta los recursos del sospechoso, existe un alto riesgo de fuga.

Holguín se mordió los labios, reflexionando en silencio. José contuvo la respiración, mientras esperaba su decisión. Después de algunos segundos, una profunda arruga se formó en el entrecejo del comisario.

—De acuerdo. Confío en tu instinto, «Ardilla». Me has demostrado muchas veces que tienes olfato de sabueso. Adelante, y que Dios nos proteja.

Con una sonrisa, Expósito le dio las gracias al comisario por su confianza y salió del despacho, dispuesto a cumplir su tarea. El

corazón del policía latió acelerado, mientras recorría los pasillos en dirección a la sala donde los agentes disfrutaban de cortos descansos entre sus rondas. Lo alcanzó un olor inconfundible y familiar en cuanto cruzó el umbral. Era la mezcla entre metálica y química con matices terrosos del aceite para limpiar armas, bajo la cual pugnaba un leve aroma a café, mezclado con humo de tabaco. Algunos de los policías cotilleaban con una taza de peltre en la mano, mientras otros se ocupaban del mantenimiento de sus equipos.

—¡García, Martínez, venid conmigo!

—¡Sí, señor! —respondieron a coro.

Los dos agentes se pusieron de pie de inmediato y lo siguieron sin hacer preguntas. José les explicó la situación en el recorrido a través de los pasillos, en dirección a la salida. El sol de la mañana calentaba las calles empedradas de la ciudad, mientras los policías se abrían paso, sorteando a los transeúntes y a los carros que traqueteaban sobre los adoquines, tirados por caballos sudorosos. Los comerciantes pregonaban sus productos. Las calles, recién lavadas por la lluvia del día anterior, olían a hierba fresca y salvia, aunque de vez en cuando los alcanzaba el hedor de la orina vieja que provenía de los callejones más oscuros, y del estiércol de los caballos que recorrían las amplias avenidas.

Cuando por fin llegaron a la imponente casa de arenisca dorada, el inspector intercambió una mirada con los agentes, antes de llamar a la ornamentada puerta de roble. Tragó saliva. Había llegado la hora de la verdad. Pasaron algunos segundos, hasta que un mayordomo de gesto adusto abrió la puerta y miró al inspector de arriba abajo, sin disimular su desprecio.

—¿Usted otra vez? ¿Qué quiere ahora?

Expósito ignoró el tono despectivo y le informó a quién buscaba, sin entrar en detalles sobre sus motivos.

—Tenemos que hablar con su señor. Es urgente.

El mayordomo paseó la mirada por los tres policías, sin cambiar la expresión de su rostro.

—Eso no será posible. El señor no se encuentra en la ciudad.

José rechinó los dientes.

—¿Dónde está? Necesitamos hablar con él de inmediato.

El empleado enarcó las cejas.

—El señor salió de viaje esta mañana, temprano. No nos informó adónde iba ni cuándo planeaba regresar. No es asunto nuestro ni tampoco de ustedes.

José intercambió una mirada con los agentes. Habían llegado tarde. Cuando se disponía a responder al mayordomo, se encontró con la puerta cerrada frente a sus narices. Frustrado, el inspector contempló el portal, mientras la preocupación se apoderaba de su

ánimo. ¿Había llegado demasiado tarde? Tal vez el sospechoso ya se encontraba lejos de su alcance.

—¡Vigilen esta casa día y noche! —les ordenó a los agentes—. En cuanto regrese, debemos estar listos para recibirlo.

Los policías asintieron con firmeza.

—¡Sí, señor! —respondieron a coro.

El inspector regresó a la comisaría, inmerso en una mezcla de urgencia y decepción, mientras se preguntaba cuál debería ser su siguiente paso. Cuando había recorrido la mitad del camino, se detuvo en medio de la calle y recibió el insulto de un carretero, que tuvo que desviarse para no arrollarlo. Un pensamiento lo había asaltado: El asesino estaba obsesionado con el manuscrito y el tesoro de «La casa Bracamonte», hasta el extremo de haber cometido dos homicidios a sangre fría, además de involucrarse en el robo de caballos. Había cometido delitos por los que podía terminar en el garrote vil, a pesar de todo su poder. A José se le hizo difícil creer que hubiera abandonado su objetivo con tanta facilidad. En especial, porque no tenía idea de que la Policía le estaba pisando los talones… pero, entonces, ¿por qué se marchó? ¿Habría sido para atender un asunto personal como les había informado el mayordomo? Era poco probable. A José solo se le ocurrió una respuesta posible, y de inmediato comprendió dónde podría encontrar al fugitivo. Sin embargo, fue consciente de que iba a necesitar toda la ayuda posible, así que se encaminó a la posada, para ir en busca de Inocencio.

# Capítulo 31

José encontró a Inocencio en el comedor de la posada San Marcos, todavía ocupándose de su desayuno y desperezándose de las emociones y aventuras de la noche anterior.

—Don Pancho me dijo que Cipri salió al establo temprano —le comentó el chico, en cuanto vio que su amigo se asomaba al comedor —. Ese chaval es demasiado responsable. Tendré que hablar con él. Nos está dejando muy mal parados a los vagos de oficio como yo.

El inspector sonrió cuando recordó que habían recuperado a Macabeo y todo volvía a la normalidad. Se sentó frente a Inocencio, que lo contempló con una mirada pastosa.

—¿Sigues dispuesto a ayudarme en la investigación de la muerte de lord Edmund?

—¡Cuenta conmigo! ¿Qué tienes en mente? —preguntó Inocencio enderezándose, ya con el rostro despejado por completo.

Expósito le explicó los detalles del caso a su amigo.

—… por eso estoy seguro de que el asesino de lord Edmund continúa en la ciudad.

—Dedicado a la búsqueda del tesoro, por supuesto —precisó Inocencio. José hizo un leve gesto de asentimiento—. ¿Y cómo lo encontramos?

En los siguientes minutos, el policía expuso su plan. Inocencio lo escuchó con atención, antes de intervenir.

—¿Crees que don Lorenzo y Encarna conseguirán descifrar por completo la carta? La tarea no parece fácil.

—Supongo que ahora lo sabremos. Sin embargo, confío en ellos. Estoy seguro de que solo es cuestión de tiempo.

El entusiasmo se reflejó en los ojos del chaval, y olvidó la pereza de la que había hecho gala.

—Entonces, ¿qué estamos esperando?

José e Inocencio salieron de la posada en dirección a la universidad. Al cabo de diez minutos, ya cruzaban el umbral de la biblioteca. Estaba iluminada por los rayos de sol que atravesaban las ventanas, que alcanzaban las estanterías llenas de libros. Los envolvió el olor a cuero y papel viejo. Aunque todas las mesas estaban ocupadas por estudiantes, solo se escuchaban uno que otro murmullo y alguna tos inoportuna.

Ambos amigos se acercaron a la mesa donde trabajaban don Lorenzo y Encarna, cuya atención estaba centrada en los papeles y libros que reposaban sobre la superficie de madera. A pesar de que avanzaban con sigilo, los pasos de José e Inocencio rompieron el silencio dominante, y su eco resonó bajo el techo abovedado. Encarna fue la primera en notar su presencia. Apartó los ojos de los documentos y cruzó su mirada con la de José, quien sintió un cosquilleo en el estómago, ante la cálida sonrisa de bienvenida de la chica. Don Lorenzo siguió la mirada de su pupila y dibujó una sonrisa de picardía.

—¡Ah, la juventud! —comentó el bibliotecario— Don José, nos alegra que viniera. Estábamos a punto de enviar un mensajero a buscarlo.

—¿Encontraron algo, don Lorenzo? ¿Pudieron descifrar los secretos de la carta? —preguntó el inspector, esperanzado.

—Antes de hablar de la carta, por favor contadnos qué ocurrió en Peña de Francia —intervino Encarna—. Supimos que anoche hubo bastante revuelo en la ciudad, y que se recuperaron muchos caballos. ¿Macabeo estaba entre ellos? ¿Conseguisteis rescatarlo a tiempo?

Con una sonrisa de satisfacción, José les contó lo que había sucedido la noche anterior, interrumpido de vez en cuando por algunos detalles que introducía Inocencio, destinados a resaltar la heroicidad de su amigo, sin dejar de comprobar las reacciones de Encarna. Cuando terminaron el relato contado al alimón, Encarna y don Lorenzo intercambiaron miradas de sorpresa.

—¿Cipri está bien? —preguntó ella con preocupación.

José dejó escapar el aire y relajó su expresión.

—Sí, por fortuna, solo pasó un susto. Sin embargo, el chaval es fuerte y estoy seguro de que lo superará. En especial, porque recuperamos a Macabeo sano y salvo. Además, descubrimos que existe una relación entre el robo de ese establo y el asesinato de lord Edmund.

—¿De qué se trata? —preguntó Encarnación con curiosidad

El inspector les explicó cómo el asesino quiso apoderarse del caballo de lord Edmund, y les habló sobre el papel en blanco que habían encontrado en la herradura.

—Es extraño —reconoció don Lorenzo—. ¿Podríamos ver ese papel, don José?

Con un asentimiento, el inspector lo sacó de su bolsillo, para mostrárselo a sus colaboradores.

—Aunque parece absurdo, el asesino se tomó muchas molestias para conseguir este trozo de papel. Estoy seguro de que es muy importante.

Después de estudiarlo con detenimiento, don Lorenzo se lo

devolvió al policía.

—Debo reconocer que yo tampoco le encuentro ningún sentido.

—Sin embargo, con respecto de la carta de lord Edmund para su hija, ya tenemos algunas respuestas —intervino Encarna, con una sonrisa de satisfacción.

José prestó atención. La joven institutriz extendió una copia de la carta sobre la mesa, y señaló las marcas que había trazado sobre ella, para resaltar el mensaje oculto en el texto:

«Querida Evelyn,

Espero que esta carta te encuentre en buen estado de salud. He estado recordando los tiempos que pasamos juntos, contando tus monedas cerca del jardín. Tu madre y yo, todavía disfrutamos nuestras tazas de té matutinas en «La casa Bracamonte».

Cuenta las veces que conversamos a la sombra de los árboles y observamos los pájaros. Cuando contábamos las monedas, siempre te preguntaste por qué había trece diferentes.

Los números son cruciales, mi querida. Escucha el susurro del viento, siempre tenía una historia que contar. La duodécima luna se levantó ayer, y pensé en el tiempo en que eras una niña. Un juego de escondite me recordó nuestra antigua casa, y la puerta que nunca estuvo allí.

Tuyo,

Padre».

—¿Qué revela el acertijo? —preguntó Inocencio, con impaciencia—. ¿Da pistas acerca del tesoro?

Don Lorenzo intervino con una sonrisa comprensiva.

—Quizá… No tenemos ninguna duda de que se refiere a «La casa Bracamonte» y que señala las coordenadas de un mapa.

—¿Un mapa? —repitió José, frunciendo el entrecejo.

Reflexivo, don Lorenzo respondió con un asentimiento. Encarna tomó la palabra:

—Creemos que para que tenga sentido, hay que interpretarlo sobre un croquis de «La casa Bracamonte».

—Se lo mostraré —dijo don Lorenzo, cuyas manos temblaban por la emoción.

El anciano desdobló un croquis sobre la mesa. Correspondía a la distribución de «La casa Bracamonte». El dibujo era tan detallado, que mostraba los objetos que se encontraban en cada una de las habitaciones de la casa. El bibliotecario se aseguró de que tenía toda la atención de José e Inocencio.

—Lo escuchamos, don Lorenzo —le confirmó el inspector.

—Muy bien. ¿Recuerda las conclusiones a las que habíamos llegado, acerca de las letras del alfabeto señaladas en la carta?

—Lo recuerdo —dijo José, resaltando sus palabras con un gesto

de conformidad.

—¿Qué conclusiones? —preguntó Inocencio, tratando de ponerse al día.

El bibliotecario respondió con amabilidad.

—Habíamos dicho que si combinamos la pista de las monedas y la luna, tendríamos las letras «L y M», que podrían ser claves, para encontrar la entrada secreta a algún lugar en «La casa Bracamonte». ¿De acuerdo?

—Lo seguimos, don Lorenzo.

—Y todo eso, ¿de qué nos sirve? —lo apremió Inocencio.

El anciano bibliotecario sonrió, haciendo gala de su paciencia.

—Así que, nuestro siguiente problema sería descubrir cómo podemos utilizar estas coordenadas, para encontrar lo que sea que lord Edmund estaba buscando.

—¿Lo consiguieron? —preguntó el policía.

Encarna continuó la explicación.

—Hemos deducido que para encontrar esas pistas, teníamos que centrarnos en los objetos específicos que se encuentran dentro de cada habitación. Después, seguir el orden alfabético que habíamos descubierto. Observad: sin nos orientamos de norte a sur y de este a oeste, en la primera habitación encontraríamos un armario, en la segunda un baúl, en la tercera un candelabro, etc. Es demasiado preciso para tratarse de una coincidencia…

—¿Y qué pasa con la «L» y la «M»? —preguntó Inocencio impaciente.

Don Lorenzo retomó la palabra, al mismo tiempo que señalaba el croquis:

—Si se fijan ustedes, la letra L corresponde a una lámpara, que en este caso está sujeta a la pared.

—Si nuestra teoría es correcta, esa lámpara podría ser la clave para encontrar la entrada secreta —dijo Encarna, con los ojos brillantes por la emoción.

José clavó la mirada en el croquis, estudiándolo con detenimiento, al mismo tiempo que señalaba un punto en el boceto de la casa.

—Además, la lámpara se encuentra en la biblioteca —murmuró el policía—, el lugar exacto donde lord Edmund fue asesinado. No creo que se trate de una coincidencia.

—¿Y qué pasa con la M? —preguntó Inocencio—. ¿A qué objeto corresponde y qué significa?

—Es lo que Encarnación y yo estábamos tratando de descifrar, ahora mismo —reconoció don Lorenzo.

Todos se quedaron pensativos por algunos segundos, hasta que Encarna rompió el silencio:

—Tal vez se trate de una instrucción y no de un objeto —sugirió con voz firme.

—¿A qué te refieres, hija?

—La «M» podría significar «Mover» —argumentó la joven—. ¿Tal vez al mover la lámpara, se abre algún tipo de entrada?

—Eso tiene mucho sentido —reconoció don Lorenzo con una sonrisa—. La carta también habla de un juego de escondite y menciona una «puerta que nunca estuvo allí»… Una leyenda sobre «La casa Bracamonte» menciona una puerta que no existe, y algunas historias hablan de túneles secretos. Es posible que mover esa lámpara conduzca a la entrada de esos pasadizos, los mismos que lord Edmund dejó señalados en la moneda de oro.

—¿Y qué estamos esperando? —preguntó Inocencio, sin disimular su ansiedad por comenzar la aventura—. Vamos a la biblioteca y movamos esa lámpara, para ver qué pasa. ¡Hay un tesoro que nos está esperando!

José entornó los ojos y después de un corto silencio, expuso sus conclusiones.

—Sí, tienes razón, vale la pena intentarlo, pero debemos actuar con mucha precaución. Estoy seguro de que encontraremos al asesino de lord Edmund en esos túneles… No debemos olvidar que ya ha matado, para evitar que alguien llegue a ese tesoro, antes que él.

# Capítulo 32

A pesar de que había hablado con voz pausada, las palabras de José golpearon el ánimo de sus amigos como un mazo. Aun así, no amedrentaron a Inocencio.

—¿Crees que ese tío va a poder con todos nosotros? ¡Somos más listos que él! Todavía podemos tomarle la delantera si nos damos prisa.

El inspector sacudió la cabeza.

—Inocencio, recuerda que ese no es mi…

—¡Quiero ir con vosotros! —lo interrumpió Encarna, levantando la barbilla.

José contuvo la respiración por un momento y respondió con voz suave, pero firme.

—Te agradezco la oferta, Encarna, pero no puedo aceptarla. Es demasiado peligroso.

Una profunda arruga se formó en el entrecejo de la joven institutriz.

—No se trata de un capricho, José. Reconoce que mis conocimientos sobre simbología podrían ser valiosos —argumentó ella con firmeza, al mismo tiempo que desafiaba al policía con la mirada —. Es posible que encontréis acertijos o símbolos, que sea imprescindible descifrar para seguir adelante.

El inspector tragó saliva, y un nudo se le atoró en el pecho. La idea de exponer a Encarna a cualquier peligro lo aterrorizaba, pero sabía que ella tenía razón. Se esforzó en encontrar un argumento sólido para disuadirla de acompañarlos. Sin embargo, ninguna idea brillante surgió de sus intentos. Trató de imprimir autoridad a su voz.

—Es cierto que tu habilidad con los símbolos es impresionante, pero me preocupa lo que podríamos encontrar allí. No quisiera exponerte a ningún peligro. Si llegara a ocurrirte algo… no me lo perdonaría.

Encarna le sostuvo la mirada, antes de responder:

—No soy de las que se quedan atrás, José. Si puedo ayudarte a detener al asesino, quiero hacerlo. Sabes que si existen compartimentos o túneles secretos, necesitarás descifrar los símbolos que encuentres. ¡No me dejes de lado!

El inspector se pasó la mano por el cabello. Inocencio, con una

media sonrisa de picardía, carraspeó y desvió la mirada hacia las estanterías.

—De acuerdo —aceptó José a regañadientes—, pero prométeme que seguirás mis instrucciones, y si considero prudente que regreses, lo harás sin discusión.

Encarna desplegó una sonrisa de satisfacción.

—Tienes mi palabra.

Expósito cogió el croquis, después de doblarlo con mucho cuidado. Mientras se preparaban para partir, don Lorenzo los miró con preocupación.

—Don José, ustedes van a emprender una tarea muy peligrosa. No solo se enfrentarán a un asesino, sino que si esos túneles existen, todavía no sabemos lo que pueden encontrar en ellos. Es muy probable que los constructores hayan protegido el manuscrito con trampas, elaboradas con sistemas de poleas y palancas, así que a pesar del paso del tiempo, podrían continuar activas. Por favor, sean prudentes.

—No se preocupe, don Lorenzo, tendremos cuidado —respondió José.

Encarna se inclinó hacia su maestro y tocó su mejilla con los labios.

—Estaremos bien, don Lorenzo. Gracias.

El anciano sonrió y les deseó buena suerte, mientras ellos recogían el croquis y los papeles con la información que habían recopilado, y salían de la biblioteca. Antes de comenzar su aventura, se acercaron a la comisaría.

—Será mejor que no perdamos el tiempo —les dijo el inspector a sus compañeros—. Si nos vamos a internar en los secretos que protege la casa, necesitaremos el permiso del comisario. En ausencia de los dueños, es el más indicado para autorizar la exploración.

Una vez en el despacho de Holguín, José sostuvo una conversación con don Carlos. Argumentó sobre la necesidad de internarse en los sótanos de la antigua mansión, así como de revisar sus túneles, si en realidad existían. Evitó mencionar a sus compañeros. El comisario lo escuchó con atención y después de una corta pausa, respondió:

—Reconozco que es importante resolver este asunto cuanto antes, José. Es nuestro deber detener a ese asesino. En vista de que los propietarios no se encuentran en Salamanca, te extenderé un documento que te autorice frente al mayordomo de la finca, para que te permita llevar a cabo las indagaciones necesarias.

—Gracias, señor.

—No es necesario que te recuerde que la casa no debe sufrir ningún daño.

—Por supuesto, comisario.

—¿A quién llevarás contigo? —preguntó don Carlos, mientras escribía la autorización.

Expósito tragó saliva.

—Yo… me acompañarán dos expertos, señor.

Holguín frunció el ceño.

—¿Expertos? ¿Expertos en qué?

—Eh… un explorador y un perito en simbología.

El comisario parpadeó.

—¿De dónde sacaste semejantes especialistas? —El inspector abrió la boca para responder, pero don Carlos lo interrumpió, levantando la mano—. Mejor no me lo digas. Prefiero no saberlo.

—Sí, señor.

—Espero que tengas claro que todo lo que ocurra en «La casa Bracamonte» será tu responsabilidad.

—Sí, señor.

—De acuerdo. Confío en ti, Expósito. No me defraudes.

—No lo haré, señor.

El comisario firmó el documento, lo marcó con el sello de la Policía y se lo entregó al inspector. Sin más demoras, José salió de la comisaría para reunirse con sus compañeros. No sabían lo que podrían encontrar, así que decidieron ir preparados. Cogieron lámparas, cantimploras, cuerdas y municiones para el revólver del policía. Una vez que se aseguraron de tener lo necesario, se encaminaron a la mansión Bracamonte.

Aunque la antigua estructura les resultaba familiar, seguía sorprendiéndolos por su arquitectura. Sobre el dintel de la entrada principal resaltaba el escudo de los Bracamonte, la familia que había ordenado su construcción, ya hacía varios siglos y cuyo linaje, se había perdido en el tiempo. El sol matutino creaba reflejos dorados sobre la piedra caliza de la fachada.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Inocencio con impaciencia—. Nos espera un tesoro.

José miró a su amigo de reojo.

—Ese no...

—Sí, ya lo sé —lo interrumpió el joven exladrón con hastío—. Ese no es tu objetivo. Solo te interesa atrapar al asesino de lord Edmund. Sin embargo, no estaría mal que nos volviéramos ricos por el camino.

Impulsados por el deseo de resolver los misterios que les esperaban, José, Inocencio y Encarna se aproximaron a «La casa Bracamonte», preparados para enfrentarse a lo desconocido.

Aunque el mayordomo los recibió con desconfianza y leyó varias veces la carta del comisario, como si buscara en ella alguna

excusa para negarse a colaborar, al final les permitió entrar.

—Pasen, pero tengan cuidado. Espero que no tengamos que lamentar ningún desperfecto después de su visita.

—¿Por quién nos toma? —preguntó Inocencio, con tono ofendido.

—Seremos cuidadosos —prometió el inspector.

Con los dientes apretados, el empleado les dio la espalda y se marchó a sus aposentos, dejándoles en libertad para que exploraran la casa. José condujo a sus compañeros a la biblioteca. Entraron y sus pasos rompieron el silencio de la habitación vacía. Debido a la escasa ventilación, predominaba el olor a humedad, solo matizado por el aceite de teca que usaban para pulir la madera.

El inspector desplegó el croquis sobre el escritorio. No fue difícil localizar la lámpara que señalaba el acertijo. El ambiente se tornó tan pesado, que José tuvo la impresión de que se solidificaba en sus pulmones. Los rostros de sus amigos le permitieron comprender que ellos también se sentían abrumados por la situación.

—Esta debe ser la lámpara que señala la carta —murmuró Encarna, al mismo tiempo que se acercaba a ella—. Se supone que debemos moverla, aunque parece muy bien sujeta a la pared.

José se acercó a la mencionada lámpara. Después de observar su estructura, la tanteó, en busca de algún mecanismo oculto o detalle que pudiera revelar cómo moverla. Sus dedos expertos recorrieron la superficie fría del metal, hasta que sintió una leve protuberancia en uno de los ornamentos.

—Creo que encontré algo —murmuró el policía, levantando la mirada hacia sus compañeros—. ¡Estad preparados!

Con un gesto decidido movió la protuberancia que había descubierto. De inmediato escucharon un clic revelador en la estantería más cercana. Los tres intercambiaron miradas nerviosas.

—¿Lo encontramos? —preguntó Inocencio, con la voz cargada de emoción.

—Eso parece —le confirmó José—. Por lo visto, acabamos de activar algún tipo de mecanismo.

Encarna dio un paso en dirección al sonido, pero el inspector la detuvo con una sacudida de la cabeza. Entonces, él se le adelantó y comenzó a revisar la estantería. Un par de segundos después, José solicitó la ayuda de Inocencio con un gesto. Ambos unieron sus fuerzas para empujar el anaquel, hasta que este comenzó a ceder. Los dos amigos intercambiaron una mirada y empujaron con más fuerza. Consiguieron desplazar la pesada estructura con dificultad. Su esfuerzo fue recompensado con la aparición de una escalera de piedra que descendía hacia la oscuridad.

La sorpresa los dejó sin aliento, y el silencio volvió a apoderarse

de la biblioteca.

# Capítulo 33

José y sus compañeros se miraron entre sí, sorprendidos. Si bien habían hecho todo lo posible por encontrar la entrada a los túneles, comprobar su existencia era desconcertante. Entrar en aquel oscuro pasadizo sería retroceder al pasado cuatro siglos.

—¡Increíble! —murmuró Inocencio con los ojos brillantes por la emoción.

Encarna se cubrió los labios con la mano, incapaz de articular palabra, mientras José contemplaba las escaleras que conducían a las profundidades, con una mezcla de miedo y curiosidad. El policía cogió aire, antes de hablar.

—Si vamos a aventurarnos allí, necesitaremos iluminar el camino.

Encarna pareció despertar y después de un parpadeo, encendió las lámparas de aceite que habían llevado con ellos y las repartió, quedándose con una.

—¿Estáis preparados? —preguntó el inspector, con el rostro iluminado por la lámpara que sostenía en alto.

—¿Crees que encontraremos al asesino allí adentro? —susurró Encarnación.

José se quedó pensativo por un instante.

—Es muy probable. De hecho, es lo que espero, para poder arrestarlo… —respondió el policía con voz firme. Entonces, suavizó su tono—. Sin embargo, ese es mi deber. Vosotros no estáis obligados a entrar ahí. Si decidís regresar a casa, lo comprenderé.

—Ni lo sueñes —intervino Inocencio—. No te librarás de mí con tanta facilidad.

—Yo también seguiré adelante, José. Necesitarás mi ayuda si encuentras algún símbolo o enigma allí adentro.

—Gracias —murmuró el inspector y con la lámpara en alto, entró en los túneles. Sus amigos lo siguieron.

Las luces titilantes revelaron paredes de piedra húmeda, mientras descendían por la escalera que se perdía en las profundidades. En la medida en que avanzaban por los escalones tallados en la roca, el aire se volvió cada vez más viscoso y estancado, como si el oxígeno mismo se resistiera a entrar en ese mundo olvidado.

—Debemos ser precavidos —advirtió José en un susurro—. No sabemos qué peligros pueden acechar aquí abajo, y el asesino de lord Edmund puede estar cerca. Tened cuidado dónde pisáis y moveros con sigilo.

Inocencio y Encarna asintieron en silencio. Continuaron descendiendo por la escalera. Las paredes estaban oscurecidas por el tiempo y la humedad. El espacio era muy estrecho y los obligaba a ir uno detrás del otro. La escasa luz de sus lámparas reflejaba sombras en las paredes. Sentían el olor a moho y encierro como si hubieran entrado en una tumba cerrada durante siglos. Sus pasos retumbaban en el silencio y la capa viscosa que cubría las paredes era difícil de identificar. A medida que descendían perdían determinación y avanzaban más despacio. Cuando por fin alcanzaron el último escalón, José, Encarna e Inocencio se encontraron en un túnel oscuro que continuaba descendiendo. El aire húmedo y estancado se adhirió a sus ropas y a su piel.

—Al menos, tiene una sola dirección —murmuró Inocencio—. No nos perderemos.

—Sí, es un punto a favor —respondió José, no muy convencido.

Apenas habían avanzado algunos metros por el estrecho túnel, cuando Encarna se detuvo en seco.

—¿Escucháis eso?

Sus compañeros la imitaron y frenaron su avance. Los tres prestaron atención y alcanzaron a oír el eco de unos pasos. Una voz ronca resonó en el silencio, helándoles la sangre. Cuando la reconoció, José sintió que un escalofrío le recorría la espalda. La había escuchado durante sus investigaciones.

—Es él —susurró Expósito, con todos los músculos en tensión —. Es el asesino de lord Edmund. No podemos permitir que nos descubra.

—¡Tenemos que salir de aquí! —dijo Inocencio en voz baja, pero apremiante—. Este túnel es una ratonera.

No había tiempo para discutir. Corrieron hacia la escalera, con la intención de regresar a la seguridad de la biblioteca. La voz del asesino los detuvo.

—¡Vaya! No esperaba visitas. ¿Por qué se marchan tan pronto? ¡No den un paso más!

Se detuvieron al escuchar el clic propio de un revólver. En cuanto se volvieron para identificar la amenaza, vieron una figura alta y corpulenta que había emergido de la oscuridad. No alcanzaron a identificar su rostro.

—¡No se muevan! Debo reconocer que no esperaba que alguien fuera capaz de seguirme hasta aquí. Tengo que reconocer que me sorprende. Sin embargo, me temo que este será el final para ustedes.

El asesino alcanzó una palanca y la accionó. De repente, una tabla cayó a cada lado del túnel, encerrando a José y sus compañeros. De inmediato comenzó a salir arena desde pequeños orificios que se encontraban en las paredes y el techo. Los tres amigos se miraron entre sí, con el terror pintado en sus rostros. Estaban atrapados.

Inocencio comenzó a palpar las paredes con desesperación, tratando de encontrar alguna salida.

—¿Qué vamos a hacer?

José se quedó pensativo, antes de responder. Aunque trató de mantener el aplomo, sus palabras estaban cargadas de ansiedad.

—Tenemos que encontrar la manera de detener la arena, antes de que nos sepulte.

—Esperad... ¡Mirad eso! —dijo Encarna, al mismo tiempo que señalaba la pared, en la que algunas de las piedras estaban talladas.

—¡Que nos entierran vivos, joder! —gritó Inocencio, aterrorizado—. No es un buen momento para estudiar la decoración.

Encarna cogió aire, y tragó saliva antes de hablar. La arena ya les llegaba a los tobillos.

—No se trata de decoración, Inocencio. Son símbolos. Y debe haber un motivo para que estén ahí.

—Encarna tiene razón —dijo José—. Podrían ser nuestra única esperanza de salir de aquí con vida. Inténtalo. Sé que puedes descifrarlos.

La joven hizo lo posible por tranquilizarse. Se frotó la cara y respiró profundo.

—Puedo hacerlo... Una serpiente enroscada, una luna creciente en círculo y un hexágono con una estrella en el centro…

La arena continuaba subiendo, y les llegaba a las pantorrillas. Pasaron algunos segundos angustiosos. Inocencio se movía sin cesar, incapaz de mantenerse quieto. José permanecía inmóvil, con la lámpara en alto, para iluminar los detalles de los símbolos que Encarna tendría que descifrar, si querían tener una oportunidad de salvar la vida. Con cada segundo que pasaba, sus probabilidades de escapar se reducían.

—¡Haz algo, por favor! —suplicó Inocencio con voz temblorosa.

La arena les cubría las rodillas. Encarna parecía sumida en un trance, con la mirada clavada en los símbolos y ajena a todo lo que le rodeaba. Su concentración era tan intensa, que permaneció impasible

ante el pánico que se estaba apoderando de Inocencio.

—La serpiente. La serpiente enroscada simboliza el ciclo eterno de la vida, la renovación, y el potencial oculto... ¿Cuál puede ser su mensaje?

José se quedó en silencio, con la mirada fija en la mujer que amaba. ¿Cómo había podido ser tan torpe? ¿Por qué arrastró a Inocencio y a Encarna a una aventura tan peligrosa? Inocencio miraba de un lado al otro, como si esperara que una puerta se abriera, y alguien le anunciara que todo había sido una broma pesada.

—Confiamos en ti, Encarna —murmuró José.

La arena ya había enterrado su cintura, cuando la joven institutriz soltó un grito.

—¡Creo que lo tengo! La serpiente tiene la cabeza apuntando hacia arriba y la cola hacia abajo.

—Estamos perdiendo tiempo, ¡haz algo! —gritó Inocencio, al borde de la histeria.

—¡Cálmate, Inocencio! —lo reprendió José—. Encarna está haciendo lo que puede. No la distraigas.

—Voy a intentarlo —respondió ella, ajena a la discusión.

Con cuidado, empujó hacia abajo la piedra donde estaba tallada la serpiente enroscada. Un ruido metálico retumbó por el túnel. Sin embargo, la arena continuó saliendo por los orificios de las paredes, al mismo ritmo.

—¿Escuchasteis? —preguntó José—. Algo ha pasado.

La arena casi le llegaba al pecho. Pronto les impediría respirar.

—Creo que vamos por buen camino —comentó Encarna, al mismo tiempo que centraba su atención en el siguiente símbolo—. Sospecho que ese sonido metálico significa que hemos desbloqueado parte del mecanismo.

—¿Qué debemos hacer con la luna? —preguntó José, incapaz de contenerse, ahora que sentía renacer una pequeña esperanza.

Con una sacudida de la cabeza, Encarna intentó mover la piedra, pero esta no cedió ni un milímetro, hacia ningún lado.

—¡Por favor...! —suplicó Inocencio con voz quejumbrosa—. Soy muy joven para morir.

—Esperad... —dijo Encarna, mientras acariciaba con sus dedos las protuberancias talladas en la roca—. Este símbolo representa un ciclo lunar completo. Estas marcas... son las fases lunares. Creo... creo que el orden es importante.

—Haz lo que consideres necesario —dijo José, con un asentimiento.

Los dedos de Encarna temblaron, cuando tocó cada marca con cuidado y en orden. Al llegar a la última fase, se detuvo y respiró hondo.

—Sí, creo que lo importante es el orden.

—Hazlo ya, por favor —la apremió Inocencio.

Encarna presionó cada fase lunar en la secuencia correspondiente y cuando llegó a la última luna, un nuevo sonido metálico resonó por el túnel. José miró en dirección a las paredes, como si tratara de identificar el origen del clic esperanzador. Solo vio los orificios por los que la arena continuaba cayendo.

—Sigue saliendo arena —se quejó Inocencio.

—Saldremos de aquí. Vamos por buen camino —lo animó José, pasando un brazo por los hombros del chaval—. Esos sonidos significan algo. Continúa, Encarna. Lo estás haciendo muy bien. Estoy seguro de que conseguirás salvarnos a todos.

Las comisuras de los labios de la joven, apenas se levantaron en un esbozo de sonrisa. Su rostro todavía conservaba la palidez del terror. José fue consciente del peso de responsabilidad que habían colocado sobre sus frágiles hombros. En ese momento de máxima tensión, la admiración dio paso a un sentimiento más profundo, y supo que la amaba. ¿Vivirían lo suficiente para tener la oportunidad de decírselo?

Ajena a los sentimientos y pensamientos de su amigo, Encarnación continuaba estudiando el último símbolo: el hexágono que contenía una estrella. La arena seguía subiendo, y ya comenzaba a dificultarles la respiración. El tiempo se les acababa. José se mordió los labios para no apremiarla. Sin perder la concentración y sin apartar la mirada de la piedra tallada, por fin Encarna entornó los ojos y habló en murmullos.

—El hexágono es un símbolo de rotación y equilibrio. En este caso, creo que debemos girar la piedra.

Con mucha precaución, Encarna giró la pesada piedra en el sentido de las agujas del reloj. No resultó fácil, pues los años habían atorado el mecanismo. José tuvo que ayudarla, para que pudiera conseguirlo. Sumaron esfuerzos durante algunos segundos angustiosos, hasta que aquello que trababa el mecanismo cedió, y la piedra completó el giro con facilidad. Entonces, la arena se detuvo y las tablas que bloqueaban el camino, comenzaron a deslizarse hacia arriba, dejando escapar la arena, que volvió al nivel de sus tobillos. Los inundó el alivio, mientras se terminaban de liberar de la trampa.

—Lo... lo conseguimos —jadeó Encarna, exhausta, pero triunfante.

José negó con la cabeza.

—No, Encarna. Tú lo conseguiste. Nos salvaste a todos. Sin tu inteligencia y conocimientos, no habríamos podido superar esta trampa.

—¡Sí! ¡Eres nuestra heroína! —exclamó Inocencio, abrazándola

con entusiasmo.

—No tenemos tiempo de celebrar —intervino José, centrando su atención en el oscuro pasadizo que tenían por delante—. El asesino continúa cerca y el peligro no ha pasado. Si queréis regresar, este es un buen momento.

—¿Hablas en serio? ¡Nos perderíamos la diversión y la oportunidad de encontrar el tesoro! —dijo Inocencio, con el ánimo renovado—. ¡Jamás!

—No te dejaremos solo, José —le confirmó Encarna—. Te acompañaremos hasta el final.

Con una mezcla de alivio y preocupación, el inspector esbozó una sonrisa. Después de avivar la llama de su lámpara de aceite, encabezó la marcha, y se internaron todavía más en las misteriosas entrañas de «La casa Bracamonte».

# Capítulo 34

José y sus compañeros avanzaron con cuidado a lo largo del túnel, prestando atención a cualquier marca que encontraran en las paredes y cuidando dónde pisaban. Iban en silencio, previendo que el asesino de lord Edmund pudiera estar cerca, aunque el inspector esperaba que creyera que se había librado de ellos. Cuando llegaron al final del recorrido, el pasadizo se dividió en dos. Se detuvieron, indecisos sobre cuál camino seguir. Inocencio puso sus dudas en palabras.

—¿Cuál es el correcto?

—Revisemos las paredes —sugirió Encarna—. Es posible que los símbolos nos proporcionen una guía.

—De acuerdo —la apoyó José.

—Mirad el de la derecha. Allí hay uno de esos símbolos —les anunció Inocencio y entró sin esperar respuesta.

—¡Espera! —le advirtió el inspector—. No sabemos si es seguro.

Demasiado tarde. El chico ya había pisado una piedra mal colocada en el suelo del túnel. El sonido de un mecanismo oculto resonó en el aire, erizándoles la piel.

—¿Qué… qué pasó? —preguntó el chico, palideciendo—. Yo no… juro que no he tocado nada.

—¡Debe ser otra trampa! ¡Sal de ahí!

El joven quiso reunirse con sus amigos, pero en cuanto su pie se apartó de la piedra, el mecanismo se activó. El suelo se abrió bajo sus pies y cayó en un agujero.

—¡Inocencio! —lo llamó Expósito con desesperación.

—¡Dios mío! —exclamó Encarna, llevándose una mano a la boca, al mismo tiempo que José extendía el brazo para intentar alcanzarlo.

Demasiado tarde. La trampa ya se había cerrado sobre la cabeza del imprudente joven. Encarna soltó un grito ahogado, paralizada por el horror, mientras José maldecía por lo bajo y apretaba los dientes. El inspector se pasó ambas manos por la cara con desesperación.

—Tenemos que encontrarlo. ¡No podemos dejarlo atrás!

Encarna cerró los ojos, colocó los pulgares bajo la barbilla, y juntó las palmas de sus manos frente a los labios, para tratar de calmarse a sí misma. Aunque con un ligero temblor, su voz pausada

transmitió seguridad.

—Conservemos la calma. Del mismo modo que en la trampa de arena, es posible que exista algún símbolo que nos permita rescatar a Inocencio. Solo tenemos que encontrarlo.

José lo pensó por un momento y asintió.

—Tienes razón, es lo que debemos hacer.

Comenzaron a revisar las paredes del túnel, en busca de cualquier marca que pudiera ser la llave que abriera la trampa, donde había caído el chaval. El tiempo pasaba con lentitud. La preocupación y la culpa se iban apoderando del ánimo del inspector. ¿Y si llegaban tarde? ¿Y si Inocencio ya estaba muerto? A José se le escapó un gemido.

—Vamos a encontrarlo. No pierdas la fe.

Agobiado, el inspector se mordió los labios y guardó silencio. Entonces, sus ojos se clavaron en una marca tallada en la roca.

—¡Encarna, mira!

—Espera, déjame verlo —le advirtió Encarna, acercándose para examinarlo.

El inspector sacudió la cabeza.

—Quizá esta sea nuestra única esperanza de rescatar a Inocencio. No tenemos otra opción. ¿Sabes lo que significa o cómo hacer que funcione?

—Un momento, antes debo estudiarlo —murmuró ella, ignorando la impaciencia de su amigo —. Veamos… un Ouroboros rodeando un dragón, con una flor de lis sobre ella… ¿Qué nos quiere señalar?

Encarna centró toda su atención en el símbolo como si nada más existiera a su alrededor. José cambiaba el peso de un pie al otro, incapaz de permanecer quieto. Temía que Inocencio estuviera herido o muerto. Todo por su culpa. Por haberlo involucrado en una tarea de la que él era el único responsable.

—¡Ya no podemos esperar!

José empujó el dragón del símbolo que sobresalía, sin que Encarna pudiera evitarlo.

—¡No!

Un clic anunció que se había activado un mecanismo. Ignorando el grito de Encarna, Expósito centró su atención en el lugar

donde había desaparecido Inocencio, con la esperanza de que el suelo volviera a abrirse, esta vez para liberarlo. Sin embargo, su espera fue en vano.

—¿Por qué lo hiciste? ¡Es otra trampa! Este símbolo advierte de un peligro que protege algo valioso.

El inspector contuvo el aire por un momento. Cuando comprendió el alcance de su imprudencia, cogió la mano de ella.

—¡Vámonos de aquí!

Apenas habían dado un par de pasos con la intención de salir de ese ramal del túnel, cuando la serpiente del Ouroboros se deslizó hacia afuera de la pared, y todo el pasadizo quedó inundado por un olor afrutado, similar al aroma de las naranjas maduras.

—¡No debemos respirar esto! —advirtió Encarna—, al mismo tiempo que trataba de cubrirse la nariz y la boca con el pañuelo que llevaba al cuello.

El policía trató de seguir el consejo de la joven. Aun así, pocos segundos después, la lámpara le resultó demasiado pesada y tuvo que dejarla atrás. Haciendo acopio de unas fuerzas, cada vez más exiguas, trató de conducir a Encarna hacia la salida, pero antes de llegar al extremo del corredor, sintió que la cabeza le daba vueltas y le flaqueaban las piernas. Seguía preocupado por Inocencio, además de que su imprudencia los había puesto en peligro a Encarna y a él mismo. Tenía que resistir y ponerla a salvo, pero le resultaba más difícil en la medida en que el gas iba haciendo efecto. Apretó los dientes y tiró de la mano de su amiga.

—¡Vámonos de aquí!

Encarna quiso seguirlo, pero no pudo.

—José...

El inspector insistió.

—No te des por vencida, por favor. Te prometo que te sacaré de aquí.

A pesar de sus esfuerzos, el gas los dominó y ambos cayeron al suelo. Antes de perder la conciencia por completo, José vislumbró una luz tenue en la entrada del túnel. Iluminaba la punta de unas botas, que aguardaban con paciencia a que el gas cumpliera su objetivo.

# Capítulo 35

Cuando abrió los ojos, José se sintió confundido. No sabía dónde estaba ni cuánto tiempo había transcurrido desde que lo había vencido el gas somnífero. Le dolía la cabeza. Recordó las botas que había visto, justo antes de perder la conciencia. ¿El asesino? ¿Quién más? Eso significaba que estaban en sus manos, pero ¿dónde? La completa oscuridad que lo rodeaba no le proporcionó ninguna respuesta. En la medida en que se adaptó a la escasa iluminación, confirmó que se encontraba en una celda. Una lámpara sujeta a la pared proveía la única luz, que apenas iluminaba unos centímetros a su alrededor. Cuando el inspector quiso levantarse, notó que sus muñecas sostenían un peso. Solo entonces fue consciente de las cadenas que lo mantenían sujeto a la pared de piedra.

A pocos metros de él, Encarna soltó un leve gemido y José escuchó el tintineo de los eslabones que también la aprisionaban.

—¿Estás ahí, José? ¿Qué pasó?

—Estoy aquí, Encarna. ¿Tú estás bien?

—Sí… Me duele la cabeza y estoy un poco aturdida, pero debe ser por el gas. Supongo que se me pasará. ¿Dónde estamos?

—No estoy seguro, pero por las cadenas, creo que en una mazmorra de los pasadizos.

—¿Quién… quién nos ha traído aquí y por qué?

—Me temo que la respuesta más lógica es que nos encerró el asesino de lord Edmund. No sé por qué nos ha dejado con vida. Debe querer algo de nosotros.

—Entonces…

—Tenemos que escapar de este lugar, antes de que regrese. Como yo sospechaba, el responsable de la muerte de lord Edmund nunca abandonó Salamanca. En cambio, se internó en estos pasadizos, para dedicarse a buscar el manuscrito que conduce al tesoro oculto. Nos estamos enfrentando a un asesino sin escrúpulos con una obsesión.

Apenas pronunció esas palabras, un gemido escapó de la garganta de Encarna, al mismo tiempo que un escalofrío recorría la espalda del inspector. Fue entonces cuando escucharon la voz sarcástica de Inocencio, que provenía de una esquina oscura de la celda:

—Vaya, ¿así era como pensabas rescatarme, José? Creo que equivocaste un poco tu estrategia, amigo. Con semejante ayuda…

Expósito dejó escapar un suspiro de alivio cuando comprobó que Inocencio seguía con vida y que lo había encontrado, aunque fuera en circunstancias tan difíciles. El policía dibujó una sonrisa de satisfacción, ante el familiar tono burlón de su compañero, porque le demostró que estaba bien.

—Reconozco que mis planes de rescate no salieron como esperaba, Inocencio —admitió José—, pero te encontramos, ¿no es así? Ahora solo tenemos que conseguir salir de aquí.

—¿Cómo? —preguntó Encarna con desaliento— Estamos encadenados a las paredes, y esta celda parece muy segura.

—Confío en que lo conseguiremos —respondió José con decisión.

—Pues, será mejor que nos demos prisa —les advirtió Inocencio —. El sujeto del traje elegante y su amigo, un tío más feo que un lunes por la mañana, fueron quienes nos trajeron hasta aquí, y no creo que tengan buenas intenciones. Por cierto, José, ese individuo se llevó el papel que encontraste en la herradura, y también tu revólver. Además, sospecho que el único motivo por el que nos permite seguir vivos es porque no está seguro de poder descifrar el significado de esa cuartilla, por sí solo.

—¿Te dijeron qué es lo que quieren de nosotros? —preguntó el inspector.

—Todo esto es por el antiguo manuscrito que señala la ubicación del tesoro —respondió Inocencio—. El tío del traje está obsesionado con encontrarlo, y por lo visto cree que tenemos información que le podría resultar útil. El otro solo sigue órdenes.

Expósito rechinó los dientes. Hizo lo posible por ignorar el dolor de cabeza que le había dejado el gas somnífero como recuerdo. Necesitaba concentrarse, para encontrar una forma de liberar a sus amigos y a sí mismo. Era su responsabilidad. Él los involucró en esa aventura y él tenía que sacarlos sin un rasguño. Si les llegaba a ocurrir alguna desgracia, no podría soportarlo. Trató de tranquilizarse. Si algo le había enseñado su pasado era que incluso en las situaciones más difíciles, siempre había una salida, si uno se mantenía firme y decidido a buscarla.

La luz que provenía de la lámpara de queroseno apenas les proporcionaba iluminación. El aire estaba viciado por siglos de encierro. Impregnado con el olor del moho mezclado con la tierra, resultaba casi imposible de respirar. El frío de las cadenas aprisionaba sus muñecas, recordándole las dificultades que afrontarían para recuperar su libertad.

—José, ¿crees que podremos salir de aquí? —preguntó Encarna.

—Confía en mí. Vamos a conseguirlo.

El inspector se acercó a la luz de la lámpara todo lo que le permitieron las cadenas, para poder examinar con cuidado las cerraduras que inmovilizaban sus manos. Por desgracia, los mecanismos que los aprisionaban no eran antiguos y simples. Los hombres que los retenían habían usado grilletes de alta seguridad, diseñados con cerraduras de disco rotatorio: una nueva tecnología, reconocida por su alta resistencia a la manipulación. Recordó sus lecciones de escapismo en el circo y los consejos de su viejo maestro en el arte, quien le había enseñado la importancia de observar los detalles más pequeños.

El inspector estudió su intrincado diseño y temió no poder superar el desafío. Sin embargo, no tenía alternativa. La vida de sus amigos y la suya propia dependían de que fuera capaz de romper la seguridad de los novedosos cerrojos. Sin permitirse albergar dudas, José rotó el tacón de su bota con un movimiento experto y recuperó un trozo de alambre que siempre llevaba consigo. Nunca se sabía en qué momento podría resultar útil. El asesino le había quitado el de señuelo que guardaba bajo el calcetín. Con mucho cuidado, lo introdujo en la cerradura del brazalete que rodeaba su muñeca y comenzó a tantear los discos giratorios, escuchando atentamente cada leve clic que indicaba que avanzaba.

El sudor perló su frente, mientras permanecía concentrado en la cerradura, consciente de la dificultad de su tarea. Falló. Después de algunas respiraciones profundas, volvió a intentarlo.

—Estas cerraduras son inviolables. ¿Crees que lo conseguirás? —preguntó Inocencio, desde la oscuridad.

—Lo sabremos muy pronto —respondió Expósito, con voz pausada y firme.

El inspector tanteó las tensiones y los clics dentro de la cerradura, en la medida en que movía el alambre. No podía darse por vencido. Sus vidas dependían de que tuviera éxito, así que perseveró, hasta que por fin se escuchó un clic esperanzador. El brazalete se abrió y cayó de la muñeca de José con un ruido sordo. Inocencio y Encarna soltaron gritos contenidos de sorpresa y alegría. Con una mano libre, el inspector encontró más fácil trabajar en la cerradura restante, y a los pocos segundos, se había liberado por completo.

Pocos minutos después, Inocencio y Encarna también se encontraban libres y masajeaban sus muñecas doloridas. Sin embargo, todavía los muros de la celda se alzaban entre ellos y la libertad.

—Ahora debemos salir de aquí y enfrentar a nuestro enemigo —los aleccionó el inspector—. No podemos esperar a que vengan a por nosotros. Todavía estamos en peligro.

# Capítulo 36

José, Inocencio y Encarna, por fin liberados de sus ataduras, habían descartado la puerta como posible salida. Era demasiado sólida y su cerradura, nueva y de alta seguridad, representaba un desafío. Además, era posible que estuviera vigilada. Por iniciativa de José, comenzaron a palpar los muros. En aquel lugar de puertas secretas y pasadizos, era posible que existiera una forma de escapar que no resultara tan obvia. El aire estaba enrarecido por siglos de encierro bajo tierra, les impregnaba las fosas nasales y los apremiaba a buscar una escapatoria, por improbable que pareciera.

—Hay que salir de aquí cuanto antes —los apremió el inspector.

La responsabilidad por la supervivencia de sus amigos le oprimía el pecho, como si una enorme piedra lo mantuviera presionado. Los tres palpaban las irregularidades de las frías y resbalosas piedras, en busca de cualquier hilo de esperanza, por pequeño que fuera. Inocencio, con sus ojos ya acostumbrados a la oscuridad, gracias a las horas que había durado su encierro, escudriñaba cada centímetro de aquellos muros con toda la concentración de la que era capaz. De pronto, su voz rompió el silencio.

—¡José, aquí!

El inspector se acercó a él. Los hábiles dedos del «Ardilla» recorrieron la superficie rugosa que le había señalado Inocencio, hasta que se detuvieron en una protuberancia casi imperceptible.

—Tienes razón. Aquí hay algo... diferente.

Encarna se acercó a sus amigos

—¿De qué se trata?

—Esta piedra sobresale un poco —le explicó el inspector, deslizando sus dedos sobre la superficie mohosa—. Es posible que oculte algo.

—¿Creéis que eso podrá ayudarnos a salir de aquí? —preguntó Encarna con escepticismo.

—Quizá. En cualquier caso, debemos intentarlo —respondió José.

—Pero intentar, ¿qué? —preguntó Inocencio con desaliento—. Solo es una protuberancia en una pared rugosa.

José cerró los ojos para conservar la calma. Recordó la lección que repetía su viejo mentor de escapismo cuando era un chiquillo y vivía en el circo: «Nunca lo olvides, chaval, la solución está en lo que no ves». Inspirado por esas palabras, el policía comenzó a seguir las marcas y junturas entre las piedras, alrededor de la protuberancia.

—Creo que existe un pasadizo detrás de esta pared —sentenció, después de terminar su exploración.

—Pero… ¿cómo lo abrimos? —Inocencio acompañó su pregunta con un encogimiento de hombros. El inspector rechinó los dientes con el entrecejo fruncido, antes de responder.

—Tenemos que mover esta losa.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Encarna, dando un paso atrás—. ¿Quieres mover esa pared de piedra?

José dejó escapar un suspiro.

—Escuchadme. Si se trata de la entrada a un pasadizo, debe ser posible moverla.

El policía apoyó sus manos y su peso sobre la superficie fría y húmeda de la pared.

—De acuerdo —dijo Encarna y se sumó a la tarea.

Inocencio soltó un gruñido.

—Mira que hacerme trabajar, moviendo paredes de piedra. ¡Esta me la debes!

El joven se sumó a sus amigos. Los tres empujaron con todas sus fuerzas, pero la losa no se movió. No se dieron por vencidos, hasta que por fin consiguieron que se desplazara un poco. El pequeño éxito renovó su entusiasmo. Lo celebraron, a pesar del dolor de los músculos y el sudor que les corría por las mejillas.

—Un esfuerzo más… A la de tres —los presionó José— Uno… Dos… ¡Tres!

Con un último impulso y un gruñido conjunto, consiguieron mover la pesada losa, que reveló un oscuro pasadizo secreto, detrás de ella.

—¡Lo conseguimos! ¡Somos libres!

En medio de la euforia, Encarna abrazó a José. De inmediato se ruborizó y lo soltó, antes de que él pudiera comprender lo que ocurría.

—Yo… Eh…

—Esto da a otro túnel ¿Creéis que nos puede conducir a la salida? —preguntó Inocencio—. Tiene menos luz que una farola de escayola.

José, con una sonrisa que contradecía la preocupación que todavía lo apremiaba, cogió aire para recuperarse del desconcierto que le había causado el inesperado abrazo.

—Quizá. Sin embargo, es nuestra única oportunidad de salir de aquí. Debemos mantenernos atentos y sobre todo, no tocar nada.

¿Entendido? —Expósito miró a Inocencio con el ceño fruncido. El chico se encogió de hombros.

—No sé por qué me lo dices a mí, pero, vale.

El inspector cogió la lámpara que colgaba de la pared de la celda, cuya escasa luz, apenas iluminaba un par de metros. Después de comprobar que no había ningún símbolo a la vista que augurara una trampa, se sumergieron en las tinieblas. Aunque apenas podían ver el camino, era evidente que descendían. Después de recorrer algunos metros, Inocencio, que iba a la retaguardia, habló en murmullos.

—José… no quiero ser aguafiestas, pero… ¿Sabes adónde vamos?

—Reconozco que no tengo idea, pero al menos nos está alejando de la mazmorra.

—Tenemos que ir con mucho cuidado —advirtió Encarna, con voz temblorosa—. Podría haber nuevas trampas en este pasadizo.

—¡Ánimo! Estoy seguro de que lo conseguiremos —sentenció el policía, con una confianza que no sentía.

Los tres jóvenes continuaron avanzando por el estrecho pasadizo despacio, pero sin detenerse. Mantenían todos los sentidos atentos ante cualquier señal de alerta. El inspector iba a la cabeza y movía la linterna en todas las direcciones, iluminando las paredes y el suelo, para evitar que un descuido activara una nueva trampa. El aire se enrarecía cada vez más. Inocencio se detuvo de repente y alertó a sus amigos.

—Esperad. ¿Lo escucháis?

—¿Qué?

—Son voces —respondió Encarna en un murmullo.

—Se escuchan cada vez más fuerte —dijo Inocencio—. Nos acercamos a ellas.

El inspector se quedó pensativo por un momento, antes de asentir.

—Bien, para eso estamos aquí. Daros las manos.

En cuanto sus amigos obedecieron, el policía apagó la linterna y la oscuridad los envolvió. Reanudaron el avance, esta vez pegados a la pared del túnel, hasta que este se abrió a una amplia sala. Se trataba de una cripta, construida con piedra caliza. Los nichos que albergaban las tumbas estaban señalados por sus correspondientes escudos, tallados en la roca. Un par de antorchas en las paredes, apenas iluminaban a su alrededor, dejando los rincones en completa oscuridad. El aire, pesado, húmedo y frío, resultaba difícil de respirar. Los sonidos resonaban con un eco. Las voces callaron y se impuso el silencio.

Inocencio apoyó su mano en el hombro de José, para llamar su atención, al mismo tiempo que señalaba el centro de la sala con la

otra. El inspector siguió la dirección que le indicaba su compañero con la mirada. Allí, una antigua armadura de metal desgastado se alzaba sobre un pedestal, como si fuera un centinela eterno de aquellos difuntos. Junto a la armadura, se encontraban el asesino y su cómplice. Estaban de pie, con toda su atención centrada en los símbolos sobre las tumbas, los cuales contemplaban con evidente desconcierto. Tenían un aspecto siniestro bajo la luz de las antorchas. El rostro del más elegante permanecía oculto por la sombra del ala de su sombrero de copa.

—Son ellos —confirmó Inocencio en un murmullo casi inaudible, al mismo tiempo que apretaba los puños con ira contenida. Entonces, abrió mucho los ojos—. Esperad. Ahora recuerdo al sirviente. Su nombre es Eustaquio Castro. Es cochero en una casa señorial. Leandro y yo lo interrogamos por el asunto de los caballos, pero tenía coartada.

José se quedó pensativo. Estaba seguro de que se trataba de la misma casa señorial que él había visitado esa mañana, para arrestar al asesino. Sus sospechas se confirmaban. Se encontraba frente al hombre identificado por el perito calígrafo como el dueño original de la plumilla de ónice.

—¿Qué estamos esperando? —preguntó Inocencio, sacando a Expósito de sus reflexiones.

El inspector frenó al chaval, para evitar que cometiera una imprudencia.

—No deben saber que estamos aquí. Recuerda que ellos están armados y nosotros no.

Inocencio dejó escapar un leve gruñido, pero obedeció. Los tres permanecieron ocultos detrás de una columna de piedra, sin apartar su atención del hombre elegante y su cómplice. José comenzó a elaborar una estrategia. Estaban en desventaja, así que tendrían que encontrar una forma de sorprenderlos, si querían salir de allí con vida.

# Capítulo 37

José, Encarna e Inocencio observaban en silencio desde la boca del túnel, aprovechando las sombras para ocultarse. No perdían de vista al asesino y su cómplice.

—¿Qué hacen? —preguntó en un murmullo.

Encarna respondió en el mismo tono.

—Esas lápidas… Creo que los escudos significan algo. Están tratando de descifrarlos.

—¿Tú sabes lo que significan? —le preguntó Inocencio a Encarna.

Ella parpadeó.

—No lo sé... tal vez si los viera más de cerca...

Justo en ese momento, Eustaquio, el cochero, apartó su atención de los escudos, para mirar a su alrededor. Los tres jóvenes se quedaron inmóviles y guardaron silencio, sin apenas atreverse ni a respirar.

—¿Quién nos está espiando? —gritó el cochero, con voz amenazante—. ¡Salgan ahora mismo o lo lamentarán!

José e Inocencio intercambiaron miradas de preocupación, al mismo tiempo que Encarna daba un respingo y palidecía. El hombre elegante también apartó su atención de los símbolos, alertado por las palabras de su cochero. El asesino de lord Edmund cogió una de las antorchas de la pared, dispuesto a encontrar a los intrusos. Con ella en la mano, le hizo una pregunta en voz baja a su cómplice, quien le señaló la dirección en la que se encontraban Expósito y sus amigos.

José contuvo la respiración cuando el asesino dio un paso hacia ellos. El joven policía fue capaz de notar la tensión de Inocencio en la expresión seria y los puños apretados. También percibió el ligero temblor de Encarna, y tuvo que contenerse para no abrazarla. La luz de la antorcha iluminó el rostro del criminal, y despejó todas las dudas del inspector, acerca de su identidad.

—Permanece alerta, cochero —le ordenó el sujeto a su cómplice, con voz grave y amenazante —. Es evidente que no estamos solos. Cubre mis espaldas.

—Sí, señor.

El hombre del sombrero de copa se acercó a ellos, despacio. A medida que avanzaba, movía la antorcha de un lado al otro,

examinando los rincones de la cripta. En la otra mano sostenía el revólver que le había quitado a José. Estaba cada vez más cerca de la entrada del túnel. Los tres jóvenes permanecieron inmóviles, conteniendo la respiración.

Encarna temblaba cada vez con mayor intensidad. Traicionada por el miedo, dejó escapar un leve quejido involuntario, cuyo eco se amplificó por toda la cripta abovedada, delatando su presencia a los criminales. Ambos enfocaron la mirada en el punto exacto donde los jóvenes se ocultaban. El inspector sintió que el corazón se le detenía. Habían sido descubiertos.

—¡Sabemos que están ahí! —gritó el asesino—. ¡Salgan! ¡No tienen escapatoria!

José tragó saliva e intercambió una mirada con Inocencio. El rostro de su amigo mostraba una expresión decidida, que contrastaba con su apariencia infantil. Habían sido descubiertos y tendrían que enfrentar la situación.

—Debemos hacer algo, antes de que la luz les revele nuestra ubicación —murmuró José—. Inocencio, ve por la derecha, yo cubriré la izquierda. Encarna, espera aquí.

—Tened cuidado, José —rogó la joven, con los ojos humedecidos por el miedo y la preocupación.

Expósito asintió en silencio. Entró en la cripta sin hacer ruido. Hizo lo posible por mantenerse lejos de la luz de la antorcha. Inocencio lo imitó, y entre ambos rodearon al hombre del sombrero de copa y al cochero.

—¡Ahora! —ordenó José en voz alta y audible.

Ambos atacaron a la vez. Ya no tenía sentido mantenerse ocultos. Estuvieran o no preparados, había llegado el momento de la confrontación. El chico distrajo al hombre del revólver, moviéndose con agilidad, sin abandonar por completo la oscuridad. El asesino intentó acertarle sin éxito y la bala rebotó en la pared de piedra, mientras Inocencio se escurría entre las sombras. José había salido a la cripta en un ataque frontal, acercándose al cochero, quien con el rostro arrugado en una mueca de ferocidad, se lanzó contra el policía con la navaja en la mano. Un arco brillante cortó el aire, pero el inspector evadió el ataque de Eustaquio con la habilidad de sus días como «El Ardilla». Con la agilidad de un felino y la destreza de un acróbata, pivotó sobre su talón, y le dio un empujón preciso a su atacante. El cráneo del cochero golpeó la piedra con un ruido seco, dejando al esbirro inerte sobre el suelo.

—¡Bastardo! —rugió el hombre del sombrero de copa, al mismo tiempo que apuntaba a José con su propio revólver. Su mirada le confirmó al inspector que no dudaría en disparar.

—No empeore su situación. El comisario ya sabe que asesinó a

lord Edmund. Tenemos pruebas y hay una orden de arresto contra usted.

Mientras José trataba de ganar tiempo, Inocencio se acercaba en silencio por el lado derecho.

El asesino preparó el revólver para disparar.

—Está mintiendo. No puede existir ninguna evidencia contra mí. Ustedes son los únicos que me pueden identificar, y no lo harán si no salen vivos de esta cripta —respondió el asesino, con una calma que helaba la sangre.

Sin perder el tiempo y con la habilidad ganada en las peleas callejeras, Inocencio se abalanzó sobre el hombre del sombrero desde el flanco, golpeándolo en las costillas con la fuerza de todo su peso y tirándolo al suelo. El disparo resonó en las paredes de piedra, y José escuchó el silbido del proyectil junto a su oreja. Una esquirla saltó del muro donde rebotó la bala.

Aprovechando que nadie le estaba prestando atención, Encarna también se había internado en la cripta, sin que nadie lo notara. Cuando el asesino se recuperó del ataque de Inocencio y trató de incorporarse, la joven empujó la pesada armadura y la derribó sobre él, dejándolo inconsciente. Antes de que sus enemigos recuperaran el conocimiento, el policía se abalanzó sobre el arma caída y la recuperó. Las tornas acababan de cambiar.

—¡Bien hecho, Encarna! —exclamó José con orgullo.

—¡Así se hace! —la felicitó Inocencio.

El inspector se acercó al asesino con el revólver en la mano e iluminó su rostro con la antorcha.

—¿Quién demonios es este tío? —preguntó el chaval.

—Yo lo conozco —reconoció Encarna—. Ha visitado a la condesa de Rocha en alguna ocasión. Es el marqués de Rayalba.

—Así es —le confirmó José—. El marqués de Rayalba fue quien asesinó a lord Edmund y desencadenó toda esta locura.

—¿Tú lo sabías? —preguntó Inocencio.

—Sí. No le estaba mintiendo. No lo encontramos cuando decidimos llevarlo a la comisaría para interrogarlo. Su mayordomo nos dijo que había salido de la ciudad. De inmediato, yo comprendí que en realidad estaba aquí, persiguiendo su obsesión.

—A este tío le sale el dinero por las orejas. ¿Para qué quería el tesoro? —preguntó Inocencio—. ¿Por qué correr tantos riesgos?

—No creo que lo hiciera por el dinero —opinó Encarna—, sino por vanidad. Querría ser el dueño del tesoro legendario. Pasar a la historia de la ciudad como la persona que lo descubrió, y conservarlo como un trofeo.

José asintió.

—Tienes razón. En cualquier caso, lo sabremos muy pronto.

Ahora debemos darnos prisa. Inocencio, tenemos que inmovilizarlos, antes de que despierten.

—Cuenta conmigo —dijo el chico, al mismo tiempo que desplegaba una sonrisa que le llegaba hasta las orejas.

Ambos amigos se pusieron manos a la obra y rasgaron las ropas del marqués y su cochero, para improvisar ataduras. Pocos minutos después, los dos criminales estaban bien atados. En cuanto terminaron su tarea, el inspector sonrió con satisfacción. Por fin había conseguido arrestar al asesino de lord Edmund y de Sara. Y también a su cómplice.

# Capítulo 38

Con el asesino y su cómplice neutralizados, la cripta ya no parecía tan amenazante. Los tres jóvenes por fin pudieron relajarse. José se sentía satisfecho. No solo recuperaron su libertad, sino que también habían detenido al asesino de lord Edmund en su propio terreno.

—¿Os habéis dado cuenta de que podemos estar a punto de encontrar el manuscrito y volvernos ricos? —dijo Inocencio con ilusión—. Apuesto cinco duros a que está detrás de una de esas lápidas.

—¡Tú no tienes cinco duros! —le replicó José.

El chico sonrió con picardía.

—Era un decir. Lo importante es que lo tenemos al alcance. Solo necesitamos extender la mano para cogerlo.

Un par de sonoros gruñidos interrumpió la conversación. Desde el suelo, Eustaquio, el cochero, comenzó a despertarse. En cuanto comprendió su situación, soltó una ristra de maldiciones, al mismo tiempo que se retorcía, para tratar de liberarse de sus ataduras. Sin disimular su enfado, Expósito lo encaró.

—Si no te callas y te tranquilizas, en cuanto lleguemos a la comisaría, te pondré en manos del agente más bruto bajo mis órdenes.

La amenaza surtió efecto. Eustaquio dejó de protestar, y se conformó con dedicarle una mirada de odio fulminante al policía. Antes de que José pudiera reanudar la discusión con sus amigos, el marqués también despertó. Tardó un par de segundos en hacerse cargo de su situación. Entonces, sus ojos se abrieron con terror.

—¡Cuidado! Solo hay una lápida correcta, y se activará una trampa mortal si se intenta abrir cualquiera de las otras...

El silencio se apoderó de la cripta, y las sombras cobraron dimensiones amenazantes. José llenó sus pulmones de aire.

—Quizá deberíamos salir de aquí y olvidarnos de la leyenda. Hemos cumplido con el objetivo de esta misión —sugirió José—. Ya habéis corrido demasiados riesgos por ayudarme, y gracias a vosotros he podido detener al asesino de lord Edmund y su cómplice. Intentar acceder al manuscrito, podría ser muy peligroso.

La bóveda amplificó sus palabras, que resonaron en las paredes de piedra y les recordaron su vulnerabilidad. Inocencio tensó los

músculos de la mandíbula.

—¿Estás sugiriendo que abandonemos el tesoro, después de haber llegado tan lejos y tenerlo al alcance de la mano?

José sacudió la cabeza.

—Recuperar el manuscrito nunca ha sido el objetivo de esta misión —le recordó el policía—. Vinimos a detener al asesino de lord Edmund y ya lo hemos conseguido. No tiene sentido correr más riesgos de los necesarios.

Encarna cruzó los brazos y su mirada reflejó su determinación.

—En esta ocasión estoy de acuerdo con Inocencio, José. Creo que debemos intentar recuperar ese manuscrito. No para apoderarnos del tesoro, sino por su importancia histórica para la ciudad. En manos de los eruditos, ese documento puede tener un gran valor académico para Salamanca.

José reflexionó por algunos instantes.

—De acuerdo. Seguiremos adelante, pero saldremos de aquí, ante la menor señal de peligro. Con o sin manuscrito.

—Yo estoy de acuerdo —dijo Inocencio con voz firme—. ¡Al menos, vamos a intentarlo!

—¡Quiero salir de aquí! —gritó Eustaquio.

El cochero comenzó a sacudirse, haciendo esfuerzos por desatarse.

—¡Estáis locos! —los desafió el marqués—. ¿Por qué creéis que nos encontrasteis estudiando los símbolos y no lejos de aquí, ya en posesión del manuscrito? Sin una pista acerca de cuál es la lápida correcta, intentar abrir cualquiera de las tumbas, sería un acto suicida…

—Vaya, ahora el señor marqués es todo un ejemplo de prudencia y buen hacer —ironizó Inocencio con una sonrisa—. Usted comenzó todo este lío, así que se aguanta.

Encarna, que había permanecido perdida en sus propias reflexiones, interrumpió la discusión.

—Sabemos que es posible desactivar las trampas. Quizá las pistas para hacerlo se encuentren frente a nosotros.

De inmediato, todos centraron su atención en los escudos heráldicos que adornaban las lápidas. Después de algunos segundos, José negó con la cabeza.

—No veo nada claro.

Encarna entornó los ojos y comenzó a examinar los grabados en la piedra. Los símbolos heráldicos, cada uno sobre una tumba, representaban un león rampante, un grifo, un águila, un castillo y una flor de lis. Estaban pintados en colores diferentes: rojo, verde, negro, blanco y azul.

Sus compañeros y hasta los prisioneros contuvieron el aliento, mientras la chica trataba de comprender el mensaje que había trascendido a lo largo de los siglos. Las sombras que creaban las antorchas danzaban en las paredes de la cripta, como si fueran espectros de tiempos remotos que se mofaban de sus inútiles esfuerzos. Encarna se quedó pensativa por algunos momentos. Luego suspiró con desaliento.

—Lo siento mucho, pero no consigo descifrarlo.

Una idea se abrió paso en el exhausto cerebro de Expósito, quien se agachó para rebuscar en los bolsillos del marqués.

—¡Esperad! —dijo José de repente, al mismo tiempo que recuperaba el papel que había encontrado en la herradura del caballo de lord Edmund—. Es posible que esta sea la pista que necesitamos.

—¿Un papel en blanco? —preguntó Inocencio con escepticismo —. Creo que el aire enrarecido de estos túneles te está dejando majareta perdido.

Ignorando el sarcasmo de su amigo, José le pidió a Encarna que sostuviera una de las antorchas. Ella obedeció con las cejas enarcadas. El inspector acercó el papel al calor de la llama para calentarlo, teniendo mucho cuidado de que no llegara a quemarse. Con una lentitud exasperante, comenzaron a revelarse trazos parduzcos, escritos con una caligrafía elegante. Ante la expresión desconcertada de Inocencio y Encarna, José respondió a la pregunta muda:

—Tinta invisible. Con mucha probabilidad, zumo de limón.

—Joder con lord Edmund —susurró Inocencio.

En cuanto se reveló el último trazo, el inspector intentó leerlo, y sus hombros cayeron como si se hubiera desinflado.

—Es inútil. No hay quien entienda este galimatías.

—Déjame verlo —le pidió Encarna.

Él le entregó el papel y ella lo leyó en voz alta:

—*«Leo rubet fortiter, regnat in aquilone, ubi sol resistit. Gryphus viridis secreta servat in nido, in occidente latet, semper bene absconditus. Aquila nigra in oriente volat, diem et caelum videt. Castrum album in meridie stat, resistit et protegit, imago eius non frangitur. Fleur de lis, symbolum iustorum, in medio situm est, in statera et in timore».* Está en

latín.

El rostro de José se iluminó.

—¿Sabes latín?

La joven suspiró y volvió a leer el mensaje, esta vez traducido.

—«El león rojo ruge con fuerza, reina en el norte, donde el sol resiste. El grifo verde guarda secretos en su nido, se esconde en el oeste, siempre bien oculto. El águila negra vuela en el este, ve el día y el cielo. El castillo blanco se alza en el sur, resiste y protege, su imagen no se rompe. La flor de lis, símbolo de los justos, está en el centro, en equilibrio y temor».

Encarna levantó la vista del papel y miró a sus compañeros a través de la luz inquieta de la antorcha. Sonrió con satisfacción.

—Creo que puedo descifrarlo. Los colores y los símbolos heráldicos se relacionan con los puntos cardinales…

Un destello de orgullo iluminó la mirada de José. Inocencio se removió con inquietud, y su pregunta reflejó su impaciencia.

—Pero... ¿cuál es la lápida correcta que debemos mover, para encontrar el manuscrito que nos revele dónde está el tesoro?

La joven volvió a centrar su atención en los escudos, esta vez guiada por el mensaje cifrado de lord Edmund.

—La flor de lis azul —respondió ella, con seguridad—. El mensaje afirma que está en el centro, en equilibrio y temor. Esa es la lápida que esconde el manuscrito.

—¿Estás segura? —preguntó José, aunque enseguida se arrepintió de haber puesto en duda sus conocimientos. Por suerte, Encarna no se ofendió.

—¿Qué esperamos? —preguntó Inocencio—. Vamos a recuperar ese manuscrito. ¡Cuanto antes lo encontremos, antes podremos salir de este agujero!

Con un asentimiento, José se acercó a la lápida con la flor de lis azul. Por algunos instantes, lo invadió la incertidumbre. ¿Estaría haciendo lo correcto o intentar revelar el misterio guardado por siglos, sería un desatino?

Las miradas decididas de sus compañeros y su propio espíritu aventurero despejaron sus dudas. Si el manuscrito existía, tratarían de recuperarlo para la ciudad a la que siempre había pertenecido.

# Capítulo 39

José hizo a un lado sus temores y se dispuso a mover la lápida. Apoyó sus manos sobre la losa adornada con la flor de lis y centró su mirada en Inocencio, quien murmuró una protesta acerca del trabajo, y se unió a su amigo en el intento. Los dos jóvenes sumaron sus fuerzas y empujaron al mismo tiempo. La lápida apenas se movió, pero un chasquido que provino del techo los obligó a detenerse de inmediato.

—¿Escuchasteis eso? —preguntó Encarna, con voz temblorosa.

Se quedaron paralizados por un momento, temiendo haber activado una nueva trampa. Los segundos pasaron sin que ocurriera nada. Aunque todo indicaba que la alarma había sido injustificada, el inspector no pudo evitar que volvieran a asaltarlo las dudas. ¿Qué mecanismo estarían activando? ¿El que abriría el nicho o el que dispararía una nueva trampa mortal?

—No me gustó ese chasquido —confesó Inocencio, mientras el sudor le corría desde la frente por el esfuerzo.

El policía entornó los ojos, compartiendo la preocupación de su compañero. Se preguntó si todo aquello no sería un error. Quería resolver el misterio para beneficio de la ciudad, pero le preocupaba que estuviera poniendo vidas en peligro. ¿Valdría la pena el riesgo o se estaba comportando como un imprudente? ¿Se había dejado arrastrar por el deseo de descifrar un enigma que fue elaborado quinientos años atrás, y que todavía los desafiaba? Su mirada se centró en Encarna.

—¿Estás segura de que la flor de lis señala la lápida que debemos mover?

La joven institutriz asintió, sin mostrar ningún atisbo de duda. Su mirada se desvió hacia el papel que sostenían sus manos.

—Estoy segura, José. El acertijo señala que la flor de lis es la lápida correcta.

El inspector miró al techo y le pareció demasiado frágil. Una sensación de vacío subió desde su pelvis hasta su estómago y por un momento, sintió que sus piernas flaqueaban. Trató de tranquilizarse.

—Muy bien, intentaremos recuperar el manuscrito, pero nos mantendremos atentos y abandonaremos ante cualquier señal de peligro. ¿Está claro? —Sus amigos asintieron—. Inocencio, vamos a volver a intentarlo.

Empujaron de nuevo, esta vez con más fuerza. La losa se movió unos centímetros y se detuvo con un golpe seco. Un escalofrío recorrió la espalda de José. Inocencio se quitó la gorra y se rascó la cabeza. En esta ocasión, su mirada seria contrastó con su rostro aniñado y su habitual sentido del humor.

—No quiero ser agorero, pero ¿estamos seguros de que la trampa no se activará, sin importar si se siguen las instrucciones del acertijo? Tal vez quienes la construyeron no querían que nadie accediera al manuscrito, sin importar lo listo que fuera.

El silencio se apoderó de la cripta, mientras las palabras de Inocencio flotaban en el aire, como una amenaza pronunciada por aquellos que descansaban detrás de las tumbas que los rodeaban. Un grito desgarrador rebotó en las paredes de piedra, multiplicado por el eco. José e Inocencio dieron un respingo, y Encarna soltó un corto grito por el susto. Las miradas se centraron en el cochero, quien con el rostro desencajado por el terror, había proferido el desconcertante alarido.

—¡Sáquenme de aquí! ¡Esto es una locura! ¡Todos vamos a morir!

Expósito sintió un nudo en el estómago. ¿Tendría razón el cochero? El joven inspector se preguntó si su terquedad por resolver el misterio los estaría conduciendo a la tragedia. Necesitó hacer varias respiraciones profundas, para obligarse a recuperar la calma.

—Tranquilízate, Eustaquio. Nadie va a morir. Recuperaremos ese manuscrito y saldremos de aquí. ¿No fue eso lo que viniste a hacer para tu señor?

Ahogado por los sollozos y con la mirada perdida, el cochero se limitó a negar con la cabeza, incapaz de articular ninguna palabra. José paseó la mirada por sus amigos.

—Si alguno de vosotros quiere marcharse, solo debe decirlo y abandonaremos. No os obligaré a correr riesgos que no queráis asumir.

El silencio volvió a apoderarse de la cripta, hasta el punto de que pudieron escuchar la crepitación del fuego de la antorcha. Después de un par de segundos, Inocencio y Encarna intercambiaron una mirada y negaron con la cabeza. El chico fue quien respondió.

—¿Abandonar ahora, cuando estamos a punto de ser ricos? Por supuesto que no. Veamos qué esconde esta lápida.

El marqués forcejeó en sus ataduras.

—¡Yo sí me quiero marchar! ¡Sáquenme de aquí, maldita sea!

Inocencio lo miró con desprecio.

—¡Cállese, señor marqués! Haberlo pensado antes. Usted comenzó todo esto, así que si no va a ser útil, tampoco estorbe —El chico miró a José con una sonrisa pícara—. ¡Qué a gusto! Siempre

quise mandar a callar a un marqués.

El inspector no pudo evitar una leve sonrisa. Entonces, inhaló todo el aire que pudo y recuperó la seriedad.

—Seamos lógicos: si quien decidió proteger el manuscrito no hubiera querido que nadie lo encontrara, no habría sido posible superar las primeras trampas y llegar hasta aquí.

Inocencio torció la boca en una mueca de conformidad.

—Tienes razón. Sigamos —dijo, al mismo tiempo que se frotaba las manos—. Nos espera un tesoro.

José tragó saliva y se volvió hacia la lápida, listo para intentarlo de nuevo. En un esfuerzo conjunto, Inocencio y él volvieron a empujar la losa. Esta vez, la lápida cedió con sorprendente facilidad. Un hueco quedó al descubierto en la pared. Como Encarna había pronosticado, esa tumba no guardaba restos humanos. Sus miradas se cruzaron, cuando comprobaron que detrás de la lápida había una caja de madera labrada, sobre un cojín de terciopelo, desgastado por el paso del tiempo. La forma rectangular de la caja daba una idea de cuál era su contenido. Del interior del agujero salía el hedor del aire enrarecido por los siglos de encierro. En la pared del fondo, tallado en la piedra, se podía leer un mensaje a la luz de la antorcha:

«Valiente aventurero, que con habilidad y astucia habéis conseguido llegar hasta aquí, recoged el premio que habéis ganado con vuestro esfuerzo, pero recordad:

En el bosque de secretos, donde danzan las estrellas,
Atrapa el primer viento que en los árboles descansa.
Escucha la risa doble de la ninfa en su regazo,
Y la alondra te dará en su quinto vuelo un abrazo.
La tierra en su sexto latido murmurará sus cuitas,
Y descubrirás el mayor premio que en el alma guardan todos los seres».

—¿Qué significa? —preguntó José.

—No lo sé —reconoció Encarna—. No le encuentro sentido.

La joven repitió la estrofa en voz alta, para memorizarla.

—¿Qué importa ese mensaje? Ya tenemos el manuscrito —dijo Inocencio, al mismo tiempo que extendía la mano hacia el nicho.

Un nuevo chasquido resonó en la cripta, en cuanto el joven tocó el cofre. Encarna miró al techo y una mueca de terror se dibujó en su rostro. La bóveda comenzaba a agrietarse.

—¡Cuidado!¡El techo se está derrumbando! ¡Vámonos de aquí!

El inspector no lo pensó dos veces. Empujó a Inocencio, para alejarlo del nicho.

—Pero… el manuscrito —protestó el joven exladrón.

—¡No te servirá de nada si el techo te cae encima, Inocencio! ¡Ayúdame! —le gritó José, al mismo tiempo que daba un tirón al

marqués y al cochero, para levantarlos del suelo, y empujarlos hacia la salida—. ¡Vamos, tenemos que darnos prisa!

Sin discutir, Encarna se sumó a sus compañeros, en sus esfuerzos por salir de aquella trampa mortal. Apenas se acercaron a los túneles que conducían hasta allí, Inocencio se detuvo en seco y volvió su mirada en dirección a la cripta.

—José... no podemos dejarlo aquí. Nuestra oportunidad de ser ricos…

—¿Quieres ser un rico muerto? —le gritó el policía, al mismo tiempo que tiraba de su brazo, para obligarlo a seguir adelante—. ¡No seas necio! ¡De nada te servirá el tesoro si estás muerto, Inocencio! ¡No tenemos tiempo para discutir!

A regañadientes, el chico siguió a José y el resto del grupo por la primera salida de la cripta que encontraron. Corrieron a través de los oscuros y estrechos pasadizos siempre en sentido ascendente, buscando la salida, mientras el sonido del colapso los perseguía, cada vez más cerca.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Deprisa! —gritó el inspector. La tierra bajo sus pies temblaba y los escombros caían del techo como una lluvia mortal.

En medio de la frenética carrera, encontraron más trampas.

—¡Al suelo! —gritó Encarna, cuando apareció frente a ellos un símbolo en una pared del fondo.

Todos la obedecieron de inmediato, apenas a tiempo para evitar que los atravesaran las flechas que comenzaron a volar desde las piedras que los rodeaban. Algunos tramos tuvieron que recorrerlos pegados a la pared, cuando el suelo frente a ellos se desplomó de repente. En dos ocasiones no tuvieron otra opción que regresar sobre sus pasos, porque el túnel que recorrían estaba bloqueado. Encarna avanzaba con dificultad, con la falda enredándose entre sus pies, y estuvo a punto de caer en un profundo pozo, del que Inocencio consiguió apartarla, apenas a tiempo.

El pulso y la respiración acelerados se sumaban al sudor que recorría sus frentes. Sus rostros, desencajados por el terror, habían perdido cualquier rastro de color. José permaneció atento a la seguridad de todos y se preocupó de que nadie se quedara atrás, incluyendo al marqués y a Eustaquio. Los prisioneros eran su responsabilidad y tenía el deber de llevarlos a la comisaría, sanos y salvos.

El ruido atronador del techo derrumbándose sobre sus cabezas los acompañó como un telón de fondo, durante su frenética huida. Los pasadizos parecían interminables. Cada trampa era más peligrosa que la anterior y cada giro más incierto. En un desvío entraron en un túnel sin salida, pero cuando quisieron retroceder, los escombros ya habían

bloqueado el camino.

—Estamos muertos —gimió Eustaquio.

Expósito sacudió la cabeza.

—No nos daremos por vencidos. Conseguiremos una salida.

—El aire, ¿lo notáis? —dijo Encarna, mientras llenaba sus pulmones.

—No huele tan mal —confirmó José.

La joven asintió.

—Está menos enrarecido. Y mirad las paredes. Puede apreciarse su textura.

—¿A quién le importa? —preguntó Inocencio, malhumorado—. ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Somos ratas en una trampa!

—No podemos dejar que nos domine la desesperación —sentenció Encarna—. La luz y el aire renovados significan que estamos muy cerca de la salida.

José asintió.

—Encarna tiene razón. Hemos recorrido todo el camino subiendo. Es probable que hayamos llegado a la superficie.

La joven entornó los ojos y clavó la mirada en un símbolo que adornaba la pared del fondo.

—Ese símbolo… El círculo significa salida…

Inocencio se volvió hacia ella.

—¿Salida? ¿Puedes descifrarlo…?

—¡Calla, Inocencio! —le ordenó José—. No la distraigas.

Encarna habló en murmullos.

—… el triángulo señala el peligro, y la flecha indica la dirección de la salida…

Inocencio volvió a interrumpirla, incapaz de contenerse.

—¿No muestra algo más específico? Algo así como ¿qué tenemos que hacer para salir de aquí?

La joven ignoró las preguntas nerviosas de su amigo, y mantuvo toda su atención en el símbolo.

—El punto en la base del triángulo, indica que hay un solo paso o mecanismo para abrir la salida.

—¿Eso es todo? ¿Y cuál es ese paso? —preguntó Inocencio, al borde de la histeria.

—Lo siento. Es todo lo que se puede deducir del símbolo.

—¿De qué nos sirve saber que existe una salida si no tenemos idea de cómo abrirla? —preguntó el chico, mientras el ruido del techo viniéndose abajo se hacía cada vez más ensordecedor, y pequeñas piedrecillas ya comenzaban a caer alrededor del grupo.

—Encarna hace lo que puede, Inocencio —lo reprendió José—. No la atosigues.

—¡Revisad las paredes! —ordenó ella—. Es posible que encontremos otros símbolos. ¡Hay que darse prisa!

En esta ocasión, incluso el marqués y su cochero se sumaron al escrutinio de los muros que los rodeaban.

—¡Aquí! —gritó el marqués de Rayalba, de repente.

Encarna corrió al lugar que el prisionero, cuyas manos seguían atadas, le señaló con la cabeza. José lo apartó, para que ella pudiera acercarse con confianza. La joven institutriz pasó los dedos por las tres figuras que había descubierto el asesino.

—Solo hay un mecanismo para abrir la salida —repitió la joven en voz baja.

—¡Ouch! —gritó Inocencio, cuando una piedra que cayó del techo le golpeó en la cabeza—. ¿Qué estamos esperando?

Sin dar oportunidad a razonamientos, el chico presionó los símbolos en el orden de los números romanos.

—¡Inocencio, no! —gritó José, temiendo que activara una nueva trampa.

No ocurrió nada. Ni se abrió el suelo para tragárselos ni apareció una salida salvadora.

—¿Por qué no funcionó? —preguntó el joven excarterista, desconcertado y desanimado.

Encarna parpadeó.

—Solo un mecanismo… Tenemos que interpretarlo y no dejarnos confundir por los números.

Cada vez caían más pequeñas piedras del techo a su alrededor.

—Por favor, date prisa —le suplicó Inocencio al borde del llanto.

—Confiamos en ti —la animó José.

Ella se quedó pensando por unos segundos y luego asintió.

—¡Sí, eso debe ser! El sol tiene que ser el primero, porque es el más importante —sentenció, al mismo tiempo que empujaba la figura tallada—. La luna sigue al sol, es la segunda. Y la estrella es la

transición de la oscuridad a la luz, lo cual cierra el círculo: Es la tercera…

En cuanto la mano de la joven presionó la estrella, una luz salvadora inundó el extremo del túnel. Los cinco corrieron en dirección a la esperanza y el grupo emergió en la biblioteca desde un nuevo panel, con la luz del día filtrándose por las ventanas, y ofreciendo un respiro de alivio. José miró a su alrededor, para comprobar que todos estaban a salvo. Estaba exhausto, pero un enorme alivio lo recorrió de pies a cabeza. Habían conseguido escapar a la muerte, aunque por muy poco.

# Capítulo 40

La mañana siguiente amaneció despejada, sin rastro de la lluvia del día anterior. Por iniciativa de José, sus amigos y él se reunieron en la pastelería que estaba de moda en la ciudad. Entraron en «La Dulce Tentación» y dejaron de escuchar el alboroto de la calle, que fue sustituido por el silencio del elegante local, donde el murmullo de las conversaciones se escuchaba sobre el tintineo de las cucharillas de plata, que golpeaban las vajillas de porcelana. Los sedujo la mezcla de olores a pasteles recién horneados, canela, vainilla y almendras tostadas. La pastelería rebosaba lujo y buen gusto. Las mesas estaban cubiertas con manteles blancos bordados, Los mostradores de caoba labrada y cristal exhibían atractivos pasteles de colores vivos, decorados con exquisitez.

Aquel era un lugar público donde una dama podía acudir sin ningún temor por su reputación. José buscó una mesa vacía con la mirada, mientras Inocencio se acercaba a la vitrina de pasteles y los escrutaba con la avidez de un niño. El dueño, un hombre mayor con un delantal de lino blanco, se acercó al inspector. Se presentó como don Teodosio, les dio la bienvenida y les pidió que lo acompañaran. Los tres lo siguieron, pero Inocencio se volvía de vez en cuando, para mirar hacia los pasteles.

Sonriente y con gesto amable, don Teodosio los acompañó hasta una mesa junto a la ventana, por donde la luz del sol entraba con generosidad. Encarna e Inocencio comenzaron a conversar en voz baja. Inocencio le pedía recomendaciones a su amiga, acerca de los pasteles. Poco interesado en la degustación, el inspector se dedicó a observar a la gente que transitaba frente al lujoso local. Centró su atención en detalles que solía pasar por alto: una dama ajustaba su pamela para evitar que el viento se la arrebatara, un chaval corría detrás de una pelota, una anciana miraba con avaricia los dulces que se exponían en el escaparate de la pastelería. Después de la experiencia que casi les había costado la vida, José absorbía cada pequeño detalle cotidiano con delicia.

El silencio se hizo en la mesa cuando don Teodosio volvió a acercarse, para tomar nota de la comanda. José y Encarna se decantaron por café y chocolate respectivamente, mientras Inocencio, incapaz de decidirse, pidió café con leche y tres pasteles.

—Estamos de celebración, ¿no es así? —se justificó, ante las cejas enarcadas de sus amigos.

—Por supuesto, Inocencio —le dijo la joven con amabilidad, al mismo tiempo que palmeaba su antebrazo—. Disfruta tus pasteles, que te los has ganado con creces.

Los tres jóvenes sostuvieron una conversación intrascendente, hasta que don Teodosio regresó con la orden. En cuanto el pastelero volvió a dejarlos solos, José sonrió y dejó escapar un suspiro.

—Bien. Ya todo terminó.

—¿Crees que el juez acusará a don Gonzalo? —preguntó Inocencio con tono escéptico—. ¡Es un marqués!

El inspector se quedó pensativo por un instante.

—No creo que eso sea suficiente para librarlo de pagar por sus crímenes. Hay enormes presiones políticas y diplomáticas, para que el culpable de la muerte de lord Edmund y de su prometida paguen por sus crímenes. Creo que su título nobiliario no va a ser suficiente para que pueda librarse de responder ante la Ley. Además, vengo de interrogarlo… Está tan asustado por su situación actual, que reveló toda la historia, para tratar de conseguir un trato más benévolo por parte del juez. Sabe que puede terminar en el garrote vil.

—¿Y qué esperas para contarnos los detalles? —preguntó Inocencio, antes de dar un sorbo a su café con leche.

José les relató a sus amigos todo lo que había descubierto en el interrogatorio al marqués. Ellos lo escucharon con atención, sin disimular su sorpresa. Cuando terminó de hablar, se apoyó en el respaldo de la silla.

—…Y eso es todo. Don Gonzalo estaba seguro de que su crimen quedaría impune, gracias a su astucia y su poder. Se equivocó. Por eso estamos aquí. Quiero daros las gracias. Contar con vuestra ayuda fue crucial para resolver el caso y atrapar al asesino.

Inocencio, ocupado en saborear el primer pastel, tragó el bocado, empujándolo con otro sorbo de su taza.

—Es una lástima que no pudiéramos rescatar el manuscrito. ¿No creéis que podríamos intentar recuperarlo…? No todos los días es posible acceder a un tesoro oculto.

—NO —respondieron José y Encarna a la vez. Todos los clientes levantaron la mirada hacia ellos.

—Vale, vale. Solo era una idea.

Expósito sacudió la cabeza.

—El tesoro nunca fue lo más importante, Inocencio. Para las próximas generaciones, la leyenda seguirá siendo eso, solo una leyenda.

—Estoy de acuerdo contigo, José —lo respaldó Encarna con firmeza.

—¿Por qué no me sorprende? —dijo Inocencio, con un gesto de resignación. El chico atacó el segundo pastel, y cerrando los ojos mientras masticaba, dejó escapar un suspiro de satisfacción. Tragó el bocado y miró a sus amigos—. Estuvimos tan cerca… Quizá si vamos mejor preparados e intentamos desenterrar el manuscrito…

José y Encarna intercambiaron una mirada y volvieron a responder a coro.

—¡Qué no!

—¡Miedicas! —refunfuñó el joven en voz baja.

—Es demasiado peligroso, Inocencio. Yo diría que inaccesible.

El chico arrugó la cara.

—¿Os dais cuenta de que estáis renunciando a ser ricos?

Encarnación cogió aire y lo soltó en un suspiro.

—Yo he sido rica, Inocencio. Lo era cuando vivía con mi padre, y perdí esa riqueza cuando me echó de casa por mis ideas. Puedo asegurarte que ahora soy mucho más feliz.

—Pero…

—Será mejor que lo olvides, chaval —sentenció el inspector—. Recuperamos a Macabeo sano y salvo. Además, el asesino de lord Edmund y su cómplice están detenidos y a la espera de juicio. «La casa Bracamonte» no ha sufrido ningún daño, después de toda esta aventura. Sin ninguna duda, podemos darnos por satisfechos.

—¿«La casa Bracamonte» no ha sufrido daños? —preguntó el joven— ¿Y qué me dices de los derrumbes en los pasadizos?

El policía sacudió la cabeza.

—Unos pasadizos de los que nadie conoce su existencia y que no comprometen a la edificación. Es probable que existieran mucho antes de que se construyeran los cimientos de la mansión, por encima de ellos. «La casa Bracamonte» protege sus misterios, y así debe seguir siendo.

Resignado, Inocencio le dio un mordisco al tercer pastel, a modo de consuelo.

—Está bien —dijo por fin—. Habéis ganado. Si eso es lo que queréis, me olvidaré del tesoro y guardaré silencio sobre nuestra aventura… Aunque os advierto que no será fácil.

José acompañó su sonrisa con un asentimiento.

—Gracias.

—Entonces, ¿ya todo terminó? —preguntó el chico.

El inspector se quedó pensativo por un momento, antes de responder:

—Todavía nos queda un misterio por resolver…

Encarna sacó una cuartilla de la pequeña bolsa que llevaba atada a la cintura.

—Las palabras grabadas en la pared de la cripta —dijo ella, al

mismo tiempo que desdoblaba el papel—. Las copié en cuanto tuve oportunidad, para no olvidarlas. Sin embargo, no he podido descifrarlas…

—Es normal —la justificó José—. Debes estar exhausta.

Los ojos de Inocencio recuperaron un nuevo brillo.

—¡Tenéis razón! Había olvidado ese mensaje. Quizá sea suficiente para que podamos encontrar el tesoro, sin tener que volver a los pasadizos.

—Creo que debemos visitar a don Lorenzo —sugirió Encarna— Es probable que él si pueda descifrarlo.

Después de consumir lo que habían pedido, incluyendo los dulces de Inocencio, los tres jóvenes se levantaron de la mesa, y dejaron atrás la acogedora pastelería. La luz del sol bañaba las calles empedradas y les acarició la piel, mientras avanzaban en dirección hacia la biblioteca de la universidad. En cuanto llegaron a su destino, don Lorenzo los recibió con alegría. La serenidad del viejo bibliotecario les proporcionó seguridad y confianza.

—Don José, Encarna, Inocencio. Me alegro de verlos y saber que están bien. Escuché rumores acerca del arresto del marqués. ¡Quién habría pensado que un caballero como don Gonzalo…! Es inaudito. De no haber sido porque ya había descifrado el símbolo del anillo, jamás lo habría creído.

—¡El anillo! —repitió el inspector—. Ya lo había olvidado. Entonces, ¿revelaba la identidad del asesino?

El bibliotecario sonrió.

—Por supuesto. Sin duda, lord Edmund era un hombre muy listo.

Después de devolverle el anillo que José había recuperado del cuerpo de Sara, don Lorenzo señaló el dibujo del grabado que tenía copiado en un papel.

—Como podrá darse cuenta, se trata de un rayo sobre un sol naciente… sobre el alba… Así que…

—¡Rayalba! —exclamó el inspector, comprendiendo por fin—. Es tan evidente, que ahora me sorprende no haberlo deducido de inmediato.

—Solo hay que saber cómo mirar —le dijo el anciano, con un guiño de picardía.

José sonrió.

—El símbolo de este anillo será una evidencia definitiva ante el juez, pues gracias a él, la propia víctima nos hizo llegar el nombre del asesino. Nunca lo habría descubierto sin su ayuda, don Lorenzo. Por eso, estoy muy agradecido con usted.

—Aunque perdimos el tesoro —se quejó Inocencio, con una mueca de disgusto.

—Entonces, ¿era cierta la leyenda? —preguntó el anciano, con una chispa en los ojos.

El inspector le relató su reciente aventura con todo detalle. De vez en cuando, Inocencio y Encarna lo interrumpían con alguna observación. El bibliotecario escuchó con las cejas enarcadas y la mandíbula descolgada. Cuando el policía terminó su relato, don Lorenzo parpadeó.

—Lamento que no pudieran recuperar el manuscrito. En especial, por su valor histórico. Sin embargo, lo único que importa es que ustedes superaron el peligro, sin resultar lastimados, y que consiguieron detener al asesino y su cómplice.

—Entonces, ¿usted tampoco cree que debamos intentar recuperar el manuscrito que quedó sepultado en los pasadizos? —insistió Inocencio, bajo la mirada reprobadora de José y Encarna.

Después de pensarlo por un momento, el anciano negó con la cabeza.

—Aunque reconozco que me hubiera gustado tener tan extraordinario documento en la mano, soy consciente de que no compensa el valor de vidas humanas. No, mi joven amigo. El manuscrito y las joyas de la leyenda seguirán siendo eso, una leyenda. Su valor continuará residiendo en el corazón de cada salmantino.

Encarna dio un leve beso en la mejilla del anciano.

—Sabía que usted lo comprendería, don Lorenzo. Aunque no conseguimos el manuscrito, sí pudimos traer algo…

El bibliotecario miró a su pupila con los ojos destellantes de curiosidad, al mismo tiempo que Encarna abría su pequeño bolso y sacaba el papel, donde había copiado el acertijo. Después de explicarle a su tutor el origen de aquellas enigmáticas palabras, la joven le entregó la cuartilla.

Don Lorenzo estudió el enigma con cuidado. Al cabo de algunos minutos, levantó los ojos del papel con una mirada cargada de amabilidad. Entonces comenzó a trabajar en el acertijo durante algunos minutos, subrayando algunas de las palabras. Al terminar le entregó el resultado a Encarna, quien lo leyó con una sonrisa:

—«En el bosque de secretos, donde danzan las estrellas, atrapa el primer viento que en los árboles descansa, escucha la risa doble de la ninfa en su regazo, y la alondra te dará en su quinto vuelo un

abrazo, la tierra en su sexto latido murmurará sus cuitas, y descubrirás el mayor premio que en el alma guardan todos los seres».

Sus palabras resonaron en la silenciosa biblioteca, llenando el aire con un aura de intriga y misterio. A medida que leía el mensaje, los jóvenes amigos intercambiaban miradas nerviosas e impacientes, tratando de captar algún indicio de sentido en las enigmáticas palabras.

—¿Ahora lo comprendes? —le preguntó don Lorenzo.

—Por supuesto. En realidad, es muy sencillo. Supongo que el cansancio no me permitió verlo de inmediato —se excusó ella—. Ahora que usted lo ha descifrado, está muy claro.

—¿Qué? —preguntó Inocencio—. ¿Hace alguna mención al tesoro?

Encarna sonrió, ante la insistencia de su amigo.

—En cierto modo. Para resolver el acertijo, hay que tener en cuenta las letras señaladas en cada palabra.

José e Inocencio se miraron entre sí. Encarna continuó su explicación.

—Don Lorenzo cogió las letras señaladas por cada frase, para construir una palabra: el primer viento que en los árboles descansa es la «V», la risa doble de la ninfa en su regazo se refiere a la «I», y así... El resultado es la palabra «vida».

—¿Vida? —preguntó Inocencio con desconcierto—. ¿Qué quiere decir con eso?

El bibliotecario desplegó una sonrisa cargada de bondad y sabiduría.

—Se trata de una lección que nos llega desde la remota época en que se ocultó el manuscrito. El mensaje grabado en la cripta revela que el verdadero tesoro que encontraron en «La casa Bracamonte», es la propia vida. ¿Acaso, ustedes no la valoran mucho más, después de esta aventura?

Una sonrisa se dibujó en el rostro de cada uno de los jóvenes. Inocencio se quedó pensativo por un momento, antes de responder. Acompañó sus palabras con un encogimiento de hombros.

—Tengo que admitirlo. No hay duda de que haber salvado el pellejo tiene más importancia que cualquier joya, y reconozco que ahora los colores parecen más intensos. Además, fue divertido.

# Capítulo 41

En cuanto salieron de la biblioteca de la universidad, José se despidió de sus amigos. Debía informar a don Carlos acerca de las circunstancias del arresto. Un ligero estremecimiento le recorrió la espalda, al pensar en todas las explicaciones que tendría que dar al comisario Holguín. Se trataba de acusar a un noble de doble asesinato y complicidad en el robo de caballos. Aunque ya su superior había aceptado respaldarlo en el arresto, para conservar ese apoyo y presentar al marqués frente a un juez, tendría que validar muy bien su caso. Los delitos de los que se le acusaría a don Gonzalo eran suficientes para merecer el garrote vil, así que tendría que convencer al comisario de que no estaban dando ningún paso en falso.

Cuando cruzó el umbral de la comisaría, José se detuvo un momento para darse valor. El aire estaba impregnado con la mezcla de los olores de la tinta, la pólvora y el miedo. El inspector avanzó por los pasillos, escuchando los familiares murmullos propios de la actividad que se desarrollaba en aquel viejo edificio, pero que se fueron apagando, a medida que se acercaba al despacho del comisario. Cuando llegó frente a su puerta, tragó saliva, antes de anunciar su presencia con un par de golpes en la sólida madera.

—Adelante —lo autorizó don Carlos desde el interior, con voz grave y autoritaria.

José abrió la puerta y entró, al mismo tiempo que se quitaba la chistera. El comisario le hizo un gesto con la mano para que se acercara. Sus ojos penetrantes examinaron al joven inspector de arriba abajo, con el rostro serio.

—¡Ah, eres tú, José! Te felicito. Cumpliste con tu deber, aunque admito que hubiera preferido otro resultado. Quiero que me informes todo sobre el caso. Tendré que contar con evidencias irrefutables, si queremos que la acusación avance, sin que tú y yo perdamos la cabeza en el intento. Cuéntame los detalles.

Expósito llenó sus pulmones de aire, y se preparó para revelar toda la información relacionada con su investigación. En su cabeza, organizó sus descubrimientos y teorías, al mismo tiempo que comenzaba a mostrar las piezas del intrincado rompecabezas. Don Carlos permaneció inclinado hacia adelante, atento a cada palabra que pronunciaba su subalterno.

—Todo empezó con la relación entre el marqués y lord Fernsby —explicó el inspector—. Don Gonzalo tuvo noticia del interés del inglés en la leyenda de «La casa Bracamonte» y descubrió que había conseguido grandes avances en la búsqueda del manuscrito. El valor histórico de la recompensa despertó la avaricia del marqués. Como mecenas de la universidad, intentó ganarse la confianza del profesor, aunque nunca lo consiguió por completo. Sin embargo, don Gonzalo sí logró que lord Edmund le revelara un valioso secreto: que escondía la clave para abrir la cripta correcta en la herradura de su caballo.

Holguín arrugó el entrecejo, interrumpiendo a José.

—Si lord Edmund nunca confió en él, ¿por qué le proporcionó esa información al marqués?

Expósito jugueteó con su sombrero, girándolo entre sus dedos.

—Solo tengo la versión del propio marqués, que lo confesó todo durante el interrogatorio. Según su propia declaración, emborrachó a lord Edmund durante una de sus fiestas. Así consiguió manipularlo para que le revelara los avances de su búsqueda. Gracias a ello, descubrió la existencia de la información oculta en la herradura. Por eso envió a su cochero a la taberna «El Cuervo Rojo», con la orden de contratar a Marcelino, para que robara el bayo de lord Edmund, junto con el resto de los caballos de ese establo. El trato era que podía quedarse con los demás animales. A él solo le interesaba el papel oculto en la herradura del caballo del inglés.

—Interesante —reconoció el comisario—, pero ¿cómo consiguió el marqués identificar a Marcelino, cuando ni siquiera nosotros sabíamos quién era el jefe de la banda de ladrones de caballos?

El inspector cogió aire.

—Tanto el cochero del marqués como Marcelino frecuentaban «El Cuervo Rojo». Ambos compraban allí el tabaco de contrabando que fumaban. Es probable que Eustaquio haya escuchado rumores sobre las andanzas de la banda. Tal vez el propio Marcelino lo reveló durante alguna conversación en la taberna, influido por el vino. En cualquier caso, es un hecho confirmado que ese contrato se celebró entre ellos.

Los ojos de Holguín se estrecharon, mientras consideraba los argumentos del inspector. El ambiente se había vuelto tan pesado, que José sentía que tenía que hacer esfuerzos para mantener el ritmo de la respiración. El comisario se quedó pensativo por un momento y luego gesticuló para que continuara.

—Muy bien, señor. Para conseguir llegar hasta el manuscrito, el marqués de Rayalba tenía que apoderarse de toda la información posible sobre los pasadizos secretos, y sus trampas. También quería evitar que el propio lord Edmund se le adelantara en la búsqueda. Solo así, su plan de apoderarse del manuscrito tendría alguna

oportunidad de éxito. Mientras Eustaquio se ocupaba de contratar a Marcelino, el marqués citó a lord Edmund en «La casa Bracamonte», el mismo día que celebraba la fiesta de mecenazgo, que luego utilizó como coartada.

—Ese es un punto que me preocupa —confesó Holguín—. El señor marqués tiene coartada para la noche del asesinato de lord Edmund. Y acabas de reconocer que su cómplice se encontraba muy lejos, en una taberna del barrio La Cuchilla.

—Sí, señor. Debo admitir que esta circunstancia me había preocupado bastante. Sin embargo, si don Antonio, el profesor de historia, fue capaz de escabullirse durante algunos minutos sin que nadie lo notara, para acudir a una cita amorosa clandestina, no había razón para que el marqués no pudiera hacer lo mismo, para reunirse con lord Edmund y cometer el crimen. La mansión del marqués está muy cerca de «La casa Bracamonte». Eso les dio peso a mis sospechas sobre él.

—Bien pensado —dijo el comisario y lo invitó a continuar—. Explícame un detalle que no comprendo: si lord Edmund no confiaba en el marqués, ¿por qué aceptó reunirse con él en «La casa Bracamonte»?

—Don Gonzalo consiguió citarlo en la mansión, valiéndose de una argucia. Le hizo llegar una nota anónima que le prometía datos reveladores acerca de los túneles, si acudía de inmediato a un encuentro en la biblioteca de la casa. Lord Edmund asistió a la cita. El marqués lo esperaba en las sombras, armado con un revólver. Cuando el inglés sobornó al mayordomo para que le permitiera entrar, don Gonzalo se mantuvo atento. Una vez que el empleado de la casa se marchó, el asesino salió de su escondite, y bajo amenaza, entró en la casa, junto con lord Edmund.

—Si don Gonzalo tenía un revólver, ¿por qué acuchilló a su víctima?

—Lo asesinó con una navaja de caza, para desviar la atención. La navaja es un arma silenciosa, de uso común y que cualquiera puede tener, mientras que un revólver es estruendoso y habría atraído testigos. Aun cuando el marqués se hubiera evadido a tiempo, la exclusividad del arma habría señalado a un caballero —Con un gesto de la cabeza, el comisario invitó al inspector a continuar su relato—. Una vez en «La casa Bracamonte», el marqués de Rayalba consiguió toda la información que lord Edmund había descubierto acerca de los pasadizos secretos, así como la forma en que podía superar las trampas que le esperaban.

—Espera un momento —lo interrumpió de nuevo el comisario —. ¿Cómo consiguió don Gonzalo que lord Edmund le revelara esa información tan valiosa, en tan corto tiempo? En la fiesta, nadie llegó

a notar la ausencia del marqués, así que…

—Tiene usted razón, comisario. En realidad, don Gonzalo solo permaneció algunos minutos ausente de la celebración. Cuando lo arrestamos, antes de llevarlo a su celda, registramos sus bolsillos y encontramos una pequeña libreta con apuntes relacionados con los pasadizos, las trampas y cómo superarlas. La letra se corresponde con la de la víctima. Se trata de las investigaciones que había llevado a cabo lord Edmund. Don Gonzalo conocía la existencia de esa libreta y se la arrebató a su víctima, después de asesinarlo.

—¡Vaya sangre fría! Aristócrata o no, es evidente que se trata de un asesino. Continúa, por favor.

—Sí, señor. Gracias a las notas de lord Edmund, don Gonzalo sabía cómo podía desactivar las trampas, con excepción de la última. La clave de esta se encontraba bajo las patas del caballo. Para abrir la cripta y acceder al manuscrito, tendría que esperar a que Marcelino cumpliera su acuerdo.

El comisario mantuvo la mirada fija en el inspector. No había perdido ni una de sus palabras. Con un gesto de la cabeza, lo animó a continuar su explicación.

—Fue entonces cuando comenzaron a torcerse los planes del marqués —sentenció José—. Él no esperaba que encontráramos a los caballos y los rescatáramos. Para él representó un revés, porque la última clave que necesitaba para alcanzar el manuscrito quedó fuera de su alcance. Sin embargo, estaba tan obsesionado, que decidió intentarlo. Se creía capaz de descifrar el último acertijo por sí solo. Entonces, decidió internarse en los pasadizos con su cómplice, para tratar de apoderarse del valioso documento.

—Así que después de todo, había una conexión entre el asesinato de lord Edmund y los robos de los establos.

—Sí, señor.

El comisario sacudió la cabeza.

—Lo cual te libra de que te sancione por haberme desobedecido, al intervenir en el caso del que te había apartado, para asignárselo a Rodríguez —El inspector apretó el ala del sombrero entre sus manos, mientras el comisario lo observaba con los ojos entornados—. Por cierto, escuché rumores acerca de la intervención de cierto chaval rubio e impertinente en el rescate… ¿Garrido?

José bajó la mirada y respondió en un murmullo.

—Sí, señor. Inocencio ha sido un valioso informante.

—¿Solo informante?

El inspector Expósito tragó saliva, e hizo un gesto de asentimiento con todos los músculos tensos, bajo la mirada inquisitiva de su superior. Don Carlos lo meditó por un momento y luego soltó el aire.

—Bien, supongo que aceptaré tu respuesta como válida. Continúa.

José dejó escapar un suspiro de alivio.

—Sí, señor. Solo el azar permitió que el marqués desapareciera de su mansión, justo antes de que lo arrestáramos. Él no sospechaba que le pisábamos los talones y que ya había sido descubierto, gracias a la plumilla que le regaló a lord Edmund, para ganarse su confianza.

El comisario asintió.

—La plumilla —repitió pensativo—. Hay un detalle que me preocupa desde que leí tu informe, José. Los trazos de la plumilla demuestran que perteneció al marqués, y reconozco que el hecho de que lord Edmund la llevara en el bolsillo, no deja duda acerca de la relación entre la víctima y don Gonzalo. Sin embargo, no creo que esto por sí solo sea una prueba suficiente para acusar a un marqués.

—Lo sé, comisario. Sin embargo, no es la única evidencia que tenemos en su contra. El propio lord Edmund nos proporcionó una prueba irrefutable —José sacó del bolsillo el anillo grabado que había recuperado del cuerpo de Sara. Se lo entregó a don Carlos, quien le dio vueltas en la mano, al mismo tiempo que lo miraba con curiosidad.

—¿Este anillo? Es una baratija. ¿Quieres explicarme por qué es importante?

—La amante de lord Edmund, Sara, murió por hacérmelo llegar. Él le dijo que en este anillo había hecho grabar el nombre del asesino —Don Carlos frunció el ceño, sin dejar de mirar el objeto de latón—. No fue hasta esta misma mañana que descubrí su significado, gracias a un experto en simbología.

—Te escucho.

José repitió la explicación de don Lorenzo, quien había identificado el rayo y el sol naciente como una referencia a «rayo» y «alba», formando la palabra Rayalba, el nombre de la persona que acosaba a la víctima. El comisario expulsó el aire y se recostó en el respaldo de su silla.

—Así que descubriste al asesino, pero no llegaste a tiempo para arrestarlo. ¿Cómo supiste que lo ibas a encontrar en las entrañas de «La casa Bracamonte»?

—Le confieso que cuando fui a arrestarlo y me informaron que había abandonado la ciudad me sentí frustrado. Sin embargo, comprendí que su obsesión no le iba a permitir alejarse demasiado, antes de apoderarse del manuscrito. Por eso supuse que lo iba a encontrar en los pasadizos.

—¡Y estabas en lo cierto! Lo seguiste hasta los túneles y comenzaste a pisarle los talones… Un policía entrometido que amenazaba sus planes… —don Carlos se quedó pensativo por un

instante—. Corriste un gran riesgo, José, pero también pusiste en peligro a las personas que te acompañaron. Civiles. ¡Entre ellos, una dama! ¿Puedes darme una razón por la que no deba sancionarte por semejante imprudencia?

El inspector sintió que un escalofrío le recorría la espalda.

—Señor, comprendo su enfado, pero si no hubiera sido por Inocencio y Encarna… Quiero decir, la señorita Olmos, no hubiera tenido ninguna oportunidad. Inocencio no es cualquier civil. Está preparado para enfrentarse a cualquier situación de peligro y salir airoso. Con respecto a la señorita Olmos, fueron sus conocimientos sobre simbología los que nos permitieron salir con vida de los túneles. Sin ella, los pasadizos se habrían convertido en nuestra tumba.

El comisario entornó los ojos.

—¿Te ayudaron por su propia voluntad?

—Sí, señor.

—¿Sin ningún tipo de presión?

—Ellos insistieron en acompañarme en la aventura.

—¿Y así lo declararán ante el juez?

—Por supuesto, señor.

Holguín expulsó el aire en un bufido.

—Muy bien, «Ardilla», parece que te volviste a salir con la tuya. Continúa.

—Sí, señor. Cuando don Gonzalo comprendió que íbamos tras él y que revelaríamos sus crímenes, decidió que debía detenernos y recuperar el papel con la clave para abrir la cripta. Todo lo que ocurrió después, usted ya lo sabe.

El comisario Holguín se quedó en silencio, sopesando las palabras de José. El inspector dio vueltas al sombrero entre sus manos con todos los músculos en tensión, mientras esperaba el veredicto de su superior. Al cabo de algunos momentos, por fin, el comisario habló:

—Muy bien, José, te felicito por tu valentía y dedicación en este caso. Me complace comprobar que mi decisión de darte una oportunidad fue un acierto. Por favor, hazle llegar mi felicitación y agradecimiento a tus colaboradores: la joven institutriz y el pillo de Garrido —don Carlos señaló a José con un índice acusador—, pero adviértele al «Rubito» que será mejor que no se aproveche de ello.

José sonrió, satisfecho y aliviado.

—Sí señor. Se lo diré.

# Epílogo

La noticia del arresto del marqués fue la comidilla de la ciudad por algunas semanas, y horrorizó a la alta sociedad salmantina. Que uno de sus miembros, un caballero prestigioso, mecenas de la universidad, hubiera resultado ser un asesino no era una minucia. Durante los días que siguieron al arresto, José estuvo bastante ocupado escribiendo informes y preparando el papeleo burocrático para el juicio. No tenía ninguna duda de que las pruebas eran suficientes para que el juez encontrara culpables al marqués y su cochero, pero había que atarlo todo muy bien.

Ya había transcurrido una semana desde su aventura, y la tarde era fría, pero luminosa, sin una sola nube en el cielo. El inspector consultó su reloj de bolsillo: Las 17:30. Debía marcharse. Tendría el tiempo justo para llegar sin retraso. y no debía hacer esperar a una dama. Mucho menos si esa dama era Encarna. Expósito recogió su mesa de trabajo, se despidió de sus compañeros y salió de la comisaría. Encaminó sus pasos a «La Dulce Tentación».

Cuando cruzó la puerta lo recibió el ambiente acogedor de la elegante pastelería, cargada con los tentadores aromas que justificaban el nombre del negocio. José se quitó la chistera, al mismo tiempo que revisaba el comedor con la mirada. Por fin localizó a Encarna. Estaba concentrada en un libro y no había advertido su presencia.

Expósito se acercó zigzagueando entre las mesas, hasta que llegó junto a ella.

—Lamento que tuvieras que esperarme —se excusó él.

La joven apartó la mirada del libro y sonrió.

—No te preocupes. La lección de mis pupilos terminó temprano y yo me adelanté un poco. ¿Quieres sentarte?

El inspector aceptó y ocupó la silla frente a ella, sin apartar la mirada de su rostro y sin dejar de sonreír.

—Gracias, temía haber llegado tarde.

—Soy consciente de tus múltiples obligaciones. Supongo que estás muy ocupado. Casi no te he visto en los últimos días.

—Sí, reconozco que el caso de lord Edmund es una pesadilla burocrática. Nunca había escrito tantos informes.

—¿Has tenido la oportunidad de visitar a tu madre? Me

gustaría saber cómo está doña Jimena. Sabes cuánto la admiro y respeto.

—Lo sé. No, me temo que no he tenido tiempo de acercarme al convento… —José se interrumpió, incapaz de mentirle a Encarna y la honestidad de su mirada— No, no es verdad. No es la falta de tiempo ni el trabajo lo que me han impedido ver a mi madre. Es mi cobardía.

—¿Cobardía? ¿Por qué? ¿Qué temes?

—Yo… tengo miedo de sufrir su reproche. Después de todo, está encerrada en ese convento por mi culpa.

La joven institutriz sacudió la cabeza.

—No, José. No debes culparte a ti mismo. Estoy segura de que doña Jimena tiene la suficiente entereza para admitir que su situación es consecuencia de sus propios actos. Tú no eres responsable de lo que hizo. Ni tampoco de su penitencia.

—Una penitencia que yo le impuse, cuando podía haberle permitido continuar con su vida. Ya había sufrido bastante.

—Eso no habría sido honesto, José. Y lo sabes —Encarna suspiró—. No, hiciste lo correcto, lo único que podías hacer. Lo mejor para todos. Incluso para ella. Además, doña Jimena es una mujer extraordinaria, y habrá comprendido tu situación. Eres un buen policía y no podías mirar hacia otro lado.

Encarna puso su mano sobre la que él tenía reposando sobre la mesa, para darle más énfasis a sus palabras. Cuando el joven inspector sintió el contacto, una leve corriente recorrió todo su cuerpo. Sus miradas se cruzaron y el mundo desapareció a su alrededor por un instante. Entonces, Encarna dio un respingo y sus mejillas se ruborizaron, al mismo tiempo que apartaba la mano como si la piel de él quemara. La burbuja estalló y los ruidos que los rodeaban volvieron a hacerse presentes. José parpadeó, desconcertado por la reacción de la joven. ¿El contacto con su mano le habría resultado incómodo? ¿Era un rechazo? La leve sonrisa de ella, a pesar de su actitud tímida, desmintió sus pensamientos y le permitió comprender. El leve roce había sido un gesto espontáneo, pero demasiado audaz para una dama. No era el lugar ni el momento. El inspector suavizó su mirada y sonrió.

—Quizá otro día, con menos… gente alrededor.

—Estaré esperando.

La siguiente bocanada de aire que tomó José vino cargada con un entusiasmo que le hizo sentirse invencible. Encarna le correspondía. Podía enfrentarse a cualquier desafío y salir victorioso. De momento, tenía una tarea pendiente.

—Será pronto. Ahora debo marcharme. Tengo que cumplir una promesa.

—Suerte. Verás que todo sale bien.

El inspector se levantó, hizo una reverencia y besó la mano de la joven, cuyas mejillas ardieron todavía más. Expósito salió de la pastelería pletórico de dicha. Recorrió las vías empedradas en dirección al «Convento de Santa Ana de la Reencarnación».

Su destino se encontraba en los límites de la ciudad, lo cual le dio tiempo de reflexionar por el camino, mientras recorría las viejas calles de su querida Salamanca. La euforia que lo invadía, después de su encuentro con Encarna le infundía las fuerzas que necesitaba para enfrentarse a sus temores. ¿Jimena aceptaría verlo? Ella misma le había pedido que lo visitara cuando estaban en Castañal, pero entonces, todavía era una mujer libre y secular. ¿Seguiría pensando lo mismo ahora que él la había forzado a llevar una vida monacal? ¿Y si lo rechazaba? Desde niño había soñado con abrazar a su madre. Contra todo pronóstico, la vida le había dado esa oportunidad. Si lo rechazaba, sería devastador.

Expósito llegó frente al convento. Era un edificio de piedra. Sólido y rectangular. No podía ser de otra manera. Sus paredes eran lisas y carecía de los habituales adornos y tallas con los que solían engalanarse las construcciones salmantinas. Daba la impresión de que el propio edificio había hecho votos de pobreza. El inspector hizo una respiración profunda para darse valor. Se acercó al enorme portón, el cual supuso que solo se abriría en celebraciones religiosas especiales. La misma puerta albergaba otra más pequeña en una esquina, destinada a las actividades más cotidianas. José usó la aldaba de bronce para anunciar su presencia.

Pasaron algunos segundos, los cuales el inspector aprovechó para asegurarse de que su aspecto era impecable. La puerta comenzó a abrirse y él se quitó la chistera en señal de respeto. En el umbral apareció una anciana religiosa, cuya mirada vivaz contradecía la decadencia que sugerían las innumerables arrugas de su rostro.

—Dios te bendiga, hijo. ¿Podemos ayudarte en algo?

—Amén, hermana. Mi nombre es José Expósito. Soy el hijo de sor Jimena y deseo visitar a mi madre, si es posible.

La monja se hizo a un lado para permitirle entrar y cerró la puerta a sus espaldas. El silencio se hizo tan absoluto, que Expósito sintió que con el golpe de la puerta había desaparecido el mundo detrás de ella. Se encontró en un zaguán en el que solo había un incómodo banco de madera pulido por el uso. La entrada daba paso a cuatro pasillos que rodeaban un jardín, por cuyos senderos paseaban parejas de novicias sumidas en la oración, con libros de salmos en las manos.

—Debes esperar aquí, hijo —le dijo la monja portera en tono amable, pero con firmeza—. Todas las visitas deben ser autorizadas por la Madre Superiora.

El policía asintió sin discutir. La religiosa avanzó a lo largo de un pasillo y desapareció detrás de una de las puertas. José esperó, sintiendo crecer su ansiedad. Inspiró profundo y llenó sus pulmones con el aire conventual. Olía a incienso, matizado con el aroma de la hierba recién cortada y algo más… ¿lejía? Mientras esperaba, el inspector entretuvo su mente tratando de discernir a qué correspondía ese olor. En ningún momento perdió de vista la puerta por la que había desaparecido la religiosa.

Para impaciencia de José, pasaron algunos minutos hasta que la monja portera volvió a aparecer. Regresó acompañada por otra religiosa de rostro severo, que le sobrepasaba en estatura al menos por una cabeza. Avanzando con suavidad a lo largo del pasillo, hacían una pareja peculiar. El crucifijo de madera que colgaba del cuello de la más alta le advirtió al inspector que se trataba de la Madre Superiora. Reminiscencias de su infancia en el orfanato.

—Sígueme, hijo —le dijo la abadesa, en cuanto llegaron junto a él.

Sin darle tiempo a reaccionar, la monja se giró y enfiló por uno de los pasillos. A medida que lo recorrían, los olores del jardín se imponían sobre el incienso y el desinfectante. Llegó a percibir el aroma de un rosal cuando la religiosa empujó una de las puertas y se aseguró de que él lo seguía.

Expósito se encontró en una habitación pequeña y austera. Su única decoración era un crucifijo de madera en la pared del fondo. Una celosía dividía la pequeña sala en dos espacios casi iguales. A cada lado había una silla de madera. A José le recordó un cuarto de interrogatorios y le causó un escalofrío en la espalda.

—Tendrán veinte minutos —sentenció la Madre Superiora y se marchó.

En cuanto se quedó solo, la puerta de acceso del otro lado de la rejilla se abrió de repente, y por ella entró Jimena vestida con el hábito de monja. Sus pasos eran cortos y mantenía la mirada baja.

Cuando José la vio, sintió que se le caía el alma a los pies. El contraste con la mujer altiva y decidida que había conocido en Castañal era desolador. Su madre levantó la mirada y la sonrisa que iluminó su rostro dejó atrás todo rastro de tristeza. Sus ojos buscaron los de su hijo y en ellos, José vio la inteligencia y firmeza de siempre. Eso aplacó un poco sus temores. Debajo de aquel hábito y las rígidas reglas de la vida monacal, seguía intacta la Jimena fuerte y resiliente que él había conocido y por qué no reconocerlo, admirado.

—Hijo, gracias por venir a verme. Te he esperado con impaciencia.

—Madre… lamento no haberte visitado antes. Mi trabajo… — Ella lo escuchaba con una mirada comprensiva. Él comprendió que

sería inútil tratar de mentirle. No a Jimena—. No, madre. Debo confesarte que no fueron mis obligaciones las que me retrasaron. No había reunido el valor.

—¿Por qué, hijo?

—Tenía miedo. Miedo a que no quisieras verme. A que me rechazaras. A que me reprocharas por haberte obligado a tomar los hábitos y entrar en un lugar como este. Yo soy el culpable de que tú estés aquí.

Jimena se acercó a la celosía y pasó las manos a través de ella para coger las de su hijo.

—¡No digas eso, José! No eres culpable de nada. Estoy aquí como consecuencia de mis decisiones y mis actos. Si existe algún culpable de mi situación, fueron aquellos que me empujaron por el camino del odio y yo misma, que no supe apartarme de él. Tú no. Tú solo me diste la oportunidad de vivir para expiar mis pecados y eres la única razón para levantarme cada mañana con una sonrisa. Ahora, hazme feliz y cuéntame de ti. Quiero saberlo todo.

Ambos se sentaron, cada uno de su lado de la reja, pero sin soltarse las manos. Con paciencia y habilidad, Jimena condujo la conversación y rescató a su hijo de sus temores, haciéndole preguntas sencillas y pronunciando los comentarios apropiados, para que él se sintiera cómodo. José fue soltando la tensión poco a poco, hasta que su conversación volvió a ser fluida y natural. Le habló a su madre de su primera infancia en el orfanato al cuidado de las monjas, de su vida en el circo, de cómo se había convertido en «El Ardilla», de por qué había decidido regenerarse y colaborar con la Policía, y cómo había convencido al comisario para que lo aceptara.

El tiempo transcurrió demasiado rápido. La Madre Superiora entró en la habitación sin anunciarse.

—Lamento tener que interrumpirlos, pero el tiempo de la visita ya ha terminado. Hermana Jimena, debe regresar a sus deberes. En pocos minutos comenzará la Eucaristía.

—Sí, Madre —aceptó Jimena, bajando la mirada y poniéndose de pie.

—Lo acompañaré a la salida, don José.

La abadesa se volvió hacia la puerta, pero se detuvo en seco antes de salir, cuando comprobó que el joven no se había movido, y que la hermana que recibió la visita seguía en la habitación. Después de acercarse a la reja, Jimena, con los ojos brillantes por las lágrimas, pasó los brazos a través de ella.

—Dame un abrazo, hijo. Me proveerá las fuerzas necesarias para poder continuar.

José sintió la humedad en sus ojos. Rodeó a su madre a través de la celosía que se interponía entre ellos y la apretó con fuerza contra

su pecho.

—Volveré pronto, madre —le susurró al oído—. Te lo prometo.

—Estaré esperando tu visita con ansiedad. Cuídate, hijo mío y sé feliz.

Un carraspeo de la Madre Superiora dejó claro que estaban poniendo a prueba su paciencia. El joven fue el primero en aflojar el abrazo, pues no quería causarle problemas a su madre. Ella dio un paso atrás y lo miró a los ojos con tal intensidad, que José sintió todo el amor incondicional que quería transmitirle, como si se hubiera tratado de un discurso sin palabras. Ignorando a la Superiora, Jimena recuperó su actitud humilde y salió por la puerta por la que había entrado. Solo entonces, el inspector estuvo dispuesto a seguir a la monja.

Una vez de regreso en la calle, Expósito respiró profundo para llenar sus pulmones con el aire limpio de la tarde, ausente de cualquier olor relacionado con los seres humanos. Sentía el alivio de la exculpación como un peso que hubiera abandonado sus hombros. Ya no tenía que temer el rechazo de Jimena ni ningún reproche de su parte. Era su madre, lo amaba sin condiciones y lo perdonaba, si tuviera algo que perdonar. Encarna le había confirmado que le correspondía. La tarde era gloriosa y la vida le sonreía. Era feliz y por encima de todo, tenía la certeza de que a partir de ese momento, ya no volvería a sentirse solo.

**Nota de autor**: Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta o comentario, así como recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones e intercambiar impresiones con otros lectores de la serie y conmigo, puedes unirte a mi canal en ***Telegram***. También puedes seguirme en mis redes sociales: ***Facebook*** e ***Instagram***. Si lo prefieres, tienes la opción de contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com . Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias, *M.J. Fernández*

# Serie del inspector Expósito

Descubre los secretos de Salamanca en esta trilogía donde se entrelazan el misterio y la historia.

En el siglo XIX, el inspector José Expósito se enfrenta a desafíos que ponen a prueba su ingenio y su valor. Desde las pintorescas calles de un pueblo salmantino acosado por un asesino astuto, hasta los enigmáticos edificios cargados de historia de la ciudad de Salamanca, donde la muerte acecha en los rincones más inesperados, cada investigación lo interna más en un laberinto de intrigas y secretos ancestrales. Con giros sorprendentes y personajes que parecen cobrar vida en cada página, esta serie es un viaje apasionante a través de la resolución de misterios con raíces en el pasado de una provincia legendaria.

## LOS CRÍMENES DE CASTAÑAL (José Expósito 01)

Año 1885. La tranquilidad ha llegado a su fin en el pueblo de Avernesa, provincia de Salamanca. La ocupación de Castañal por sus propietarios ya es un motivo suficiente de agitación, pero cuando comienzan los asesinatos, nadie vuelve a dormir tranquilo. Para colmo de males, la Guardia Civil detiene a uno de los jóvenes habitantes de la villa como presunto asesino, con el riesgo de que sea condenado al garrote vil. Aun así, la ola de crímenes continúa, por lo que la dueña de Castañal interviene, y le pide ayuda a su amigo, el comisario Holguín.

Desde Salamanca capital, el comisario mueve los hilos para que le permitan ocuparse del caso, pese a que no le corresponde a su jurisdicción. Cuando consigue la autorización del Ministerio de la Gobernación, envía a Avernesa a su investigador más prometedor: el subinspector José Expósito. Para descubrir al responsable de los crímenes, antes de que vuelva a matar, José deberá desentrañar una red de intrigas que lo conducirá por derroteros insospechados. Tendrá que continuar hasta las últimas consecuencias, aunque hacerlo puede costarle su propia vida.

## LA LEYENDA DE LA CASA DE LA CASA BRACAMONTE (José Expósito 02)

Salamanca, 1886. En la enigmática y antigua casa Bracamonte se ha cometido un asesinato. El inspector José Expósito se encuentra al

frente de la investigación más desafiante de su vida. Una red de secretos le espera entre las calles de la histórica ciudad y los antiguos pasillos de la centenaria universidad. ¿Será capaz José de elegir entre el deber y la lealtad para resolver un misterio que amenaza con cambiarlo todo?

Una aventura policial que mantendrá al lector al borde de su asiento, desde la primera hasta la última página. Con personajes inolvidables y giros sorprendentes, «La leyenda de la casa Bracamonte» es un relato apasionante de secretos enterrados y búsquedas que se extienden más allá de la justicia.

Un enigma ancestral espera ser descubierto, revelando un misterio que ha trascendido generaciones…

# Serie del inspector Salazar

En los viñedos de la Rioja Alta, el ingenioso inspector Salazar y su equipo enfrentan misterios que desafían la paz de Haro. Salazar deberá navegar entre casos intrincados y su compleja vida personal. Cada giro en la trama despliega un tapiz de intriga y humanidad, invitando al lector a sumergirse en un mundo donde la búsqueda de la verdad se entrelaza con momentos de ternura y astucia. Bienvenidos al vibrante universo de Salazar, donde cada descubrimiento es un brindis por la justicia.

## NO ES LO QUE PARECE. Un caso del inspector Salazar

## JUEGO MORTAL. (Inspector Salazar 02)

## AQUÍ HAY GATO ENCERRADO. (Inspector Salazar 03)

## UNA NOCHE DE GATOS Y OTROS CUENTOS. RECOPILACIÓN DE CUENTOS. (Inspector Salazar 3,5)

## GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

## LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05)

## LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

## SIETE VIDAS Y UN GATO (Inspector Salazar 07)

**NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS (Salazar 08)**

**LAS CINCO PATAS DEL GATO (Inspector Salazar 09)**

**LA CULPA NO ES DEL GATO (Inspector Salazar 10)**

**EL GATO BAJO LA LLUVIA. Crónica de una venganza (Salazar 11)**

# Trilogía Argus del Bosque

¿A quién enviar cuando los crímenes son desconcertantes para los más investigadores más experimentados? La respuesta es: al comisario Argus del Bosque, un hombre misterioso con habilidades sorprendentes. Conocido por su seriedad y su actitud reservada, Argus es un enigma por sí mismo. Su entrenamiento poco convencional y su habilidad para resolver los casos más complejos le hacen indispensable en las situaciones más críticas.

Pero Argus no es solo su trabajo. Su pasado le persigue, enfrentándolo a desafíos que amenazan con cambiar su vida para siempre. Y en cada nuevo caso, se revela una pieza más del rompecabezas de su vida.

En esta emocionante trilogía de novelas policiales, cada investigación que Argus enfrenta es un nuevo enigma por resolver, y cada revelación de su pasado, un giro inesperado. La trilogía de Argus del Bosque es un viaje lleno de suspense que mantendrá al lector en vilo desde la primera hasta la última página.

Bienvenidos al mundo de este peculiar comisario, donde cada misterio resuelto es un peldaño que lo acerca más a la verdad acerca de su sorprendente pasado.

## MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01)

María muere apuñalada en el lugar más seguro del mundo: la isla privada de Antonio Abelard. Argus del Bosque, un talentoso comisario de la Policía Nacional, recibe la orden de encargarse de la investigación. El crimen tiene un carácter ritual, lo que despierta el temor en la familia Abelard de que se trate de una secta que ya actuó contra ellos en el pasado. El destino de la joven acaba con la tranquilidad de todos los habitantes de la isla. Argus debe resolver el misterio para que Marañón vuelva a ser un refugio seguro, pero conseguir su objetivo significará enfrentarse a intrigas, prejuicios, testigos hostiles, fuerzas naturales, y un asesino que está dispuesto a todo para evitar que lo descubran. Incluso a volver a matar.

Durante la investigación, Argus volverá a encontrar el amor y se enfrentará a fantasmas que ya creía olvidados, pero que irrumpirán en su vida para seducirlo y atormentarlo por igual. Después de su paso por Marañón no volverá a ser el mismo, si consigue salir con vida...

## ENIGMA. (Argus del Bosque 02)

El homicidio de una anciana es el primero de una serie de crímenes

diabólicos que desconciertan a la Policía de Calahorra. La inspectora Luisa Burgos deberá ocuparse de la investigación en una carrera contra el tiempo. Junto a cada cadáver encuentran una nota con un acertijo, donde el asesino usa palabras crípticas para señalar quién será la próxima víctima. Tienen veinticuatro horas para descifrarlo, o un nuevo inocente morirá.
Desesperado, el comisario de «San Celedonio» le pide ayuda a su viejo amigo Bejarano, quien decide enviar a Del Bosque, pero se enfrenta a un problema, pues Argus dimitió de su cargo a su regreso de Marañón. Su jefe decide presionarlo para que colabore con la Policía de Calahorra, a cambio de permitirle avanzar en su extraña investigación personal. Si Argus quiere descifrar su pasado y también acabar con la ola de asesinatos que azota a la ciudad riojana deberá descubrir quién es Enigma y detenerlo, aunque para ello deba sobreponerse a la resistencia de la inspectora encargada del caso, mientras enfrenta a un asesino que no tiene reparos en eliminarlos a su compañera y a él.

## EL BAILE DE LOS ESCORPIONES (Argus del Bosque 03)

Un hombre muere asesinado en plena Gran Vía de Madrid… Y solo es el comienzo. La Policía se enfrenta a una serie de homicidios que tienen un factor en común. En cada uno, el asesino firmó con una runa y demostró habilidades poco comunes en la ejecución de sus crímenes. Todas las evidencias apuntan a un solo sospechoso: el comisario Argus del Bosque.
Inmerso en la búsqueda de la verdad con respecto a su pasado, Argus será el blanco de la persecución de sus propios compañeros, al mismo tiempo que se convierte en la presa de un despiadado asesino. Aun siendo fugitivo de la Policía y la Guardia Civil, y reticente a involucrar a su familia, Argus deberá afrontar la investigación más difícil de su carrera, al mismo tiempo que conjura los fantasmas de su traumática infancia. Contra todo pronóstico, estará obligado a tener éxito o perderá su libertad y tal vez, hasta su vida.

# Bilogía Ryan y Bradbury

El intrépido detective Josh Bradbury cambia las apacibles costas de Florida por el frenético ritmo de Nueva York, sumergiéndose en un torrente de misterio. En la búsqueda de las piezas olvidadas de su pasado, se encuentra al borde de un laberinto que amenaza con engullirlos a él y a su leal compañero, Cody Ryan.

Juntos se enfrentan a engaños, traiciones y los casos más desconcertantes y fascinantes de sus carreras. Sin embargo, las sombras del pasado no tardan en entrelazarse con los desafíos del presente, amenazando con desdibujar las líneas del futuro de formas insospechadas.

En esta serie de novelas policiales, la vida de Josh Bradbury y Cody Ryan se convierte en un intrincado juego de suspense e intriga, donde el pasado y el presente danzan en un compás impredecible. Cada giro de la trama promete un viaje lleno de sorpresas, donde cada pista puede resultar ser un espejismo y cada revelación, una inesperada realidad.

Bienvenidos al mundo de Josh y Cody, donde cada caso es un enigma y cada verdad, tan esquiva como la ciudad que nunca duerme.

## EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01)

Josh Bradbury, detective en el Estado de Florida, atraviesa por una crisis cuando por coincidencia descubre una verdad desconcertante que lo afecta en forma directa. Solicita traslado a Nueva York, donde se encuentra con la mayor sorpresa de su vida. Además, el mismo día de su llegada descubren el cuerpo de una joven que ha sido violada y asesinada en un parque. Es el primero de una serie de homicidios que sembrarán el miedo en la ciudad. La relación entre las víctimas es desconocida, salvo que se trata de mujeres jóvenes violadas y asesinadas por asfixia y que todas han sido encontradas en parques de Nueva York. Josh se ocupa del caso junto con Cody Ryan, un respetado detective de Brooklyn. Al mismo tiempo, debe convencer a su compañero de investigar un suceso acaecido mucho tiempo atrás que les concierne a ambos, mientras un poderoso criminal pone precio a sus cabezas.

Una historia que mantiene la intriga desde el principio, aumentando según se acerca a un desenlace inesperado.

## El ALIENTO DEL CUERVO (Ryan y Bradbury 02)

El pasado todavía acecha…

Ryan y Bradbury deberán resolver el asesinato a sangre fría de una pareja de ancianos en su propia casa. Lo que parecía una investigación rutinaria, se convierte en un desafío para los detectives. Si quieren encontrar al asesino, tendrán que desenmarañar un entramado de intereses, mentiras y falsas apariencias. Pero ese no será su único desafío: la poderosa organización criminal que asesinó a su madre biológica sigue activa, y su tercer hermano continúa desaparecido. Si quieren encontrarlo y reparar las heridas del pasado, Cody y Josh deberán desafiar a quiénes condicionaron sus vidas, aunque saben que sus enemigos están dispuestos a lo que sea necesario para impedir sus indagaciones. Incluso al homicidio de dos policías entrometidos. Los detectives gemelos también tendrán que hacer frente al FBI y a sus propios jefes, que no verán con buenos ojos su interferencia en un caso federal. Los riesgos son muy elevados, pero evadirlos no es una opción…

# Books By This Author

## LOS PECADOS DEL PADRE

Un asesino en serie consigue engañar a policías de toda Europa.
El comisario Sterling lo sabe y le obsesiona.
El criminal es inclemente y astuto. Los pecados del pasado exigen una expiación, y no se detendrá ante nada para conseguir su objetivo.
Sterling no está dispuesto a permitir que salga impune, y lo perseguirá hasta su último aliento.
El conflicto es inevitable y desatará un duelo entre dos adversarios de voluntad férrea, donde solo uno podrá sobrevivir…

## TRAMPA PARA UN INOCENTE

Porque nadie está seguro…
Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el cadáver de una joven desconocida a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue apuñalada en el suelo lo señalan como culpable, al mismo tiempo que la Policía llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su libertad por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. ¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué? De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el misterio antes de que lo encuentre la Policía, o los hombres que lo buscan para matarlo…

## LOS HIJOS DEL TIEMPO

¿Qué sucede cuando el tiempo se convierte en el mayor aliado y el peor desafío?
De las profundidades de la Edad Media surge una figura: un hombre obligado a vagar por el mundo, con la urgencia de un misterio cuya solución es la clave para su supervivencia. Un viaje que le lleva desde las sombras de iglesias y castillos en la Europa medieval, hasta los destinos más exóticos de la ruta de la seda en el Lejano Oriente. En una época donde la superstición moldea la sociedad, se teje una historia que trasciende los siglos.
Avanzamos hasta el año 2010: la desaparición de un empresario y la muerte de un librero detonan un enfrentamiento titánico que se ha gestado a lo largo de la historia. El origen y la clave de esta lucha

épica reside en la resolución de aquel mismo misterio.

Este libro es una invitación a sumergirse en un viaje a través del tiempo, una batalla de poderes y un misterio que se resiste a ser desvelado. Desde los oscuros rincones de la historia hasta las agitadas calles del siglo XXI, la trama teje una red de suspense y sorpresas que mantendrán a los lectores cautivos hasta la última página.

¿Te atreves a enfrentar los secretos que el tiempo ha guardado celosamente? Prepárate para una aventura que te llevará al límite de la realidad y el pasado, donde cada página es un paso más en el viaje de un hombre, y cada descubrimiento, un paso más cerca de la verdad.